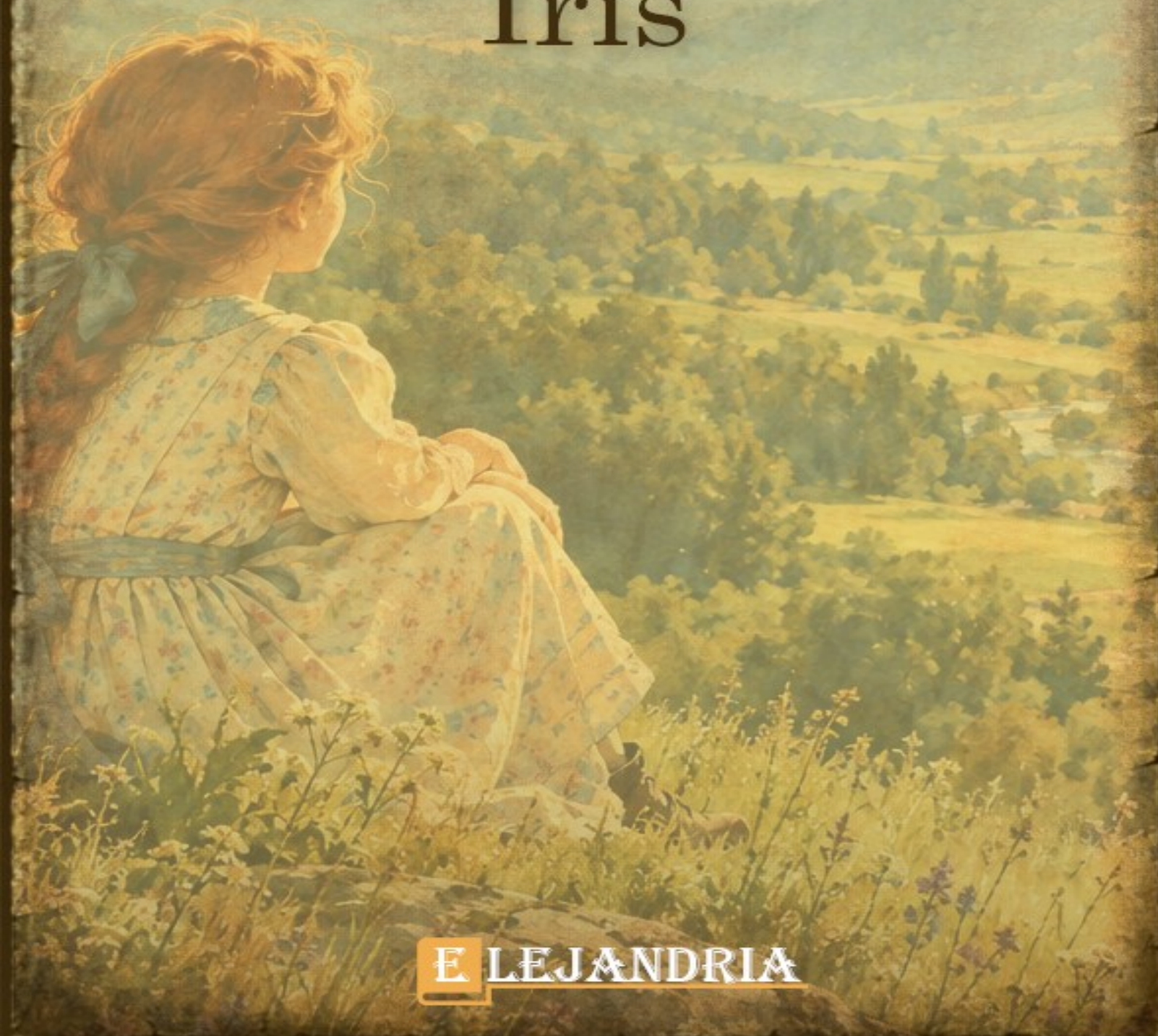


L. M. Montgomery

El valle del Arco
Iris



E LEJANDRIA

L. M. Montgomery

El valle del Arco
Iris

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL VALLE DEL ARCO IRIS

L. M. MONTGOMERY

PUBLICADO: 1919

FUENTE: [HTTPS://WWW.GUTENBERG.ORG](https://www.gutenberg.org)

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

CAPÍTULO 1. DE VUELTA A CASA

Era una tarde clara, de un verde manzana, de mayo, y el puerto de Four Winds reflejaba las nubes del dorado poniente entre sus orillas suavemente oscuras. El mar gemía con un sonido inquietante sobre la barra de arena, apenado incluso en primavera, pero un viento pícaro y jovial venía silbando por el camino rojo del puerto, por el que avanzaba hacia el pueblo de Glen St. Mary la figura acomodada y matronal de la señorita Cornelia. La señorita Cornelia era, por derecho, la señora Marshall Elliott, y llevaba siéndolo trece años, pero aun así más gente se refería a ella como la señorita Cornelia que como la señora Elliott. El nombre antiguo era querido para sus viejas amistades; solo una de ellas lo dejó caer con desdén. Susan Baker, la doncella gris, adusta y fiel de la familia Blythe en Ingleside, no perdía ocasión de llamarla «la señora Marshall Elliott», con el énfasis más mordaz y deliberado, como si dijera: «Quisiste ser *señora*, pues *señora* serás a rabiar, en lo que a mí respecta».

La señorita Cornelia iba a Ingleside a ver al doctor y a la señora Blythe, que acababan de volver de Europa. Habían estado fuera tres meses, pues se marcharon en febrero para asistir a un célebre congreso médico en Londres; y ciertas cosas, que la señorita Cornelia estaba deseando comentar, habían ocurrido en el Glen durante su ausencia. Para empezar, había una familia nueva en la casa parroquial. ¡Y menuda familia! La señorita Cornelia meneó la cabeza varias veces pensando en ellos mientras caminaba con paso vivo.

Susan Baker y la Ana Shirley de otros tiempos la vieron llegar, sentadas en el gran porche de Ingleside, disfrutando del encanto de aquella hora en que rondan los gatos, de la dulzura de los petirrojos soñolientos que silbaban entre los arces ya en penumbra, y del baile de un grupo de narcisos agitados por el viento contra el viejo y cálido muro de ladrillo rojo del jardín.

Ana estaba sentada en los escalones, con las manos cruzadas sobre las rodillas, y tenía, en la apacible penumbra, un aire tan juvenil como puede tener derecho a tener una madre de tantos hijos; y sus hermosos ojos gris verdosos, que miraban hacia el camino del puerto, estaban tan llenos como siempre de un brillo y un ensueño inextinguibles. Detrás de ella, en la hamaca, Rilla Blythe estaba hecha un ovillo, una criaturita rolliza y regordeta de seis años, la más pequeña de los niños de Ingleside. Tenía el pelo rizado y rojo, y los ojos color avellana ahora cerrados a la manera graciosa y arrugada con que Rilla se dormía siempre.

Shirley, «el niño moreno», como lo llamaban en el «Quién es Quién» de la familia, dormía en brazos de Susan. Era moreno de pelo, moreno de ojos y moreno de piel, con las mejillas muy sonrosadas, y era el amor especial de Susan. Después de que naciera, Ana había estado muy enferma durante mucho tiempo, y Susan «hizo de madre» del pequeño con una ternura apasionada que ninguno de los otros niños, por queridos que le fueran, había llegado a despertar en ella nunca. El doctor Blythe había dicho que, de no ser por ella, el niño no habría vivido.

—Yo le di la vida tanto como usted, mi querida señora doctora — solía decir Susan—. Es tan hijo mío como suyo. Y, en efecto, era siempre a Susan a quien Shirley corría cuando se hacía daño, para que lo besara, lo meciera hasta dormirse y lo protegiera de azotainas bien merecidas. Susan había azotado concienzudamente a todos los demás hijos de los Blythe cuando le había parecido que lo necesitaban para el bien de sus almas, pero a Shirley no lo azotaba, ni dejaba que lo azotara su madre. Una vez el doctor Blythe le había

dado unos azotes, y Susan se había indignado con vehemencia tempestuosa.

—Ese hombre le daría unos azotes a un ángel, mi querida señora doctora, vaya que si se los daría —había declarado con amargura; y durante semanas no quiso hacerle una tarta al pobre doctor.

Se había llevado a Shirley con ella a casa de su hermano durante la ausencia de sus padres, mientras todos los demás niños se iban a Avonlea, y había disfrutado de tres benditos meses con él para ella sola. Con todo, Susan se alegró mucho de encontrarse de nuevo en Ingleside, con todos sus queridos niños a su alrededor otra vez. Ingleside era su mundo, y en él reinaba sin discusión. Hasta Ana rara vez ponía en duda sus decisiones, para disgusto de la señora Rachel Lynde, de Tejas Verdes, que le decía a Ana con gesto sombrío, cada vez que visitaba Four Winds, que estaba dejando que Susan se erigiera en demasiada autoridad y que ya se arrepentiría de ello.

—Ahí viene Cornelia Bryant por el camino del puerto, mi querida señora doctora —dijo Susan—. Vendrá a descargar sobre nosotras tres meses de cotilleos.

—Eso espero —dijo Ana, abrazándose las rodillas—. Me muero de hambre de cotilleos de Glen St. Mary, Susan. Espero que la señorita Cornelia pueda contarme todo lo que ha pasado mientras hemos estado fuera, *todo*: quién ha nacido, quién se ha casado, quién ha bebido; quién ha muerto, quién se ha ido, quién ha venido, quién ha reñido, quién ha perdido una vaca o quién ha encontrado novio. Es tan delicioso volver a estar en casa con toda la buena gente del Glen, y quiero saberlo todo sobre ellos. Fíjate, recuerdo que, mientras cruzaba la abadía de Westminster, me preguntaba con cuál de sus dos pretendientes especiales acabaría casándose Millicent Drew. ¿Sabes una cosa, Susan? Tengo la espantosa sospecha de que me encantan los cotilleos.

—Bueno, claro está, mi querida señora doctora —admitió Susan—, toda mujer decente gusta de oír las noticias. A mí, el caso de

Millicent Drew también me interesa bastante. Yo nunca tuve novio, y mucho menos dos, y ahora ya no me importa, porque el ser solterona no duele cuando una se acostumbra. A mí el pelo de Millicent siempre me ha parecido como si se lo hubiera recogido con una escoba. Pero a los hombres eso no parece importarles.

—Solo ven su carita bonita, picante y burlona, Susan.

—Puede muy bien ser así, mi querida señora doctora. El Buen Libro dice que engañoso es el favor y vana la hermosura, pero no me habría importado comprobarlo yo misma, si así se hubiera dispuesto. No dudo que todas seremos hermosas cuando seamos ángeles, pero ¿de qué nos servirá entonces? Ahora bien, hablando de cotilleos, dicen que la pobre señora de Harrison Miller, del otro lado del puerto, intentó ahorcarse la semana pasada.

—¡Ay, Susan!

—Cálmese, mi querida señora doctora. No lo consiguió. Pero, la verdad, no la culpo por intentarlo, porque su marido es un hombre terrible. Aunque fue una gran tontería por su parte pensar en ahorcarse y dejarle el camino libre para que se casara con otra mujer. Si yo hubiera estado en su lugar, mi querida señora doctora, me habría puesto a atormentarlo a él, para que fuera él quien intentara ahorcarse en vez de yo. No es que yo esté de acuerdo con que la gente se ahorque bajo ninguna circunstancia, mi querida señora doctora.

—Pero ¿qué le pasa a Harrison Miller? —dijo Ana con impaciencia—. Siempre está llevando a alguien al extremo.

—Bueno, unos lo llaman religión y otros lo llaman mala condición, dispénseme, mi querida señora doctora, por usar esa palabra. Parece que no se ponen de acuerdo sobre cuál de las dos es, en el caso de Harrison. Hay días en que le gruñe a todo el mundo porque cree que está predestinado al castigo eterno. Y luego hay días en que dice que no le importa, y se va y se emborracha. Mi propia opinión es que no anda bien de la cabeza, porque ninguno de esa rama de los Miller anduvo nunca bien. Su abuelo perdió el juicio.

Creía que estaba rodeado de grandes arañas negras. Le trepaban por encima y flotaban en el aire a su alrededor. Espero no volverme loca nunca, mi querida señora doctora, y no creo que lo haga, porque no es costumbre de los Baker. Pero si una Providencia todosabia lo decretara así, espero que no tome la forma de grandes arañas negras, porque a mí esos animales me repugnan. En cuanto a la señora de Miller, no sé si de verdad merece compasión o no. Hay quien dice que se casó con Harrison solo por fastidiar a Richard Taylor, lo cual me parece una razón de lo más peculiar para casarse. Pero claro, en cosas de matrimonio *yo* no soy quién para juzgar, mi querida señora doctora. Y ahí está Cornelia Bryant en la verja, así que voy a poner a este bendito niño moreno en su cama e ir a por mi labor de punto.

CAPÍTULO 2. PURO COTILLEO

—¿Dónde están los demás niños? —preguntó la señorita Cornelia, cuando terminaron los primeros saludos: cordiales por su parte, entusiastas por la de Ana y dignos por la de Susan.

—Shirley está en la cama, y Jem, Walter y las gemelas están abajo, en su querido Valle del Arco Iris —dijo Ana—. Han llegado esta misma tarde, ya sabe, y apenas han podido esperar a que acabara la cena para salir corriendo hacia el valle. Lo quieren más que a ningún otro rincón de la tierra. Ni siquiera el bosquecillo de arces les hace sombra en su cariño.

—Me temo que lo quieren demasiado —dijo Susan con pesimismo—. El pequeño Jem dijo una vez que preferiría ir al Valle del Arco Iris que al cielo cuando se muriera, y eso no fue un comentario decente.

—Supongo que lo habrán pasado en grande en Avonlea —dijo la señorita Cornelia.

—Enormemente. Marilla los mima de una manera terrible. Jem, sobre todo, no hace nada mal a sus ojos.

—La señorita Cuthbert ya debe de ser toda una anciana —dijo la señorita Cornelia, sacando su labor de punto, para no quedar en desventaja frente a Susan. La señorita Cornelia sostenía que la mujer que tenía las manos ocupadas siempre llevaba ventaja sobre la que las tenía ociosas.

—Marilla tiene ochenta y cinco años —dijo Ana con un suspiro—. Tiene el pelo blanco como la nieve. Pero, cosa curiosa, ve mejor

ahora que cuando tenía sesenta.

—Bueno, querida, me alegro muchísimo de que hayáis vuelto todos. He estado terriblemente sola. Pero en el Glen no nos hemos aburrido, créeme. En mis tiempos no ha habido una primavera tan movida, al menos por lo que toca a la iglesia. Por fin nos hemos asentado con un pastor, Ana, querida.

—El reverendo John Knox Meredith, mi querida señora doctora —dijo Susan, decidida a no dejar que fuera la señorita Cornelia quien contara todas las noticias.

—¿Es agradable? —preguntó Ana con interés.

La señorita Cornelia suspiró y Susan gimió.

—Sí, es agradable de sobra, si con eso bastara —dijo la primera—. Es *muy* agradable, y muy culto, y muy espiritual. Pero, ay, Ana, querida, no tiene ni pizca de sentido común.

—Entonces, ¿cómo es que lo llamaron?

—Bueno, no hay duda de que es, con mucho, el mejor predicador que hemos tenido nunca en la iglesia de Glen St. Mary —dijo la señorita Cornelia, virando el rumbo un poco—. Supongo que es porque es tan soñador y despistado que nunca lo llamaron de una parroquia de ciudad. Su sermón de prueba fue sencillamente maravilloso, créeme. Todo el mundo se volvió loco con él, y con su aspecto también.

—Es *muy* apuesto, mi querida señora doctora, y, bien mirado, a mí *sí que* me gusta ver a un hombre de buena planta en el púlpito —terció Susan, pensando que ya era hora de hacerse valer de nuevo.

—Además —dijo la señorita Cornelia—, teníamos ganas de asentarnos de una vez. Y el señor Meredith fue el primer candidato en el que todos estuvimos de acuerdo. A todos los demás alguien les ponía alguna pega. Se habló de llamar al señor Folsom. También era buen predicador, pero a la gente, no se sabe por qué, no le convencía su aspecto. Era demasiado moreno y de facciones untuosas.

—Parecía exactamente un gran gato negro, eso es lo que parecía, mi querida señora doctora —dijo Susan—. Yo jamás habría podido soportar a un hombre así en el púlpito todos los domingos.

—Luego vino el señor Rogers, y era como una mota en las gachas: ni bien ni mal —prosiguió la señorita Cornelia—. Pero aunque hubiera predicado como san Pedro y san Pablo, de nada le habría servido, porque justo aquel día se le metieron en la iglesia las ovejas del viejo Caleb Ramsay y soltaron un sonoro «beee» justo cuando anunciaba el texto. Todo el mundo se rio, y el pobre Rogers ya no tuvo ninguna oportunidad después de eso. Algunos pensaron que deberíamos llamar al señor Stewart, porque era muy instruido. Podía leer el Nuevo Testamento en cinco idiomas.

—Pero no creo que por eso tuviera más segura la entrada en el cielo que los demás —terció Susan.

—A la mayoría no nos gustaba su manera de predicar —dijo la señorita Cornelia, sin hacerle caso a Susan—. Hablaba a gruñidos, por así decirlo. Y el señor Arnett no sabía predicar *en absoluto*. Y encima eligió, para su sermón de prueba, uno de los peores textos que hay en toda la Biblia: «Maldecid a Meroz».

—Cada vez que se quedaba sin ideas, daba un golpe en la Biblia y gritaba con mucha amargura: «Maldecid a Meroz». El pobre Meroz quedó bien maldecido aquel día, fuera quien fuese, mi querida señora doctora —dijo Susan.

—El pastor que hace las pruebas nunca tendrá bastante cuidado con el texto que elige —dijo la señorita Cornelia con solemnidad—. Creo que al señor Pierson lo habrían llamado si hubiera escogido otro texto. Pero cuando anunció «Alzaré mis ojos a los montes», *ya* no tuvo nada que hacer. Todo el mundo sonrió, porque todos sabían que esas dos chicas Hill, de Harbour Head, llevaban quince años echándole el ojo a todos y cada uno de los pastores solteros que venían al Glen. Y el señor Newman tenía una familia demasiado numerosa.

—Se alojó en casa de mi cuñado, James Clow —dijo Susan—. «¿Cuántos hijos tiene usted?», le pregunté yo. «Nueve chicos y una hermana para cada uno», me dijo. «¡Dieciocho!», exclamé yo. «Válgame Dios, menuda familia». Y entonces él se rio y se rio. Pero no sé de qué, mi querida señora doctora, y estoy segura de que dieciocho hijos serían demasiados para cualquier casa parroquial.

—Solo tenía diez hijos, Susan —explicó la señorita Cornelia con paciencia desdeñosa—. Y diez hijos buenos no serían mucho peor para la casa parroquial y la congregación que los cuatro que hay ahora. Aunque no diría yo, Ana, querida, que estos sean tan malos tampoco. A mí me gustan, le gustan a todo el mundo. Es imposible que no te gusten. Serían unas almitas muy majas si hubiera alguien que les cuidara los modales y les enseñara lo que está bien y lo que no. Por ejemplo, en la escuela la maestra dice que son unos niños modélicos. Pero en casa se vuelven salvajes.

—¿Y la señora Meredith? —preguntó Ana.

—No hay *ninguna* señora Meredith. Ese es justo el problema. El señor Meredith es viudo. Su mujer murió hace cuatro años. Si lo hubiéramos sabido, no creo que lo hubiéramos llamado, porque un viudo es todavía peor para una congregación que un soltero. Pero se le oyó hablar de sus hijos y todos supusimos que también habría una madre. Y cuando llegaron, no había nadie más que la vieja tía Martha, como la llaman. Es prima de la madre del señor Meredith, según creo, y él la acogió para librarla del asilo de pobres. Tiene setenta y cinco años, es medio ciega, muy sorda y muy cascarrabias.

—Y muy mala cocinera, mi querida señora doctora.

—La peor administradora posible para una casa parroquial —dijo la señorita Cornelia con amargura—. El señor Meredith no quiere tomar a otra ama de llaves porque dice que heriría los sentimientos de la tía Martha. Ana, querida, créeme, el estado de esa casa parroquial es algo terrible. Todo está cubierto de polvo y nada está nunca en su sitio. ¡Y con lo bien que la habíamos pintado y empapelado antes de que llegaran!

—¿Dice que son cuatro niños? —preguntó Ana, que ya empezaba a hacerse un poco su madre en el corazón.

—Sí. Van subiendo como los peldaños de una escalera. Gerald es el mayor. Tiene doce años y lo llaman Jerry. Es un chico listo. Faith tiene once. Es un marimacho de tomo y lomo, pero guapa como una muñeca, todo hay que decirlo.

—Parece un ángel, pero es un demonio de traviesa, mi querida señora doctora —dijo Susan con solemnidad—. Estuve en la casa parroquial una noche de la semana pasada, y la señora de James Millison también estaba allí. Les había llevado una docena de huevos y un cubito de leche, un cubito *bien* pequeño, mi querida señora doctora. Faith los cogió y bajó volando a la bodega con ellos. Cerca del final de la escalera se le trabó el pie y se cayó rodando el resto del camino, con leche, huevos y todo. Ya se imaginará usted el resultado, mi querida señora doctora. Pero la niña se levantó riéndose. «No sé si soy yo o un pastel de natillas», dijo. Y la señora de James Millison se puso furiosa. Dijo que no volvería a llevar nada más a la casa parroquial si se iba a desperdiciar y destrozar de esa manera.

—A Maria Millison nunca le ha hecho daño llevar cosas a la casa parroquial —resopló la señorita Cornelia—. Esa noche solo las llevó como excusa para curiosear. Pero la pobre Faith siempre se está metiendo en líos. Es tan alocada e impulsiva.

—Igual que yo. Me va a caer bien esa Faith suya —dijo Ana con decisión.

—Está llena de arrestos, y a mí los arrestos me gustan, mi querida señora doctora —admitió Susan.

—Tiene algo que atrapa —concedió la señorita Cornelia—. Nunca la ves sino riendo, y de alguna manera siempre te dan ganas de reír también a ti. Ni en la iglesia consigue poner cara seria. Una tiene diez años; es una cosita dulce, no guapa, pero dulce. Y Thomas Carlyle tiene nueve. Lo llaman Carl, y tiene una manía tremenda por coleccionar sapos, bichos y ranas, y traérselos a casa.

—Supongo que él fue el responsable de la rata muerta que había en una silla del salón la tarde en que vino de visita la señora Grant. Le dio un susto de muerte —dijo Susan—, y no me extraña, porque los salones de las casas parroquiales no son sitio para ratas muertas. Aunque bien pudo dejarla allí el gato. *Ese* tiene tanto del diablo metido en el cuerpo como se puede tener, mi querida señora doctora. En mi opinión, un gato de casa parroquial debería, al menos, *parecer* respetable, sea lo que sea en realidad. Pero nunca he visto una bestia de aspecto tan calavera. Y casi todas las tardes, a la puesta de sol, se pasea por la cumbrera del tejado de la casa parroquial, agitando la cola, y eso no es nada decoroso.

—Lo peor de todo es que *nunca* van decentemente vestidos —suspiró la señorita Cornelia—. Y desde que se fue la nieve, van a la escuela descalzos. Ahora bien, ya sabes tú, Ana, querida, que eso no está bien para unos niños de casa parroquial, sobre todo cuando la niña pequeña del pastor metodista lleva siempre unas botitas de botones tan bonitas. Y *ya* me gustaría a mí que no jugaran en el viejo cementerio metodista.

—Es muy tentador, estando justo al lado de la casa parroquial —dijo Ana—. Siempre he pensado que los cementerios deben de ser sitios encantadores para jugar.

—Ay, no, usted no ha pensado eso nunca, mi querida señora doctora —dijo la leal Susan, decidida a proteger a Ana de sí misma—. Usted tiene demasiado buen juicio y decoro.

—Pero, para empezar, ¿por qué construyeron esa casa parroquial junto al cementerio? —preguntó Ana—. Su jardín es tan pequeño que no tienen otro sitio donde jugar más que el cementerio.

—*Sí* que fue un error —admitió la señorita Cornelia—. Pero consiguieron el terreno barato. Y a ningún otro niño de casa parroquial se le había ocurrido nunca jugar allí. El señor Meredith no debería permitirlo. Pero cuando está en casa, siempre tiene la nariz metida en un libro. Lee y lee, o se pasea por su estudio como en un sueño despierto. Hasta ahora no se le ha olvidado ir a la iglesia los

domingos, pero dos veces se le ha olvidado la reunión de oración, y uno de los ancianos ha tenido que ir a la casa parroquial a recordárselo. Y se le olvidó la boda de Fanny Cooper. Lo llamaron por teléfono y entonces fue corriendo, tal cual estaba, con zapatillas de andar por casa y todo. A una no le importaría tanto si los metodistas no se rieran tanto de eso. Pero hay un consuelo: no pueden criticarle los sermones. Se despierta en cuanto sube al púlpito, créeme. Y el pastor metodista no sabe predicar en absoluto, según dicen. Yo no lo he oído nunca, gracias a Dios.

El desdén de la señorita Cornelia hacia los hombres se había suavizado algo desde su boda, pero su desdén hacia los metodistas seguía sin la menor mancha de caridad. Susan sonrió con malicia.

—Dicen por ahí, señora Marshall Elliott, que los metodistas y los presbiterianos andan hablando de unirse —dijo.

—Bueno, lo único que espero es estar ya bajo tierra el día que eso llegue a pasar —replicó la señorita Cornelia—. Yo jamás tendré tratos ni comercio con los metodistas, y el señor Meredith ya verá que más le vale mantenerse alejado de ellos también. Es demasiado sociable con ellos, créeme. Fíjate, fue a la cena de las bodas de plata de los Jacob Drew y se metió en un buen lío por eso.

—¿Qué pasó?

—La señora Drew le pidió que trinchara el ganso asado, porque Jacob Drew nunca supo ni pudo trincar. Pues bien, el señor Meredith se puso a la tarea, y en el proceso lo lanzó del plato directo al regazo de la señora Reese, que estaba sentada a su lado. Y él va y dice, como en las nubes: «Señora Reese, ¿tendría usted la bondad de devolverme ese ganso?». La señora Reese se lo «devolvió», mansa como Moisés, pero debía de estar furiosa, porque llevaba puesto su vestido nuevo de seda. Y lo peor de todo es que era metodista.

—Pero yo creo que eso es mejor que si hubiera sido presbiteriana —terció Susan—. Si hubiera sido presbiteriana, lo más probable es que hubiera dejado la iglesia, y no nos podemos permitir perder

feligreses. Y a la señora Reese no la quieren mucho en su propia iglesia, porque se da unos aires tremendos, así que a los metodistas hasta les habrá dado gusto que el señor Meredith le estropeará el vestido.

—La cuestión es que hizo el ridículo, y a *mí*, desde luego, no me gusta ver a mi pastor en ridículo delante de los metodistas —dijo la señorita Cornelia con rigidez—. Si hubiera tenido esposa, no habría pasado.

—No veo cómo, aunque hubiera tenido una docena de esposas, habrían podido impedir que la señora Drew sirviera aquel ganso viejo y correoso en el banquete de bodas —dijo Susan con obstinación.

—Dicen que eso fue cosa de su marido —dijo la señorita Cornelia—. Jacob Drew es una criatura vanidosa, tacaña y mandona.

—Y también dicen que él y su mujer se detestan, lo cual no me parece a mí la manera correcta de llevarse los matrimonios. Pero claro, yo de eso no tengo experiencia —dijo Susan, echando la cabeza hacia atrás—. Y yo no soy de las que echan siempre toda la culpa a los hombres. La señora Drew ya es bastante mezquina de por sí. Dicen que lo único que se le conoció regalar en su vida fue un cuenco de mantequilla hecha con nata en la que se había caído una rata. Lo llevó a una fiesta benéfica de la iglesia. Nadie se enteró de lo de la rata hasta después.

—Por suerte, toda la gente a la que han ofendido los Meredith hasta ahora son metodistas —dijo la señorita Cornelia—. Ese Jerry fue a la reunión de oración metodista una noche, hará cosa de quince días, y se sentó al lado del viejo William Marsh, que se levantó, como de costumbre, y dio testimonio entre gemidos espantosos. «¿Ya se siente usted mejor?», le susurró Jerry cuando William volvió a sentarse. El pobre Jerry quería ser compasivo, pero el señor Marsh pensó que le estaba faltando al respeto, y está furioso con él. Claro que Jerry no tenía nada que hacer en una reunión de oración metodista. Pero esos van adonde les da la gana.

—Espero que no vayan a ofender a la señora Alec Davis, de Harbour Head —dijo Susan—. Tengo entendido que es una mujer muy susceptible, pero tiene mucho dinero y es quien más aporta al sueldo del pastor. He oído decir que dice que los Meredith son los niños peor educados que ha visto en su vida.

—Cada palabra que dice usted me convence más y más de que los Meredith pertenecen a la raza que conoce a José —dijo doña Ana con decisión.

—Bien mirado, *sí que* pertenecen —admitió la señorita Cornelia—. Y eso lo compensa todo. En fin, ya los tenemos, así que no queda más que hacer lo que podamos por ellos y defenderlos delante de los metodistas. Bueno, supongo que ya debo irme hacia el puerto. Marshall no tardará en volver a casa —hoy se fue al otro lado del puerto— y querrá su cena, como buen hombre. Siento no haber visto a los demás niños. ¿Y el doctor, dónde está?

—Arriba, en Harbour Head. Solo llevamos tres días en casa, y en ese tiempo ha pasado tres horas en su propia cama y ha comido dos veces en su propia casa.

—Bueno, todos los que han estado enfermos estas últimas seis semanas lo han estado esperando, y no los culpo. Cuando aquel médico del otro lado del puerto se casó con la hija del enterrador de Lowbridge, la gente empezó a desconfiar de él. No quedaba nada bien. Tú y el doctor tenéis que venir pronto a contarnos todo sobre el viaje. Supongo que lo habréis pasado estupendamente.

—Sí que lo hemos pasado bien —convino Ana—. Fue el cumplimiento de años de sueños. El viejo mundo es muy hermoso y muy maravilloso. Pero hemos vuelto muy satisfechos con nuestra propia tierra. Canadá es el país más hermoso del mundo, señorita Cornelia.

—Nadie lo ha dudado nunca —dijo la señorita Cornelia, con aire de suficiencia.

—Y la vieja Isla del Príncipe Eduardo es la provincia más hermosa de todas, y Four Winds el rincón más hermoso de la isla —rio Ana,

mirando con adoración el esplendor del atardecer sobre el valle, el puerto y el golfo. Le hizo un gesto con la mano hacia todo aquello—. No vi nada más bonito que eso en toda Europa, señorita Cornelia. ¿Tiene que irse ya? Los niños sentirán haberla perdido.

—Que vengan pronto a verme. Diles que el tarro de las rosquillas siempre está lleno.

—Ah, en la cena estaban planeando una invasión a su casa —dijo Ana—. Irán pronto; pero ahora tienen que asentarse otra vez en la escuela. Y las gemelas van a empezar a tomar clases de música.

—No con la mujer del pastor metodista, espero —dijo la señorita Cornelia con inquietud.

—No, con Rosemary West. Ayer por la tarde fui a arreglarlo con ella. ¡Qué chica tan guapa es!

—Rosemary se conserva bien. Ya no es tan joven como antes.

—A mí me pareció muy encantadora. Nunca la he tratado de verdad, ¿sabe? Su casa está tan apartada, y apenas la veo, salvo en la iglesia.

—A la gente siempre le ha caído bien Rosemary West, aunque no la entiendan —dijo la señorita Cornelia, sin darse cuenta ni por asomo del gran elogio que le estaba haciendo al encanto de Rosemary—. Ellen siempre la ha tenido sometida, por así decirlo. La ha tiranizado, y sin embargo siempre le ha consentido de muchas maneras. Rosemary estuvo prometida una vez, ¿sabes?, con el joven Martin Crawford. Su barco naufragó en las Magdalenas y toda la tripulación se ahogó. Rosemary era casi una niña, solo tenía diecisiete años. Pero nunca volvió a ser la misma después de aquello. Ella y Ellen se han quedado muy recogidas en casa desde que murió su madre. No suelen ir a su propia iglesia de Lowbridge, y tengo entendido que a Ellen no le parece bien ir demasiado a menudo a una iglesia presbiteriana. A la metodista *nunca* va, eso hay que reconocérselo. Esa familia de los West siempre han sido episcopalianos convencidos. Rosemary y Ellen están bastante bien de posición. Rosemary no necesita de verdad dar clases de música.

Lo hace porque le gusta. Son parientes lejanos de Leslie, ¿sabes? ¿Vienen los Ford al puerto este verano?

—No. Se van de viaje a Japón y probablemente estarán fuera un año. La nueva novela de Owen va a estar ambientada en Japón. Este será el primer verano que la querida vieja casa de ensueño quede vacía desde que la dejamos nosotros.

—A mí me parece que Owen Ford tendría de sobra sobre qué escribir aquí en Canadá, sin necesidad de arrastrar a su mujer y a sus inocentes hijos a un país de paganos como Japón —refunfuñó la señorita Cornelia—. *El libro de la vida* fue el mejor que ha escrito nunca, y el material lo sacó aquí mismo, en Four Winds.

—El capitán Jim le dio la mayor parte de aquello, ¿sabe usted? Y él lo fue recogiendo por todo el mundo. Pero yo creo que todos los libros de Owen son deliciosos.

—Ah, ya son bastante buenos, dentro de lo que son. Yo me hago un deber de leerme todo lo que escribe, aunque siempre he sostenido, Ana, querida, que leer novelas es un pecaminoso desperdicio de tiempo. Le voy a escribir para decirle mi opinión sobre este asunto de Japón, créeme. ¿Es que quiere convertir a Kenneth y a Persis en un par de paganos?

Y con este enigma sin respuesta posible, la señorita Cornelia se marchó. Susan se dispuso a acostar a Rilla, y Ana se quedó sentada en los escalones del porche, bajo las primeras estrellas, soñando sus sueños incorregibles y aprendiendo de nuevo, por centésima vez feliz, qué esplendor y qué brillo podía tener la salida de la luna sobre el puerto de Four Winds.

CAPÍTULO 3. LOS NIÑOS DE INGLESIDE

De día, a los niños Blythe les encantaba jugar entre los verdes ricos y suaves y las sombras del gran arcedal que se extendía entre Ingleside y el estanque de Glen St. Mary; pero para los jolgorios del atardecer no había lugar como el vallecito que quedaba detrás del arcedal. Para ellos era un reino de hadas y de romance. Una vez, mirando desde las ventanas del desván de Ingleside, a través de la bruma y los rescoldos de una tormenta veraniega, habían visto el lugar querido arqueado por un arco iris glorioso, uno de cuyos extremos parecía hundirse en línea recta justo donde un rincón del estanque se remansaba en el extremo inferior del valle.

—Llamémoslo el Valle del Arco Iris —dijo Walter con deleite, y el Valle del Arco Iris fue desde entonces.

Fuera del Valle del Arco Iris el viento podía ser retozón y bullicioso. Aquí siempre soplaba con mansedumbre. Pequeños senderos de hadas serpenteaban aquí y allá sobre raíces de abeto acolchadas de musgo. Cerezos silvestres, que en la época de la floración se cubrían de un blanco brumoso, salpicaban todo el valle, mezclándose con los oscuros abetos. Un arroyuelo de aguas ambarinas lo atravesaba viniendo de la aldea del Glen. Las casas de la aldea quedaban a una distancia cómoda; solo en el extremo superior del valle había una casita ruinoso y abandonada, a la que llamaban «la vieja casa de los Bailey». Llevaba muchos años deshabitada, pero un dique cubierto de hierba la rodeaba, y dentro había un jardín antiguo donde los niños de Ingleside podían encontrar violetas y margaritas, y azucenas de junio que aún

florecieron en su época. Por lo demás, el jardín estaba cubierto de alcaravea, que se mecía y espumaba al claro de luna de las noches de verano como mares de plata.

Hacia el sur se extendía el estanque, y más allá la distancia madura se perdía en bosques purpúreos, salvo donde, en una colina alta, una vieja casa solitaria y gris dominaba con la vista el Glen y el puerto. Había en el Valle del Arco Iris cierta agreste silvestría y soledad que, pese a su cercanía a la aldea, lo hacía querido para los niños de Ingleside.

El valle estaba lleno de hondonadas queridas y amigables, y la mayor de ellas era su rincón favorito. Allí estaban reunidos aquella tarde en particular. Había en esa hondonada un bosquecillo de abetos jóvenes, con un diminuto claro de hierba en su corazón, que se abría a la orilla del arroyo. Junto al arroyo crecía un abedul plateado, una cosa joven e increíblemente recta a la que Walter había puesto por nombre «la Dama Blanca». En aquel claro estaban también los «Árboles Enamorados», como llamaba Walter a un abeto y un arce que crecían tan pegados que sus ramas se entrelazaban inextricablemente. Jem había colgado en los Árboles Enamorados una vieja ristra de cascabeles de trineo que le había regalado el herrero del Glen, y cada brisa que pasaba arrancaba de ella súbitos tintineos de hada.

—¡Qué bien sienta estar de vuelta! —dijo Nan—. Al fin y al cabo, ninguno de los lugares de Avonlea es tan bonito como el Valle del Arco Iris.

Pero, con todo, sentían mucho cariño por los lugares de Avonlea. Una visita a Tejas Verdes se consideraba siempre un gran placer. La tía Marilla era muy buena con ellos, y también lo era la señora Rachel Lynde, que empleaba el ocio de su vejez en tejer colchas de urdimbre de algodón para el día en que las hijas de Ana necesitasen su «ajuar». Había también alegres compañeros de juego allí: los hijos del «tío» Davy y los hijos de la «tía» Diana. Conocían todos los rincones que tanto había amado su madre en su niñez en la vieja Tejas Verdes: el largo Sendero de los Enamorados, bordeado de

rosales silvestres en la época de su floración, el patio siempre pulcro, con sus sauces y álamos, la Burbuja de la Dríada, tan clara y hermosa como antaño, el Lago de las Aguas Refulgentes y Willowmere. Las gemelas dormían en el viejo cuarto del hastial del porche que había sido de su madre, y la tía Marilla solía entrar de noche, cuando creía que estaban dormidas, a recrearse contemplándolas. Pero todos sabían que a quien más quería era a Jem.

Jem estaba en ese momento muy ocupado friendo un buen puñado de truchas pequeñas que acababa de pescar en el estanque. Su cocina consistía en un círculo de piedras enrojecidas con fuego encendido dentro, y sus utensilios culinarios eran una vieja lata martilleada hasta aplanarla y un tenedor al que solo le quedaba una púa. Y sin embargo, con aquello se habían preparado ya, más de una vez, comidas de rechupete.

Jem era el hijo de la casa de ensueño. Todos los demás habían nacido en Ingleside. Tenía el pelo rizado y rojo de su madre, y los ojos francos, color avellana, de su padre; tenía la nariz fina de su madre y la boca serena y socarrona de su padre. Y era el único de la familia cuyas orejas eran lo bastante bonitas para satisfacer a Susan. Pero mantenía con Susan una guerra declarada porque ella se negaba a dejar de llamarlo «el pequeño Jem». Era indignante, pensaba Jem, que ya tenía trece años. Su madre tenía más sentido común.

—*No soy pequeño ya, mamá* —había exclamado indignado, el día que cumplió ocho años—. *Soy tremendamente grande.*

Su madre había suspirado, y reído, y vuelto a suspirar; y nunca más volvió a llamarlo «el pequeño Jem», al menos no delante de él.

Era, y siempre había sido, un chiquillo robusto y de fiar. Nunca rompía una promesa. No era gran hablador. Sus maestros no lo tenían por brillante, pero era un buen estudiante en todo. Nunca daba nada por sabido; siempre le gustaba comprobar por sí mismo la verdad de una afirmación. Una vez Susan le había dicho que si

tocaba con la lengua un pestillo cubierto de escarcha, se le desollaría toda la piel. Jem lo había hecho de inmediato, «solo para ver si era verdad». Comprobó que lo era, al precio de tener la lengua muy dolorida durante varios días. Pero Jem no lamentaba sufrir en aras de la ciencia. A fuerza de experimentar y observar sin descanso, aprendió muchísimo, y sus hermanos y hermanas encontraban maravilloso lo mucho que sabía de su pequeño mundo. Jem sabía siempre dónde crecían las primeras y más maduras moras, dónde despertaban tímidamente del sueño invernal las primeras violetas pálidas, y cuántos huevos azules había en tal o cual nido de petirrojo del arcedal. Sabía leer la fortuna en los pétalos de las margaritas y chupar la miel de los tréboles rojos, y desenterrar toda clase de raíces comestibles en las orillas del estanque, mientras Susan vivía con el temor cotidiano de que todos acabaran envenenados. Sabía dónde encontrar la mejor goma de abeto, en nudos de ámbar pálido sobre la corteza cubierta de liquen; sabía dónde crecían más espesas las avellanas en los hayedos que rodeaban Harbour Head, y cuáles eran los mejores sitios para pescar truchas río arriba. Sabía imitar el reclamo de cualquier ave o bestia salvaje de Four Winds, y conocía la guarida de cada flor silvestre desde la primavera hasta el otoño.

Walter Blythe estaba sentado bajo la Dama Blanca, con un tomo de poemas a su lado, pero no leía. Miraba ora los sauces brumosos de esmeralda junto al estanque, ora una bandada de nubes, como corderillos de plata, arreadas por el viento, que iban a la deriva sobre el Valle del Arco Iris, con arrobamiento en sus ojos anchos y espléndidos. Los ojos de Walter eran algo verdaderamente maravilloso. Toda la alegría y la pena, la risa, la lealtad y el anhelo de muchas generaciones que yacían bajo el césped se asomaban desde sus profundidades gris oscuro.

Walter era, en cuanto al físico, lo que por allí llamaban «un salto fuera de la parentela»: no se parecía a ningún pariente conocido. Era, con mucho, el más guapo de los niños de Ingleside, con el pelo negro y liso y las facciones de trazo fino. Pero había heredado toda la viva imaginación de su madre y su apasionado amor por la belleza. La escarcha del invierno, la promesa de la primavera, el

sueño del verano y el hechizo del otoño significaban mucho para Walter.

En la escuela, donde Jem era todo un cacique, a Walter no se lo tenía en gran estima. Se lo consideraba «afeminado» y blandengue, porque nunca se peleaba y rara vez participaba en los juegos escolares, prefiriendo recogerse solo en rincones apartados a leer libros, sobre todo «libros de poesía». Walter adoraba a los poetas y se enfrascaba en sus páginas desde que aprendió a leer. La música de esos versos se fue tejiendo en su alma en formación: la música de los inmortales. Walter alimentaba la ambición de ser poeta él mismo algún día. La cosa era posible. Cierta tía Paul —así llamado por cortesía—, que vivía ahora en aquel reino misterioso llamado «los Estados», era el modelo de Walter. El tío Paul había sido en tiempos un colegial de Avonlea, y ahora se leía su poesía en todas partes. Pero los chicos de la escuela del Glen no sabían nada de los sueños de Walter, y de haberlo sabido no les habría impresionado gran cosa. Pese a su falta de arrestos físicos, sin embargo, se ganaba un respeto a regañadientes por su facultad de «hablar como un libro». Nadie en la escuela de Glen St. Mary sabía hablar como él. «Suenas como un predicador», dijo un chico; y por eso, en general, lo dejaban en paz y no lo perseguían, como sí ocurría con la mayoría de los chicos de quienes se sospechaba que no les gustaban los puñetazos, o que les tenían miedo.

Las gemelas de Ingleside, de diez años, rompían la tradición de los mellizos por no parecerse ni pizca. Anne, a quien todos llamaban Nan, era muy bonita, con ojos aterciopelados color castaño y pelo sedoso también castaño. Era una damisela alegre y delicada: Blythe de apellido y *blithe* —alegre— de natural, había dicho una de sus maestras. Su cutis era del todo impecable, para gran satisfacción de su madre.

—Qué contenta estoy de tener una hija que puede vestir de rosa —solía decir la señora Blythe con alborozo.

Diana Blythe, a quien llamaban Di, se parecía mucho a su madre, con ojos gris verdosos que siempre brillaban con un lustre y una

viveza peculiares al anochecer, y el pelo rojo. Quizá por eso era la preferida de su padre. Ella y Walter eran compinches especiales; Di era la única a quien él leía alguna vez los versos que escribía, la única que sabía que estaba trabajando en secreto en un poema épico que se parecía notablemente a «Marmion» en algunas cosas, si no en otras. Ella guardaba todos los secretos de él, incluso ante Nan, y le contaba a él todos los suyos.

—¿No tendrás pronto listo ese pescado, Jem? —dijo Nan, olisqueando con su naricilla delicada—. El olor me da un hambre horrorosa.

—Ya casi están —dijo Jem, dándole a una un giro diestro—. Sacad el pan y los platos, chicas. Walter, despierta.

—Cómo brilla el aire esta noche —dijo Walter con aire soñador. No es que él tampoco despreciase la trucha frita, ni mucho menos; pero para Walter el alimento del alma siempre iba primero—. El ángel de las flores ha estado hoy caminando por el mundo, llamando a las flores. Puedo ver sus alas azules en aquella colina, junto al bosque.

—Las alas de ángel que yo he visto siempre eran blancas —dijo Nan.

—Las del ángel de las flores no lo son. Son de un azul pálido y brumoso, igual que la neblina del valle. Ay, cómo me gustaría poder volar. Debe de ser glorioso.

—A veces sí que se vuela en sueños —dijo Di.

—Yo nunca sueño exactamente que vuelo —dijo Walter—. Pero muchas veces sueño que me elevo del suelo sin más y floto por encima de las cercas y los árboles. Es delicioso... y siempre pienso: «Esta vez *no* es un sueño, como ha sido siempre antes. *Esta* vez es real»; y entonces, después de todo, me despierto, y es desgarrador.

—Date prisa, Nan —ordenó Jem.

Nan había sacado la mesa de banquete —una mesa literal, además de figurada— sobre la cual se habían comido en el Valle del Arco Iris muchos festines, sazonados como no lo estaba ningún

manjar en ninguna otra parte. Se convertía en mesa apoyándola sobre dos grandes piedras cubiertas de musgo. Los periódicos hacían de mantel, y platos rotos y tazas sin asa desechados por Susan servían de vajilla. De una caja de hojalata escondida en la raíz de un abeto, Nan sacó pan y sal. El arroyo daba un agua de cristal sin igual. Por lo demás, había cierta salsa, compuesta de aire fresco y apetito juvenil, que daba a todo un sabor divino. Sentarse en el Valle del Arco Iris, bañado en un crepúsculo mitad de oro, mitad de amatista, cargado de los olores del abeto balsámico y de las cosas silvestres en todo su vigor primaveral, con las pálidas estrellas de las flores de fresa silvestre alrededor de uno, y con el murmullo del viento y el tintineo de los cascabeles en las copas que se mecían, y comer trucha frita y pan seco, era algo que los poderosos de la tierra podrían haberles envidiado.

—Sentaos —invitó Nan, mientras Jem colocaba en la mesa su bandeja de hojalata con las truchas chisporroteando—. Te toca a ti decir la bendición, Jem.

—Yo ya he hecho mi parte friendo la trucha —protestó Jem, que detestaba decir la bendición—. Que la diga Walter. A él *le gusta* decirla. Y córtala corta además, Walt. Me muero de hambre.

Pero Walter no dijo bendición alguna, ni corta ni larga, en ese momento. Sobrevino una interrupción.

—¿Quién baja por la cuesta de la casa parroquial? —dijo Di.

CAPÍTULO 4. LOS NIÑOS DE LA CASA PARROQUIAL

La tía Martha podía ser, y era, una pésima ama de casa; el reverendo John Knox Meredith podía ser, y era, un hombre muy distraído e indulgente. Pero no se podía negar que había algo muy hogareño y entrañable en la casa parroquial de Glen St. Mary, pese a su desorden. Hasta las amas de casa más críticas del Glen lo sentían así, y sin darse cuenta suavizaban su juicio por ello. Quizá su encanto se debiera en parte a circunstancias fortuitas: las enredaderas exuberantes que se agolpaban sobre sus muros grises de tablas, las acacias y los bálsamos de Galaad amistosos que la rodeaban con la familiaridad de un viejo conocido, y las hermosas vistas del puerto y las dunas desde sus ventanas delanteras. Pero todo eso ya estaba allí en tiempos del predecesor del señor Meredith, cuando la casa parroquial había sido la más estirada, la más pulcra y la más triste del Glen. Así que buena parte del mérito había que atribuírselo a la personalidad de sus nuevos moradores. Había en ella un ambiente de risas y camaradería; las puertas estaban siempre abiertas; y el mundo de dentro y el de fuera se daban la mano. El amor era la única ley en la casa parroquial de Glen St. Mary.

La gente de su congregación decía que el señor Meredith malcriaba a sus hijos. Muy probablemente así era. Lo cierto es que no soportaba regañarlos. «No tienen madre», se decía a sí mismo con un suspiro, cuando alguna travesura especialmente flagrante se

le imponía a la vista. Pero no sabía ni la mitad de lo que hacían. Pertenecía a la secta de los soñadores. Las ventanas de su despacho daban al cementerio, pero mientras iba y venía por la habitación, reflexionando profundamente sobre la inmortalidad del alma, no tenía ni idea de que Jerry y Carl jugaban a la pídola, muertos de risa, sobre las losas de aquella morada de metodistas difuntos. Al señor Meredith le asaltaba de vez en cuando la aguda certeza de que sus hijos no estaban tan bien atendidos, ni física ni moralmente, como lo habían estado antes de morir su esposa, y siempre tenía una vaga sospecha de que la casa y las comidas eran muy distintas bajo el gobierno de la tía Martha de lo que habían sido bajo el de Cecilia. Por lo demás, vivía en un mundo de libros y abstracciones; y por eso, aunque su ropa rara vez se cepillaba, y aunque las amas de casa del Glen concluían, por la palidez marfileña de sus facciones bien perfiladas y sus manos delgadas, que nunca comía lo suficiente, no era un hombre infeliz.

Si alguna vez un cementerio pudo llamarse alegre, ese era el viejo cementerio metodista de Glen St. Mary. El cementerio nuevo, al otro lado de la iglesia metodista, era un lugar pulcro, correcto y lúgubre; pero el viejo llevaba tanto tiempo abandonado a los cuidados benévolos y generosos de la naturaleza que se había vuelto muy agradable.

Lo rodeaba por tres lados un dique de piedra y césped, coronado por una empalizada gris y desvencijada. Fuera del dique crecía una hilera de altos abetos de ramas espesas y balsámicas. El dique, construido por los primeros colonos del Glen, tenía ya edad suficiente para ser hermoso, con musgos y cosas verdes brotando de sus grietas, violetas que empurpuraban su base en los primeros días de primavera, y ásteres y varas de oro que formaban una gloria otoñal en sus rincones. Pequeños helechos se agrupaban amistosamente entre sus piedras, y aquí y allá crecía un helecho de mayor tamaño.

En el lado este no había ni cerca ni dique. Allí el cementerio se deshilachaba en una joven plantación de abetos, que avanzaba cada

vez más cerca de las tumbas y se espesaba hacia el este hasta convertirse en un bosque tupido. El aire estaba siempre lleno de las voces de arpa del mar y de la música de los viejos árboles grises, y en las mañanas de primavera los coros de pájaros en los olmos que rodeaban las dos iglesias cantaban de vida, no de muerte. A los niños Meredith les encantaba el viejo cementerio.

La hiedra de ojos azules, la «píceca de jardín» y la menta crecían sin freno sobre las tumbas hundidas. Los arándanos crecían con profusión en el rincón arenoso junto al bosque de abetos. Allí se encontraban las modas de lápidas de tres generaciones, desde las losas planas y alargadas de arenisca roja de los primeros colonos, pasando por la época de los sauces llorones y las manos entrelazadas, hasta las últimas monstruosidades de altos «monumentos» y urnas cubiertas de paños. Una de estas últimas, la más grande y la más fea del cementerio, estaba consagrada a la memoria de cierto Alec Davis, nacido metodista, que había tomado por esposa a una presbiteriana del clan de los Douglas. Ella lo había hecho convertirse al presbiterianismo y lo mantuvo a raya en la fe presbiteriana toda su vida. Pero cuando él murió, ella no se atrevió a condenarlo a una tumba solitaria en el cementerio presbiteriano al otro lado del puerto. Toda su familia estaba enterrada en el cementerio metodista; así que Alec Davis volvió a los suyos en la muerte, y su viuda se consoló erigiendo un monumento que costó más de lo que ningún metodista habría podido permitirse. Los niños Meredith lo odiaban, sin saber muy bien por qué, pero adoraban las viejas losas planas, a modo de banco, con las hierbas altas creciendo exuberantes a su alrededor. Para empezar, servían de asientos estupendos. En ese momento estaban todos sentados en una de ellas. Jerry, cansado ya de la pídola, tocaba un birimbao. Carl examinaba con fruición un extraño escarabajo que había encontrado; Una intentaba hacer un vestido de muñeca, y Faith, reclinada sobre sus finas muñecas morenas, balanceaba los pies descalzos al animado compás del birimbao.

Jerry tenía el pelo negro y los ojos grandes y negros de su padre, pero en él estos últimos eran centelleantes en vez de soñadores.

Faith, que le seguía en edad, lucía su belleza como una rosa, despreocupada y resplandeciente. Tenía ojos color castaño dorado, rizos castaño dorados y mejillas encendidas. Reía demasiado para el gusto de la congregación de su padre, y había escandalizado a la vieja señora Taylor, la desconsolada esposa de varios maridos ya difuntos, al declarar con descaro —y nada menos que en el pórtico de la iglesia—: «El mundo *no* es un valle de lágrimas, señora Taylor. Es un mundo de risa.»

La pequeña y soñadora Una no era dada a la risa. Sus trenzas de pelo lacio y negro azabache no mostraban ni un rizo rebelde, y sus ojos almendrados, de un azul oscuro, tenían algo de anhelante y triste. Su boca tenía la costumbre de entreabrirse sobre sus dientecillos blancos, y de tanto en tanto una sonrisa tímida y meditabunda se deslizaba por su carita. Era mucho más sensible que Faith a la opinión ajena, y tenía la incómoda conciencia de que algo andaba torcido en su modo de vivir. Anhelaba enderezarlo, pero no sabía cómo. De vez en cuando quitaba el polvo a los muebles, aunque pocas veces lograba encontrar el plumero, porque nunca estaba dos veces en el mismo sitio. Y cuando conseguía encontrar el cepillo de la ropa, intentaba cepillar el traje bueno de su padre los sábados, y una vez le cosió un botón que faltaba con hilo blanco basto. Cuando el señor Meredith fue a la iglesia al día siguiente, todos los ojos femeninos vieron aquel botón, y la paz de la Sociedad de Damas quedó alterada durante semanas.

Carl tenía los ojos claros, brillantes, de un azul oscuro, intrépidos y francos, de su madre muerta, y el pelo castaño de ella con sus reflejos dorados. Conocía los secretos de los bichos y tenía una especie de complicidad masónica con las abejas y los escarabajos. A Una nunca le gustaba sentarse cerca de él porque nunca sabía qué criatura inquietante podía llevar escondida encima. Jerry se negaba a dormir con él porque Carl había metido una vez una culebra de jardín joven en la cama; así que Carl dormía en su vieja cuna, tan corta que nunca podía estirarse del todo, y tenía extraños compañeros de lecho. Quizá fuera una suerte que la tía Martha estuviese medio ciega cuando hacía aquella cama. En conjunto

formaban una pandilla alegre y entrañable, y el corazón de Cecilia Meredith debió de dolerle amargamente cuando tuvo que afrontar la certeza de que había de dejarlos.

—¿Dónde te gustaría que te enterrasen si fueras metodista? —preguntó Faith alegremente.

Aquello abrió un interesante campo de especulación.

—No hay mucho donde elegir. El sitio está lleno —dijo Jerry—. A *mí* me gustaría ese rincón cerca del camino, supongo. Podría oír pasar los carros y hablar a la gente.

—A *mí* me gustaría esa hondonadita bajo el abedul llorón —dijo Una—. Ese abedul es un sitio estupendo para los pájaros, y cantan como locos por las mañanas.

—Yo cogería la parcela de los Porter, donde hay tantos niños enterrados. A *mí* me gusta tener mucha compañía —dijo Faith—. Carl, ¿tú dónde?

—Yo preferiría que no me enterrasen en absoluto —dijo Carl—, pero si tuviera que ser, me gustaría el hormiguero. Las hormigas son *terriblemente* interesantes.

—Qué buena tuvo que ser toda la gente que está enterrada aquí —dijo Una, que había estado leyendo los viejos epitafios laudatorios—. No parece que haya ni una sola persona mala en todo el cementerio. Después de todo, los metodistas deben de ser mejores que los presbiterianos.

—A lo mejor los metodistas entierran a su gente mala igual que a los gatos —sugirió Carl—. A lo mejor ni se molestan en traerla al cementerio.

—Qué tontería —dijo Faith—. La gente que está enterrada aquí no era mejor que los demás, Una. Pero cuando alguien está muerto no se puede decir de él más que cosas buenas, o vuelve a rondarte. Eso me lo dijo la tía Martha. Le pregunté a papá si era verdad, y él se me quedó mirando como si no me viera, y masculló: «¿Verdad?

¿Verdad? ¿Qué es la verdad? ¿Qué es la verdad, oh Pilato burlón?»
De eso deduje que debía de ser verdad.

—Me pregunto si el señor Alec Davis volvería a rondarme si le tirase una piedra a la urna de encima de su lápida —dijo Jerry.

—La señora Davis sí —rio entre dientes Faith—. Nos vigila en la iglesia igual que un gato vigila a los ratones. El domingo pasado le hice una mueca a su sobrino, y él me hizo otra a mí, y tendrías que haber visto cómo nos fulminó con la mirada. Apuesto a que *le* arreó un buen par de bofetadas en cuanto salieron. La señora Marshall Elliott me dijo que no debíamos ofenderla por nada del mundo, o si no también le habría hecho una mueca a ella.

—Dicen que Jem Blythe le sacó la lengua una vez, y que ella nunca más quiso que viniera su padre, ni siquiera cuando su marido se estaba muriendo —dijo Jerry—. Me pregunto cómo será la pandilla de los Blythe.

—A mí me gustó cómo eran —dijo Faith. Los niños de la casa parroquial habían estado aquella tarde en la estación cuando llegó la chiquillería de los Blythe—. Me gustó *especialmente* el aspecto de Jem.

—En la escuela dicen que Walter es un blandengue —dijo Jerry.

—No me lo creo —dijo Una, que había pensado que Walter era muy guapo.

—Bueno, el caso es que escribe poesía. Ganó el premio que ofreció la maestra el año pasado por escribir un poema, me dijo Bertie Shakespeare Drew. La madre de Bertie pensaba que el premio tendría que habérselo llevado *él*, por el nombre que tiene, pero Bertie dijo que no sabía escribir poesía ni para salvar el alma, con nombre o sin nombre.

—Supongo que las conoceremos en cuanto empiecen a ir a la escuela —reflexionó Faith—. Espero que las chicas sean simpáticas. No me gustan la mayoría de las chicas de por aquí. Hasta las majas son sosas. Pero las gemelas Blythe parecen la mar de simpáticas. Yo

creía que los gemelos siempre se parecían, pero estas no. Creo que la pelirroja es la más maja.

—A mí me gustó el aspecto de su madre —dijo Una con un pequeño suspiro. Una envidiaba a todos los niños sus madres. Solo tenía seis años cuando murió la suya, pero conservaba algunos recuerdos preciosísimos, guardados en el alma como joyas: mimos al anochecer y retozos por la mañana, unos ojos llenos de cariño, una voz tierna y la risa más dulce y alegre.

—Dicen que no es como las demás personas —dijo Jerry.

—La señora Elliott dice que es porque nunca llegó a crecer del todo —dijo Faith.

—Es más alta que la señora Elliott.

—Sí, sí, pero es por dentro: la señora Elliott dice que la señora Blythe se quedó siendo una niña pequeña por dentro.

—¿Qué es lo que huelo? —interrumpió Carl, olisqueando.

Todos lo olieron entonces. Un olor de lo más delicioso llegaba flotando en el aire quieto de la tarde desde la dirección de la pequeña hondonada boscosa que había al pie de la cuesta de la casa parroquial.

—Eso me da hambre —dijo Jerry.

—Para cenar solo tuvimos pan con melaza, y para comer, ditto frío —dijo Una con voz quejumbrosa.

La tía Martha tenía la costumbre de cocer un buen pedazo de carnero a principios de semana y servirlo todos los días, frío y grasiento, mientras durase. A esto Faith, en un momento de inspiración, le había puesto el nombre de «ditto», y así se lo conocía invariablemente en la casa parroquial.

—Vamos a ver de dónde viene ese olor —dijo Jerry.

Todos se levantaron de un salto, retozaron por el césped con el desenfreno de cachorrillos, saltaron una cerca y bajaron corriendo por la cuesta cubierta de musgo, guiados por el sabroso reclamo que

se hacía cada vez más fuerte. Pocos minutos después llegaban sin aliento al sanctasanctórum del Valle del Arco Iris, donde los niños Blythe estaban a punto de dar gracias y comer.

Se detuvieron tímidamente. Una deseó que no hubiesen sido tan precipitados; pero Di Blythe estaba a la altura de aquella ocasión y de cualquier otra. Dio un paso al frente, con una sonrisa de camarada.

—Me parece que sé quiénes sois —dijo—. Sois de la casa parroquial, ¿verdad?

Faith asintió, con la cara toda hoyuelos.

—Olimos vuestra trucha friéndose y nos preguntamos qué sería.

—Tenéis que sentaros y ayudarnos a comerlas —dijo Di.

—A lo mejor no tenéis más de lo que necesitáis vosotros —dijo Jerry, mirando con hambre la bandeja de hojalata.

—Tenemos de sobra: tres por cabeza —dijo Jem—. Sentaos.

No hizo falta más ceremonia. Todos se sentaron sobre las piedras cubiertas de musgo. Alegre fue aquel festín, y largo. Nan y Di probablemente se habrían muerto de horror de haber sabido lo que Faith y Una sabían perfectamente: que Carl llevaba dos ratoncillos en el bolsillo de la chaqueta. Pero nunca lo supieron, así que nunca les hizo daño. ¿Dónde se conoce mejor la gente que en una mesa? Cuando desapareció la última trucha, los niños de la casa parroquial y los de Ingleside eran ya amigos y aliados jurados. Siempre se habían conocido y siempre se conocerían. La raza que conoce a José reconocía a los suyos.

Se contaron unos a otros la historia de sus cortas vidas. Los niños de la casa parroquial oyeron hablar de Avonlea y de Tejas Verdes, de las tradiciones del Valle del Arco Iris y de la casita junto a la orilla del puerto donde había nacido Jem. Los niños de Ingleside oyeron hablar de Maywater, donde habían vivido los Meredith antes de venir al Glen, de la querida muñeca tuerta de Una y del gallo mascota de Faith.

Faith tendía a resentirse porque la gente se riera de ella por tener un gallo como mascota. Le gustaban los Blythe porque lo aceptaban sin poner ninguna objeción.

—Un gallo tan guapo como Adam es una mascota tan bonita como un perro o un gato, *a mí* me parece —dijo—. Si fuera un canario nadie se extrañaría. Y yo lo crie desde que era un pollito amarillo pequeñito. Me lo dio la señora Johnson, de Maywater. Una comadreja le había matado a todos sus hermanos. Le puse el nombre de su marido. A mí nunca me gustaron las muñecas ni los gatos. Los gatos son demasiado solapados y las muñecas están *muertas*.

—¿Quién vive en esa casa de allá arriba? —preguntó Jerry.

—Las señoritas West: Rosemary y Ellen —respondió Nan—. Di y yo vamos a tomar clases de música con la señorita Rosemary este verano.

La pequeña Una miró a las afortunadas gemelas con unos ojos cuyo anhelo era demasiado dulce para ser envidia. ¡Ay, si ella pudiera tomar clases de música! Era uno de los sueños de su pequeña vida secreta. Pero a nadie se le ocurría jamás pensar en semejante cosa.

—La señorita Rosemary es tan dulce, y siempre viste tan bonito —dijo Di—. Tiene el pelo justo del color del caramelo de melaza recién hecho —añadió con nostalgia, pues Di, igual que su madre antes que ella, no se resignaba a su propia melena rojiza.

—A mí también me gusta la señorita Ellen —dijo Nan—. Siempre solía darme caramelos cuando venía a la iglesia. Pero Di le tiene miedo.

—Tiene las cejas tan negras, y una voz tan grave y potente —dijo Di—. ¡Ay, qué miedo le tenía Kenneth Ford de pequeño! Mamá dice que el primer domingo que la señora Ford lo llevó a la iglesia, dio la casualidad de que la señorita Ellen estaba allí, sentada justo detrás de ellos. Y en cuanto Kenneth la vio, se puso a chillar y a chillar hasta que la señora Ford tuvo que sacarlo en brazos.

—¿Quién es la señora Ford? —preguntó Una con curiosidad.

—Ah, los Ford no viven aquí. Solo vienen en verano. Y este verano no van a venir. Viven en esa casita, allá muy abajo, en la orilla del puerto, donde vivían antes papá y mamá. Ojalá pudieras ver a Persis Ford. Es como una estampa.

—He oído hablar de la señora Ford —terció Faith—. Me habló de ella Bertie Shakespeare Drew. Estuvo catorce años casada con un muerto, y luego él resucitó.

—Qué tontería —dijo Nan—. No es eso ni mucho menos lo que pasó. Bertie Shakespeare nunca cuenta nada bien. Yo me sé la historia entera y os la contaré otro día, pero ahora no, porque es muy larga y ya es hora de que volvamos a casa. A mamá no le gusta que estemos fuera hasta tarde estas noches húmedas.

A nadie le importaba si los niños de la casa parroquial andaban al sereno o no. La tía Martha ya estaba acostada, y el pastor seguía demasiado absorto en especulaciones sobre la inmortalidad del alma para acordarse de la mortalidad del cuerpo. Pero ellos también volvieron a casa, con visiones de buenos ratos por venir en la cabeza.

—Creo que el Valle del Arco Iris es todavía más bonito que el cementerio —dijo Una—. Y me encantan esos queridos Blythe. Es *tan* agradable cuando una puede querer a la gente, porque muchas veces *no se puede*. Papá dijo en su sermón del domingo pasado que debíamos querer a todo el mundo. Pero ¿cómo podemos? ¿Cómo podríamos querer a la señora Alec Davis?

—Ay, eso papá solo lo dice en el púlpito —dijo Faith con desenfado—. Tiene más sentido común que para creérselo de verdad fuera de allí.

Los niños Blythe subieron hacia Ingleside, salvo Jem, que se escabulló unos momentos en una solitaria expedición a un rincón apartado del Valle del Arco Iris. Allí crecían las flores de mayo, y Jem nunca dejaba de llevarle a su madre un ramillete mientras durasen.

CAPÍTULO 5. LA APARICIÓN DE MARY VANCE

—Este es de esos días en que una siente que puede pasar cualquier cosa —dijo Faith, sensible al hechizo del aire cristalino y las colinas azules. Se abrazó a sí misma de puro gozo y bailó una giga sobre la lápida en forma de banco del viejo Hezekiah Pollock, para horror de dos solteronas ancianas que pasaban por allí en coche justo cuando Faith saltaba a la pata coja alrededor de la piedra, agitando en el aire la otra pierna y los brazos.

—Y esa —gimió una de las solteronas— es la hija de nuestro pastor.

—¿Qué se puede esperar de la familia de un viudo? —gimió la otra solterona. Y ambas menearon la cabeza.

Era temprano en la mañana del sábado, y los Meredith andaban por el mundo empapado de rocío con la deliciosa conciencia de que era día de fiesta. Nunca habían tenido nada que hacer en un día de fiesta. Hasta Nan y Di Blythe tenían ciertas tareas domésticas las mañanas de los sábados, pero las hijas de la casa parroquial eran libres de vagar desde el sonrosado amanecer hasta el atardecer cubierto de rocío, si así les placía. A Faith, desde luego, *sí* que le placía, pero Una sentía una humillación secreta y amarga porque nunca habían aprendido a hacer nada. Las demás niñas de su clase en la escuela sabían cocinar, coser y hacer punto; ella era la única ignorante.

Jerry propuso que salieran de exploración; así que atravesaron con calma el bosquecillo de abetos, recogiendo por el camino a Carl,

que estaba de rodillas en la hierba empapada estudiando a sus queridas hormigas. Más allá del bosquecillo salieron al prado del señor Taylor, salpicado de los fantasmas blancos de los dientes de león; en un rincón apartado había un viejo granero ruinoso, donde el señor Taylor guardaba a veces el excedente de heno, pero que nunca se usaba para nada más. Hacia allí marcharon en tropel los niños Meredith, y curiosearon por la planta baja durante varios minutos.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Una de repente.

Todos escucharon. Se oyó un crujido tenue pero nítido en el pajar de arriba. Los Meredith se miraron unos a otros.

—Hay algo ahí arriba —musitó Faith.

—Voy a subir a ver qué es —dijo Jerry con resolución.

—Ay, no subas —suplicó Una, agarrándole del brazo.

—Voy a subir.

—Entonces subiremos todos —dijo Faith.

Los cuatro subieron por la escalera tambaleante, Jerry y Faith del todo intrépidos, Una pálida de miedo, y Carl, algo distraído, especulando sobre la posibilidad de encontrar un murciélago en el pajar. Ansiaba ver un murciélago a la luz del día.

Cuando salieron de la escalera y pisaron el pajar, vieron lo que había causado el crujido, y la visión los dejó mudos unos instantes.

En un pequeño nido hecho en el heno había una niña acurrucada, con aspecto de acabar de despertarse. Al verlos, se puso en pie, algo insegura al parecer, y a la luz brillante del sol que entraba a raudales por la ventana cubierta de telarañas que tenía detrás, vieron que su rostro flaco y curtido por el sol estaba muy pálido bajo el moreno. Tenía dos trenzas de pelo lacio, espeso, color estopa, y unos ojos muy raros: «ojos blancos», pensaron los niños de la casa parroquial mientras ella los miraba fijamente, mitad desafiante, mitad lastimera. Eran en realidad de un azul tan pálido que parecían

casi blancos, sobre todo en contraste con el estrecho anillo negro que rodeaba el iris. Iba descalza y con la cabeza descubierta, y llevaba puesto un vestido de cuadros escoceses, viejo, deslucido y hecho jirones, muchísimo más corto y estrecho de lo que le correspondía. En cuanto a la edad, a juzgar por su carita ajada podía tener casi cualquiera, pero su estatura parecía rondar los doce años.

—¿Quién eres? —preguntó Jerry.

La niña miró a su alrededor como buscando una salida. Luego pareció rendirse con un breve estremecimiento de desesperación.

—Soy Mary Vance —dijo.

—¿De dónde has salido? —insistió Jerry.

Mary, en lugar de responder, se sentó de golpe, o más bien se dejó caer, sobre el heno y se echó a llorar. Al instante Faith se arrojó a su lado y le pasó el brazo por los hombros flacos y temblorosos.

—Deja de molestarla —ordenó a Jerry. Luego abrazó a la desamparada—. No llores, cariño. Cuéntanos qué te pasa. *Somos* amigos.

—Tengo tanta... tanta hambre —gimoteó Mary—. No... no he probado bocado desde el jueves por la mañana, salvo un poco de agua del arroyo de ahí fuera.

Los niños de la casa parroquial se miraron unos a otros horrorizados. Faith se puso en pie de un salto.

—Ahora mismo te vienes a la casa parroquial y comes algo antes de decir una palabra más.

Mary se encogió.

—Ay, no puedo. ¿Qué dirán tu padre y tu madre? Además, me mandarán de vuelta.

—No tenemos madre, y papá no se va a preocupar por ti. Ni la tía Martha tampoco. Ven, te digo. —Faith dio una patada en el suelo, impaciente. ¿Es que esta niña rara iba a empeñarse en morirse de hambre casi a las puertas de su propia casa?

Mary cedió. Estaba tan débil que apenas podía bajar por la escalera, pero de un modo u otro consiguieron bajarla, cruzar el campo y llegar a la cocina de la casa parroquial. La tía Martha, enredada en sus guisos del sábado, no le hizo el menor caso. Faith y Una volaron a la despensa y la saquearon en busca de lo comestible que hubiera —algo de «ditto», pan, mantequilla, leche y una tarta de aspecto dudoso—. Mary Vance atacó la comida con voracidad y sin ningún reparo, mientras los niños de la casa parroquial la rodeaban y la miraban. Jerry advirtió que tenía una boca bonita y unos dientes blancos, parejos y muy bonitos. Faith decidió, con un secreto horror, que Mary no llevaba encima ni una prenda más que aquel vestido raído y deslucido. Una estaba llena de pura compasión; Carl, de un asombro divertido; y todos, de curiosidad.

—Ahora ven al cementerio y cuéntanos quién eres —ordenó Faith, cuando el apetito de Mary empezó a dar señales de flaquear. Mary ya no puso ningún reparo. La comida le había devuelto su viveza natural y soltado la lengua, que en ella nunca fue remisa.

—¿No se lo diréis a vuestro padre ni a nadie si os lo cuento? —estipuló, ya entronizada en la lápida del señor Pollock. Frente a ella, los niños de la casa parroquial se alinearon en otra. Aquí había sazón, misterio y aventura. Por fin *había* pasado algo.

—No, no lo diremos.

—¿Lo juráis por vuestro corazón?

—Lo juramos por nuestro corazón.

—Bueno, pues me he escapado. Vivía con la señora Wiley, al otro lado del puerto. ¿Conocéis a la señora Wiley?

—No.

—Pues mejor no conocerla. Es una mujer horrible. Madre mía, cómo la odio. Me hacía trabajar hasta reventar y no me daba ni la mitad de lo que hacía falta para comer, y me zurraba casi todos los días. Mirad esto.

Mary se subió las mangas raídas y les enseñó los brazos escuálidos y las manos flacas, agrietadas casi en carne viva. Estaban negras de cardenales. Los niños de la casa parroquial se estremecieron. Faith se puso roja de indignación. Los ojos azules de Una se llenaron de lágrimas.

—Me sacudió el miércoles por la noche con un palo —dijo Mary, indiferente—. Fue porque dejé que la vaca tirara de una patada un cubo de leche. ¿Cómo iba yo a saber que la condenada vaca iba a dar coces?

Un estremecimiento no del todo desagradable recorrió a quienes la escuchaban. Jamás se les habría ocurrido usar palabras tan dudosas, pero resultaba bastante emocionante oír a otra persona usarlas, y encima a una niña. Sin duda esta Mary Vance era una criatura interesante.

—No te culpo por haberte escapado —dijo Faith.

—Ay, no me escapé porque me pegara. Una tunda era el pan de cada día para mí. Estaba condenadamente acostumbrada. Qué va, llevaba una semana pensando en escaparme porque me enteré de que la señora Wiley iba a alquilar la granja e irse a vivir a Lowbridge, y de que pensaba entregarme a una prima suya que vive hacia Charlottetown. *Eso* sí que no pensaba yo consentirlo. Esa era peor todavía que la señora Wiley. La señora Wiley me prestó a ella un mes el verano pasado, y prefiero vivir con el mismísimo demonio.

Sensación número dos. Pero Una puso cara de duda.

—Así que decidí largarme. Tenía setenta centavos ahorrados que me dio la señora John Crawford en primavera por plantarle patatas. La señora Wiley no lo sabía. Estaba fuera, de visita en casa de su prima, cuando las planté. Pensé colarme hasta aquí, al Glen, comprar un billete a Charlottetown e intentar buscar trabajo allí. Yo soy muy trabajadora, os lo aseguro. *Yo* no tengo ni un hueso vago en el cuerpo. Así que me largué el jueves por la mañana antes de que la señora Wiley se levantara y anduve hasta el Glen: unos diez kilómetros. Y cuando llegué a la estación resulta que había perdido

el dinero. No sé cómo, no sé dónde. El caso es que había desaparecido. No sabía qué hacer. Si volvía con la vieja señora Wiley me iba a arrancar el pellejo. Así que fui y me escondí en ese granero viejo.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó Jerry.

—No sé. Supongo que tendré que volver y aguantar el chaparrón. Ahora que tengo algo de comida en el estómago, me parece que podré soportarlo.

Pero detrás de la bravuconería había miedo en los ojos de Mary. De pronto Una se deslizó de una lápida a la otra y rodeó a Mary con el brazo.

—No vuelvas. Quédate aquí con nosotros.

—Ay, la señora Wiley me encontrará —dijo Mary—. Lo más probable es que ya ande sobre mi pista. Supongo que podría quedarme aquí hasta que me encuentre, si a los vuestros no les importa. Fui una condenada tonta al pensar siquiera en escaparme. Ella sería capaz de sacar a una comadreja de su madriguera. Pero es que estaba tan mesorable.

A Mary le tembló la voz, pero le daba vergüenza mostrar su flaqueza.

—No he llevado ni la vida de un perro estos cuatro años —explicó, desafiante.

—¿Llevas cuatro años con la señora Wiley?

—Sí señor. Me sacó del asilo de Hopetown cuando tenía ocho años.

—Ese es el mismo sitio de donde viene la señora Blythe —exclamó Faith.

—Estuve dos años en el asilo. Me metieron allí cuando tenía seis años. Mi madre se había ahorcado y mi padre se había cortado el cuello.

—¡Cielo santo! ¿Por qué? —dijo Jerry.

—La bebida —dijo Mary lacónicamente.

—¿Y no tienes parientes?

—Ni uno condenado, que yo sepa. Aunque debí de tener alguno en su día. Me pusieron el nombre de media docena de ellos. Me llamo, entera, Mary Martha Lucilla Moore Ball Vance. ¿Qué os parece? Mi abuelo era rico. Os apuesto lo que queráis a que era más rico que el *vuestro*. Pero mi padre se lo bebió todo, y mi madre puso también de su parte. *Ellos* también me pegaban. Anda que no me han zurrado veces; hasta le he cogido el gusto.

Mary echó la cabeza hacia atrás. Adivinó que los niños de la casa parroquial la compadecían por sus muchas palizas, y no quería compasión. Quería que la envidiaran. Miró alegremente a su alrededor. Sus ojos extraños, ya sin el embotamiento del hambre, brillaban. Les iba a demostrar a esos chiquillos el personaje que era.

—He estado enferma la mar de veces —dijo, orgullosa—. No hay muchos críos que hayan pasado por lo que yo he pasado. He tenido escarlatina, sarampión, erespela, paperas, tos ferina y pomunía.

—¿Estuviste alguna vez enferma de muerte? —preguntó Una.

—No lo sé —dijo Mary, dudosa.

—Claro que no —se burló Jerry—. Si estás enferma de muerte, te mueres.

—Bueno, la verdad es que nunca llegué a morirme del todo —dijo Mary—, pero una vez estuve condenadamente cerca. Me creyeron muerta y ya se estaban preparando para amortajarme cuando, así de repente, volví en mí.

—¿Cómo es eso de estar medio muerta? —preguntó Jerry, con curiosidad.

—Como nada. No me enteré de nada hasta días después. Fue cuando tuve la pomunía. La señora Wiley no quiso llamar al médico; dijo que no iba a gastarse eso en una niña de acogida. La vieja tía Christina MacAllister me curó a base de cataplasmas. Ella me sacó

adelante. Pero a veces pienso que ojalá me hubiera muerto de la otra mitad y asunto acabado. Habría salido ganando.

—Si hubieras ido al cielo, supongo que sí —dijo Faith, bastante dudosa.

—Bueno, ¿y a qué otro sitio se puede ir? —preguntó Mary, desconcertada.

—Está el infierno, ¿sabes? —dijo Una, bajando la voz y abrazando a Mary para suavizar lo espantoso de la idea.

—¿El infierno? ¿Eso qué es?

—Pues es donde vive el diablo —dijo Jerry—. Ya has oído hablar de él, tú misma lo has mencionado.

—Ah, sí, pero no sabía que viviera en ningún sitio. Pensaba que andaba dando vueltas por ahí sin más. El señor Wiley hablaba del infierno cuando aún vivía. Siempre estaba mandando a la gente allí. Yo creía que era algún sitio de Nuevo Brunswick, de donde él venía.

—El infierno es un sitio espantoso —dijo Faith, con el placer dramático que da contar cosas terribles—. Los malos van allí cuando se mueren y arden en el fuego por los siglos de los siglos.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Mary, incrédula.

—Está en la Biblia. Y el señor Isaac Crothers, de Maywater, nos lo contó también en la escuela dominical. Era un anciano y un pilar de la iglesia, y lo sabía todo sobre eso. Pero no tienes por qué preocuparte. Si eres buena irás al cielo, y si eres mala, supongo que preferirás ir al infierno.

—Yo no —dijo Mary, rotunda—. Por muy mala que fuera, no querría que me quemasen y me quemasen sin parar. Yo sé lo que es eso. Una vez cogí sin querer un atizador al rojo vivo. ¿Qué hay que hacer para ser buena?

—Tienes que ir a la iglesia y a la escuela dominical, leer la Biblia, rezar todas las noches y dar limosna para las misiones —dijo Una.

—Pues eso es mucho pedir —dijo Mary—. ¿Algo más?

—Tienes que pedirle a Dios que te perdone los pecados que hayas cometido.

—Pero yo nunca he come... cometido ninguno —dijo Mary—. ¿Qué es un pecado, de todas formas?

—Ay, Mary, seguro que sí. Todo el mundo los comete. ¿Nunca has dicho una mentira?

—Un montón —dijo Mary.

—Eso es un pecado terrible —dijo Una, solemne.

—¿Me estás diciendo —preguntó Mary— que me mandarían al infierno por decir una mentira de vez en cuando? Pero si yo *tenía* que decirlas. El señor Wiley me habría roto todos los huesos del cuerpo una vez si no le hubiera mentido. Las mentiras me han librado de más de un palo, os lo aseguro.

Una suspiró. Aquello planteaba demasiadas dificultades para que ella pudiera resolverlas. Se estremeció al pensar en recibir una azotaina tan cruel. Es muy probable que ella también hubiera mentido. Apretó la manita encallecida de Mary.

—¿Ese es el único vestido que tienes? —preguntó Faith, cuya naturaleza alegre se negaba a detenerse en asuntos desagradables.

—Me puse este vestido precisamente porque no valía nada — exclamó Mary, ruborizándose—. La señora Wiley me había comprado la ropa, y yo no pensaba deberle nada a esa mujer. Y soy honrada. Si iba a escaparme, no pensaba llevarme nada de *ella* que valiera algo. Cuando sea mayor voy a tener un vestido de raso azul. Vuestra ropa tampoco es que sea muy fina. Yo creía que los hijos de los pastores siempre iban muy elegantes.

Estaba claro que Mary tenía su genio y era sensible en ciertos puntos. Pero había en ella un encanto extraño y salvaje que los cautivó a todos. Aquella tarde la llevaron al Valle del Arco Iris y se la presentaron a los Blythe como «una amiga nuestra del otro lado del puerto que nos está visitando». Los Blythe la aceptaron sin hacer preguntas, quizá porque ahora tenía un aspecto bastante decente.

Después de la comida —durante la cual la tía Martha había farfullado y el señor Meredith había estado en un estado de semiinconsciencia, absorto en su sermón dominical—, Faith había convencido a Mary de que se pusiera uno de sus vestidos, así como ciertas otras prendas. Con el pelo bien trenzado, Mary quedaba bastante presentable. Era una compañera de juegos aceptable, pues conocía varios juegos nuevos y emocionantes, y su conversación no carecía de sazón. De hecho, algunas de sus expresiones hicieron que Nan y Di la miraran de reojo. No estaban muy seguras de lo que habría pensado su madre de ella, pero sabían muy bien lo que pensaría Susan. Sin embargo, era una visita de la casa parroquial, así que tenía que estar bien.

Cuando llegó la hora de acostarse, surgió el problema de dónde iba a dormir Mary.

—No podemos ponerla en el cuarto de invitados, ya lo sabes —dijo Faith a Una, perpleja.

—¡No tengo nada en la cabeza! —exclamó Mary, ofendida.

—Ay, no quería decir *eso* —protestó Faith—. El cuarto de invitados está todo desbaratado. Los ratones han roído un agujero grande en el colchón de plumas y han hecho un nido dentro. No nos enteramos hasta que la tía Martha metió allí a dormir al reverendo señor Fisher, de Charlottetown, la semana pasada. *Él* sí que se enteró enseguida. Entonces papá tuvo que cederle su cama y dormir en el sofá del despacho. La tía Martha todavía no ha tenido tiempo de arreglar la cama del cuarto de invitados, según dice ella; así que *nadie* puede dormir allí, por muy limpia que tenga la cabeza. Y nuestro cuarto es tan pequeño, y la cama tan pequeña, que no puedes dormir con nosotras.

—Puedo volver al heno del granero viejo por esta noche, si me prestáis una colcha —dijo Mary con filosofía—. Anoche hacía bastante fresco, pero fuera de eso he dormido en camas peores.

—Ay, no, no, eso no puedes hacerlo —dijo Una—. Se me ha ocurrido un plan, Faith. ¿Sabes esa camita de caballete del cuarto

del desván, con el colchón viejo, que dejó allí el último pastor? Vamos a subir la ropa de cama del cuarto de invitados y le hacemos una cama a Mary allí. No te importará dormir en el desván, ¿verdad, Mary? Está justo encima de nuestro cuarto.

—A mí me vale cualquier sitio. Madre mía, en mi vida he tenido un sitio decente donde dormir. En casa de la señora Wiley dormía en el desván encima de la cocina. El tejado dejaba pasar la lluvia en verano y la nieve se colaba en invierno. Mi cama era un jergón de paja en el suelo. No me vais a encontrar quisquillosa por dónde tengo que dormir *yo*.

El desván de la casa parroquial era un lugar largo, bajo y umbrío, con uno de los aguilonos tabicado. Allí le hicieron una cama a Mary con las delicadas sábanas de vainica y la colcha bordada que Cecilia Meredith había confeccionado en su día, con tanto orgullo, para su cuarto de invitados, y que aún sobrevivían a los inciertos lavados de la tía Martha. Se dieron las buenas noches y el silencio cayó sobre la casa parroquial. Una estaba a punto de quedarse dormida cuando oyó un ruido justo en el cuarto de arriba que la hizo incorporarse de golpe.

—Escucha, Faith: Mary está llorando —susurró. Faith no contestó, porque ya estaba dormida. Una salió de la cama y, con su camisoncito blanco, recorrió el pasillo y subió la escalera del desván. El suelo, que crujía, anunció su llegada de sobra, y cuando llegó al cuarto de la esquina todo era silencio a la luz de la luna, y la cama de caballete no mostraba más que un bulto en el medio.

—Mary —susurró Una.

No hubo respuesta.

Una se acercó a hurtadillas hasta la cama y tiró de la colcha. — Mary, sé que estás llorando. Te he oído. ¿Te sientes sola?

Mary apareció de pronto a la vista, pero no dijo nada.

—Déjame meterme contigo. Tengo frío —dijo Una, tiritando en el aire helado, pues la ventanita del desván estaba abierta y por ella

entraba el aliento cortante de la noche en la costa norte.

Mary se hizo a un lado y Una se acurrucó a su lado.

—*Ahora* ya no estarás sola. No deberíamos haberte dejado aquí sola la primera noche.

—No estaba sola —sorbió por la nariz Mary.

—¿Y entonces por qué llorabas?

—Ay, es que me puse a pensar en cosas, estando aquí sola. Pensé que tendría que volver con la señora Wiley, y que me zurrarían por haberme escapado, y... y... y que me iría al infierno por decir mentiras. Todo eso me preocupó una barbaridad.

—Ay, Mary —dijo la pobre Una, angustiada—. No creo que Dios te mande al infierno por decir mentiras cuando no sabías que estaba mal. No *podría*. Si Él es bueno y compasivo. Claro que ya no debes decir más, ahora que sabes que está mal.

—Si no puedo decir mentiras, ¿qué va a ser de mí? —dijo Mary con un sollozo—. *Tú* no lo entiendes. No sabes nada de nada. Tú tienes un hogar y un padre bueno; aunque a mí me parece que solo está aquí a medias. Pero al menos no te zurra, y comes lo suficiente, aunque la comida sea la que es; y eso que esa tía tuya no sabe *nada* de cocinar. Pues este es el primer día que recuerdo haberme sentido como si hubiera comido bastante. Me han maltratado toda la vida, salvo los dos años que estuve en el asilo. Allí no me pegaban, y no estaba tan mal, aunque la directora tenía mal genio. Siempre tenía una cara como si estuviera a punto de comerme viva. Pero la señora Wiley es un auténtico ogro, eso es lo que *es*, y me quedo muerta de miedo solo de pensar en volver con ella.

—A lo mejor no hace falta. A lo mejor se nos ocurre alguna salida. Vamos a pedirle las dos a Dios que no tengas que volver con la señora Wiley. Tú rezas tus oraciones, ¿verdad, Mary?

—Ah, sí, siempre recito una rima vieja antes de meterme en la cama —dijo Mary, indiferente—. Pero nunca se me ocurrió pedir nada en concreto. Como nadie en este mundo se ha molestado

nunca por mí, no se me pasó por la cabeza que Dios fuera a hacerlo. A lo mejor por ti *sí* se molesta más, ya que eres hija de un pastor.

—Estoy segura de que se molestaría exactamente igual por ti, Mary —dijo Una—. No importa de quién seas hija. Tú solo pídeselo, y yo lo pediré también.

—Está bien —convino Mary—. No hará ningún daño, aunque tampoco haga mucho bien. Si conocieras a la señora Wiley tan bien como yo, no creerías que Dios quisiera meterse con ella. En fin, no voy a llorar más por eso. Esto ya es muchísimo mejor que anoche, allá abajo en el granero viejo, con los ratones correteando. Mira el faro de Four Winds. ¿A que es bonito?

—Esta es la única ventana desde la que se ve —dijo Una—. Me encanta mirarlo.

—¿Sí? A mí también. Desde el desván de los Wiley se veía, y era el único consuelo que tenía. Cuando estaba toda dolorida de las tundas, lo miraba y me olvidaba de las partes que me dolían. Pensaba en los barcos que se alejaban y se alejaban de él, y deseaba estar yo también en uno de ellos, navegando muy lejos, lejos de todo. En las noches de invierno, cuando no brillaba, me sentía de verdad muy sola. Oye, Una, ¿por qué sois todos tan buenos conmigo, si no soy más que una desconocida?

—Porque es lo correcto. La Biblia nos dice que seamos buenos con todo el mundo.

—¿Ah, sí? Pues entonces me parece que a la mayoría de la gente no le importa mucho. No recuerdo que nadie haya sido bueno conmigo antes, te lo juro por mi vida que no. Oye, Una, ¿a que son bonitas esas sombras en la pared? Parecen justo una bandada de pajaritos bailando. Y oye, Una, me caéis bien todos vosotros, y los chicos Blythe, y Di, pero esa Nan no me gusta nada. Es una orgullosa.

—Ay, no, Mary, no es nada orgullosa —dijo Una con vehemencia—. Ni pizca.

—No me digas. Cualquiera que lleve la cabeza así de alta es orgullosa. No me gusta.

—*Todos* la queremos mucho.

—Ah, ¿así que la queréis más que a mí? —dijo Mary, celosa—. ¿A que sí?

—Es que, Mary... la conocemos desde hace semanas, y a ti solo te conocemos desde hace unas horas —balbuceó Una.

—¡Así que sí que la queréis más! —dijo Mary, furiosa—. ¡Muy bien! Queredla todo lo que os dé la gana. A *mí* me da igual. *Yo* puedo pasar sin vosotros.

Se dio la vuelta de golpe hacia la pared del desván.

—Ay, Mary —dijo Una, pasando un brazo cariñoso por la espalda intransigente de Mary—, no hables así. A mí *sí* que me caes muy bien. Y me haces sentir fatal.

No hubo respuesta. Al poco, a Una se le escapó un sollozo. Al instante, Mary se dio la vuelta otra vez y envolvió a Una en un abrazo de oso.

—Calla ya —ordenó—. No te pongas a llorar por lo que he dicho. He sido más mala que el mismísimo demonio al hablar así. Merecería que me desollaran viva; y todos vosotros tan buenos conmigo. No me extraña que *queráis* a cualquiera más que a mí. Me merezco cada tunda que me han dado. Calla ya. Como llores más, me voy a ir andando derecha hasta el puerto con este camisón puesto y me ahogo.

Aquella amenaza tan terrible hizo que Una se tragara los sollozos. Mary le secó las lágrimas con el volante de encaje de la almohada del cuarto de invitados, y la que perdonaba y la perdonada se acurrucaron de nuevo juntas, restablecida la armonía, a contemplar las sombras de las hojas de parra en la pared iluminada por la luna hasta que se quedaron dormidas.

Y en el despacho de abajo, el reverendo John Meredith recorría la habitación de un lado a otro, con el rostro absorto y los ojos brillantes, dando forma a su mensaje del día siguiente, sin saber que bajo su propio techo había una almita desolada, tropezando en la oscuridad y la ignorancia, acosada por el terror y rodeada de dificultades demasiado grandes para que pudiera afrontarlas en su desigual lucha contra un mundo grande e indiferente.

CAPÍTULO 6. MARY SE QUEDA EN LA CASA PARROQUIAL

Al día siguiente los niños de la casa parroquial llevaron a Mary Vance a la iglesia. Al principio, Mary puso reparos a la idea.

—¿No ibas a la iglesia al otro lado del puerto? —preguntó Una.

—Ya lo creo. La señora Wiley no pisaba mucho la iglesia, pero yo iba todos los domingos que podía librar. Estaba encantada de ir a un sitio donde poder sentarme un rato. Pero no puedo ir a la iglesia con este vestido viejo y hecho jirones.

Esta dificultad se resolvió cuando Faith le ofreció prestarle su segundo mejor vestido.

—Está un poco descolorido y le faltan dos botones, pero supongo que servirá.

—Te coso los botones en un santiamén —dijo Mary.

—Los domingos no se cose —dijo Una, escandalizada.

—Y tanto que sí. Cuanto mejor es el día, mejor es la obra. Tú dame una aguja y un hilo, y si te da reparo, mira para otro lado.

Las botas de ir a la escuela de Faith, y una vieja gorra de terciopelo negro que en su día había sido de Cecilia Meredith, completaron el atuendo de Mary, y así fue a la iglesia. Su comportamiento fue de lo más convencional, y aunque algunos se preguntaron quién era aquella niña desastrada que iba con los de la casa parroquial, no llamó mucho la atención. Escuchó el sermón con

aparente compostura y se unió con entusiasmo a los cánticos. Tenía, según parecía, una voz clara y potente, y buen oído.

—Su sangre limpia hasta las *violetas* —canturreó Mary, despreocupada. La señora Jimmy Milgrave, cuyo banco quedaba justo delante del banco de la casa parroquial, se volvió de repente y miró a la niña de arriba abajo. Mary, por pura travesura gratuita, le sacó la lengua a la señora Milgrave, para horror de Una.

—No pude evitarlo —declaró después de la iglesia—. ¿Qué necesidad tenía de quedárame mirando así? ¡Vaya modales! *Me alegro* de haberle sacado la lengua. Ojalá se la hubiera sacado más todavía. Oye, he visto allí a Rob MacAllister, del otro lado del puerto. Me pregunto si le irá con el cuento a la señora Wiley.

Sin embargo, la señora Wiley no apareció, y a los pocos días los niños se olvidaron de estar pendientes de ella. Mary, por lo visto, se había convertido en un elemento fijo de la casa parroquial. Pero se negó a ir a la escuela con los demás.

—Qué va. Ya he terminado mi educación —dijo, cuando Faith intentó convencerla de ir—. Fui a la escuela cuatro inviernos desde que llegué a casa de la señora Wiley, y ya he tenido bastante de *eso*. Estoy hasta la coronilla de que me estén regañando sin parar porque no hacía los deberes. *Yo* no tenía tiempo para hacer deberes.

—Nuestro maestro no te va a regañar. Es requetebueno —dijo Faith.

—Bueno, pues no voy. Sé leer, escribir y hacer cuentas hasta las fracciones. Con eso me basta. Vosotros id, que yo me quedo en casa. No hace falta que os asustéis pensando que voy a robar algo. Os juro que soy honrada.

Mientras los demás estaban en la escuela, Mary se dedicaba a poner en orden la casa parroquial. En pocos días el lugar era otro. Los suelos quedaban barridos, los muebles desempolvados, todo ordenado. Remendó el colchón de plumas del cuarto de invitados, cosió los botones que faltaban, zurció la ropa con esmero, e incluso invadió el despacho con escoba y recogedor, y echó de allí al señor

Meredith mientras lo ponía todo en su sitio. Pero había un departamento en el que la tía Martha no le dejaba meterse. La tía Martha podría estar sorda, medio ciega y ser muy infantil, pero estaba decidida a llevar el gobierno de la cocina con sus propias manos, a pesar de todas las artimañas y estratagemas de Mary.

—Os digo una cosa: si la vieja Martha me dejara cocinar a *mí*, comeríais como Dios manda —les dijo a los niños de la casa parroquial, indignada—. Se acabaría el «ditto», y también las gachas llenas de grumos y la leche aguada. ¿Qué *hace* con toda la nata?

—Se la da al gato. Es suyo, ¿sabes? —dijo Faith.

—Pues a ella la *agataría* yo —exclamó Mary con amargura—. De todas formas, a mí los gatos no me hacen ninguna gracia. Son del mismísimo diablo. Se les nota en los ojos. Bueno, si la vieja Martha no quiere, no quiere, supongo. Pero me pone de los nervios ver cómo se echa a perder buena comida.

Cuando salían de la escuela, siempre iban al Valle del Arco Iris. Mary se negaba a jugar en el cementerio. Declaraba que tenía miedo de los fantasmas.

—Los fantasmas no existen —declaró Jem Blythe.

—Ah, ¿no?

—¿Has visto alguno alguna vez?

—Cientos —dijo Mary sin dudarlo.

—¿Cómo son? —dijo Carl.

—Con una pinta horrible. Vestidos todos de blanco, con manos y cabezas de esqueleco —dijo Mary.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Una.

—Correr como alma que lleva el diablo —dijo Mary. Luego se cruzó con la mirada de Walter y se ruborizó. Mary le tenía bastante respeto a Walter. Les había confesado a las niñas de la casa parroquial que sus ojos la ponían nerviosa.

—Cuando lo miro a los ojos, pienso en todas las mentiras que he dicho en mi vida —dijo—, y me arrepiento de haberlas dicho.

Jem era el favorito de Mary. Cuando la llevó al desván de Ingleside y le enseñó el museo de curiosidades que el capitán Jim Boyd le había legado, ella quedó encantadísima y muy halagada. También se ganó por completo el corazón de Carl con el interés que mostraba por sus escarabajos y hormigas. No se podía negar que Mary se llevaba bastante mejor con los chicos que con las chicas. Se peleó a muerte con Nan Blythe el segundo día.

—Tu madre es una bruja —le dijo a Nan con desdén—. Las mujeres pelirrojas siempre son brujas. —Luego se enemistó con Faith por culpa del gallo. Mary decía que tenía la cola demasiado corta. Faith replicó furiosa que suponía que Dios sabría bien qué largo darle a la cola de un gallo. Por eso estuvieron un día sin «hablarse». Mary trataba con consideración a la muñeca de Una, calva y tuerta; pero cuando Una le enseñó su otro tesoro máspreciado —una lámina de un ángel llevando a un bebé, presumiblemente al cielo—, Mary declaró que aquello se parecía demasiado a un fantasma para su gusto. Una se escabulló a su cuarto y lloró por eso, pero Mary fue a buscarla, la abrazó arrepentida e imploró su perdón. Nadie podía mantener una pelea con Mary por mucho tiempo, ni siquiera Nan, que tendía bastante a guardar rencor y nunca acabó de perdonarle del todo el insulto a su madre. Mary era alegre. Sabía contar, y contaba, las historias de fantasmas más emocionantes. Las sesiones del Valle del Arco Iris fueron, sin duda, mucho más animadas desde que llegó Mary. Aprendió a tocar el birimbao y pronto dejó a Jerry en la sombra.

—Todavía no me he topado con nada que no pueda hacer si me lo propongo —declaraba. Mary rara vez perdía ocasión de darse autobombo. Les enseñó a hacer «bolsitas que estallan» con las hojas gruesas de la «siempreviva» que crecía a sus anchas en el viejo jardín de los Bailey, los inició en las sabrosas virtudes de las «agrias» que crecían en las grietas del dique del cementerio, y sabía hacer con sus dedos largos y flexibles las sombras chinescas más

maravillosas en la pared. Y cuando todos iban a recoger goma de abeto al Valle del Arco Iris, Mary siempre se quedaba con «el chicle más grande» y se pavoneaba de ello. Había momentos en que la odiaban y momentos en que la querían. Pero en todo momento la encontraban interesante. Así que se sometían bastante mansamente a que ella les mandoneara, y al cabo de dos semanas ya tenían la sensación de que siempre había estado con ellos.

—Es lo más raro del mundo que la señora Wiley no haya venido a por mí —dijo Mary—. No lo entiendo.

—A lo mejor no piensa ocuparse de ti para nada —dijo Una—. Entonces podrás seguir aquí sin más.

—Esta casa apenas es lo bastante grande para mí y la vieja Martha —dijo Mary, sombría—. Está muy bien eso de tener suficiente para comer, que muchas veces me había preguntado yo cómo sería, pero soy exigente con la cocina. Y la señora Wiley todavía va a venir. *Ella* seguro que me tiene guardada una buena. De día no pienso tanto en ello, pero mira, chicas, allá arriba en el desván, de noche me pongo a darle vueltas y más vueltas, hasta que casi deseo que venga de una vez y se acabe. No sé yo si una buena tunda de verdad sería mucho peor que la docena que he vivido en mi imaginación desde que me escapé. ¿A alguna de vosotras la han zurrado alguna vez?

—No, claro que no —dijo Faith, indignada—. Papá jamás haría una cosa así.

—No sabéis lo bien que vivís —dijo Mary con un suspiro, mitad envidia, mitad superioridad—. No tenéis ni idea de lo que yo he pasado. ¿Y supongo que a los Blythe tampoco los han zurrado nunca?

—No-o-o, supongo que no. Pero *creo* que a veces les daban unos azotes cuando eran pequeños.

—Unos azotes no son nada —dijo Mary con desprecio—. Si los míos se hubieran limitado a darme unos azotes, habría pensado que me estaban mimando. En fin, este no es un mundo justo. No me

importaría cargar con mi parte de tundas, pero a mí me han tocado condenadamente más de la cuenta.

—No está bien decir esa palabra, Mary —dijo Una en tono de reproche—. Me prometiste que no la dirías.

—Anda ya —respondió Mary—. Si supieras algunas de las palabras que *podría* decir si quisiera, no armarías tanto revuelo por «condenado». Y ya sabes muy bien que no he dicho ni una mentira desde que estoy aquí.

—¿Y qué me dices de todos esos fantasmas que dijiste que habías visto? —preguntó Faith.

Mary se ruborizó.

—Eso era distinto —dijo, desafiante—. Yo sabía que no os creeríais esos cuentos, y no pretendía que os los creyeráis. Y de verdad que vi algo raro una noche que pasaba por el cementerio del otro lado del puerto, te lo juro por mi vida. No sé si era un fantasma o la vieja jaca blanca de Sandy Crawford, pero tenía una pinta condenadamente rara, y os digo que salí pitando que no veas.

CAPÍTULO 7. UN EPISODIO CON PESCADO

Rilla Blythe caminaba orgullosa, y quizá un poco estirada, por la «calle» principal del Glen y subía la cuesta de la casa parroquial, llevando con cuidado una cestita de fresas tempranas que Susan había conseguido madurar deliciosamente en uno de los rincones soleados de Ingleside. Susan había encargado a Rilla que no le diera la cesta a nadie que no fuera la tía Martha o el señor Meredith, y Rilla, muy orgullosa de que le confiaran semejante recado, estaba resuelta a cumplir sus instrucciones al pie de la letra.

Susan la había vestido primorosamente con un vestido blanco, almidonado y bordado, con una banda azul y unas zapatillas de cuentas. Sus largos bucles rojizos estaban lisos y bien formados, y Susan le había dejado ponerse su mejor sombrero, como cumplido a la casa parroquial. Era una prenda un tanto recargada, en la que el gusto de Susan había tenido más que decir que el de Ana, y la pequeña alma de Rilla se regodeaba en sus esplendores de seda, encaje y flores. Estaba muy pendiente de su sombrero, y me temo que subió la cuesta de la casa parroquial pavoneándose. El contoneo, o el sombrero, o ambas cosas, sacaron de quicio a Mary Vance, que se columpiaba en la verja del jardín. El genio de Mary andaba ya algo revuelto de por sí. La tía Martha se había negado a dejarla pelar las patatas y la había echado de la cocina.

—¡Ja! ¡Ya sacará usted las patatas a la mesa con tiras de piel colgando y medio hervidas, como siempre! Ay, qué gusto irá a dar asistir a su entierro —chilló Mary. Salió de la cocina dando un portazo tan fuerte que hasta la tía Martha lo oyó, y el señor

Meredith, en su estudio, sintió la vibración y pensó distraídamente que debía de haber habido un pequeño temblor de tierra. Luego siguió con su sermón.

Mary se bajó de un salto de la verja y se plantó ante la impecable damisela de Ingleside.

—¿Qué llevas ahí? —exigió, tratando de coger la cesta.

Rilla se resistió. —Es pala el señol Meredith —dijo con su media lengua.

—Dámela. Ya se la doy *yo* —dijo Mary.

—No. Susan dijo que no se la diela a nadie más que al señol Mel'dith o a la tía Martha —insistió Rilla.

Mary la miró con acritud.

—Te crees alguien, ¿verdad?, toda emperifollada como una muñeca. Mírame a mí. Mi vestido está hecho jirones y a *mí* no me importa. Prefiero ir hecha un adefesio antes que ser una muñeca de trapo. Vete a casa y diles que te metan en una vitrina. ¡Mírame, mírame, mírame!

Mary ejecutó una danza desatada alrededor de la desconcertada y aturdida Rilla, sacudiendo su falda hecha jirones y vociferando «mírame, mírame» hasta que la pobre Rilla se mareó. Pero cuando esta intentó escabullirse hacia la verja, Mary volvió a abalanzarse sobre ella.

—Dame esa cesta —ordenó con una mueca. Mary era toda una maestra en el arte de «poner caras». Sabía dar a su rostro un aspecto de lo más grotesco y sobrenatural, del que sus ojos raros, blancos y brillantes relucían con un efecto inquietante.

—No quiero —jadeó Rilla, asustada pero firme—. Suéltame, Maly Vance.

Mary la soltó un momento y miró a su alrededor. Justo dentro de la verja había un pequeño «secadero», sobre el que se secaban media docena de grandes bacalaos. Uno de los feligreses del señor

Meredith se los había regalado un día, quizá a cuenta de la contribución que se suponía debía pagarle al estipendio y que nunca pagaba. El señor Meredith le había dado las gracias y luego se había olvidado por completo del pescado, que se habría echado a perder enseguida de no ser porque la incansable Mary lo preparó para secarlo y montó ella misma el «secadero» donde ponerlo.

A Mary se le ocurrió una inspiración diabólica. Voló hacia el «secadero» y agarró el bacalao más grande que había allí, una cosa enorme y chata, casi tan grande como ella misma. Con un alarido se abalanzó sobre la aterrorizada Rilla, blandiendo su extraño proyectil. El valor de Rilla flaqueó. Que la azotaran con un bacalao seco era algo tan inaudito que Rilla no pudo hacerle frente. Con un chillido soltó la cesta y echó a correr. Las hermosas fresas, que Susan había escogido con tanto esmero para el pastor, rodaron en un torrente sonrosado por el camino polvoriento y fueron pisoteadas por los pies veloces de la perseguidora y la perseguida. La cesta y su contenido ya no le importaban a Mary. Solo pensaba en el placer de darle a Rilla Blythe el susto de su vida. Le enseñaría a *ella* a venir dándose aires por llevar ropa fina.

Rilla bajó volando la cuesta y siguió calle abajo. El terror le puso alas en los pies, y apenas logró mantenerse por delante de Mary, algo entorpecida esta por su propia risa, pero con aliento de sobra para lanzar de vez en cuando alaridos escalofriantes mientras corría, agitando el bacalao en el aire. Cruzaron como un vendaval la calle del Glen, mientras todo el mundo corría a las ventanas y a las verjas para verlas. Mary sentía que estaba causando una sensación tremenda y lo disfrutaba. Rilla, ciega de terror y sin aliento, sintió que ya no podía correr más. Un instante más y aquella niña terrible le caería encima con el bacalao. Fue entonces cuando la pobre criatura tropezó y cayó en el charco de barro al final de la calle, justo cuando la señorita Cornelia salía de la tienda de Carter Flagg.

La señorita Cornelia captó toda la situación de una sola mirada. Y Mary también. Esta se detuvo en seco en su loca carrera y, antes de que la señorita Cornelia pudiera decir palabra, ya había dado media

vuelta y corría cuesta arriba tan rápido como había corrido cuesta abajo. Los labios de la señorita Cornelia se apretaron ominosamente, pero sabía que era inútil pensar en perseguirla. Así que, en su lugar, recogió a la pobre Rilla, sollozante y desgredada, y se la llevó a casa. Rilla estaba desolada. Su vestido, sus zapatillas y su sombrero habían quedado arruinados, y su orgullo de seis años había recibido terribles magulladuras.

Susan, blanca de indignación, escuchó el relato que la señorita Cornelia le hizo de la hazaña de Mary Vance.

—Ay, la desvergonzada... ¡ay, la pequeña desvergonzada! —dijo, mientras se llevaba a Rilla para asearla y consolarla.

—Esto ya ha llegado demasiado lejos, Ana, querida —dijo la señorita Cornelia con resolución—. Hay que hacer algo. ¿*Quién* es esa criatura que se aloja en la casa parroquial, y de dónde ha salido?

—Tenía entendido que era una niña del otro lado del puerto que estaba de visita en la casa parroquial —respondió Ana, que veía el lado cómico de la persecución del bacalao y pensaba en secreto que Rilla era bastante vanidosa y necesitaba una lección o dos.

—Conozco a todas las familias del otro lado del puerto que vienen a nuestra iglesia, y ese diablillo no pertenece a ninguna de ellas —replicó la señorita Cornelia—. Va casi hecha un guiñapo, y cuando viene a la iglesia lleva la ropa vieja de Faith Meredith. Aquí hay algún misterio, y voy a investigarlo, ya que parece que nadie más va a hacerlo. Estoy segura de que ella anduvo detrás de lo que hicieron el otro día en el bosquecillo de abetos de Warren Mead. ¿Te enteraste de que le dieron un susto de muerte a su madre?

—No. Sabía que habían llamado a Gilbert para que la viera, pero no supe qué había pasado.

—Bueno, ya sabes que tiene el corazón débil. Y un día de la semana pasada, estando sola en el porche, oyó unos gritos espantosos de «¡asesino!» y «¡isocorro!» que venían del bosquecillo, sonidos verdaderamente terroríficos, Ana, querida. El corazón le falló al instante. El propio Warren los oyó desde el granero y fue derecho

al bosquecillo a investigar, y allí se encontró a todos los niños de la casa parroquial sentados en un árbol caído, gritando «¡asesino!» a pleno pulmón. Le dijeron que era solo para divertirse y que no creían que nadie fuera a oírlos. Estaban jugando a la emboscada india. Warren volvió a la casa y encontró a su pobre madre inconsciente en el porche.

Susan, que había vuelto, resopló con desdén.

—Yo creo que estaba muy lejos de estar inconsciente, señora Marshall Elliott, y a eso puede usted atenerse. Llevo cuarenta años oyendo hablar del corazón débil de Amelia Warren. Ya lo tenía a los veinte años. Le encanta armar revuelo y que venga el médico, y cualquier excusa le sirve.

—No creo que Gilbert considerara muy grave el ataque —dijo Ana.

—Ah, puede muy bien ser —dijo la señorita Cornelia—. Pero el asunto ha dado muchísimo que hablar, y que los Mead sean metodistas lo empeora aún más. ¿Qué va a ser de esos niños? A veces no puedo dormir por las noches de tanto pensar en ellos, Ana, querida. La verdad es que dudo hasta de que coman lo suficiente, porque su padre anda tan perdido en las nubes que a menudo se olvida de que tiene estómago, y esa vieja perezosa no se molesta en cocinar como es debido. Andan del todo asilvestrados, y ahora que se acaba el colegio, van a estar peor que nunca.

—Se lo pasan estupendamente —dijo Ana, riendo al recordar ciertos sucesos del Valle del Arco Iris que habían llegado a sus oídos—. Y todos son valientes, francos, leales y sinceros.

—Eso es verdad, Ana, querida, y cuando una piensa en todos los líos que armaron en la iglesia aquellos dos chiquillos chismosos y falsos del último pastor, una se inclina a pasar por alto muchas cosas en los Meredith.

—Bien mirado, mi querida señora doctora, son unos niños muy simpáticos —dijo Susan—. Tienen mucho pecado original dentro, eso lo admito, pero puede que así esté bien, porque si no lo tuvieran

quizá se echarían a perder de puro dulces. Solo que no me parece propio que jueguen en un cementerio, y en eso me mantengo.

—Pero la verdad es que juegan allí muy tranquilos —disculpó Ana—. No corren ni gritan como en otros sitios. ¡Los alaridos que a veces llegan hasta aquí desde el Valle del Arco Iris! Aunque me figuro que mi propia prole tiene un papel destacado en ellos. Anoche organizaron allí una batalla fingida y tuvieron que «rugir» ellos mismos, porque no tenían artillería para hacerlo, según dice Jem. Jem está pasando por esa etapa en la que todos los chicos se mueren por ser soldados.

—Bueno, gracias a Dios, él nunca será soldado —dijo la señorita Cornelia—. Nunca aprobé que nuestros muchachos fueran a aquella trifulca sudafricana. Pero ya pasó, y no es probable que vuelva a ocurrir nada parecido. Creo que el mundo se está volviendo más sensato. En cuanto a los Meredith, lo he dicho muchas veces y lo repito: si el señor Meredith tuviera esposa, todo iría bien.

—Me han dicho que la semana pasada fue dos veces de visita a casa de los Kirk —dijo Susan.

—Bueno —dijo la señorita Cornelia, pensativa—, por regla general no apruebo que un pastor se case dentro de su propia congregación. Suele echarlo a perder. Pero en este caso no haría ningún daño, porque a todos les cae bien Elizabeth Kirk y nadie más anda deseando el puesto de hacer de madrastra de esos chiquillos. Hasta las chicas Hill se resisten a eso. No se las ha pescado tendiéndole trampas al señor Meredith. Elizabeth sería una buena esposa para él, si tan solo él lo pensara. Pero el problema es que, la verdad, ella es sosa, y, Ana, querida, el señor Meredith, por muy distraído que sea, tiene ojo para una mujer guapa, como todos los hombres. No es *tan* del otro mundo cuando se trata de eso, *créeme*.

—Elizabeth Kirk es una persona muy agradable, pero dicen que ya ha habido quien casi se muere de frío en la cama del cuarto de invitados de su madre, mi querida señora doctora —dijo Susan con retintín—. Si sintiera que tengo algún derecho a opinar sobre un

asunto tan serio como el matrimonio de un pastor, diría que creo que la prima Sarah de Elizabeth, del otro lado del puerto, sería mejor esposa para el señor Meredith.

—Pero si Sarah Kirk es metodista —dijo la señorita Cornelia, poco menos que si Susan hubiera propuesto a una hotentote como novia de la casa parroquial.

—Seguramente se haría presbiteriana si se casara con el señor Meredith —replicó Susan.

La señorita Cornelia negó con la cabeza. Evidentemente, para ella era eso de metodista una vez, metodista siempre.

—Sarah Kirk queda completamente descartada —dijo con rotundidad—. Y Emmeline Drew también, aunque toda la familia Drew anda intentando concertar ese matrimonio. Le están literalmente arrojando a la pobre Emmeline a la cabeza, y él no tiene la menor idea.

—Emmeline Drew no tiene ninguna sensatez, eso he de admitirlo —dijo Susan—. Es de esas mujeres, mi querida señora doctora, que te ponen una bolsa de agua caliente en la cama en plena canícula y luego se ofenden porque no se lo agradeces. Y su madre era pésima ama de casa. ¿Ha oído usted alguna vez la historia del paño de cocina? Perdió el paño de cocina un día. Pero al día siguiente lo encontró. Ah, sí, mi querida señora doctora, lo encontró dentro del ganso, en la mesa, mezclado con el relleno. ¿Cree usted que una mujer así serviría de suegra para un pastor? Yo no lo creo. Pero sin duda estaría mejor empleada remendando los pantalones del pequeño Jem que hablando mal de mis vecinos. Anoche los rompió de manera escandalosa en el Valle del Arco Iris.

—¿Dónde está Walter? —preguntó Ana.

—Me temo que anda en algo que no trae nada bueno, mi querida señora doctora. Está en el desván escribiendo algo en un cuaderno. Y este trimestre no le ha ido tan bien en aritmética como debería, según me cuenta la maestra. Y demasiado bien sé yo el motivo. Ha estado escribiendo rimas tontas cuando debería haber estado

haciendo sus cuentas. Me temo que ese chico va a salir poeta, mi querida señora doctora.

—Ya es poeta ahora, Susan.

—Bueno, se lo toma usted con mucha calma, mi querida señora doctora. Supongo que es lo mejor, cuando una tiene fuerzas para ello. Yo tuve un tío que empezó siendo poeta y acabó siendo un vagabundo. Nuestra familia sintió una vergüenza espantosa por él.

—No parece que tenga usted muy buena opinión de los poetas, Susan —dijo Ana, riendo.

—¿Y quién la tiene, mi querida señora doctora? —preguntó Susan, verdaderamente asombrada.

—¿Y qué me dice de Milton y de Shakespeare? ¿Y de los poetas de la Biblia?

—Me han dicho que Milton no se llevaba nada bien con su esposa, y que Shakespeare no era más que medio respetable, según las épocas. En cuanto a la Biblia, claro que las cosas eran distintas en aquellos tiempos sagrados... aunque nunca tuve muy buena opinión del rey David, dígame lo que se diga. Nunca supe que de escribir poesía saliera nada bueno, y espero y ruego que ese bendito chico se le pase con los años. Y si no se le pasa... ya veremos qué puede hacer un poco de emulsión de aceite de hígado de bacalao.

CAPÍTULO 8. LA SEÑORITA CORNELIA INTERVIENE

La señorita Cornelia cayó sobre la casa parroquial al día siguiente e interrogó a Mary a fondo, la cual, siendo una jovencita de considerable perspicacia y astucia, contó su historia con sencillez y veracidad, sin el menor asomo de queja ni de fanfarronería. La señorita Cornelia quedó más favorablemente impresionada de lo que esperaba, pero consideró que era su deber mostrarse severa.

—¿Te parece —dijo con severidad— que demostraste tu gratitud a esta familia, que ha sido demasiado buena contigo, insultando y persiguiendo a una de sus amiguitas como hiciste ayer?

—Pues sí, fue una faena de las gordas —admitió Mary sin apuro—. No sé qué me dio. Es que aquel bacalao viejo me venía tan a mano, maldita sea. Pero me supo fatal: lloré anoche en la cama por eso, se lo juro. Pregúntele a Una si no. No le quise decir por qué, porque me daba vergüenza, y entonces se puso a llorar ella también, porque pensó que alguien me había herido los sentimientos. Anda que, si *yo* no tengo sentimientos que valga la pena herir. Lo que me preocupa es por qué la señora Wiley no me ha andado buscando. No es propio de ella.

A la propia señorita Cornelia le pareció bastante raro, pero se limitó a advertir severamente a Mary que no volviera a tomarse libertades con el bacalao del pastor, y se fue a informar de sus progresos a Ingleside.

—Si la historia de la niña es verdad, habría que investigar el asunto —dijo—. Yo sé algo de esa mujer, la Wiley, *créeme*. Marshall la conocía bien de cuando vivía al otro lado del puerto. El verano pasado le oí decir algo de ella y de una niña de acogida que tenía, probablemente esta misma criatura de Mary. Dijo que alguien le había contado que la hacía trabajar hasta matarla, y que apenas la alimentaba ni la vestía. Ya sabes, Ana, querida, que siempre ha sido costumbre mía ni meterme ni mezclarme con esa gente del otro lado del puerto. Pero mañana mandaré a Marshall para que averigüe la verdad, si puede. Y *entonces* hablaré con el pastor. Fíjate, Ana, querida: los Meredith encontraron a esta niña literalmente muerta de hambre en el viejo granero de heno de James Taylor. Había pasado allí toda la noche, sola, con frío y con hambre. Y nosotras durmiendo calentitas en nuestras camas después de buenas cenas.

—Pobrecita —dijo Ana, imaginando a uno de sus propios hijos queridos, solo, con frío y con hambre en semejantes circunstancias—. Si la han maltratado, señorita Cornelia, no se la puede devolver a un sitio así. Yo fui huérfana una vez, en una situación muy parecida.

—Habrá que consultarlo con la gente del asilo de Hopetown —dijo la señorita Cornelia—. En todo caso, no se la puede dejar en la casa parroquial. Solo Dios sabe qué podrían aprender de ella esos pobres niños. Tengo entendido que hasta ha soltado alguna palabrota. ¡Y pensar que ha estado allí dos semanas enteras sin que el señor Meredith se haya enterado de nada! ¿Qué derecho tiene un hombre así a tener familia? Vamos, Ana, querida, debería haberse hecho monje.

Dos noches después, la señorita Cornelia estaba de vuelta en Ingleside.

—¡Es la cosa más asombrosa! —dijo—. A la señora Wiley la encontraron muerta en su cama la mismísima mañana después de que esta criatura de Mary se escapara. Llevaba años con el corazón mal, y el médico ya le había avisado de que podía pasarle en cualquier momento. Había despedido a su mozo y no había nadie en la casa. Unos vecinos la encontraron al día siguiente. Echaron en

falta a la niña, según parece, pero supusieron que la señora Wiley la había mandado con su prima, cerca de Charlottetown, como había dicho que pensaba hacer. La prima no vino al entierro, así que nadie llegó a saber que Mary no estaba con ella. La gente con la que habló Marshall le contó algunas cosas sobre cómo trataba la señora Wiley a esta Mary que le hicieron hervir la sangre, según asegura él. Ya sabes que a Marshall le entra una furia tremenda cuando oye que maltratan a un niño. Dijeron que la azotaba sin piedad por cada pequeña falta o error. Algunos hablaron de escribir a las autoridades del asilo, pero de lo que es cosa de todos no se ocupa nadie, y nunca se llegó a hacer.

—Siento que esa tal Wiley esté muerta —dijo Susan con fiereza—. Me habría gustado ir al otro lado del puerto a decirle cuatro verdades. ¡Matar de hambre y pegar a una criatura, mi querida señora doctora! Como usted sabe, yo estoy a favor de la azotaina en su justa medida, pero de ahí no paso. ¿Y qué va a ser de esta pobre niña ahora, señora Marshall Elliott?

—Supongo que habrá que devolverla a Hopetown —dijo la señorita Cornelia—. Creo que por aquí ya tiene niño de acogida todo el que quería tenerlo. Mañana veré al señor Meredith y le diré mi opinión sobre todo este asunto.

—Y no me cabe duda de que lo hará, mi querida señora doctora —dijo Susan, cuando la señorita Cornelia se hubo marchado—. Esa mujer no se detiene ante nada, ni siquiera ante entejar la aguja de la iglesia, si se le mete en la cabeza. Pero no entiendo cómo hasta Cornelia Bryant es capaz de hablarle a un pastor como le habla. Cualquiera diría que es un hombre cualquiera y corriente.

Cuando la señorita Cornelia se hubo ido, Nan Blythe se desenroscó de la hamaca donde había estado estudiando sus lecciones y se escapó hacia el Valle del Arco Iris. Los demás ya estaban allí. Jem y Jerry jugaban a las herraduras con unas viejas herraduras prestadas por el herrero del Glen. Carl acechaba hormigas en un altozano soleado. Walter, tumbado boca abajo entre los helechos, leía en voz alta a Mary, Di, Faith y Una un libro maravilloso de mitos donde se

contaban relatos fascinantes del Preste Juan y el Judío Errante, de varitas de zahorí y hombres con cola, de Schamir, el gusano que hendía las rocas y abría camino a los tesoros de oro, de las Islas Afortunadas y las doncellas cisne. Fue un golpe tremendo para Walter enterarse de que Guillermo Tell y Gelert también eran mitos; y la historia del obispo Hatto lo iba a tener despierto toda aquella noche; pero, por encima de todo, le encantaban las historias del Flautista y el Santo Grial. Las leía con un fervor estremecedor, mientras las campanillas de los Árboles Enamorados tintineaban en el viento del verano y la frescura de las sombras del atardecer se extendía poco a poco por el valle.

—Oye, ¿a que son unas mentiras interesantes? —dijo Mary con admiración, cuando Walter cerró el libro.

—No son mentiras —dijo Di, indignada.

—¿No querrás decir que son verdad? —preguntó Mary, incrédula.

—No... no exactamente. Son como esas historias de fantasmas tuyas. No eran verdad, pero tú no esperabas que nos las creyéramos, así que no eran mentiras.

—Bueno, esa historia de la varita de zahorí no es mentira, desde luego —dijo Mary—. El viejo Jake Crawford, del otro lado del puerto, sabe manejarla. Le mandan llamar de todas partes cuando quieren cavar un pozo. Y creo que conozco al Judío Errante.

—Ay, Mary —dijo Una, sobrecogida.

—Que sí, te lo juro. Un día del otoño pasado, en casa de la señora Wiley, había un viejo. Parecía lo bastante viejo para ser *cualquier cosa*. Ella le preguntaba por los postes de cedro, que si creía que iban a durar. Y él dijo: «¿Durar? Van a durar mil años. Lo sé, porque los he probado dos veces». Bueno, pues si tenía dos mil años, ¿quién iba a ser sino vuestro Judío Errante?

—No me creo que el Judío Errante se juntara con una persona como la señora Wiley —dijo Faith con decisión.

—A mí me encanta la historia del Flautista —dijo Di—, y a mamá también. Siempre me da mucha pena el pobre niño cojo que no pudo seguir el paso de los demás y se quedó fuera de la montaña. Qué decepción más grande habrá tenido. Creo que el resto de su vida se habrá preguntado qué maravilla se perdió, y deseando haber podido entrar con los demás.

—Pero qué contenta habrá estado su madre —dijo Una en voz baja—. Creo que ella había sentido toda su vida que fuera cojo. Puede que hasta llorara por ello. Pero ya nunca más lo sentiría, nunca. Se alegraría de que fuera cojo, porque por eso no lo había perdido.

—Algún día —dijo Walter, soñador, con la mirada perdida en el cielo—, el Flautista vendrá por la colina de allá arriba y bajará por el Valle del Arco Iris, tocando alegre y dulcemente. Y yo lo seguiré, lo seguiré hasta la orilla, hasta el mar, lejos de todos vosotros. No creo que quiera ir; Jem sí querrá ir, será toda una aventura; pero yo no. Solo que *tendré* que hacerlo: la música me llamará y me llamará y me llamará hasta que *tenga* que seguirla.

—Iremos todos —exclamó Di, contagiada por el fuego de la fantasía de Walter, medio convencida de que podía ver la figura burlona y que se alejaba del místico flautista en el extremo lejano y borroso del valle.

—No. Vosotras os quedaréis aquí sentadas, esperando —dijo Walter, con sus grandes y espléndidos ojos llenos de un extraño hechizo—. Esperaréis a que volvamos. Y puede que no volvamos, porque no podremos volver mientras el Flautista siga tocando. Puede que nos lleve tocando alrededor del mundo entero. Y vosotras seguiréis aquí sentadas, esperando, y *esperando*.

—Ay, cállate ya —dijo Mary, estremeciéndose—. No pongas esa cara, Walter Blythe. Me pones los pelos de punta. ¿Es que quieres que me eche a llorar? Ya me estoy viendo a ese horrible Flautista alejándose, y a vosotros los chicos siguiéndolo, y a nosotras las chicas aquí sentadas esperando, solas. No sé por qué será, yo nunca

he sido de las llorosas; pero en cuanto te pones a soltar tu rollo, siempre me dan ganas de llorar.

Walter sonrió triunfante. Le gustaba ejercer ese poder suyo sobre sus compañeros: jugar con sus sentimientos, despertar sus temores, estremecer sus almas. Aquello satisfacía en él un cierto instinto dramático. Pero bajo su triunfo había un extraño y pequeño escalofrío de un temor misterioso. El Flautista le había parecido muy real, como si el velo tembloroso que oculta el futuro se hubiera apartado por un instante en el crepúsculo estrellado del Valle del Arco Iris, dejándole entrever, borrosamente, los años por venir.

Carl, que se acercó al grupo con un informe de lo que ocurría en el mundo de las hormigas, los devolvió a todos al terreno de los hechos.

—Las hormigas *sí* que son interesantes de verdad —exclamó Mary, contenta de escapar del hechizo sombrío del Flautista—. Carl y yo estuvimos vigilando ese hormiguero del cementerio toda la tarde del sábado. Nunca pensé que los bichos dieran para tanto. Oye, pero son unas pendencieras de cuidado, a algunas les da por empezar una pelea sin ningún motivo, por lo que pudimos ver. Y otras son unas cobardes. Se asustaban tanto que se hacían una bola y dejaban que las demás las zurraran. No plantaban pelea ninguna. Algunas son unas holgazanas que no quieren trabajar. Las vimos escaqueándose. Y hubo una hormiga que se murió de pena porque mataron a otra, no quiso trabajar, no quiso comer, se murió sin más, os lo juro por Dio... —digo, de verdad de la buena.

Se hizo un silencio consternado. Todos sabían que Mary no había empezado a decir «de verdad». Faith y Di intercambiaron una mirada que le habría hecho honor a la mismísima señorita Cornelia. Walter y Carl se sintieron incómodos, y a Una le tembló el labio.

Mary se removió incómoda.

—Se me escapó antes de pensarlo, de verdad que sí, te lo juro... digo, como que estoy viva, y me tragué la mitad. Aquí sois todos

muy remilgados, me parece a mí. Ojalá hubierais oído a los Wiley cuando se peleaban.

—Las señoritas no dicen esas cosas —dijo Faith, muy remilgada para ser ella.

—No está bien —susurró Una.

—Yo no soy una señorita —dijo Mary—. ¿Qué oportunidad he tenido yo de ser una señorita? Pero no volveré a decir eso si puedo evitarlo. Os lo prometo.

—Además —dijo Una—, no puedes esperar que Dios te conteste las oraciones si tomas su nombre en vano, Mary.

—Pues total, no espero que me las conteste —dijo Mary, la de poca fe—. Llevo una semana pidiéndole que aclare este asunto de la Wiley y no ha hecho nada. Voy a dejarlo.

En ese momento llegó Nan sin aliento.

—Ay, Mary, tengo noticias para ti. La señora Elliott estuvo al otro lado del puerto, ¿y sabes qué averiguó? La señora Wiley está muerta: la encontraron muerta en la cama la mañana después de que tú te escaparas. Así que nunca tendrás que volver con ella.

—¡Muerta! —dijo Mary, estupefacta. Luego se estremeció.

—¿Tú crees que mis oraciones tuvieron algo que ver con eso? —exclamó, suplicante, dirigiéndose a Una—. Si fue así, no vuelvo a rezar en toda mi vida. Anda, que igual vuelve del otro mundo a perseguirme.

—No, no, Mary —dijo Una para consolarla—, no tuvieron nada que ver. Si la señora Wiley murió mucho antes de que tú empezaras siquiera a rezar por eso.

—Es verdad —dijo Mary, recobrándose del susto—. Pero te digo que me dio un vuelco el corazón. No me gustaría pensar que he rezado a alguien hasta la muerte. Nunca se me pasó por la cabeza que se fuera a morir cuando yo rezaba. No tenía pinta de ser de las que se mueren. ¿Dijo algo de mí la señora Elliott?

—Dijo que probablemente tendrías que volver al asilo.

—Ya me lo figuraba —dijo Mary con desánimo—. Y luego me colocarán otra vez, seguramente con alguien igual que la señora Wiley. Bueno, supongo que podré aguantarlo. Soy dura de pelar.

—Voy a rezar para que no tengas que volver —susurró Una, mientras ella y Mary caminaban de vuelta a la casa parroquial.

—Tú haz lo que quieras —dijo Mary con firmeza—, pero *yo* te juro que no. Esto de rezar me ha dado un susto de muerte. Mira lo que ha pasado. Si la señora Wiley *hubiera* muerto después de que yo empezara a rezar, habría sido cosa mía.

—Ay, no, qué va —dijo Una—. Ojalá supiera explicar mejor estas cosas: papá sí sabría, estoy segura, si hablaras con él, Mary.

—¡A que no me pillas! No sé qué pensar de tu padre, para qué te voy a engañar. Pasa por mi lado y no me ve ni a plena luz del día. Yo no seré orgullosa; ¡pero tampoco soy un felpudo!

—Ay, Mary, es que papá es así. La mayoría de las veces tampoco nos ve a nosotras. Es que está pensando profundamente, eso es todo. Y *sí* que voy a rezar para que Dios haga que te quedes en Four Winds, porque me caes bien, Mary.

—Vale. Pero que no me entere yo de que se muere más gente por tu culpa —dijo Mary—. Me gustaría quedarme en Four Winds, la verdad. Me gusta el sitio, y me gusta el puerto, y el faro, y tú, y los Blythe. Sois los únicos amigos que he tenido nunca, y me daría muchísima pena dejaros.

CAPÍTULO 9. UNA INTERVIENE

La señorita Cornelia tuvo una conversación con el señor Meredith que resultó ser toda una conmoción para aquel caballero distraído. Le hizo ver, sin excesivo respeto, su dejación de deberes al permitir que una criatura sin hogar como Mary Vance entrase en su familia y se relacionase con sus hijos sin saber ni averiguar nada sobre ella.

—No digo que se haya hecho mucho daño, claro está —concluyó—. Esta criatura de Mary no es lo que se podría llamar mala, bien mirado. He estado interrogando a sus hijos y a los Blythe, y por lo que he podido sacar en claro no hay gran cosa que reprocharle a la niña, salvo que habla en jerga y no usa un lenguaje muy fino. Pero piense usted en lo que podría haber pasado si hubiera sido como algunas de esas niñas de acogida que conocemos. Usted mismo sabe lo que aquella pobre criatura que tuvieron los Jim Flagg enseñó y contó a los hijos de los Flagg.

El señor Meredith lo sabía, en efecto, y quedó sinceramente conmocionado por su propio descuido en el asunto.

—Pero ¿qué se puede hacer, señora Elliott? —preguntó él con impotencia—. No podemos echar a la pobre niña. Hay que cuidar de ella.

—Por supuesto. Será mejor que escribamos cuanto antes a las autoridades de Hopetown. Mientras tanto, supongo que bien puede quedarse aquí unos días más, hasta que tengamos noticias suyas. Pero mantenga los ojos y los oídos bien abiertos, señor Meredith.

Susan se habría muerto de horror en el acto si hubiera oído a la señorita Cornelia amonestar así a un pastor. Pero la señorita Cornelia se marchó con la cálida satisfacción de haber cumplido con su deber, y aquella noche el señor Meredith pidió a Mary que fuese con él a su despacho. Mary obedeció, con un aspecto literalmente lívido de miedo. Pero se llevó la sorpresa de su pobre y maltrecha vida. Aquel hombre, al que había tenido en tan terrible reverencia, era el alma más bondadosa y dulce que había conocido jamás. Antes de darse cuenta de lo que ocurría, Mary se encontró derramando todas sus penas en su oído y recibiendo a cambio una comprensión y una ternura tan compasivas como jamás se le había ocurrido imaginar. Mary salió del despacho con el rostro y los ojos tan suavizados que Una apenas la reconoció.

—Tu padre es buena gente, cuando se despierta —dijo con un resoplido que por poco no fue un sollozo—. Es una pena que no se despierte más a menudo. Dijo que yo no tenía la culpa de que la señora Wiley se hubiera muerto, pero que tenía que procurar pensar en sus cosas buenas y no en las malas. Yo qué sé qué cosas buenas tenía, como no fuera que llevaba la casa limpia y hacía una mantequilla de primera. Sé que casi me dejé los brazos fregándole el suelo de la cocina, con lo nudoso que era. Pero de ahora en adelante, lo que diga tu padre va a misa para mí.

Sin embargo, Mary resultó ser una compañía bastante apagada en los días siguientes. Le confesó a Una que cuanto más pensaba en volver al asilo, más lo odiaba. Una se devanó sus pequeños sesos buscando alguna manera de evitarlo, pero fue Nan Blythe quien acudió al rescate con una sugerencia bastante sorprendente.

—A lo mejor la señora Elliott podría quedarse con Mary. Tiene una casa grandísima y el señor Elliott siempre anda queriendo que tenga ayuda. Sería un sitio estupendo para Mary. Solo que tendría que portarse bien.

—Ay, Nan, ¿tú crees que la señora Elliott la aceptaría?

—No haría ningún daño que se lo preguntases —dijo Nan. Al principio, Una no creyó que fuese capaz. Era tan tímida que pedirle un favor a cualquiera era un suplicio para ella. Y sentía un respeto reverencial por la enérgica y ajetreada señora Elliott. Le gustaba mucho y siempre disfrutaba de una visita a su casa; pero ir a pedirle que adoptase a Mary Vance le parecía tal colmo de atrevimiento que el espíritu tímido de Una se acobardaba.

Cuando las autoridades de Hopetown escribieron al señor Meredith para que les enviase a Mary sin demora, Mary lloró hasta quedarse dormida aquella noche en el desván de la casa parroquial, y Una encontró en sí un valor desesperado. La tarde siguiente se escabulló de la casa parroquial hacia el camino del puerto. Muy abajo, en el Valle del Arco Iris, oyó risas alegres, pero su camino no iba por allí. Estaba terriblemente pálida y terriblemente resuelta — tanto que no se fijó en la gente con la que se cruzaba—, y la vieja señora Stanley Flagg se sintió bastante ofendida y dijo que Una Meredith sería tan distraída como su padre cuando se hiciese mayor.

La señorita Cornelia vivía a mitad de camino entre el Glen y la Punta de Four Winds, en una casa cuyo llamativo verde original se había suavizado hasta convertirse en un agradable gris verdoso. Marshall Elliott había plantado árboles alrededor, y puesto un jardín de rosas y un seto de abetos. Era un lugar bien distinto de lo que había sido años atrás. A los niños de la casa parroquial y a los de Ingleside les gustaba ir allí. Era un paseo precioso por el viejo camino del puerto, y al final siempre esperaba un tarro de galletas bien lleno.

El mar brumoso lamía suavemente la arena, allá abajo. Tres grandes barcos se deslizaban puerto abajo como grandes aves marinas blancas. Una goleta remontaba el canal. El mundo de Four Winds estaba bañado en color resplandeciente, en música sutil y en un extraño encanto, y en él todo el mundo debería haber sido feliz. Pero cuando Una entró por la verja de la señorita Cornelia, las piernas casi se negaron a sostenerla.

La señorita Cornelia estaba sola en el porche. Una había tenido la esperanza de que el señor Elliott estuviera allí. Era tan grande, tan campechano y de ojos tan chispeantes que su sola presencia habría sido un consuelo. Se sentó en el taburetito que la señorita Cornelia sacó y trató de comerse la rosquilla que la señorita Cornelia le dio. Se le atragantó, pero tragó con desesperación por no ofender a la señorita Cornelia. No podía hablar; seguía pálida; y sus grandes ojos azul oscuro estaban tan lastimeros que la señorita Cornelia llegó a la conclusión de que la niña tenía algún problema.

—¿Qué te preocupa, querida? —le preguntó—. Hay algo, salta a la vista.

Una se tragó el último trozo de rosquilla con un esfuerzo desesperado.

—Señora Elliott, ¿no querría usted quedarse con Mary Vance? —dijo suplicante.

La señorita Cornelia se quedó mirándola sin comprender.

—¡Yo! ¡Quedarme con Mary Vance! ¿Quieres decir tenerla conmigo?

—Sí, tenerla, adoptarla —dijo Una con ardor, cobrando valor ahora que el hielo estaba roto—. Ay, señora Elliott, *por favor*, hágalo. Ella no quiere volver al asilo; llora todas las noches por eso. Tiene tanto miedo de que la manden a otro sitio duro. Y es *tan* lista, no hay nada que no sepa hacer. Sé que no se arrepentiría si se quedara con ella.

—Nunca se me había ocurrido semejante cosa —dijo la señorita Cornelia, bastante desconcertada.

—¿*No* querría usted pensarlo? —imploró Una.

—Pero, querida, no necesito ayuda. Soy perfectamente capaz de hacer yo sola todo el trabajo de esta casa. Y nunca pensé que me gustase tener una niña de acogida, aunque necesitara ayuda.

La luz se apagó en los ojos de Una. Le temblaron los labios. Volvió a sentarse en su taburete, convertida en una figurilla patética de decepción, y rompió a llorar.

—No, querida, no llores —exclamó la señorita Cornelia, angustiada. Ella nunca podía soportar hacer llorar a una niña—. No digo que *no* vaya a quedarme con ella, pero la idea es tan nueva que me ha dejado completamente descolocada. Tengo que pensarlo.

—Mary es *tan* lista —repitió Una.

—¡Bah! Eso he oído. También he oído que suelta tacos. ¿Es verdad eso?

—Nunca la he oído soltar tacos *exactamente* —titubeó Una, incómoda—. Pero me temo que *sí podría*.

—¡Ya lo creo! ¿Dice siempre la verdad?

—Creo que sí, salvo cuando tiene miedo de que le den una azotaina.

—¡Y aun así quieres que me quede con ella!

—*Alguien* tiene que quedarse con ella —sollozó Una—. *Alguien* tiene que cuidar de ella, señora Elliott.

—Eso es verdad. Quizá *sea* mi deber hacerlo —dijo la señorita Cornelia con un suspiro—. Bueno, tendré que hablarlo con el señor Elliott. Así que no digas nada de esto todavía. Toma otra rosquilla, querida.

Una la cogió y se la comió con mejor apetito.

—Me gustan mucho las rosquillas —confesó—. La tía Martha nunca las hace. Pero la señorita Susan de Ingleside sí, y a veces nos deja llevarnos un plato al Valle del Arco Iris. ¿Sabe usted lo que hago cuando me apetecen las rosquillas y no puedo conseguirlas, señora Elliott?

—No, querida. ¿Qué haces?

—Saco el viejo libro de cocina de mi madre y leo la receta de las rosquillas, y las demás recetas. Suenan *tan* ricas. Siempre hago eso cuando tengo hambre, sobre todo después de comer ditto. *Entonces* leo las recetas del pollo frito y del ganso asado. Mi madre sabía hacer todas esas cosas tan ricas.

—Esos niños de la casa parroquial se van a morir de hambre si el señor Meredith no se vuelve a casar —le dijo la señorita Cornelia a su marido, indignada, después de que Una se hubiera marchado—. Y no lo va a hacer; ¿y qué se puede hacer? Y ¿*nos quedamos* con esta criatura de Mary, Marshall?

—Sí, quédate con ella —dijo Marshall lacónicamente.

—Muy de hombre —dijo su esposa, desesperada—. «Quédate con ella», como si eso fuera todo. Hay cien cosas que considerar, *créeme*.

—Quédate con ella, y ya consideraremos esas cosas después, Cornelia —dijo su marido.

Al final, la señorita Cornelia sí se quedó con ella, y fue a anunciar su decisión primero a la gente de Ingleside.

—¡Estupendo! —dijo Ana, encantada—. Esperaba que hiciera usted precisamente eso, señorita Cornelia. Quiero que esa pobre niña tenga un buen hogar. Yo también fui una huerfanita sin hogar, igual que ella.

—No creo que esta criatura de Mary sea, ni vaya a ser nunca, muy parecida a ti —replicó la señorita Cornelia con pesimismo—. Es un gato de otro pelaje. Pero también es un ser humano con un alma inmortal que salvar. Tengo un catecismo breve y un peine de púas finas, y pienso cumplir con mi deber para con ella, ahora que he puesto la mano en el arado, *créeme*.

Mary recibió la noticia con una satisfacción comedida.

—Es mejor suerte de la que esperaba —dijo.

—Vas a tener que andarte con mucho ojo con la señora Elliott —dijo Nan.

—Bueno, eso lo puedo hacer —replicó Mary con viveza—. Sé comportarme tan bien como tú cuando me da la gana, Nan Blythe.

—No debes decir palabrotas, ¿eh, Mary? —dijo Una, angustiada.

—Supongo que se moriría de horror si lo hiciera —sonrió Mary, con sus ojos claros brillando de un regocijo poco piadoso ante la idea—. Pero no te preocupes, Una. De ahora en adelante no se me va a derretir la mantequilla en la boca. Seré todo remilgos y compostura.

—Ni contar mentiras —añadió Faith.

—¿Ni siquiera para librarme de una azotaina? —suplicó Mary.

—La señora Elliott *nunca* te va a dar una azotaina, *nunca* —exclamó Di.

—¿Que no? —dijo Mary con escepticismo—. Como alguna vez me encuentre en un sitio donde no me zurren, pensaré que aquello es el mismísimo cielo. Entonces no habrá ningún miedo de que cuente mentiras. No es que me guste mucho contarlas; preferiría no hacerlo, la verdad.

El día antes de que Mary se marchara de la casa parroquial, hicieron un pícnic en su honor en el Valle del Arco Iris, y aquella noche todos los niños de la casa parroquial le dieron algo de su escaso tesoro de cosas queridas, como recuerdo. Carl le dio su arca de Noé, y Jerry, su segundo mejor birimbao. Faith le dio un cepillito de pelo con un espejo en el reverso, que Mary siempre había considerado una maravilla. Una vaciló entre un viejo monedero de abalorios y una alegre estampa de Daniel en el foso de los leones, y al final dejó que Mary eligiera. Mary de verdad ansiaba el monedero de abalorios, pero sabía que Una lo quería mucho, así que dijo:

—Dame a Daniel. Prefiero eso, porque me chiflan los leones. Lo único es que ojalá se hubieran comido a Daniel. Habría sido más emocionante.

A la hora de acostarse, Mary convenció a Una para que durmiera con ella.

—Es la última vez —dijo—, y esta noche llueve, y odio dormir ahí arriba sola cuando llueve, por lo del cementerio. No me importa en las noches buenas, pero una noche como esta no puedo ver más que la lluvia cayendo sobre esas piedras blancas y viejas, y el viento alrededor de la ventana suena como si los muertos intentaran entrar y lloraran porque no pueden.

—A mí me gustan las noches de lluvia —dijo Una, cuando ya estaban acurrucadas juntas en el cuartito del desván—, y a las niñas Blythe también.

—A mí no me importan cuando no tengo un cementerio cerca —dijo Mary—. Si estuviera aquí sola, lloraría a lágrima viva de la soledad que tendría. Me da muchísima pena dejaros a todos.

—Seguro que la señora Elliott te deja venir a jugar al Valle del Arco Iris bastante a menudo —dijo Una—. Y *vas* a portarte bien, ¿verdad, Mary?

—Ay, lo voy a intentar —suspiró Mary—. Pero no me va a resultar tan fácil ser buena, por dentro, quiero decir, además de por fuera, como te resulta a ti. Tú no has tenido unos parientes tan granujas como los míos.

—Pero tu familia tuvo que tener algunas cualidades buenas, además de las malas —argumentó Una—. Tienes que estar a la altura de esas y no hacer caso de las malas.

—No creo que tuvieran ninguna cualidad buena —dijo Mary con tristeza—. Nunca oí hablar de ninguna. Mi abuelo tenía dinero, pero dicen que era un sinvergüenza. No, tendré que empezar por mi cuenta y hacerlo lo mejor que pueda.

—Y Dios te ayudará, ¿sabes, Mary?, si se lo pides.

—Eso no lo sé yo.

—Ay, Mary. Ya sabes que le pedimos a Dios que te consiguiera un hogar, y lo hizo.

—No veo qué tuvo Él que ver con eso —replicó Mary—. Fuiste tú quien se lo metió en la cabeza a la señora Elliott.

—Pero fue Dios quien le puso en el *corazón* el quedarse contigo. De nada habría servido que yo se lo metiera en la *cabeza* si Él no lo hubiera hecho.

—Bueno, puede que algo de eso haya —admitió Mary—. Que conste que no tengo nada contra Dios, Una. Estoy dispuesta a darle una oportunidad. Pero, de verdad, creo que se parece muchísimo a tu padre: la mayor parte del tiempo, distraído y sin hacer caso a nadie, pero de vez en cuando se despierta de repente y se pone la mar de bueno, amable y sensato.

—¡Ay, Mary, no! —exclamó Una, horrorizada—. Dios no se parece nada a papá, quiero decir que es mil veces mejor y más bondadoso.

—Si es tan bueno como tu padre, a mí ya me vale —dijo Mary—. Cuando tu padre hablaba conmigo, sentía como si ya nunca más pudiera ser mala.

—Ojalá le hablaras a papá de Él —suspiró Una—. Él sabe explicarlo todo mucho mejor que yo.

—Pues sí que lo haré, la próxima vez que se despierte —prometió Mary—. Aquella noche que me habló en el despacho, me dejó bien claro que mis oraciones no mataron a la señora Wiley. Desde entonces tengo la conciencia tranquila, pero ando con mucho cuidado con eso de rezar. Supongo que la vieja oración es la más segura. Oye, Una, a mí me parece que, si una tiene que rezarle a alguien, sería mejor rezarle al diablo que a Dios. Dios es bueno, total, según tú dices, así que no te va a hacer ningún daño, pero por lo que yo puedo sacar en claro, al diablo hay que tenerlo contento. Creo que lo sensato sería decirle a él: «Diablo bueno, por favor, no me tientes. Déjame en paz, por favor.» ¿A que sí?

—Ay, no, no, Mary. Estoy segura de que no puede estar bien rezarle al diablo. Y no serviría de nada, porque él es malo. Podría molestarlo, y se pondría peor que nunca.

—Bueno, en cuanto a este asunto de Dios —dijo Mary con terquedad—, ya que tú y yo no lo podemos resolver, no vale la pena seguir hablando de ello hasta que tengamos ocasión de averiguar cómo es la cosa de verdad. Hasta entonces, haré lo que pueda yo sola.

—Si madre viviera, ella podría contárnoslo todo —dijo Una con un suspiro.

—Ojalá viviera —dijo Mary—. No sé qué va a ser de vosotros, mocosos, cuando yo me vaya. En cualquier caso, *procurad* mantener la casa un poco arreglada. Es escandaloso cómo habla la gente de eso. Y el día menos pensado tu padre se vuelve a casar, y entonces vais a quedar arrinconados, con las narices torcidas.

Una se sobresaltó. La idea de que su padre volviera a casarse nunca se le había ocurrido antes. No le gustó, y se quedó callada bajo el frío de aquel pensamiento.

—Las madrastras son unas criaturas *horribles* —siguió Mary—. Se te helaría la sangre si te contara todo lo que sé de ellas. Los chicos de los Wilson, los de enfrente de los Wiley, tenían una madrastra. Era tan mala con ellos como la señora Wiley conmigo. Va a ser horrible si os sale una madrastra.

—Estoy segura de que no —dijo Una, temblorosa—. Papá no se va a casar con nadie más.

—Lo van a acosar hasta que ceda, me figuro —dijo Mary con tono sombrío—. Todas las solteronas del pueblo andan detrás de él. No hay quien se les adelante. Y lo peor de las madrastras es que siempre ponen a tu padre en tu contra. Ya nunca más se preocuparía por vosotros. Siempre tomaría el partido de ella y el de sus hijos. Ya ves, le haría creer que erais todos unos malcriados.

—Ojalá no me hubieras contado esto, Mary —exclamó Una—. Me hace sentir muy desdichada.

—Solo quería avisarte —dijo Mary, algo arrepentida—. Claro que tu padre es tan distraído que a lo mejor ni se le pasa por la cabeza volver a casarse. Pero más vale estar prevenida.

Mucho después de que Mary se durmiera serenamente, la pequeña Una seguía despierta, con los ojos escociéndole de lágrimas. ¡Ay, qué espantoso sería que su padre se casara con alguien que lo hiciera odiarla a ella, y a Jerry, y a Faith, y a Carl! No podría soportarlo, ¡no podría!

Mary no había inculcado en las mentes de los niños de la casa parroquial ningún veneno del tipo que temía la señorita Cornelia. Y sin embargo, sí había conseguido hacer una pequeña travesura con la mejor de las intenciones. Pero ella durmió sin sueños, mientras Una permanecía despierta y la lluvia caía y el viento gemía alrededor de la vieja casa parroquial gris. Y el reverendo John Meredith se olvidó por completo de irse a la cama, absorto en la lectura de una vida de san Agustín. Era ya el alba gris cuando la terminó y subió las escaleras, forcejeando con los problemas de dos mil años atrás. La puerta del cuarto de las niñas estaba abierta, y vio a Faith dormida, sonrosada y hermosa. Se preguntó dónde estaría Una. Quizá se había ido a «pasar la noche» con las niñas Blythe. Lo hacía de vez en cuando, considerándolo un gran capricho. John Meredith suspiró. Sintió que el paradero de Una no debería ser un misterio para él. Cecilia habría cuidado de ella mejor que eso.

¡Si tan solo Cecilia siguiera con él! ¡Qué guapa y qué alegre había sido! ¡Cómo había resonado con sus canciones la vieja casa parroquial de Maywater! Y se había ido tan de repente, llevándose su risa y su música y dejando el silencio, tan de repente que él nunca había llegado a superar del todo su sensación de asombro. ¿Cómo podía *ella*, tan hermosa y tan llena de vida, haber muerto?

La idea de un segundo matrimonio nunca se le había presentado en serio a John Meredith. Había amado tan profundamente a su

esposa que creía que jamás podría querer a otra mujer. Tenía la vaga idea de que, dentro de no mucho, Faith tendría edad suficiente para ocupar el lugar de su madre. Hasta entonces, tendría que hacerlo lo mejor que pudiera él solo. Suspiró y se fue a su habitación, donde la cama seguía sin hacer. La tía Martha se había olvidado de ella, y Mary no se había atrevido a hacerla porque la tía Martha le había prohibido tocar nada en la habitación del pastor. Pero el señor Meredith no se dio cuenta de que estaba sin hacer. Sus últimos pensamientos fueron para san Agustín.

CAPÍTULO 10. LAS NIÑAS DE LA CASA PARROQUIAL HACEN LIMPIEZA

—Uf —dijo Faith, incorporándose en la cama con un escalofrío—. Está lloviendo. Odio los domingos de lluvia. El domingo ya es bastante aburrido cuando hace bueno.

—No deberíamos encontrar aburrido el domingo —dijo Una, adormilada, tratando de espabilar su cabeza somnolienta con la incómoda certeza de que se habían quedado dormidas.

—Pero *sí* que nos aburre, ya lo sabes —dijo Faith con franqueza—. Mary Vance dice que la mayoría de los domingos son tan aburridos que le entran ganas de ahorcarse.

—Nosotras deberíamos apreciar el domingo más que Mary Vance —dijo Una, compungida—. Somos las hijas del pastor.

—Ojalá fuéramos hijas de un herrero —protestó Faith con enfado, buscando sus medias—. *Entonces* la gente no esperaría que fuéramos mejores que los demás niños. *Mira* los agujeros que tengo en los talones. Mary me los zurció todos antes de irse, pero ya están otra vez tan mal como siempre. Una, levántate. No puedo hacer el desayuno yo sola. Ay, madre. Ojalá papá y Jerry estuvieran en casa. Cualquiera diría que no íbamos a echar tanto de menos a papá, si apenas lo vemos cuando está en casa. Y sin embargo, parece que falta *todo*. Tengo que ir corriendo a ver cómo está la tía Martha.

—¿Está mejor? —preguntó Una, cuando Faith volvió.

—No, no está mejor. Sigue gimiendo con el achaque. A lo mejor deberíamos avisar al doctor Blythe. Pero ella dice que no; que nunca en su vida ha tenido médico y que no va a empezar ahora. Dice que los médicos no viven más que de envenenar a la gente. ¿Tú crees que es verdad?

—No, claro que no —dijo Una, indignada—. Estoy segura de que el doctor Blythe no envenenaría a nadie.

—Bueno, tendremos que volver a darle friegas en la espalda a la tía Martha después del desayuno. Más vale que no calentemos las franelas tanto como ayer.

Faith se rió por lo bajo al recordarlo. Casi le habían escaldado la piel de la espalda a la pobre tía Martha. Una suspiró. Mary Vance habría sabido exactamente cuál era la temperatura precisa de las franelas para una espalda achacosa. Mary lo sabía todo. Ellas no sabían nada. ¿Y cómo iban a aprender, si no era a base de amarga experiencia, que en este caso había pagado la desdichada tía Martha?

El lunes anterior, el señor Meredith había salido hacia Nueva Escocia a pasar sus breves vacaciones, llevándose a Jerry con él. El miércoles, la tía Martha se vio atacada de repente por una dolencia recurrente y misteriosa a la que ella siempre llamaba «el achaque», y que tenía la manía de atacarla en los momentos más inoportunos. No podía levantarse de la cama; cualquier movimiento le causaba una agonía. Se negó en redondo a que le llevaran un médico. Faith y Una cocinaban las comidas y la atendían. Cuanto menos se diga de las comidas, mejor; aunque, la verdad, no eran mucho peores que las que hacía la propia tía Martha. Había muchas mujeres en el pueblo que habrían estado encantadas de venir a ayudar, pero la tía Martha se negó a que se conociera su apuro.

—Vais a tener que apañaros como podáis hasta que yo pueda levantarme —gimió—. Gracias a Dios que John no está aquí. Hay de sobra carne fría cocida y pan, y podéis probar a hacer gachas.

Las niñas lo habían probado, pero hasta el momento sin mucho éxito. El primer día habían quedado demasiado claras. Al día siguiente, tan espesas que se podían cortar en lonchas. Y los dos días se habían quemado.

—Odio las gachas —dijo Faith con rabia—. Cuando tenga una casa propia, no va a haber *ni una* gota de gachas en ella, nunca.

—¿Y qué van a hacer tus hijos, entonces? —preguntó Una—. Los niños tienen que comer gachas, o si no, no crecen. Todo el mundo lo dice.

—Pues tendrán que apañarse sin ellas, o se quedarán enanos —replicó Faith con terquedad—. Toma, Una, remuévelas tú mientras yo pongo la mesa. Si las dejo un minuto, esa porquería se quema. Son las nueve y media. Vamos a llegar tarde a la escuela dominical.

—Todavía no he visto pasar a nadie —dijo Una—. Seguramente no va a haber mucha gente. Fíjate cómo está diluviando. Y cuando no hay sermón, la gente de lejos no se molesta en traer a los niños.

—Ve a llamar a Carl —dijo Faith.

Resultó que Carl tenía la garganta irritada, por haberse mojado la tarde anterior en la ciénaga del Valle del Arco Iris persiguiendo libélulas. Había vuelto a casa con las medias y las botas chorreando y se había pasado la tarde así, sin cambiarse. No pudo desayunar nada, y Faith lo mandó de vuelta a la cama. Ella y Una dejaron la mesa tal cual y se fueron a la escuela dominical. No había nadie en el aula cuando llegaron, y no vino nadie. Esperaron hasta las once y luego se volvieron a casa.

—Tampoco parece que haya nadie en la escuela dominical metodista —dijo Una.

—Me *alegro* —dijo Faith—. Me molestaría pensar que los metodistas son mejores que los presbiterianos yendo a la escuela dominical los domingos de lluvia. Pero hoy tampoco hay sermón en su iglesia, así que seguramente su escuela dominical es por la tarde.

Una fregó los platos, y los dejó bastante bien, que eso al menos lo había aprendido de Mary Vance. Faith barrió el suelo más o menos y peló las patatas para la comida, cortándose un dedo en el proceso.

—Ojalá tuviéramos algo más para comer, además de ditto —suspiró Una—. Estoy tan harta de eso. Los niños Blythe no saben ni lo que es el ditto. Y nosotras *nunca* tenemos postre. Nan dice que Susan se desmayaría si no hubiera postre los domingos. ¿Por qué no somos como los demás, Faith?

—Yo no quiero ser como los demás —rió Faith, vendándose el dedo que le sangraba—. Me gusta ser yo misma. Es más interesante. Jessie Drew es tan buena ama de casa como su madre, pero ¿te gustaría ser tan boba como ella?

—Pero nuestra casa no está bien. Lo dice Mary Vance. Dice que la gente habla de lo desordenada que está.

A Faith se le ocurrió una idea.

—Lo vamos a limpiar todo —exclamó—. Nos ponemos a ello mañana mismo. Es una ocasión estupenda, ahora que la tía Martha está en cama y no puede meterse en medio. Lo vamos a tener todo precioso y limpio para cuando vuelva papá, igual que cuando se fue Mary. *Cualquiera* sabe barrer, quitar el polvo y limpiar ventanas. Ya no van a poder hablar más de nosotras. Jem Blythe dice que solo las viejas cotillas hablan así, pero sus chismes duelen igual que los de cualquiera.

—Espero que mañana haga bueno —dijo Una, contagiada del entusiasmo—. Ay, Faith, va a ser estupendo estar todo limpio y ser como los demás.

—Espero que el achaque de la tía Martha le dure hasta mañana —dijo Faith—. Si no, no vamos a poder hacer nada.

El amable deseo de Faith se cumplió. Al día siguiente, la tía Martha seguía sin poder levantarse. Carl, además, seguía enfermo y se dejó convencer sin problemas de quedarse en la cama. Ni Faith ni Una tenían idea de lo enfermo que estaba en realidad el niño; una madre

vigilante habría llamado al médico sin demora; pero no había madre, y el pobre Carl, con la garganta irritada, la cabeza dolorida y las mejillas encendidas, se enroscaba en sus sábanas revueltas y sufría solo, algo consolado por la compañía de una lagartija verde que llevaba en el bolsillo de su camisón hecho jirones.

El mundo estaba lleno de sol de verano después de la lluvia. Era un día inmejorable para limpiar la casa, y Faith y Una se pusieron manos a la obra alegremente.

—Vamos a limpiar el comedor y la sala —dijo Faith—. No estaría bien meternos en el despacho, y el piso de arriba no importa mucho. Lo primero es sacarlo todo fuera.

Y así, lo sacaron todo. Los muebles se amontonaron en el porche y en el jardín, y la valla del cementerio metodista quedó alegremente engalanada de alfombras. Siguió una orgía de barrido, con un intento de quitar el polvo por parte de Una, mientras Faith lavaba los cristales del comedor, rompiendo uno y agrietando otros dos en el proceso. Una contempló el resultado, lleno de churretes, con recelo.

—No sé, no se ven bien —dijo—. Las ventanas de la señora Elliott y de Susan brillan y relucen.

—No importa. Dejan pasar la luz del sol igual de bien —dijo Faith, animada—. *Tienen* que estar limpias, después de todo el jabón y el agua que he gastado, y eso es lo que cuenta. Bueno, ya son más de las once, así que voy a limpiar este destrozo del suelo y salimos fuera. Tú quita el polvo de los muebles, que yo sacudo las alfombras. Lo voy a hacer en el cementerio. No quiero llenar el jardín de polvo.

A Faith le encantó lo de sacudir alfombras. Subirse a la lápida de Hezekiah Pollock, agitando y sacudiendo alfombras, era la mar de divertido. Eso sí, el anciano Abraham Clow y su esposa, que pasaban por allí en su espacioso coche de dos asientos, parecían mirarla con severa desaprobación.

—¿No es un espectáculo terrible? —dijo el anciano Abraham, solemne.

—Nunca lo habría creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos —dijo la señora del anciano Abraham, todavía más solemne.

Faith saludó alegremente con un felpudo a la comitiva de los Clow. No le importó que el anciano y su esposa no le devolvieran el saludo. Todo el mundo sabía que al anciano Abraham no se le había visto sonreír desde que lo nombraron superintendente de la escuela dominical, catorce años atrás. Pero sí le dolió que Minnie y Adella Clow no le saludaran con la mano. A Faith le caían bien Minnie y Adella. Después de los Blythe, eran sus mejores amigas del colegio, y siempre ayudaba a Adella con las cuentas. Vaya gratitud. Sus amigas la desairaban porque estaba sacudiendo alfombras en un viejo cementerio donde, como decía Mary Vance, no habían enterrado a un alma viviente en años. Faith se fue muy digna hacia el porche, donde encontró a Una apenada porque tampoco las niñas Clow la habían saludado a ella.

—Supongo que están enfadadas por algo —dijo Faith—. A lo mejor tienen envidia porque jugamos mucho en el Valle del Arco Iris con los Blythe. ¡Bueno, ya verás cuando empiece el colegio y Adella quiera que le enseñe a hacer las cuentas! Ahí nos desquitamos. Venga, vamos a meter otra vez las cosas. Estoy muerta de cansancio, y no creo que las habitaciones vayan a quedar mucho mejor que antes de empezar; aunque he sacudido montones de polvo en el cementerio. *Odio* limpiar la casa.

Ya eran las dos cuando las niñas, agotadas, terminaron con las dos habitaciones. Comieron algo triste en la cocina y tenían intención de fregar los platos enseguida. Pero a Faith le dio por coger un libro de cuentos nuevo que le había prestado Di Blythe, y se olvidó del mundo hasta la puesta de sol. Una le subió a Carl una taza de té requemado, pero lo encontró dormido; así que se acurrucó en la cama de Jerry y también se quedó dormida. Mientras tanto, una historia estrafalaria corrió por todo Glen St. Mary, y la

gente se preguntaba muy seriamente qué se podía hacer con aquellos chiquillos de la casa parroquial.

—Esto ya no tiene ninguna gracia, *créeme* —le dijo la señorita Cornelia a su marido, con un hondo suspiro—. Al principio no lo podía creer. Miranda Drew trajo la historia esta tarde de la escuela dominical metodista, y yo me limité a reírme. Pero la señora del anciano Abraham dice que ella y el anciano lo vieron con sus propios ojos.

—¿Vieron qué? —preguntó Marshall.

—Faith y Una Meredith se quedaron esta mañana sin ir a la escuela dominical y se pusieron a *limpiar la casa* —dijo la señorita Cornelia, con acento de desesperación—. Cuando el anciano Abraham volvía a casa desde la iglesia (se había quedado a ordenar los libros de la biblioteca), las vio sacudiendo alfombras en el cementerio metodista. Ya no voy a poder mirar a la cara a un metodista en mi vida. ¡Imagínate el escándalo que se va a armar!

Y escándalo se armó, desde luego, y cada vez más escandaloso a medida que se difundía, hasta que los del otro lado del puerto oyeron que los niños de la casa parroquial no solo habían limpiado la casa y tendido la colada en domingo, sino que habían rematado la faena con un pícnic vespertino en el cementerio mientras se celebraba la escuela dominical metodista. El único hogar que permaneció en dichosa ignorancia de aquel asunto terrible fue la propia casa parroquial; el día que Faith y Una creían de buena fe que era martes volvió a llover; y llovió los tres días siguientes; nadie se acercó a la casa parroquial; los de la casa parroquial no fueron a ninguna parte; podrían haber vadeado el Valle del Arco Iris envuelto en bruma para llegar hasta Ingleside, pero toda la familia Blythe, salvo Susan y el doctor, estaba de visita en Avonlea.

—Esto es lo último que nos queda de pan —dijo Faith—, y el ditto se ha acabado. Si la tía Martha no se pone buena pronto, ¿qué vamos a hacer?

—Podemos comprar pan en el pueblo, y está el bacalao que secó Mary —dijo Una—. Pero no sabemos cómo cocinarlo.

—Ah, eso es fácil —rió Faith—. Se cuece y ya está.

Lo cocieron, en efecto; pero como no se les ocurrió ponerlo antes en remojo, quedó demasiado salado para comerlo. Aquella noche pasaron mucha hambre; pero al día siguiente sus penas terminaron. El sol volvió al mundo; Carl se puso bueno, y el achaque de la tía Martha se le fue tan de repente como le había venido; el carnicero pasó por la casa parroquial y ahuyentó el hambre. Para colmo, los Blythe volvieron a casa, y aquella tarde ellos, los niños de la casa parroquial y Mary Vance acudieron una vez más a su cita del atardecer en el Valle del Arco Iris, donde las margaritas flotaban sobre la hierba como espíritus del rocío y las campanillas de los Árboles Enamorados repicaban como carillones de hadas en el crepúsculo perfumado.

CAPÍTULO 11. UN DESCUBRIMIENTO ESPANTOSO

—Vaya, chicos, ya la habéis hecho buena —fue el saludo de Mary cuando se reunió con ellos en el Valle. La señorita Cornelia estaba en Ingleside, celebrando un cónclave angustiado con Ana y Susan, y Mary esperaba que la sesión se alargara, porque hacía ya dos semanas enteras que no la dejaban retozar con sus amigos en el querido valle de los arcoíris.

—¿El qué? —exigieron saber todos menos Walter, que estaba en las nubes, como de costumbre.

—Me refiero a los pequeños de la casa parroquial —dijo Mary—. Ha sido una barbaridad por vuestra parte. *Yo* no habría hecho una cosa así por nada del mundo, y eso que a mí no me criaron en una casa parroquial, a mí no me criaron en *ningún* sitio: crecí *yo sola*, como la mala hierba.

—¿Qué hemos hecho *nosotros*? —preguntó Faith sin entender nada.

—¡Que qué habéis hecho! Más os *vale* preguntarlo. Se habla de ello de una manera terrible. Me figuro que le habéis arruinado la reputación a vuestro padre en esta congregación. No se lo va a poder quitar de encima nunca, pobre hombre. Todo el mundo le echa la culpa a él, y eso no es justo. Pero nada es justo en este mundo. Debería daros vergüenza.

—¿Qué *hemos hecho*? —volvió a preguntar Una, desesperada. Faith no dijo nada, pero sus ojos color castaño dorado lanzaban destellos de desprecio hacia Mary.

—Ah, no os hagáis las inocentes —dijo Mary, con retintín—. Todo el mundo sabe lo que habéis hecho.

—Yo no lo sé —terció Jem Blythe, indignado—. Como te pille haciendo llorar a Una, Mary Vance. ¿De qué estás hablando?

—Supongo que tú no lo sabes, como acabas de volver de allá arriba, del oeste —dijo Mary, algo más templada. Jem siempre conseguía dominarla—. Pero todos los demás lo saben, no te quepa duda.

—¿Saben qué?

—Que Faith y Una se quedaron en casa el domingo pasado, en vez de ir a la escuela dominical, y *limpiaron la casa*.

—Eso no es verdad —exclamaron Faith y Una, con vehemente indignación.

Mary las miró con altivez.

—No creía que fuerais a negarlo, después de la manera en que me habéis sermoneado a *mí* por mentir —dijo—. ¿De qué sirve decir que no fue así? Todo el mundo sabe que *sí* fue. El anciano Clow y su mujer os vieron. Hay quien dice que esto va a hundir la iglesia, pero yo no llego a tanto. Vaya par de piezas *soís*.

Nan Blythe se levantó y rodeó con los brazos a Faith y Una, que estaban aturcidas.

—Bastante buenas fueron para acogerte, darte de comer y vestirte cuando te morías de hambre en el granero del señor Taylor, Mary Vance —dijo—. Ya veo que estás *muy* agradecida, la verdad.

—*Sí* que estoy agradecida —replicó Mary—. Ya lo sabrías si me hubierais oído defender al señor Meredith contra viento y marea. Se me ha llagado la lengua de tanto hablar por él esta semana. He dicho una y otra vez que él no tiene la culpa de que sus hijos

limpiaran la casa en domingo. Él estaba fuera; y ellos sabían de sobra que no debían hacerlo.

—Pero no lo sabíamos —protestó Una—. Fue el *lunes* cuando limpiamos la casa. ¿Verdad, Faith?

—Pues claro que sí —dijo Faith, con los ojos centelleantes—. Fuimos a la escuela dominical a pesar de la lluvia, y no vino nadie, ni siquiera el anciano Abraham, con todo lo que habla de los cristianos de los días de sol.

—Llovió el sábado —dijo Mary—. El domingo hizo un día espléndido. Yo no estuve en la escuela dominical porque tenía dolor de muelas, pero todos los demás sí, y vieron todos vuestros trastos tendidos en el jardín. Y el anciano Abraham y la señora del anciano Abraham os vieron sacudiendo alfombras en el cementerio.

Una se sentó entre las margaritas y se echó a llorar.

—Mirad —dijo Jem con resolución—, esto hay que aclararlo. *Alguien* se ha equivocado. El domingo *hizo* buen tiempo, Faith. ¿Cómo pudisteis pensar que el sábado era domingo?

—La reunión de oración fue el jueves por la noche —exclamó Faith—, y Adam se metió de un vuelo en la olla de la sopa el viernes, cuando la gata de la tía Martha lo persiguió, y nos estropeó la cena; y el sábado hubo una serpiente en la bodega y Carl la cazó con un palo en horquilla y la sacó fuera, y el domingo llovió. ¡Ahí lo tienes!

—La reunión de oración fue el miércoles por la noche —dijo Mary—. Le tocaba presidirla al anciano Baxter, y no pudo ir el jueves por la noche, así que la cambiaron al miércoles. Solo os equivocasteis en un día, Faith Meredith, y *sí* que trabajasteis en domingo.

De pronto, Faith soltó una carcajada.

—Pues sí, supongo que sí. ¡Qué cosa más graciosa!

—No tiene tanta gracia para tu padre —dijo Mary, agria.

—Todo se arreglará en cuanto la gente sepa que fue solo un error —dijo Faith, despreocupada—. Lo explicaremos.

—Podéis explicarlo hasta desgañitaros —dijo Mary—, pero una mentira así corre más deprisa y más lejos de lo que vosotras correréis jamás. Yo he visto más mundo que vosotras y yo lo sé. Además, hay de sobra quien no va a creerse que fue un error.

—Se lo creerán si se lo digo yo —dijo Faith.

—No puedes decírselo a todo el mundo —dijo Mary—. No, os digo que habéis deshonrado a vuestro padre.

La velada de Una quedó estropeada por esta funesta reflexión, pero Faith se negó a sentirse incómoda. Además, tenía un plan que lo arreglaría todo. Así que dejó atrás el pasado con su error y se entregó a disfrutar del presente. Jem se fue a pescar y Walter salió de su ensoñación y se puso a describir los bosques del cielo. Mary aguzó el oído y escuchó con respeto. Pese al temor reverencial que le inspiraba Walter, disfrutaba de sus «conversaciones de libro». Siempre le producían una sensación deliciosa. Walter había estado leyendo aquel día a Coleridge, y describía un cielo donde

Había jardines radiantes de arroyos sinuosos donde florecía más de un árbol que exhalaba incienso, y había bosques tan antiguos como las colinas que envolvían soleados claros de verdor.

—No sabía que hubiera bosques en el cielo —dijo Mary, con un suspiro hondo—. Yo creía que todo eran calles, y calles, y calles.

—Claro que hay bosques —dijo Nan—. Mamá no puede vivir sin árboles, y yo tampoco, así que ¿de qué serviría ir al cielo si no hubiera árboles?

—También hay ciudades —dijo el joven soñador—, ciudades espléndidas, coloreadas como la puesta de sol, con torres de zafiro y cúpulas de arcoíris. Están construidas de oro y diamantes: calles enteras de diamantes, que centellean como el sol. En las plazas hay fuentes de cristal besadas por la luz, y por todas partes florece el asfódelo, la flor del cielo.

—¡Imagínate! —dijo Mary—. Yo vi una vez la calle principal de Charlottetown y me pareció de lo más grandioso, pero supongo que no es nada comparado con el cielo. Bueno, tal como tú lo cuentas suena espléndido, pero ¿no será también un poco aburrido?

—Bah, supongo que podremos divertirnos un poco cuando los ángeles nos den la espalda —dijo Faith, tan tranquila.

—En el cielo *todo* es diversión —declaró Di.

—La Biblia no dice eso —exclamó Mary, que había leído tanto la Biblia los domingos por la tarde bajo la vigilancia de la señorita Cornelia que ya se consideraba toda una autoridad en la materia.

—Mamá dice que el lenguaje de la Biblia es figurado —dijo Nan.

—¿Eso quiere decir que no es verdad? —preguntó Mary, esperanzada.

—No... no exactamente, pero creo que quiere decir que el cielo será tal como a cada uno le gustaría que fuese.

—A mí me gustaría que fuese exactamente como el Valle del Arco Iris —dijo Mary—, con todos vosotros para charlar y jugar. *Eso* me basta y me sobra. De todos modos, no podemos ir al cielo hasta que estemos muertos, y puede que ni entonces, así que ¿para qué preocuparse? Aquí llega Jem con una ristra de truchas, y me toca a mí freírlas.

—Deberíamos saber más del cielo que Walter, siendo como somos la familia del pastor —dijo Una, mientras volvían a casa aquella noche.

—Nosotras *sabemos* tanto como él, pero Walter sabe *imaginar* —dijo Faith—. La señora Elliott dice que eso lo saca de su madre.

—Cuánto me gustaría que no hubiéramos cometido ese error del domingo —suspiró Una.

—No te preocupes por eso. Ya he pensado un plan estupendo para explicarlo, de modo que todo el mundo se entere —dijo Faith—. Espera a mañana por la noche, ya verás.

CAPÍTULO 12. UNA EXPLICACIÓN Y UN DESAFÍO

El reverendo doctor Cooper predicó en Glen St. Mary la noche siguiente, y la iglesia presbiteriana se llenó de gente venida de cerca y de lejos. Se decía que el reverendo doctor era un orador muy elocuente; y, teniendo presente el viejo dicho de que un pastor debe llevar su mejor traje a la ciudad y sus mejores sermones al campo, pronunció un discurso muy erudito e impresionante. Pero cuando la gente volvió a casa aquella noche, no fue del sermón del doctor Cooper de lo que hablaron. Se habían olvidado por completo de él.

El doctor Cooper había concluido con una fervorosa exhortación, se había enjugado el sudor de su ancha frente, había dicho «Oremos», como era famoso por decirlo, y había orado como es debido. Se hizo una breve pausa. En la iglesia de Glen St. Mary se mantenía la vieja costumbre de recoger la colecta después del sermón, en lugar de antes, sobre todo porque los metodistas habían adoptado primero la nueva costumbre, y ni la señorita Cornelia ni el anciano Clow querían ni oír hablar de seguir donde los metodistas habían ido delante. Charles Baxter y Thomas Douglas, a quienes correspondía pasar los platillos, estaban a punto de ponerse en pie. La organista había sacado ya la partitura de su motete y el coro había carraspeado. De pronto, Faith Meredith se levantó en el banco de la casa parroquial, subió hasta la tarima del púlpito y se encaró con el auditorio, atónito.

La señorita Cornelia se levantó a medias de su asiento y volvió a sentarse. Su banco estaba muy al fondo, y se le ocurrió que lo que fuera que Faith se propusiera hacer o decir estaría medio hecho o medio dicho antes de que pudiera llegar hasta ella. No servía de nada empeorar el espectáculo más de lo necesario. Con una mirada angustiada a la señora doctora Blythe, y otra al diácono Warren de la iglesia metodista, la señorita Cornelia se resignó a otro escándalo.

—Si al menos la niña fuera decentemente vestida —gimió para sus adentros.

Faith, que había derramado tinta sobre su vestido bueno, se había puesto tranquilamente uno viejo de percal rosa descolorido. Un desgarrón al bies en la falda había sido zurcido con hilo de bordar escarlata, y se le había bajado el dobladillo, dejando a la vista una franja brillante de color rosa sin decolorar alrededor de la falda. Pero Faith no pensaba en absoluto en su ropa. De pronto se sentía nerviosa. Lo que había parecido fácil en la imaginación resultaba bastante más difícil en la realidad. Ante todos aquellos ojos fijos e inquisitivos, el valor estuvo a punto de faltarle. Las luces eran tan intensas, el silencio tan sobrecogedor. Pensó que no podría hablar, después de todo. Pero *tenía* que hacerlo: *había* que librar a su padre de toda sospecha. Solo que las palabras *no* querían salir.

La carita de nácar de Una relucía hacia ella, suplicante, desde el banco de la casa parroquial. Los niños Blythe estaban perdidos de asombro. Al fondo, bajo la galería, Faith vio la dulce gentileza de la sonrisa de la señorita Rosemary West y la diversión de la señorita Ellen. Pero nada de eso la ayudó. Fue Bertie Shakespeare Drew quien salvó la situación. Bertie Shakespeare estaba sentado en la primera fila de la galería, y le hizo una mueca burlona a Faith. Faith le devolvió al instante una mueca espantosa, y, en su enfado por la burla de Bertie Shakespeare, olvidó el miedo escénico. Encontró su voz y habló alto y claro, con valentía.

—Quiero explicar una cosa —dijo—, y quiero hacerlo ahora, porque así lo oirán todos los que oyeron lo otro. Se está diciendo que Una y yo nos quedamos en casa el domingo pasado y limpiamos

la casa en vez de ir a la escuela dominical. Pues bien, es verdad, pero no lo hicimos a propósito. Nos hicimos un lío con los días de la semana. Fue todo culpa del anciano Baxter —sensación en el banco de los Baxter— porque cambió la reunión de oración al miércoles por la noche, y entonces creímos que el jueves era viernes, y así sucesivamente hasta que creímos que el sábado era domingo. Carl estaba en cama, enfermo, y la tía Martha también, así que no pudieron sacarnos del error. Fuimos a la escuela dominical con toda aquella lluvia el sábado y no vino nadie. Y entonces pensamos que limpiaríamos la casa el lunes, para que ciertas viejas cotillas dejaran de decir lo sucia que estaba la casa parroquial —sensación general en toda la iglesia—, y eso hicimos. Sacudí las alfombras en el cementerio metodista porque era un sitio muy a mano, y no porque quisiera faltarles al respeto a los muertos. No son los muertos quienes han armado este escándalo; son los vivos. Y no está bien que ninguno de ustedes culpe a mi papá de esto, porque él estaba fuera y no lo sabía, y además nosotras creíamos que era lunes. Es el mejor papá que ha existido nunca en el mundo, y lo queremos con todo el corazón.

La bravata de Faith se deshizo en un sollozo. Bajó corriendo los escalones y salió como una exhalación por la puerta lateral de la iglesia. Allí la noche de verano, tibia y estrellada, la reconfortó, y el nudo se le deshizo en los ojos y en la garganta. Se sintió muy feliz. La terrible explicación había terminado, y ahora todo el mundo sabía que su padre no tenía la culpa, y que Una y ella no eran tan perversas como para haber limpiado la casa a sabiendas en domingo.

Dentro de la iglesia, la gente se miraba unos a otros sin saber qué decir, pero Thomas Douglas se levantó y avanzó por el pasillo con gesto resuelto. *Su* deber estaba claro: había que recoger la colecta aunque se cayera el cielo. Y se recogió; el coro cantó el motete con la sombría certeza de que estaba saliendo fatal, y el doctor Cooper anunció el himno final y pronunció la bendición con bastante menos unción que de costumbre. El reverendo doctor tenía sentido del

humor, y la actuación de Faith le hizo gracia. Además, John Meredith era muy conocido en los círculos presbiterianos.

El señor Meredith volvió a casa la tarde siguiente, pero antes de su llegada Faith se las arregló para escandalizar de nuevo a Glen St. Mary. En la reacción tras la tensión e intensidad de la noche del domingo, el lunes andaba especialmente cargada de lo que la señorita Cornelia habría llamado «diablura». Esto la llevó a desafiar a Walter Blythe a recorrer la calle Mayor montado en un cerdo, mientras ella montaba otro.

Los cerdos en cuestión eran dos animales altos y desgarrados, que se suponía pertenecían al padre de Bertie Shakespeare Drew, y que llevaban un par de semanas rondando la carretera junto a la casa parroquial. Walter no tenía ningunas ganas de montar un cerdo por todo Glen St. Mary, pero lo que Faith Meredith le desafiara a hacer había que hacerlo. Bajaron la cuesta a toda velocidad y cruzaron el pueblo, Faith doblada de risa sobre su aterrorizada montura, Walter rojo de vergüenza. Pasaron como una exhalación junto al mismísimo pastor, que volvía a casa en ese momento desde la estación; él, algo menos distraído y ensimismado de lo habitual —por haber hablado en el tren con la señorita Cornelia, que siempre lo despertaba momentáneamente—, los vio, y pensó que de verdad debía hablar con Faith sobre aquello y decirle que semejante conducta no era decorosa. Pero se había olvidado del pequeño incidente para cuando llegó a casa. Pasaron junto a la señora Alec Davis, que chilló horrorizada, y pasaron junto a la señorita Rosemary West, que se rio y suspiró. Por fin, justo antes de que los cerdos se precipitaran en el corral trasero de Bertie Shakespeare Drew, de donde ya no volverían a salir jamás, tan grande había sido la conmoción sufrida por sus nervios, Faith y Walter saltaron al suelo, mientras el doctor y la señora Blythe pasaban raudos en su coche.

—Conque así es como educas a tus chicos —dijo Gilbert, con fingida severidad.

—Puede que los consienta un poco —dijo Ana, contrita—, pero, ay, Gilbert, cuando pienso en mi propia infancia antes de llegar a

Tejas Verdes, no tengo corazón para ser muy estricta. Qué hambre de amor y de diversión tenía yo, una pobre sirvienta a la que nadie quería, sin ocasión jamás de jugar. Se lo pasan tan bien con los niños de la casa parroquial.

—¿Y los pobres cerdos, qué? —preguntó Gilbert.

Ana intentó poner cara seria y no lo consiguió.

—¿De verdad crees que les ha hecho daño? —dijo—. No creo que nada pueda hacerle daño a esos animales. Han sido la plaga del vecindario todo el verano y los Drew *no quieren* encerrarlos. Pero hablaré con Walter, si consigo no reírme mientras lo hago.

La señorita Cornelia subió a Ingleside aquella noche para desahogarse de lo del domingo por la noche. Para su sorpresa, descubrió que Ana no veía la actuación de Faith exactamente bajo la misma luz que ella.

—A mí me pareció que había algo valiente y patético en que se subiera allí, delante de toda aquella iglesia llena de gente, para confesar —dijo—. Se le notaba que estaba muerta de miedo; y aun así, estaba decidida a librar a su padre. La quise por eso.

—Ah, claro, la pobre niña tenía buena intención —suspiró la señorita Cornelia—, pero, aun así, fue una cosa terrible de hacer, y está dando más que hablar que lo de la limpieza en domingo. *Eso* ya empezaba a apagarse, y esto lo ha vuelto a levantar todo. Rosemary West piensa como tú: dijo anoche, al salir de la iglesia, que había sido una cosa muy valiente por parte de Faith, pero que también le daba pena la niña. La señorita Ellen se lo tomó todo a broma, y dijo que hacía años que no se divertía tanto en la iglesia. Claro que a *ellas* no les importa, son episcopalianas. Pero nosotros, los presbiterianos, sí que lo sentimos. Y había tanta gente del hotel aquella noche, y montones de metodistas. La señora Leander Crawford lloró, de lo mal que se sintió. Y la señora Alec Davis dijo que a la muy fresca habría que darle unos azotes.

—La señora Leander Crawford siempre está llorando en la iglesia —dijo Susan con desdén—. Lloro con cada cosa conmovedora que

dice el pastor. Pero no se ve su nombre muy a menudo en las listas de suscripción, mi querida señora doctora. Las lágrimas salen más baratas. Un día intentó hablarme de lo sucia que tiene la casa la tía Martha; y tuve ganas de decirle: «¡Todo el mundo sabe que a *usted* la han visto amasando bizcochos en la palangana de fregar, señora Leander Crawford!». Pero no lo dije, mi querida señora doctora, porque tengo demasiado amor propio para rebajarme a discutir con alguien como ella. Pero podría contar cosas peores *que esa* de la señora Leander Crawford, si me diera por el chismorreó. Y en cuanto a la señora Alec Davis, si me hubiera dicho eso a mí, mi querida señora doctora, ¿sabe lo que le habría contestado? Le habría dicho: «No me cabe duda de que a usted le gustaría azotar a Faith, señora Davis, pero nunca tendrá ocasión de azotar a la hija de un pastor, ni en este mundo ni en el venidero».

—Si la pobre Faith hubiera ido al menos decentemente vestida —se lamentó de nuevo la señorita Cornelia—, no habría sido tan grave. Pero aquel vestido tenía un aspecto horrible, allí de pie, sobre la tarima.

—Pero estaba limpio, mi querida señora doctora —dijo Susan—. Limpios *sí* que son, esos niños. Serán muy alocados y temerarios, mi querida señora doctora, y no digo que no lo sean, pero *nunca* se olvidan de lavarse detrás de las orejas.

—Que a Faith se le olvide qué día era domingo, habrase visto —insistió la señorita Cornelia—. Va a salir tan despistada y poco práctica como su padre, ya lo creo. Supongo que Carl lo habría sabido mejor si no hubiera estado enfermo. No sé qué le pasaba, pero me parece muy probable que hubiera estado comiendo esos arándanos que crecen en el cementerio. No es de extrañar que le sentaran mal. Si yo fuera metodista, procuraría tener el cementerio un poco más cuidado, por lo menos.

—Yo soy de la opinión de que Carl solo comió las acederas que crecen en el dique —dijo Susan, esperanzada—. No creo que *ningún* hijo de un pastor coma arándanos que crecen sobre las tumbas de

los muertos. Ya sabe usted que no sería tan grave, mi querida señora doctora, comer cosas que crecen en el dique.

—Lo peor de la función de anoche fue la mueca que le hizo Faith a alguien de la congregación antes de empezar a hablar —dijo la señorita Cornelia—. El anciano Clow asegura que se la hizo a él. ¿Y se ha enterado usted de que hoy la han visto montada en un cerdo?

—La vi. Walter iba con ella. Le eché una pequeña, *muy* pequeña, reprimenda por ello. Él no dijo gran cosa, pero me dio a entender que la idea había sido suya y que Faith no tenía la culpa.

—Pues *eso* no me lo creo, mi querida señora doctora —exclamó Susan, indignada—. Esa es la manera de ser de Walter: echarse él la culpa. Pero usted sabe tan bien como yo, mi querida señora doctora, que a ese niño bendito jamás se le habría ocurrido montar en un cerdo, por mucho que escriba poesías.

—Ah, no hay duda de que la idea se incubó en la cabeza de Faith Meredith —dijo la señorita Cornelia—. Y no digo que sienta que los viejos cerdos de Amos Drew recibieran por fin su merecido. Pero ¡la hija del pastor!

—¡Y el hijo del doctor! —dijo Ana, imitando el tono de la señorita Cornelia. Luego se echó a reír—. Querida señorita Cornelia, no son más que unos niños. Y usted *sabe* que nunca han hecho nada malo, solo son alocados e impulsivos, como lo era yo misma en otro tiempo. Ya se volverán juiciosos y serenos, como me he vuelto yo.

La señorita Cornelia también se rio.

—Hay momentos, Ana, querida, en que sé por tus ojos que esa seriedad *tuya* te la pones como quien se pone un vestido, y que en el fondo te mueres de ganas de hacer alguna locura, de sentirte joven otra vez. Bueno, me siento reconfortada. No sé por qué, pero hablar contigo siempre me produce ese efecto. En cambio, cuando voy a ver a Barbara Samson, es todo lo contrario. Me hace sentir que todo va mal y que siempre irá mal. Aunque claro, vivir toda la vida con un hombre como Joe Samson no debe de ser precisamente alegre.

—Es una cosa muy rara pensar que se casara con Joe Samson después de todas las ocasiones que tuvo —comentó Susan—. Era muy solicitada de joven. Solía presumir delante de mí de que había tenido veintiún pretendientes, y hasta al señor Pethick.

—¿Qué era el señor Pethick?

—Pues era una especie de moscón, mi querida señora doctora, pero no se le podía llamar exactamente pretendiente. En realidad no tenía intenciones serias. Veintiún pretendientes, ¡y yo que no tuve ni uno! Pero Barbara fue al bosque y, al final, se trajo el palo más torcido de todos. Y, con todo, dicen que su marido hace mejores galletas de levadura que ella, y siempre le hace hacerlas a él cuando viene gente a tomar el té.

—Lo cual me recuerda que mañana tengo visita para el té y tengo que irme a casa a poner la masa del pan. Mary decía que podía ponerla ella, y no lo dudo. Pero mientras yo viva, me mueva y tenga ser, *yo* pongo mi propio pan, no le quepa duda.

—¿Cómo le va a Mary? —preguntó Ana.

—No tengo ninguna queja de Mary —dijo la señorita Cornelia, algo sombría—. Está echando algo de carne en los huesos, y es limpia y respetuosa; aunque hay en ella más de lo que *yo* puedo llegar a sondear. Es una zorrita astuta. Aunque cavara usted durante mil años, no llegaría al fondo de la mente de esa niña, *créame*. En cuanto al trabajo, nunca he visto nada igual. Se lo *traga* entero. Puede que la señora Wiley fuera cruel con ella, pero que nadie diga que la obligaba a trabajar. Mary ha nacido para trabajar. A veces me pregunto qué se le gastará antes, si las piernas o la lengua. Estos días no tengo suficiente que hacer para mantenerme fuera de líos. Me alegraré de verdad cuando empiece la escuela, porque entonces volveré a tener algo que hacer. Mary no quiere ir a la escuela, pero yo he dado un golpe en la mesa y he dicho que ir, irá. No *pienso* consentir que los metodistas digan que la tuve sin escolarizar mientras yo holgazaneaba sin hacer nada.

CAPÍTULO 13. LA CASA DE LA COLINA

Había un manantial pequeño e inagotable, siempre helado y cristalino, en cierta hondonada del Valle del Arco Iris, resguardada por abedules, en el rincón más bajo, cerca de la marisma. No mucha gente sabía de su existencia. Los niños de la casa parroquial y de Ingleside la conocían, por supuesto, como conocían todo lo demás del valle mágico. De vez en cuando iban allí a beber, y el manantial figuraba en muchos de sus juegos como fuente de un viejo romance. Ana lo conocía y lo quería porque, de alguna manera, le recordaba a la querida Burbuja de la Dríade de Tejas Verdes. Rosemary West también lo conocía; era su propia fuente de romance. Dieciocho años atrás se había sentado detrás de él, en un crepúsculo de primavera, y había oído al joven Martin Crawford balbucear una confesión de amor ardiente y juvenil. Ella le había susurrado su propio secreto a cambio, y se habían besado y hecho promesas junto al manantial silvestre. Nunca más habían vuelto a estar juntos allí —Martin había zarpado poco después en su viaje fatal—, pero para Rosemary West aquel siguió siendo siempre un lugar sagrado, consagrado por aquella hora inmortal de juventud y amor. Cada vez que pasaba cerca, se desviaba para mantener una cita secreta con un viejo sueño, un sueño del que hacía tiempo se había ido el dolor, dejando solo su dulzura inolvidable.

El manantial era algo oculto. Se podía pasar a menos de tres metros sin sospechar siquiera su existencia. Dos generaciones atrás, un enorme pino viejo había caído casi atravesado sobre él. Del árbol no quedaba más que el tronco desmoronado, del que crecían

tupidos los helechos, formando un techo verde y una pantalla de encaje sobre el agua. Junto a él crecía un arce de tronco curiosamente retorcido y nudoso, que reptaba un trecho por el suelo antes de alzarse hacia el cielo, formando así un asiento singular; y septiembre había arrojado sobre la hondonada una bufanda de ásteres de un azul humo pálido.

Una tarde, John Meredith, que iba por el atajo que atravesaba el Valle del Arco Iris de vuelta a casa después de unas visitas pastorales por Harbour Head, se desvió para beber del pequeño manantial. Walter Blythe se lo había enseñado pocos días antes, una tarde, y habían tenido allí una larga charla, sentados en el asiento del arce. Bajo toda su timidez y su reserva, John Meredith tenía corazón de muchacho. De joven lo habían llamado Jack, aunque nadie en Glen St. Mary lo hubiera creído jamás. Walter y él habían simpatizado y habían hablado sin reservas. El señor Meredith había encontrado el camino hasta ciertas cámaras selladas y sagradas del alma del muchacho en las que ni siquiera Di había mirado nunca. Desde aquella hora amistosa iban a ser amigos íntimos, y Walter supo que nunca más volvería a tener miedo del pastor.

—Nunca había creído que fuera posible llegar a conocer de verdad a un pastor —le dijo a su madre aquella noche.

John Meredith bebió con su mano, blanca y delgada, cuyo apretón de acero siempre sorprendía a quienes no lo conocían, y luego se sentó en el asiento del arce. No tenía prisa por llegar a casa; aquel era un lugar hermoso y él se sentía mentalmente fatigado tras una ronda de conversaciones bastante poco inspiradoras con mucha gente buena y necia. La luna estaba saliendo. El Valle del Arco Iris, allí donde él se encontraba, solo estaba habitado por el viento y centinelado por las estrellas, pero desde el extremo más alto llegaban las notas alegres de risas y voces infantiles.

La belleza etérea de los ásteres a la luz de la luna, el brillo del manantial, el suave murmullo del arroyo, la gracia oscilante de los helechos, todo tejía una blanca magia en torno a John Meredith. Olvidó las preocupaciones de la congregación y los problemas

espirituales; los años se le escurrieron de encima; volvía a ser un joven estudiante de teología, y las rosas de junio florecían rojas y fragantes sobre la cabeza oscura y regia de su Cecilia. Allí se quedó sentado, soñando como cualquier muchacho. Y fue en aquel momento propicio cuando Rosemary West se apartó del sendero y se plantó a su lado en aquel lugar peligroso, tejedor de hechizos. John Meredith se puso en pie al verla llegar, y la vio —de verdad la vio— por primera vez.

La había visto en su iglesia una o dos veces y le había estrechado la mano distraídamente, como hacía con cualquiera con quien se topaba al bajar por la nave. Nunca la había tratado en otra parte, pues los West eran episcopalianos, con afinidades eclesiásticas en Lowbridge, y jamás se había presentado ocasión de visitarlos. Antes de aquella noche, si alguien le hubiera preguntado a John Meredith qué aspecto tenía Rosemary West, no habría tenido la menor idea. Pero nunca la olvidaría, tal como se le apareció bajo el hechizo de aquella luna benévola, junto al manantial.

No se parecía en absoluto a Cecilia, que siempre había sido su ideal de belleza femenina. Cecilia había sido menuda, morena y vivaz; Rosemary West era alta, rubia y serena, y sin embargo a John Meredith le pareció que nunca había visto a una mujer tan hermosa.

Iba con la cabeza descubierta, y su cabello dorado —de un dorado cálido, del color del «caramelo de melaza», como decía Di Blythe— llevaba recogido en rodetes lisos y prietos sobre la cabeza; tenía unos ojos azules, grandes y serenos, que siempre parecían rebosar cordialidad, una frente alta y blanca y un rostro de rasgos finos.

A Rosemary West siempre la llamaban «una mujer dulce». Era tan dulce que ni siquiera su aire distinguido y señorial le había granjeado jamás fama de «estirada», como habría ocurrido inevitablemente con cualquier otra persona de Glen St. Mary. La vida le había enseñado a ser valiente, a ser paciente, a amar, a perdonar. Había visto zarpar del puerto de Four Winds, hacia la puesta de sol, el barco en el que se marchaba su amado. Pero, por mucho que aguardara, nunca lo había visto volver navegando de regreso.

Aquella vigilia le había arrebatado de los ojos la juventud de niña, y sin embargo conservaba su juventud en un grado asombroso. Quizá se debiera a que siempre parecía conservar esa actitud de sorpresa maravillada ante la vida que la mayoría dejamos atrás en la infancia, una actitud que no solo hacía que la propia Rosemary pareciese joven, sino que además envolvía en una grata ilusión de juventud la conciencia de todo el que hablaba con ella.

A John Meredith lo sobresaltó su belleza, y a Rosemary la sobresaltó su presencia. Jamás había pensado encontrar a nadie junto a aquel manantial apartado, y mucho menos al ermitaño de la casa parroquial de Glen St. Mary. Estuvo a punto de dejar caer la pesada brazada de libros que llevaba a casa desde la biblioteca circulante del Glen, y luego, para disimular su turbación, dijo una de esas pequeñas mentirijillas que hasta las mejores mujeres cuentan alguna vez.

—Yo... he venido a beber —dijo ella, tartamudeando un poco, en respuesta al grave «buenas noches, señorita West» del señor Meredith. Se sintió una boba imperdonable y tuvo ganas de darse una sacudida. Pero John Meredith no era un hombre vanidoso, y sabía que ella se habría sobresaltado igual de haberse topado de aquel modo inesperado con el viejo anciano Clow. Su turbación lo tranquilizó a él, y se olvidó de ser tímido; además, hasta el hombre más tímido puede a veces ser bastante audaz a la luz de la luna.

—Deje que le traiga una taza —dijo él, sonriendo. Había una taza cerca, si él lo hubiera sabido: una taza azul, agrietada y sin asa, que los niños del Valle del Arco Iris tenían escondida bajo el arce; pero él no lo sabía, así que se acercó a uno de los abedules y arrancó un trozo de su corteza blanca. Con destreza le dio forma de cucurucho de tres puntas, lo llenó en el manantial y se lo tendió a Rosemary.

Rosemary la cogió y se bebió hasta la última gota para castigarse por su mentirijilla, pues no tenía ni pizca de sed, y beberse una taza bastante grande de agua sin tener sed es todo un suplicio. Sin embargo, el recuerdo de aquel trago habría de resultarle muy grato a Rosemary. Con los años le pareció que había en ello algo

sacramental. Quizá se debiera a lo que hizo el pastor cuando ella le devolvió la taza. Él volvió a agacharse, la llenó de nuevo y bebió él también. Fue solo por casualidad que puso los labios justo donde Rosemary había puesto los suyos, y Rosemary lo notó. Con todo, aquello tuvo para ella un significado curioso. Los dos habían bebido de la misma taza. Recordó vagamente que una tía suya, ya anciana, solía decir que cuando dos personas hacían eso, sus vidas futuras quedaban ligadas de algún modo, para bien o para mal.

John Meredith sostuvo la taza sin saber qué hacer con ella. Lo lógico habría sido tirarla, pero, no sabía por qué, no le apetecía hacerlo. Rosemary tendió la mano para pedírsela.

—¿Me la da? —dijo ella—. La ha hecho usted con tanta maña. No había visto a nadie hacer una taza de corteza así desde que mi hermano pequeño las hacía, hace mucho tiempo, antes de morir.

—Aprendí a hacerlas cuando *yo* era niño, un verano que fui de acampada. Me lo enseñó un viejo cazador —dijo el señor Meredith—. Deje que le lleve los libros, señorita West.

Rosemary, sobresaltada, soltó otra mentirijilla y dijo que, oh, no pesaban nada. Pero el pastor se los quitó de las manos con aire bastante autoritario, y echaron a andar juntos. Era la primera vez que Rosemary se quedaba junto al manantial del valle sin pensar en Martin Crawford. La cita mística se había roto.

El senderito serpenteaba en torno a la marisma y luego subía por la larga colina boscosa en cuya cima vivía Rosemary. Más allá, entre los árboles, se veía brillar la luz de la luna sobre los llanos campos del verano. Pero el caminito era estrecho y umbrío. Los árboles se apiñaban sobre él, y los árboles nunca son tan amistosos con los seres humanos después de anochecer como lo son de día. Se envuelven en sí mismos, lejos de nosotros. Cuchichean y traman a hurtadillas. Si nos tienden una mano, es con un roce hostil y tanteante. Quienes caminan entre árboles de noche siempre se arriman más el uno al otro, instintiva e involuntariamente, formando una alianza, física y mental, contra ciertos poderes ajenos que los

rodean. El vestido de Rosemary rozaba a John Meredith mientras caminaban. Ni siquiera un pastor distraído, que al fin y al cabo seguía siendo un hombre joven, aunque él estuviera firmemente convencido de haber sobrevivido al romance, podía permanecer insensible al encanto de la noche, del camino y de la compañía.

Nunca es del todo seguro creer que hemos terminado con la vida. Cuando imaginamos que hemos acabado nuestra historia, el destino tiene la maña de pasar la página y mostrarnos todavía otro capítulo. Aquellos dos creían, cada uno por su lado, que su corazón pertenecía irrevocablemente al pasado; pero ambos encontraron muy agradable la subida a la colina. A Rosemary le pareció que el pastor del Glen no era ni mucho menos tan tímido y torpe de lengua como se lo habían pintado. Parecía no tener dificultad ninguna en hablar con soltura y desenvoltura. Las amas de casa del Glen se habrían quedado atónitas de haberlo oído. Pero es que muchas de esas amas de casa solo hablaban de cotilleos y del precio de los huevos, y a John Meredith no le interesaba ni lo uno ni lo otro. Le habló a Rosemary de libros, de música, de los asuntos del ancho mundo y de algo de su propia historia, y descubrió que ella era capaz de entenderlo y de responderle. Al parecer, Rosemary poseía un libro que el señor Meredith no había leído y deseaba leer. Ella se ofreció a prestárselo, y cuando llegaron a la vieja casa solariega de la colina, él entró a buscarlo.

La casa en sí era de estilo antiguo, gris, cubierta de enredaderas entre las que la luz de la salita guiñaba con aire amistoso. Dominaba desde lo alto el Glen, y más allá el puerto, plateado por la luna, hasta las dunas de arena y el océano que gemía. Entraron por un jardín que siempre parecía oler a rosas, incluso cuando no había ninguna rosa en flor. Había una hermandad de azucenas junto a la verja y una cinta de ásteres a ambos lados del ancho paseo, y un encaje de abetos en el borde de la colina, más allá de la casa.

—Aquí tiene usted el mundo entero a la puerta de casa —dijo John Meredith, con una larga bocanada de aire—. ¡Qué vistas, qué

panorama! A veces me siento asfixiado allá abajo, en el Glen. Aquí arriba se puede respirar.

—Esta noche hace calma —dijo Rosemary, riendo—. Si hubiera viento, le arrancaría a usted el aliento. Aquí arriba nos llega el viento «de todos los rumbos que puede soplar». Este lugar debería llamarse Four Winds, en vez del puerto.

—A mí me gusta el viento —dijo él—. Un día sin viento me parece *muerto*. Un día ventoso me despierta. —Soltó una risa consciente de sí mismo—. En un día en calma me sumo en ensoñaciones. Sin duda conoce usted mi reputación, señorita West. Si la próxima vez que nos crucemos no la saludo, no lo achaque a mala educación. Le ruego que entienda que es solo distracción, y que me perdone, y que me hable de todos modos.

Al entrar encontraron a Ellen West en la salita. Dejó las gafas sobre el libro que estaba leyendo y los miró con un asombro teñido de otra cosa. Pero le estrechó la mano amablemente al señor Meredith, y él se sentó y se puso a hablar con ella mientras Rosemary buscaba el libro.

Ellen West era diez años mayor que Rosemary, y tan distinta de ella que costaba creer que fueran hermanas. Era morena y corpulenta, de cabello negro, cejas negras y espesas, y ojos del azul pizarra claro que toma el agua del golfo con viento del norte. Tenía un aspecto más bien severo y adusto, pero en realidad era muy jovial, con una risa franca y gorgoteante y una voz profunda, cálida y agradable, con un deje de masculinidad. En cierta ocasión le había comentado a Rosemary que le gustaría de veras charlar con aquel pastor presbiteriano del Glen, para ver si era capaz de encontrar una palabra que decirle a una mujer cuando lo acorralaban. Ahora tenía su oportunidad, y lo abordó sobre política mundial. La señorita Ellen, gran lectora, había estado devorando un libro sobre el káiser de Alemania, y le exigió al señor Meredith su opinión sobre él.

—Un hombre peligroso —fue su respuesta.

—¡Ya lo creo! —asintió la señorita Ellen—. Fíjese en lo que le digo, señor Meredith: ese hombre acabará peleándose con alguien. Se muere de ganas. Va a prender fuego al mundo.

—Si se refiere a que provocará gratuitamente una gran guerra, lo dudo mucho —dijo el señor Meredith—. Esa clase de cosas ya han pasado de moda.

—Válgame Dios, no han pasado de moda —bramó Ellen—. Nunca pasa de moda que los hombres y las naciones hagan el ganso y acaben a puñetazos. El milenio no está *tan* cerca, señor Meredith, y usted no lo cree más que yo. En cuanto a este káiser, fíjese en lo que le digo, va a causar un montón de problemas —y la señorita Ellen aporreó su libro con énfasis, con el dedo largo—. Sí, si no se le corta de raíz, va a causar problemas. *Nosotros* lo veremos, usted y yo lo veremos, señor Meredith. ¿Y quién va a cortarlo de raíz? Inglaterra debería, pero no lo hará. ¿*Quién* va a cortarlo de raíz? Dígamelo usted, señor Meredith.

El señor Meredith no supo decírselo, pero se enzarzaron en una discusión sobre el militarismo alemán que duró largo rato después de que Rosemary hubiera encontrado el libro. Rosemary no dijo nada, sino que se sentó en una mecedora pequeña detrás de Ellen y se puso a acariciar, pensativa, a un gato negro de aire importante. John Meredith cazaba caza mayor por Europa junto con Ellen, pero miraba más a menudo a Rosemary que a Ellen, y Ellen se dio cuenta. Después de que Rosemary lo acompañara hasta la puerta y volviera, Ellen se levantó y la miró con aire acusador.

—Rosemary West, ese hombre tiene la idea de cortejarte.

Rosemary se estremeció. Las palabras de Ellen le sentaron como un golpe. Le quitaron todo el brillo a lo agradable de la velada. Pero no dejó que Ellen viera cuánto le dolía.

—Tonterías —dijo, y se rio, con un desenfado un poco excesivo—. Ves un pretendiente para mí detrás de cada arbusto, Ellen. Si esta misma noche me ha hablado de su esposa: de lo mucho que

significaba para él, de lo vacío que le había dejado el mundo su muerte.

—Bueno, puede que esa sea *su* manera de cortejar —replicó Ellen—. Los hombres tienen toda clase de maneras, tengo entendido. Pero no olvides tu promesa, Rosemary.

—No hace ninguna falta que la olvide ni que la recuerde —dijo Rosemary, algo cansada—. *Tú* te olvidas de que soy una solterona, Ellen. Solo es una fantasía tuya de hermana eso de que sigo siendo joven, lozana y peligrosa. El señor Meredith no quiere más que ser amigo, si es que quiere siquiera eso. Se olvidará de las dos mucho antes de llegar de vuelta a la casa parroquial.

—No tengo nada en contra de que seas amiga suya —concedió Ellen—, pero no debe pasar de ahí, recuérdalo. Siempre desconfío de los viudos. No son dados a ideas románticas sobre la amistad. Suelen ir en serio. En cuanto a este presbiteriano, ¿por qué lo llaman tímido? No tiene un pelo de tímido, aunque puede que sea despistado, tan despistado que se olvidó de darme las buenas noches a mí cuando te levantaste para acompañarlo a la puerta. Y tiene cabeza, además. Hay tan pocos hombres por aquí capaces de hablarle a una con sensatez. He disfrutado de la velada. No me importaría verlo más por aquí. Pero nada de flirteos, Rosemary, que quede claro; nada de flirteos.

Rosemary estaba muy acostumbrada a que Ellen le advirtiera contra los flirteos en cuanto hablaba cinco minutos con cualquier hombre casadero de entre dieciocho y ochenta años. Siempre se había reído de la advertencia con auténtico regocijo. Esta vez no le hizo ninguna gracia: la irritó un poco. ¿Quién quería flirtear?

—No seas boba, Ellen —dijo con una brusquedad poco habitual en ella mientras cogía su lámpara. Subió las escaleras sin dar las buenas noches.

Ellen sacudió la cabeza con aire dubitativo y miró al gato negro.

—¿Por qué estará tan de mal humor, San Jorge? —preguntó—. Cuando uno aúlla es que le han dado, siempre lo he oído decir,

Jorge. Pero ella prometió, Santo, prometió, y las West siempre cumplimos nuestra palabra. Así que no importará que él quiera flirtear, Jorge. Ella prometió. No me voy a preocupar.

Arriba, en su cuarto, Rosemary se quedó largo rato sentada, mirando por la ventana el jardín bañado de luna hasta el puerto lejano y reluciente. Se sentía vagamente inquieta y desasosegada. De pronto estaba cansada de sueños gastados. Y en el jardín, un repentino soplo de viento esparció los pétalos de la última rosa roja. El verano había terminado: era otoño.

CAPÍTULO 14. LA SEÑORA ALEC DAVIS HACE UNA VISITA

John Meredith volvió a casa caminando despacio. Al principio pensó un poco en Rosemary, pero para cuando llegó al Valle del Arco Iris ya se había olvidado por completo de ella y meditaba sobre un punto de teología alemana que Ellen había planteado. Atravesó el Valle del Arco Iris sin darse cuenta. El encanto del Valle del Arco Iris no tenía poder alguno contra la teología alemana. Al llegar a la casa parroquial fue a su estudio y bajó un voluminoso tomo para ver quién había tenido razón, si él o Ellen. Se quedó sumido en sus vericuetos hasta el amanecer, dio con una nueva pista de especulación y la siguió como un sabueso durante la semana siguiente, completamente perdido para el mundo, para su parroquia y para su familia. Leía de día y de noche; se olvidaba de ir a comer cuando Una no estaba allí para arrastrarlo a la mesa; no volvió a pensar en Rosemary ni en Ellen. La vieja señora Marshall, del otro lado del puerto, cayó gravemente enferma y mandó llamarlo, pero el recado quedó sin atender sobre su escritorio, cogiendo polvo. La señora Marshall se recuperó, pero nunca se lo perdonó. Una pareja de jóvenes acudió a la casa parroquial para casarse, y el señor Meredith, con el pelo sin peinar, en zapatillas de fieltro y bata desteñida, los casó. A decir verdad, empezó leyéndoles el servicio de difuntos y llegó hasta «cenizas a las cenizas y polvo al polvo» antes de sospechar vagamente que algo iba mal.

—Vaya por Dios —dijo él, distraído—, qué extraño, muy extraño.

La novia, que estaba muy nerviosa, se echó a llorar. El novio, que no estaba nervioso en absoluto, soltó una risita.

—Con perdón, señor, creo que nos está enterrando en vez de casarnos —dijo él.

—Disculpen —dijo el señor Meredith, como si no tuviera mayor importancia. Buscó el servicio de matrimonio y lo llevó a término, pero la novia, durante el resto de su vida, nunca se sintió del todo bien casada.

Volvió a olvidarse de la reunión de oración, pero no importó, porque era una noche de lluvia y no acudió nadie. Puede que incluso hubiera olvidado el servicio del domingo de no haber sido por la señora Alec Davis. La tía Martha entró el sábado por la tarde y le dijo que la señora Davis estaba en el salón y quería verlo. El señor Meredith suspiró. La señora Davis era la única mujer de la iglesia de Glen St. Mary a la que detestaba de verdad. Por desgracia, era también la más rica, y la junta de administradores había advertido al señor Meredith de que no la ofendiera. El señor Meredith rara vez pensaba en un asunto tan mundano como su estipendio; pero los administradores eran más prácticos. Y también más astutos. Sin mencionar el dinero, se las habían arreglado para inculcarle la convicción de que no debía ofender a la señora Davis. De no ser así, probablemente se habría olvidado por completo de ella en cuanto la tía Martha saliera de la habitación. Siendo como eran las cosas, cerró su Ewald con una sensación de fastidio y cruzó el vestíbulo hacia el salón.

La señora Davis estaba sentada en el sofá, mirando a su alrededor con aire de desaprobación desdeñosa.

¡Qué habitación tan escandalosa! No había cortinas en la ventana. La señora Davis no sabía que Faith y Una las habían descolgado el día anterior para usarlas de colas de corte en uno de sus juegos y se habían olvidado de volver a colgarlas, pero no habría podido acusar a aquellas ventanas con más fiereza aunque lo hubiera sabido. Las persianas estaban agrietadas y rotas. Los cuadros de las paredes

colgaban torcidos; las alfombras estaban desalineadas; los jarrones, llenos de flores marchitas; el polvo se acumulaba en montones, literalmente en montones.

«¿Adónde vamos a llegar?», se preguntó la señora Davis, y a continuación frunció remilgadamente su boca, nada agraciada.

Jerry y Carl habían estado dando alaridos y deslizándose por la barandilla cuando ella cruzó el vestíbulo. No la vieron y siguieron con los alaridos y los deslizamientos, y la señora Davis se convenció de que lo hacían aposta. El gallo de Faith entró paseando por el vestíbulo, se detuvo en la puerta del salón y la miró. Como no le gustó su aspecto, no se atrevió a entrar. La señora Davis resopló con desdén. Bonita casa parroquial, sí señor, donde los gallos se paseaban por los pasillos y dejaban a la gente desconcertada con la mirada.

—Fuera de aquí —ordenó la señora Davis, hincándole la punta de su sombrilla de seda tornasolada y con volantes.

Adam se fue. Era un gallo prudente, y la señora Davis había retorcido con sus propias manos el pescuezo a tantos gallos a lo largo de sus cincuenta años que parecía llevar consigo un aire de verdugo. Adam salió correteando por el vestíbulo justo cuando entraba el pastor.

El señor Meredith seguía en zapatillas y bata, y su cabello oscuro seguía cayéndole en mechones descuidados sobre la frente alta. Pero tenía todo el aspecto del caballero que era; y la señora Alec Davis, con su vestido de seda y su capota emplumada, sus guantes de cabritilla y su cadena de oro, tenía todo el aspecto de la mujer vulgar y de alma tosca que era. Cada uno sentía el antagonismo de la personalidad del otro. El señor Meredith se encogió, pero la señora Davis se ciñó los lomos para la batalla. Había venido a la casa parroquial a proponerle cierta cosa al pastor, y no pensaba perder tiempo en proponérsela. Iba a hacerle un favor, un gran favor, y cuanto antes se enterara, mejor. Llevaba todo el verano pensándolo y por fin había tomado una decisión. Esto era lo único que

importaba, pensaba la señora Davis. Cuando ella decidía algo, quedaba decidido. Nadie más tenía voz en el asunto. Esa había sido siempre su actitud. Cuando había decidido casarse con Alec Davis, se había casado con él, y ahí se acababa la cosa. Alec nunca supo cómo había ocurrido, pero ¿qué más daba? Pues en este caso lo mismo: la señora Davis lo había arreglado todo a su entera satisfacción. Ahora solo faltaba informar al señor Meredith.

—¿Quiere hacer el favor de cerrar esa puerta? —dijo la señora Davis, deshaciendo un poco su remilgo para decirlo, aunque con aspereza—. Tengo algo importante que decir, y no puedo decirlo con ese jaleo en el vestíbulo.

El señor Meredith cerró la puerta mansamente. Luego se sentó frente a la señora Davis. Todavía no era del todo consciente de su presencia: su mente seguía forcejeando con los argumentos de Ewald. La señora Davis percibió aquel distanciamiento, y le molestó.

—He venido a decirle, señor Meredith —dijo con agresividad—, que he decidido adoptar a Una.

—¡Adoptar... a Una! —el señor Meredith la miró con expresión vacía, sin entender absolutamente nada.

—Sí. Llevo tiempo dándole vueltas. He pensado a menudo en adoptar a una niña desde que murió mi marido. Pero resultaba tan difícil encontrar una adecuada. Son muy pocas las criaturas que yo querría llevar a *mi* casa. Ni se me pasaría por la cabeza acoger a una niña de acogida, seguramente algún desecho de los barrios bajos. Y casi nunca hay otra clase de niños disponibles. Uno de los pescadores del puerto murió el otoño pasado y dejó seis criaturas. Intentaron convencerme de que me quedara con una, pero pronto les hice entender que no tenía la menor intención de adoptar semejante chusma. Su abuelo robó un caballo. Además, eran todos varones, y yo quería una niña: una niña tranquila y obediente a la que pudiera educar para hacer de ella una señorita. Una me viene que ni pintada. Sería una criaturita agradable si la cuidaran como es debido, tan distinta de Faith. A Faith ni se me ocurriría adoptarla.

Pero a Una me la quedo, y le daré un buen hogar y una buena crianza, señor Meredith, y si se porta bien le dejaré todo mi dinero cuando muera. Ni uno solo de mis parientes va a ver un centavo de él, en eso estoy decidida. Fue precisamente la idea de fastidiarlos lo que, más que ninguna otra cosa, me metió en la cabeza lo de adoptar a una niña. Una irá bien vestida, bien educada y bien instruida, señor Meredith, y le daré clases de música y de pintura, y la trataré como si fuera mía.

Para entonces, el señor Meredith estaba ya bien despierto. Un ligero rubor le asomó a la mejilla pálida, y un brillo peligroso a sus finos ojos oscuros. ¿De verdad le estaba pidiendo aquella mujer, de la que rezumaba por todos los poros su vulgaridad y su conciencia del dinero, que le entregara a Una —su querida Una, la pequeña y melancólica, con los mismos ojos azul oscuro de Cecilia—, a la criatura que su madre moribunda había estrechado contra el pecho después de que se llevaran llorando de la habitación a los demás niños? Cecilia se había aferrado a su bebé hasta que las puertas de la muerte se cerraron entre ambas. Por encima de la cabecita oscura, había mirado a su marido.

—Cuida bien de ella, John —le había suplicado—. Es tan pequeña, y tan sensible. Los demás sabrán abrirse camino a fuerza de pelear, pero a *ella* el mundo la va a herir. Ay, John, no sé qué vais a hacer tú y ella. Los dos me necesitáis tanto. Pero tenla cerca de ti, tenla siempre cerca de ti.

Aquellas habían sido casi sus últimas palabras, salvo unas pocas, inolvidables, reservadas solo para él. Y era a esa misma criatura a la que la señora Davis acababa de anunciar, con toda frialdad, su intención de llevarse. Él se irguió en el asiento y miró a la señora Davis. A pesar de la bata raída y las zapatillas desgastadas, había en él algo que hizo que la señora Davis sintiera un resto de aquella vieja reverencia hacia «los hábitos» con la que la habían educado. Al fin y al cabo, sí que había cierta divinidad que rodeaba a un pastor, aunque fuera pobre, ajeno al mundo y despistado.

—Le agradezco sus buenas intenciones, señora Davis —dijo el señor Meredith, con una cortesía suave, definitiva y verdaderamente temible—, pero no puedo entregarle a mi hija.

La señora Davis se quedó con la mirada en blanco. Jamás se le había pasado por la cabeza que él fuera a negarse.

—Pero, señor Meredith —dijo, atónita—. Debe de estar loc... No puede hablar en serio. Tiene que pensárselo, piense en todas las ventajas que puedo darle.

—No hace falta pensárselo, señora Davis. Está completamente fuera de toda cuestión. Todas las ventajas mundanas que usted pueda ofrecerle no compensarían la pérdida del amor y los cuidados de un padre. Le doy las gracias de nuevo; pero no hay que pensarlo siquiera.

La decepción enfureció a la señora Davis más de lo que su vieja costumbre de contenerse podía dominar. Su ancha cara colorada se puso morada, y le tembló la voz.

—Pensaba que estaría usted encantado de dejar que me la quedara —dijo con desprecio.

—¿Por qué pensaba eso? —preguntó el señor Meredith con serenidad.

—Porque nadie ha creído jamás que a usted le importara ninguno de sus hijos —replicó la señora Davis con desprecio—. Los tiene abandonados de forma escandalosa. Es la comidilla de todo el pueblo. No los alimenta ni los viste como es debido, y no reciben educación de ninguna clase. No tienen más modales que una banda de indios salvajes. Nunca se le ocurre cumplir con su deber de padre. Dejó que una niña vagabunda se quedara aquí con ellos durante quince días y jamás le hizo el menor caso, una niña que, según me han dicho, juraba como un carretero. A *usted* le habría dado igual que hubieran cogido la viruela de ella. ¡Y Faith hizo un espectáculo de sí misma poniéndose de pie en el sermón para soltar aquel discurso! Y montó un cerdo por la calle, delante de sus propias narices, según tengo entendido. Es increíble cómo se comportan, y

usted nunca mueve un dedo para pararles los pies ni para enseñarles nada. Y ahora que le ofrezco a una de ellas un buen hogar y un buen porvenir, lo rechaza y encima me insulta. ¡Bonito padre está usted hecho, para hablar de querer y cuidar a sus hijos!

—¡Basta ya, mujer! —dijo el señor Meredith. Se puso en pie y miró a la señora Davis con unos ojos que la hicieron encogerse—. Basta ya —repitió—. No deseo oír una palabra más, señora Davis. Ha dicho usted demasiado. Puede que haya sido negligente en algunos aspectos de mi deber como padre, pero no le corresponde a usted recordármelo en los términos que ha empleado. Digamos que buenas tardes.

La señora Davis no dijo nada ni remotamente tan amable como «buenas tardes», pero se marchó. Al pasar como una exhalación junto al pastor, un sapo grande y rollizo, que Carl tenía escondido bajo el diván, saltó casi bajo sus pies. La señora Davis lanzó un chillido, y al intentar no pisar aquella cosa espantosa, perdió el equilibrio y la sombrilla. No llegó exactamente a caerse, pero cruzó la habitación tambaleándose y dando bandazos de un modo de lo más indigno, y fue a chocar contra la puerta con un golpe que la sacudió de la cabeza a los pies. El señor Meredith, que no había visto el sapo, se preguntó si le habría dado una especie de ataque apoplético o de parálisis, y corrió alarmado a socorrerla. Pero la señora Davis, recobrando el equilibrio, lo apartó de un gesto furioso.

—No se atreva a tocarme —casi gritó—. Supongo que esto es otra de las trastadas de sus hijos. Esta no es una casa apropiada para una mujer decente. Deme mi sombrilla y déjeme marchar. No volveré a oscurecer las puertas de su casa parroquial ni de su iglesia nunca más.

El señor Meredith recogió la vistosa sombrilla con bastante mansedumbre y se la entregó. La señora Davis la agarró y salió con paso marcial. Jerry y Carl habían dejado de deslizarse por la barandilla y estaban sentados en el borde del porche con Faith. Por desgracia, los tres cantaban a pleno pulmón, con sus sanas y jóvenes voces, *Esta noche habrá jarana en el pueblo*. La señora

Davis creyó que la canción iba dirigida a ella, y solo a ella. Se detuvo y les agitó la sombrilla.

—Vuestro padre es un necio —dijo—, y vosotros sois tres alimañas que deberían daros una paliza que os dejara medio muertos.

—¡No lo es! —gritó Faith. —¡No lo somos! —gritaron los chicos. Pero la señora Davis ya se había ido.

—Madre mía, qué furiosa está —dijo Jerry—. Por cierto, ¿qué es una «alimaña»?

John Meredith se paseó de un lado a otro del salón durante unos minutos; luego volvió a su estudio y se sentó. Pero no regresó a su teología alemana. Estaba demasiado alterado para eso. La señora Davis lo había despertado de golpe y sin miramientos. ¿*Era* de verdad un padre tan negligente y descuidado como ella lo había acusado de ser? ¿*Había* descuidado tan escandalosamente el bienestar corporal y espiritual de las cuatro criaturitas sin madre que dependían de él? ¿*Hablaba* la gente de ello con la misma dureza que había declarado la señora Davis? Debía de ser así, puesto que la señora Davis había venido a pedir a Una con la plena y absoluta convicción de que él le entregaría a la niña con la misma indiferencia y el mismo gusto con que uno entrega un gatito extraviado y no deseado. Y, siendo así, ¿qué hacer entonces?

John Meredith gimió y reanudó su ir y venir por la habitación polvorienta y desordenada. ¿Qué podía hacer? Quería a sus hijos con toda la profundidad de que es capaz un padre, y sabía, sin que la señora Davis ni ninguna de su calaña pudiera hacer mella en esa convicción, que ellos lo querían con devoción. Pero ¿*era* apto para tenerlos a su cargo? Conocía —nadie mejor que él— sus flaquezas y sus limitaciones. Lo que hacía falta era la presencia, la influencia y el sentido común de una buena mujer. Pero ¿cómo arreglarlo? Aunque pudiera conseguir un ama de llaves así, heriría a la tía Martha en lo más vivo. Ella creía que aún era capaz de hacer todo lo necesario y conveniente. No podía herir e insultar de ese modo a la pobre anciana que tan buena había sido con él y con los suyos. ¡Cuán

entregada había estado a Cecilia! Y Cecilia le había pedido que fuera muy considerado con la tía Martha. Ciertamente es que de pronto recordó que la tía Martha, en una ocasión, le había insinuado que debería volver a casarse. Sentía que ella no le tomaría a mal una esposa tanto como le tomaría a mal un ama de llaves. Pero eso quedaba fuera de toda cuestión. Él no deseaba casarse: no quería a nadie ni podía querer a nadie. Entonces, ¿qué podía hacer? De pronto se le ocurrió que podía acercarse a Ingleside y comentar sus dificultades con la señora Blythe. La señora Blythe era una de las pocas mujeres con las que nunca se sentía tímido ni torpe de lengua. Siempre resultaba tan comprensiva y tan estimulante. Quizá pudiera sugerirle alguna solución a sus problemas. E incluso si no podía, el señor Meredith sentía que necesitaba un poco de compañía humana decente después de su dosis de señora Davis, algo que le quitara del alma el mal sabor que le había dejado.

Se vistió de prisa y cenó con menos aire ausente que de costumbre. Se le ocurrió que era una cena pobre. Miró a sus hijos: parecían bastante lozanos y sanos, salvo Una, que nunca había sido muy fuerte, ni siquiera cuando vivía su madre. Todos reían y charlaban; desde luego, parecían felices. Carl estaba especialmente contento porque tenía dos arañas hermosísimas correteando alrededor de su plato de cena. Sus voces eran agradables, sus modales no parecían malos, se mostraban considerados y cariñosos unos con otros. Y, sin embargo, la señora Davis había dicho que su comportamiento era la comidilla de la congregación.

Cuando el señor Meredith cruzaba la verja, el doctor Blythe y la señora Blythe pasaron en coche por el camino que llevaba a Lowbridge. Al pastor se le cayó el alma a los pies. La señora Blythe se marchaba; de nada servía ir a Ingleside. Y ahora ansiaba compañía más que nunca. Mientras contemplaba el paisaje con aire bastante desesperanzado, la luz del ocaso vino a dar en una ventana de la vieja casa solariega de los West, en la colina. Resplandeció con un rosa encendido, como un faro de buena esperanza. De pronto se acordó de Rosemary y Ellen West. Pensó que disfrutaría de un poco de la conversación mordaz de Ellen. Pensó que sería agradable

volver a ver la sonrisa lenta y dulce de Rosemary y sus ojos azules, serenos y celestiales. ¿Qué decía aquel viejo poema de sir Philip Sidney?: «un consuelo constante en un rostro»; eso le sentaba perfectamente a ella. Y él necesitaba consuelo. ¿Por qué no ir a visitarla? Recordó que Ellen le había pedido que se dejara caer por allí de vez en cuando, y estaba el libro de Rosemary que había que devolver: debía devolverlo antes de que se le olvidara. Tenía la incómoda sospecha de que había muchísimos libros en su biblioteca que había tomado prestados en diversas ocasiones y lugares y que había olvidado devolver. Sin duda era su deber evitar que ocurriera lo mismo en este caso. Volvió a su estudio, cogió el libro y bajó, sumergiéndose, hacia el Valle del Arco Iris.

CAPÍTULO 15. MÁS COTILLEOS

La noche siguiente al entierro de la señora Myra Murray, del otro lado del puerto, la señorita Cornelia y Mary Vance subieron a Ingleside. Había varias cosas que la señorita Cornelia deseaba desahogar de su alma. El entierro había que comentarlo entero, por supuesto. Susan y la señorita Cornelia lo trillaron entre las dos; Ana no tomaba parte ni gozo en conversaciones tan macabras. Se sentó un poco aparte y contempló la llama otoñal de las dalias en el jardín, y el puerto soñador y hechizado del atardecer de septiembre. Mary Vance se sentó a su lado, haciendo punto con mansedumbre. El corazón de Mary estaba allá abajo, en el Valle del Arco Iris, de donde llegaban, dulces y suavizados por la distancia, los ecos de las risas infantiles, pero sus dedos estaban bajo la vigilancia de la señorita Cornelia. Tenía que hacer tantas vueltas de su media antes de poder ir al valle. Mary tejía y contenía la lengua, pero afilaba los oídos.

—Nunca vi un cadáver de mejor aspecto —dijo la señorita Cornelia con aire de juez—. Myra Murray fue siempre una mujer bonita: era una Corey de Lowbridge, y los Corey eran famosos por su buena planta.

—Al pasar junto al cadáver le dije: «Pobre mujer. Espero que sea usted tan feliz como parece» —suspiró Susan—. No había cambiado mucho. Aquel vestido que llevaba era el raso negro que se hizo para la boda de su hija, hace catorce años. Su tía le dijo entonces que lo guardara para su entierro, pero Myra se rio y contestó: «Puede que lo lleve a mi entierro, tía, pero antes le voy a sacar mucho partido». Y he de decir que se lo sacó. Myra Murray no era mujer de asistir a

su propio funeral antes de morir. Muchas veces, después, cuando la veía disfrutando en compañía de otros, pensaba yo para mis adentros: «Eres una mujer hermosa, Myra Murray, y ese vestido te sienta bien, pero es probable que acabe siendo tu mortaja». Y ya ves cómo se han cumplido mis palabras, señora Marshall Elliott.

Susan volvió a suspirar hondamente. Lo estaba pasando en grande. Un entierro era, en realidad, un tema de conversación delicioso.

—Siempre me gustó encontrarme con Myra —dijo la señorita Cornelia—. Era siempre tan alegre y animosa que solo con darte la mano ya te sentías mejor. Myra siempre le sacaba el lado bueno a todo.

—Eso es verdad —afirmó Susan—. Su cuñada me contó que, cuando el médico le dijo por fin que no podía hacer nada más por ella y que ya no se levantaría de aquella cama, Myra dijo muy animada: «Bueno, si es así, doy gracias porque ya está hecha toda la conserva y no tendré que enfrentarme a la limpieza general de otoño. Siempre me gustó la limpieza de primavera —decía— pero la de otoño la aborrecí siempre. Este año me voy a librar de ella, a Dios gracias». Hay quien llamaría a eso ligereza, señora Marshall Elliott, y creo que su cuñada se avergonzaba un poco de aquello. Dijo que quizá la enfermedad había dejado a Myra un poco ida. Pero yo le dije: «No, señora Murray, no se preocupe usted por eso. No era más que la manera que tenía Myra de mirar el lado bueno de las cosas».

—Su hermana Luella era todo lo contrario —dijo la señorita Cornelia—. Para Luella no había lado bueno: solo había negro y tonos de gris. Durante años estuvo siempre anunciando que se iba a morir en una semana o así. «No os voy a dar la lata mucho tiempo más», le decía a su familia con un gemido. Y si alguno de ellos se atrevía a hablar de sus planillos para el futuro, ella también gemía y decía: «Ah, para entonces yo ya no estaré aquí». Cuando iba a verla, yo siempre le daba la razón, y eso la ponía tan furiosa que se encontraba bastante mejor durante varios días después. Ahora tiene mejor salud, pero ya no tiene ni pizca de alegría. Myra era muy

distinta. Siempre estaba haciendo o diciendo algo para que alguien se sintiera mejor. Puede que tuviera algo que ver el hombre con quien se casó cada una. El marido de Luella era un tártaro, *créeme*, mientras que Jim Murray es decente, dentro de lo que cabe en un hombre. Hoy tenía cara de tener el corazón partido. No es frecuente que me dé lástima un hombre en el entierro de su mujer, pero a Jim Murray se la tuve.

—No me extraña que tuviera cara triste. No va a encontrar una mujer como Myra tan fácilmente —dijo Susan—. Quizá ni lo intente, ya que sus hijos están todos criados y Mirabel puede llevar la casa. Pero no hay manera de predecir lo que hará o dejará de hacer un viudo, y yo, por mi parte, no pienso intentarlo.

—Vamos a echar a Myra terriblemente de menos en la iglesia —dijo la señorita Cornelia—. Era una trabajadora como pocas. Nada la dejaba nunca parada. Si no podía salvar una dificultad, la rodeaba, y si no podía rodearla, hacía como que no existía, y por lo general no existía. «Mantendré el tipo hasta el final de mi camino», me dijo una vez. Bueno, pues ya ha llegado al final de su camino.

—¿Usted cree? —preguntó Ana de pronto, volviendo de su mundo de ensueño—. Yo no puedo imaginarme terminado su camino. ¿Puede usted imaginársela sentada, con las manos cruzadas —a ella, con ese espíritu suyo tan ávido, tan preguntón, con esa hermosa mirada de aventura—? No, yo creo que, al morir, simplemente abrió una verja y pasó al otro lado, y siguió, y siguió, hacia nuevas y radiantes aventuras.

—Puede... puede ser —concedió la señorita Cornelia—. ¿Sabes, Ana, querida?, a mí nunca me convenció mucho esta doctrina del descanso eterno, aunque espero que no sea herejía decirlo. Yo quiero seguir trajinando en el cielo igual que aquí abajo. Y espero que haya allí algún sustituto celestial de las tartas y las rosquillas: algo que haya que *hacer*. Claro que una se cansa muchísimo a veces, y cuanto más vieja te haces, más cansada te encuentras. Pero hasta la persona más cansada del mundo podría descansar del

todo en bastante menos que una eternidad, digo yo, excepto, quizá, un hombre holgazán.

—Cuando vuelva a encontrarme con Myra Murray —dijo Ana—, quiero verla venir hacia mí, animada y riendo, tal como hacía siempre aquí.

—Ay, mi querida señora doctora —dijo Susan, con tono escandalizado—, no irá usted a pensar que Myra se va a estar riendo en el otro mundo, ¿verdad?

—¿Y por qué no, Susan? ¿Crees tú que allí vamos a estar llorando?

—No, no, mi querida señora doctora, no me malinterprete usted. No creo que vayamos a estar ni llorando ni riendo.

—¿Pues qué, entonces?

—Bueno —dijo Susan, viéndose obligada a contestar—, mi opinión, mi querida señora doctora, es que nos vamos a limitar a poner cara de solemnidad y santidad.

—¿Y de verdad crees tú, Susan —dijo Ana, poniendo una cara bastante solemne—, que ni Myra Murray ni yo podríamos tener esa cara de solemnidad y santidad todo el rato, *todo* el rato, Susan?

—Bueno —admitió Susan de mala gana—, hasta podría llegar a decir que las dos tendrían que sonreír de vez en cuando, pero jamás podré admitir que en el cielo se vaya a reír. La idea me parece de un irrespeto tremendo, mi querida señora doctora.

—Bueno, volviendo a la tierra —dijo la señorita Cornelia—, ¿a quién podemos conseguir para que se haga cargo de la clase de Myra en la escuela dominical? Julia Clow la ha estado dando desde que Myra cayó enferma, pero se va a la ciudad a pasar el invierno y tendremos que buscar a otra persona.

—He oído que a la señora de Laurie Jamieson le gustaría —dijo Ana—. Los Jamieson vienen a la iglesia con mucha regularidad desde que se mudaron al Glen desde Lowbridge.

—¡Escoba nueva barre bien! —dijo la señorita Cornelia con recelo—. Espera a que hayan venido con regularidad durante un año.

—De la señora Jamieson no se puede uno fiar ni pizca, mi querida señora doctora —dijo Susan con solemnidad—. Se murió una vez, y cuando la estaban midiendo para el ataúd, después de haberla amortajado de lo más hermosa, va y resucita. Ahora bien, mi querida señora doctora, ya sabe usted que de una mujer así no se *puede* uno fiar.

—Podría hacerse metodista en cualquier momento —dijo la señorita Cornelia—. Me cuentan que en Lowbridge iban a la iglesia metodista casi tan a menudo como a la presbiteriana. Aquí todavía no los he pillado haciéndolo, pero no aprobaría que metiéramos a la señora Jamieson en la escuela dominical. Aun así, no debemos ofenderlos. Ya estamos perdiendo demasiada gente, sea por muerte o por mal genio. La señora Alec Davis ha dejado la iglesia, y nadie sabe por qué. Les dijo a los administradores que no volvería a pagar ni un centavo más para el sueldo del señor Meredith. Claro que la mayoría dice que la ofendieron los niños, pero yo, no sé por qué, no lo creo. Intenté sonsacarle algo a Faith, pero lo único que le saqué fue que la señora Davis había ido a ver a su padre, al parecer de muy buen humor, y se había marchado hecha una furia, llamándolos a todos «alimañas».

—¡Alimañas, dice! —exclamó Susan, furiosa—. ¿Es que se le olvida a la señora Alec Davis que a su tío, el de parte de madre, se le sospechó de haber envenenado a su mujer? No es que se llegara a demostrar nunca, mi querida señora doctora, y no conviene creerse todo lo que se oye. Pero si *yo* tuviera un tío cuya mujer se hubiera muerto sin ninguna razón satisfactoria, *yo* no andaría por ahí llamando alimañas a niños inocentes.

—La cuestión es —dijo la señorita Cornelia— que la señora Davis pagaba una cuota grande, y cómo se va a compensar esa pérdida es un problema. Y si pone a los demás Douglas en contra del señor Meredith, que es lo que sin duda va a intentar, él no tendrá más remedio que marcharse.

—No creo que la señora Alec Davis le caiga demasiado bien al resto del clan —dijo Susan—. No es probable que consiga influir en ellos.

—Pero es que esos Douglas se mantienen tan unidos. Si tocas a uno, los tocas a todos. Sin ellos no podemos arreglarnos, eso está claro. Pagan la mitad del sueldo. No son tacaños, digan lo que digan de ellos. Norman Douglas daba cien dólares al año, hace tiempo, antes de dejarlo.

—¿Por qué lo dejó? —preguntó Ana.

—Dijo que un miembro de la junta lo había engañado en un trato de vacas. Lleva veinte años sin pisar la iglesia. Su mujer venía con regularidad mientras vivió, pobrecita, pero él nunca la dejaba pagar nada, salvo un centavo mísero cada domingo. Ella se sentía terriblemente humillada. No sé si fue un buen marido para ella, aunque nunca se la oyó quejarse. Pero siempre tuvo cara de acobardada. Norman Douglas no consiguió a la mujer que quería hace treinta años, y a los Douglas nunca les ha gustado conformarse con lo segundo.

—¿Quién era la mujer que quería?

—Ellen West. No llegaron a estar prometidos exactamente, creo, pero anduvieron juntos dos años. Y luego, sin más, lo dejaron; nadie supo nunca por qué. Alguna riña tonta, supongo. Y Norman fue y se casó con Hester Reese antes de que se le enfriara el genio, se casó con ella solo por fastidiar a Ellen, no me cabe duda. ¡Muy de hombre! Hester era una cosita simpática, pero nunca tuvo mucho carácter, y él le quebró el poco que tenía. Era demasiado mansa para Norman. Él necesitaba una mujer capaz de plantarle cara. Ellen lo habría tenido a raya de maravilla, y él la habría querido más precisamente por eso. Despreciaba a Hester, la verdad sea dicha, solo porque siempre le daba la razón. Yo se lo oía decir muchas veces, hace años, cuando era joven: «A mí dadme una mujer con agallas, agallas es lo que quiero siempre». Y luego va y se casa con una muchacha que no era capaz ni de espantar a un ganso, muy de

hombre. Aquella familia de los Reese eran poco menos que verduras. Hacían como que vivían, pero no *vivían*.

—Russell Reese usó el anillo de boda de su primera mujer para casarse con la segunda —dijo Susan, evocadora—. Eso me parece a mí *demasiada* economía, mi querida señora doctora. Y su hermano John se ha hecho poner su propia lápida en el cementerio del otro lado del puerto, con todo escrito menos la fecha de la muerte, y va todos los domingos a mirarla. La mayoría de la gente no le vería la gracia, pero está claro que él sí. Cada cual tiene sus ideas de lo que es divertirse. En cuanto a Norman Douglas, es un pagano de tomo y lomo. Cuando el último pastor le preguntó por qué nunca iba a la iglesia, contestó: «Demasiadas mujeres feas allí dentro, pastor, demasiadas mujeres feas». A mí me gustaría plantarme delante de semejante hombre, mi querida señora doctora, y decirle con toda solemnidad: «¡Hay un infierno!».

—Ah, Norman no cree que exista tal sitio —dijo la señorita Cornelia—. Espero que descubra su error cuando le llegue la hora de morir. Anda, Mary, ya has tejido tus siete centímetros, así que puedes ir a jugar con los niños media hora.

Mary no necesitó que se lo dijeran dos veces. Voló hacia el Valle del Arco Iris con el corazón tan ligero como los talones, y en el curso de la conversación le contó a Faith Meredith todo lo de la señora Alec Davis.

—Y la señora Elliott dice que va a poner a todos los Douglas en contra de tu padre, y entonces él va a tener que dejar el Glen porque no le van a pagar el sueldo —concluyó Mary—. Yo no sé qué se puede hacer, te lo juro. Si el viejo Norman Douglas volviera a la iglesia y pagara, la cosa no estaría tan mal. Pero no va a volver, y los Douglas se van a marchar, y vosotros vais a tener que iros.

Aquella noche, Faith se metió en la cama con el corazón encogido. La idea de dejar el Glen le resultaba insoportable. En ningún otro lugar del mundo había amigos como los Blythe. Su corazoncito se le había partido cuando dejaron Maywater; había derramado lágrimas

amargas al separarse de sus amigos de Maywater y de la vieja casa parroquial donde su madre había vivido y muerto. No podía contemplar con calma la idea de otro desgarró semejante, y aún más duro. No *podía* dejar Glen St. Mary, ni el querido Valle del Arco Iris, ni aquel delicioso cementerio.

—Es horrible ser de la familia de un pastor —gimió Faith contra la almohada—. En cuanto le coges cariño a un sitio, te arrancan de raíz. Yo no me casaré nunca, nunca, *nunca* con un pastor, por muy simpático que sea.

Faith se incorporó en la cama y miró por la ventanita cubierta de enredadera. La noche estaba muy quieta, y el silencio solo lo rompía la respiración suave de Una. Faith se sintió terriblemente sola en el mundo. Podía ver Glen St. Mary tendido bajo los prados azules y estrellados de la noche de otoño. Al otro lado del valle brillaba una luz en el cuarto de las niñas de Ingleside, y otra en el cuarto de Walter. Faith se preguntó si el pobre Walter tendría otra vez dolor de muelas. Luego suspiró, con un breve suspiro de envidia hacia Nan y Di. Ellas tenían madre y un hogar estable; a *ellas* no las dejaban a merced de gente que se enfadaba sin motivo y las llamaba alimañas. Más allá del Glen, entre campos sumidos en un sueño muy tranquilo, ardía otra luz. Faith sabía que era la casa donde vivía Norman Douglas. Tenía fama de quedarse leyendo hasta las tantas de la noche. Mary había dicho que, si se pudiera convencerlo de que volviera a la iglesia, todo iría bien. ¿Y por qué no? Faith miró una estrella grande y baja que colgaba sobre el abeto alto y puntiagudo de la puerta de la iglesia metodista, y tuvo una inspiración. Sabía lo que había que hacer, y ella, Faith Meredith, lo haría. Lo arreglaría todo. Con un suspiro de satisfacción, se apartó de aquel mundo solitario y oscuro y se acurrucó junto a Una.

CAPÍTULO 16. DONDE LAS DAN, LAS TOMAN

En Faith, decidir era actuar. No perdió tiempo en llevar a cabo su idea. En cuanto volvió de la escuela al día siguiente, salió de la casa parroquial y bajó hacia el Glen. Walter Blythe se le unió cuando pasaba por delante de la oficina de correos.

—Voy a casa de la señora Elliott, a hacer un recado para mi madre —dijo él—. ¿Adónde vas tú, Faith?

—Voy a un sitio por un asunto de la iglesia —dijo Faith con altivez. No dio más explicaciones, y Walter se sintió bastante desairado. Siguieron caminando en silencio un rato. Era una tarde cálida y ventosa, de aire dulce y resinoso. Más allá de las dunas se veían mares grises, suaves y hermosos. El arroyo del Glen arrastraba una carga de hojas doradas y carmesí, como barquichuelas de las hadas. En el rastrojo de alforfón del señor James Reese, con sus bellos tonos de rojo y pardo, se celebraba un parlamento de cuervos, en el que se deliberaba con solemnidad sobre el bienestar del reino de los cuervos. Faith disolvió cruelmente aquella augusta asamblea trepando a la valla y arrojándole un travesaño roto. Al instante, el aire se llenó de alas negras batiendo y graznidos indignados.

—¿Por qué has hecho eso? —dijo Walter con reproche—. Lo estaban pasando tan bien.

—Ay, es que odio a los cuervos —dijo Faith con desenfado—. Son tan negros y tan taimados que estoy segura de que son unos hipócritas. Roban los huevos de los nidos de los pajarillos, ¿sabes? Vi

a uno hacerlo en nuestro césped la primavera pasada. Walter, ¿por qué estás hoy tan pálido? ¿Te volvió a doler la muela anoche?

Walter se estremeció.

—Sí: un dolor espantoso. No pude pegar ojo, así que me puse a andar de un lado a otro de la habitación imaginando que era un mártir de los primeros cristianos, torturado por orden de Nerón. Eso me ayudó muchísimo durante un rato; y luego me puse tan mal que ya no podía imaginarme nada.

—¿Lloraste? —preguntó Faith con ansiedad.

—No, pero me tumbé en el suelo y me puse a gemir —reconoció Walter—. Entonces entraron las niñas, y Nan me puso pimienta de cayena en la muela, y eso lo empeoró todavía más; Di me hizo tener un buche de agua fría en la boca, y no lo pude aguantar, así que llamaron a Susan. Susan dijo que me estaba bien empleado por quedarme hasta tarde en el desván frío escribiendo tonterías en verso. Pero encendió el fuego de la cocina, me trajo una bolsa de agua caliente, y se me quitó el dolor. En cuanto me sentí mejor le dije a Susan que mi poesía no eran tonterías y que ella no era quién para juzgarlo. Y me dijo que no, que a Dios gracias no lo era, y que de poesía no sabía nada, salvo que en su mayor parte era un montón de mentiras. Pero tú ya sabes, Faith, que eso no es así. Esa es una de las razones por las que me gusta escribir poesía: puedes decir en ella tantas cosas que son verdad en un poema pero que no lo serían en prosa. Se lo dije a Susan, pero me contestó que dejara de darle a la lengua y me durmiera antes de que se enfriara el agua, o me dejaría solo para ver si rimar curaba el dolor de muelas, y que esperaba que me sirviera de lección.

—¿Por qué no vas al dentista de Lowbridge y te la sacas?

Walter volvió a estremecerse.

—Quieren que vaya, pero no puedo. Me dolería muchísimo.

—¿Tienes miedo de un poco de dolor? —preguntó Faith con desdén.

Walter se ruborizó.

—Sería un dolor *grande*. Odio que me hagan daño. Papá dijo que no insistiría en que fuera; que esperaría a que yo mismo me decidiera.

—No dolería tanto tiempo como el dolor de muelas —argumentó Faith—. Has tenido cinco ataques de dolor de muelas. Si fueras de una vez y te la sacaran, no tendrías más noches malas. Yo me saqué una muela una vez. Grité un momento, pero luego ya se acabó todo: solo quedó la sangre.

—La sangre es lo peor de todo: es tan repugnante —exclamó Walter—. Me puso enfermo de verdad cuando Jem se cortó el pie el verano pasado. Susan dijo que yo parecía más a punto de desmayarme que el propio Jem. Pero es que tampoco podía soportar ver herido a Jem. Siempre hay alguien que se hace daño, Faith; y es horrible. Es que no puedo *soportar* ver las cosas heridas. Me dan ganas de echar a correr... y correr, y correr, hasta no oírlos ni verlos más.

—No sirve de nada alarmarse tanto porque alguien se haga daño —dijo Faith, sacudiendo los rizos—. Claro que, si te has hecho mucho daño, tienes que gritar, y la sangre es una cochinada, y a mí tampoco me gusta ver a la gente herida. Pero yo no quiero salir corriendo: quiero ponerme manos a la obra y ayudarlos. Tu padre *tiene* que hacer daño a la gente muchas veces para curarla. ¿Qué harían si *él* saliera corriendo?

—Yo no he dicho que *fuera* a correr. He dicho que me daban *ganas* de correr. Eso es distinto. Yo también quiero ayudar a la gente. Pero, ay, cómo me gustaría que no hubiera cosas feas y espantosas en el mundo. Me gustaría que todo fuera alegre y hermoso.

—Bueno, no pensemos en lo que no es —dijo Faith—. Al fin y al cabo, estar vivo tiene su gracia. No tendrías dolor de muelas si estuvieras muerto, pero, aun así, ¿no preferirías con mucho estar

vivo antes que muerto? Yo sí, cien veces mejor. Ay, mira, ahí viene Dan Reese. Ha bajado al puerto a por pescado.

—Odio a Dan Reese —dijo Walter.

—Y yo. Todas las niñas lo odiamos. Voy a pasar por su lado sin hacerle ni el más mínimo caso. ¡Mira cómo lo hago!

Y, en efecto, Faith pasó muy tiesa por delante de Dan, con la barbilla levantada y una expresión de desdén que se le clavó en el alma. Él se dio la vuelta y le gritó.

—¡Niña cerda! ¡Niña cerda! ¡¡Niña cerda!! —en un crescendo de insulto.

Faith siguió caminando, aparentemente ajena a todo. Pero el labio le temblaba un poco de indignación. Sabía que no tenía nada que hacer contra Dan Reese en un cruce de insultos. Deseó que hubiera estado con ella Jem Blythe en vez de Walter. Si Dan Reese se hubiera atrevido a llamarla niña cerda delante de Jem, este le habría hecho morder el polvo. Pero a Faith nunca se le ocurrió esperar eso de Walter, ni culparlo por no hacerlo. Walter, lo sabía, nunca se peleaba con otros chicos. Tampoco lo hacía Charlie Clow, el del camino del norte. Lo curioso era que, aunque despreciaba a Charlie por cobarde, nunca se le ocurrió despreciar a Walter. Sencillamente, él le parecía habitante de un mundo propio, donde regían otras costumbres. Faith habría esperado con la misma naturalidad que un joven ángel de ojos de estrella le partiera la cara al sucio y pecoso Dan Reese en su defensa como que se la partiera Walter Blythe. No habría culpado al ángel, y no culpó a Walter Blythe. Pero deseó que hubieran estado allí el fornido Jem o Jerry, y el insulto de Dan siguió royéndole el alma.

Walter ya no estaba pálido. Se había puesto como la grana, y sus hermosos ojos estaban nublados de vergüenza e ira. Sabía que debería haber vengado a Faith. Jem se habría lanzado sin vacilar y habría hecho que Dan se tragara sus palabras con salsa amarga. Ritchie Warren habría abrumado a Dan con «apelativos» todavía peores que los que este le había dedicado a Faith. Pero Walter no

podía —sencillamente, no podía— «insultar». Sabía que llevaría las de perder. Nunca habría sabido concebir ni pronunciar los insultos groseros y soeces de los que Dan Reese disponía sin límite. Y en cuanto a resolverlo a puñetazos, Walter no sabía pelear. Odiaba la sola idea. Era brusco y doloroso; y, lo peor de todo, era feo. Nunca había logrado entender el entusiasmo de Jem ante algún que otro altercado. Pero deseó *poder* pelearse con Dan Reese. Estaba terriblemente avergonzado porque habían insultado a Faith Meredith en su presencia y él no había intentado castigar a quien la insultó. Estaba seguro de que ella debía de despreciarlo. Ni siquiera le había dirigido la palabra desde que Dan la llamó niña cerda. Se alegró cuando llegaron a la bifurcación del camino.

Faith también se sintió aliviada, aunque por otro motivo. Quería estar sola porque de pronto se había puesto bastante nerviosa por su recado. El impulso se le había enfriado, sobre todo después de que Dan le hiriera el amor propio. Tenía que llevarlo a cabo, pero ya no le quedaba el entusiasmo que la sostenía. Iba a ver a Norman Douglas para pedirle que volviera a la iglesia, y empezó a tenerle miedo. Lo que allá arriba, en el Glen, le había parecido tan fácil y sencillo, ahora, allí abajo, le parecía muy distinto. Había oído contar muchas cosas de Norman Douglas, y sabía que hasta los chicos más grandes de la escuela le tenían miedo. ¿Y si le decía algo feo? Había oído que era dado a eso. Faith no podía soportar que la insultaran: la doblegaban mucho más deprisa que un golpe físico. Pero seguiría adelante: Faith Meredith siempre seguía adelante. Si no lo hacía, puede que su padre tuviera que dejar el Glen.

Al final del largo camino, Faith llegó a la casa: una casa grande y anticuada, ante la que desfilaba una hilera de chopos lombardos como soldados. En el porche trasero estaba sentado el propio Norman Douglas, leyendo el periódico. Su enorme perro estaba a su lado. Detrás, en la cocina, donde su ama de llaves, la señora Wilson, preparaba la cena, se oía un traqueteo de platos: un traqueteo furioso, porque Norman Douglas acababa de tener una riña con la señora Wilson, y los dos estaban de muy mal humor por ello. En consecuencia, cuando Faith pisó el porche y Norman Douglas bajó el

periódico, se encontró mirando a los ojos coléricos de un hombre irritado.

Norman Douglas era, a su manera, un personaje de buena planta. Le caía una larga barba roja sobre el ancho pecho, y una melena roja, sin una cana pese a los años, le coronaba la cabeza maciza. Su frente alta y blanca no tenía una arruga, y sus ojos azules aún podían echar chispas con todo el fuego de su tempestuosa juventud. Sabía ser muy amable cuando quería, y sabía ser terrible de veras. La pobre Faith, tan ansiosa por arreglar la situación de la iglesia, lo había pillado en uno de sus momentos terribles.

Él no sabía quién era ella y la miró con disgusto. A Norman Douglas le gustaban las niñas con brío, con fuego y con risa. En ese momento, Faith estaba muy pálida. Era del tipo de persona para la que el color lo es todo. Sin sus mejillas encendidas, parecía mansa e incluso insignificante. Tenía aire de disculpa y de miedo, y el matón que llevaba dentro Norman Douglas se removió.

—¿Quién demonios eres tú? ¿Y qué quieres aquí? —exigió saber con su vozarrón resonante, frunciendo el ceño con fiereza.

Por una vez en su vida, Faith no supo qué decir. Nunca se había imaginado que Norman Douglas fuera *así*. Estaba paralizada de terror. Él lo notó, y eso lo puso aún peor.

—¿Qué te pasa? —tronó él—. Tienes cara de querer decir algo y de tener miedo de decirlo. ¿Qué te preocupa? ¡Demontre! Habla de una vez, ¿quieres?

No, Faith no podía hablar. No le salían las palabras. Pero le empezaron a temblar los labios.

—Por el amor de Dios, no te pongas a llorar —gritó Norman—. No soporto los lloriqueos. Si tienes algo que decir, dilo y se acabó. ¡Demonios! ¿Está la chiquilla poseída por un espíritu mudo? No me mires así, que soy humano: ¡no tengo rabo! ¿Quién eres? ¿Quién eres, te digo?

La voz de Norman se podría haber oído hasta el puerto. En la cocina se suspendieron las operaciones. La señora Wilson escuchaba con los oídos y los ojos bien abiertos. Norman apoyó las enormes manos morenas en las rodillas y se inclinó hacia delante, clavando la vista en el rostro pálido y encogido de Faith. Se alzaba sobre ella como un gigante malvado salido de un cuento de hadas. Ella tuvo la sensación de que, de un momento a otro, se la iba a comer entera, en cuerpo y huesos.

—Yo... soy... Faith... Meredith —dijo, en poco más que un susurro.

—¿Meredith, eh? ¿Una de las crías del pastor, eh? He oído hablar de vosotros, ¡he oído hablar de vosotros! ¡Montando en cerdos y profanando el día del Señor! ¡Menuda pandilla! ¿Qué quieres aquí, eh? ¿Qué quieres del viejo pagano, eh? Yo no les pido favores a los pastores, ni se los hago. ¿Qué quieres, te digo?

Faith deseó estar a mil kilómetros de allí. Balbució su pensamiento con toda su desnuda sencillez.

—He venido... a pedirle... que vaya a la iglesia... y que pague... para el sueldo.

Norman la fulminó con la mirada. Luego volvió a estallar.

—¡Serás fresca, serás! ¿Quién te ha metido esto en la cabeza, mocosa? ¿Quién te lo ha metido?

—Nadie —dijo la pobre Faith.

—Eso es mentira. ¡No me mientas! ¿Quién te ha mandado aquí? No ha sido tu padre; ese no tiene los arrestos de una pulga, pero tampoco te mandaría a hacer lo que él no se atreve a hacer. Supongo que habrá sido alguna de esas malditas solteronas del Glen, ¿eh? ¿Eh?

—No... yo... he venido yo sola.

—¿Me tomas por tonto? —gritó Norman.

—No... pensaba que era usted un caballero —dijo Faith, débilmente, y desde luego sin la menor intención de ser sarcástica.

Norman se levantó de un salto.

—Métete en tus asuntos. No quiero oírte ni una palabra más. Si no fueras una cría, ya te enseñaría yo a meterte donde no te llaman. Cuando quiera pastores o matasanos, ya los mandaré llamar. Hasta entonces, no quiero tratos con ellos. ¿Entendido? Y ahora, lárgate, cara de queso.

Faith se marchó. Bajó los escalones tropezando, ciega, cruzó la cancela y salió al camino. A medio camino, su aturdimiento de miedo se disipó, y se apoderó de ella una reacción de furia hormigueante. Cuando llegó al final del camino, estaba en un estado de cólera tan furiosa como jamás había conocido. Los insultos de Norman Douglas le ardían en el alma, encendiendo una llama abrasadora. ¿Irse a casa? ¡Ni hablar! Iba a volver derecha y a decirle a aquel viejo ogro exactamente lo que pensaba de él; se lo iba a demostrar, ¡vaya si se lo iba a demostrar! ¡Cara de queso, lo que faltaba!

Sin vacilar, dio media vuelta y regresó. El porche estaba desierto y la puerta de la cocina, cerrada. Faith abrió la puerta sin llamar y entró. Norman Douglas acababa de sentarse a la mesa de la cena, pero todavía tenía el periódico en la mano. Faith cruzó la habitación con paso inflexible, le arrancó el periódico de la mano, lo tiró al suelo y lo pisoteó. Luego le hizo frente, con los ojos centelleantes y las mejillas escarlata. Era una furia tan hermosa que Norman Douglas apenas la reconoció.

—¿Qué te ha traído de vuelta? —gruñó él, más desconcertado que furioso.

Sin arredrarse, ella le sostuvo la mirada, aquellos ojos coléricos ante los que tan poca gente sabía mantenerse firme.

—He vuelto para decirle exactamente lo que pienso de usted —dijo Faith, con voz clara y vibrante—. No le tengo miedo. Es usted un viejo grosero, injusto, tiránico y desagradable. Susan dice que seguro que va usted al infierno, y me daba pena, pero ya no me la da. Su mujer no tuvo un sombrero nuevo en diez años; no me extraña que se muriera. A partir de ahora, le voy a hacer muecas

cada vez que lo vea. Cada vez que esté detrás de usted, ya sabrá lo que está pasando. Papá tiene, en un libro de su despacho, un dibujo del diablo, y pienso ir a casa a escribir su nombre debajo. ¡Es usted un viejo vampiro, y espero que le dé la sarna!

Faith no sabía qué significaba «vampiro», como tampoco sabía qué era la sarna. Había oído a Susan usar aquellas expresiones y, por su tono, había deducido que ambas cosas eran terribles. Pero Norman Douglas, al menos, sabía muy bien qué era lo segundo. Había escuchado en absoluto silencio la diatriba de Faith. Cuando ella se detuvo a tomar aliento, dando una patada en el suelo, él soltó de pronto una carcajada estruendosa. Con una fuerte palmada en la rodilla, exclamó:

—Vaya, resulta que tienes agallas, después de todo; y a mí me gustan las agallas. Venga, siéntate, siéntate.

—No pienso hacerlo. —A Faith le brillaron los ojos con más pasión todavía. Creyó que se estaban riendo de ella, que la trataban con desprecio. Habría disfrutado de otro estallido de cólera, pero esto le dolió en lo más hondo—. No pienso sentarme en su casa. Me voy a casa. Pero me alegro de haber vuelto aquí a decirle exactamente cuál es mi opinión sobre usted.

—Y yo también, y yo también —rio entre dientes Norman—. Me gustas, eres estupenda, eres fenomenal. ¡Qué rosas, qué brío! ¿Que la llamé cara de queso? Si esta no ha oído un queso en su vida. Siéntate. ¡Si hubieras tenido esa cara desde el principio, muchacha! Conque vas a escribir mi nombre debajo del dibujo del diablo, ¿eh? Pero él es negro, muchacha, negro, y yo soy pelirrojo. ¡No cuela, no cuela! ¿Y esperas que me dé la sarna? Bendita seas, muchacha, ya /a tuve yo de niño. No me la vuelvas a desear. Siéntate, siéntate. Vamos a echar un trago por la amistad.

—No, gracias —dijo Faith con altivez.

—Ah, ya lo creo que sí. Vamos, vamos, te pido perdón, muchacha, te pido perdón. Hice el ridículo y lo siento. Más justo no se puede ser. Olvidemos y perdonemos. Dame la mano, muchacha, dame la

mano. No quiere, ino quiere! Pero itiene que dármele! Mira, muchacha, si me das la mano y partes el pan conmigo, pagaré para el sueldo lo mismo que pagaba antes, iré a la iglesia el primer domingo de cada mes, y haré que Kitty Alec cierre el pico. Soy el único del clan que puede hacerlo. ¿Trato hecho, muchacha?

Parecía que había trato. Faith se encontró estrechando la mano del ogro y, acto seguido, sentada a su mesa. Se le había pasado el arrebató —los arrebatos de Faith nunca duraban mucho—, pero su ardor aún le brillaba en los ojos y le encendía las mejillas. Norman Douglas la miraba con admiración.

—Anda, ve a traer algo de tu mejor confitura, Wilson —ordenó—, y deja de estar de morros, mujer, deja de estar de morros. ¿Y qué si hemos tenido una riña, mujer? Un buen chaparrón despeja el aire y anima las cosas. Pero luego nada de lloviznas y nieblas, nada de lloviznas y nieblas, mujer. Eso no lo aguanto. Genio en una mujer, sí, pero lágrimas conmigo, no. Toma, muchacha, aquí tienes carne y patatas revueltas. Empieza por ahí. Wilson tiene un nombre elegante para esto, pero yo lo llamo macanacadi. A todo lo que no sé identificar en materia de comida lo llamo macanacadi, y a todo lo líquido que me desconcierta lo llamo chalamagusen. El té de Wilson es chalamagusen. Te juro que lo hace con bardana. No pruebes ese líquido negro impío: aquí tienes leche para ti. ¿Cómo has dicho que te llamas?

—Faith.

—¡Eso no es un nombre, eso no es un nombre! No puedo tragarme un nombre así. ¿Tienes algún otro?

—No, señor.

—No me gusta el nombre, no me gusta. Ese nombre no tiene arrestos. Además, me hace pensar en mi tía Jinny. A sus tres hijas les puso Faith, Hope y Charity: Fe, Esperanza y Caridad. Faith no creía en nada, Hope era pesimista de nacimiento, y Charity era una tacaña. A ti tendrían que haberte llamado Rosa Roja: eso es lo que pareces cuando te enfadas. Yo te voy a llamar Rosa Roja. ¿Y me has

enredado para que prometa ir a la iglesia? Pero solo una vez al mes, que quede claro, solo una vez al mes. Vamos, muchacha, ¿me vas a librar de eso? Yo antes pagaba cien dólares al año para el sueldo, e iba a la iglesia. Si prometo pagar doscientos al año, ¿me libras de ir a la iglesia? ¡Vamos!

—No, no, señor —dijo Faith, con un hoyuelo travieso—. Quiero que vaya usted a la iglesia también.

—Bueno, un trato es un trato. Calculo que podré aguantarlo doce veces al año. ¡Menudo revuelo se va a armar el primer domingo que vaya! Y la vieja Susan Baker dice que voy a ir al infierno, ¿eh? ¿Tú crees que voy a ir allí? Vamos, dime, ¿lo crees?

—Espero que no, señor —tartamudeó Faith, un poco turbada.

—¿Y *por qué* esperas que no? Vamos, ¿*por qué* esperas que no? Dame una razón, muchacha, dame una razón.

—Debe... debe de ser un sitio muy... incómodo, señor.

—¿Incómodo? Todo depende de lo que a cada uno le parezca cómodo, muchacha. A mí en seguida me cansarían los ángeles. ¡Imagínate a la vieja Susan con un halo!

Faith se lo imaginó, y le hizo tanta gracia que no pudo evitar reírse. Norman la miró con aprobación.

—¿Ves qué gracia tiene, eh? Ah, me gustas, eres fenomenal. Y ahora, sobre este asunto de la iglesia: ¿sabe predicar tu padre?

—Es un predicador espléndido —dijo Faith, leal.

—¿Ah, sí? Ya veremos: estaré atento a los fallos. Más le vale tener cuidado con lo que dice delante de *mí*. Lo voy a pillar, le voy a hacer tropezar, voy a llevar la cuenta de sus argumentos. Seguro que le saco algo de diversión a esto de ir a la iglesia. ¿Predica alguna vez sobre el infierno?

—No-o-o... creo que no.

—Qué lástima. A mí me gustan los sermones sobre ese tema. Dile que, si quiere tenerme de buen humor, suelte un buen sermón

atronador sobre el infierno una vez cada seis meses, y cuanto más azufre, mejor. Me gustan humeantes. Y piensa en todo el gusto que les daría también a las solteronas. Todas se pondrían a mirar al viejo Norman Douglas pensando: «Eso es para ti, viejo réprobo. Eso es lo que te espera *a ti*». Le daré diez dólares extra cada vez que consigas que tu padre predique sobre el infierno. Aquí llega Wilson con la mermelada. ¿Te gusta, eh? *Esto* no es macanacadi. ¡Prueba!

Faith se tragó obedientemente la enorme cucharada que Norman le tendió. Por suerte, *estaba* buena.

—La mejor mermelada de ciruela del mundo —dijo Norman, llenando un plato grande y plantándoselo delante—. Me alegro de que te guste. Te voy a dar un par de tarros para que te los lleves a casa. Yo de tacaño no tengo nada, nunca lo tuve. Por *ese* lado el diablo no me va a pillar, desde luego. No fue culpa mía que Hester no tuviera un sombrero nuevo en diez años. Fue cosa suya: se privaba de sombreros para ahorrar dinero y dárselo a esos amarillos de allá en China. Yo nunca he dado un centavo a las misiones en mi vida, y nunca lo daré. ¡No intentes tú engatusarme con eso! Cien dólares al año para el sueldo, y a la iglesia una vez al mes; ¡pero nada de estropear buenos paganos para hacer pobres cristianos! Mira, muchacha, no servirían ni para el cielo ni para el infierno: completamente estropeados para uno y para otro, completamente estropeados. Eh, Wilson, ¿todavía no se te ha puesto cara de sonrisa? ¡Con lo que os gusta a las mujeres estar de morros! Yo nunca he estado de morros en mi vida: conmigo todo es un chispazo y un trueno, y luego, ¡puf!, se acaba el chaparrón, sale el sol, y podrías comer de mi mano.

Norman insistió en llevar a Faith a casa después de cenar, y le llenó el coche de manzanas, coles, patatas, calabazas y tarros de mermelada.

—Ahí en el granero hay un buen gatito. Te lo doy también, si te apetece. Tú dilo —dijo él.

—No, gracias —dijo Faith con decisión—. No me gustan los gatos, y además tengo un gallo.

—Mira esta. A un gallo no lo puedes acariciar como a un gatito. ¿Quién ha oído hablar de mimar a un gallo? Mejor llévate al pequeño Tom. Quiero encontrarle un buen hogar.

—No. La tía Martha tiene un gato, y mataría a un gatito extraño.

Norman cedió, aunque a regañadientes. Llevó a Faith a casa en un viaje emocionante, tirado por su potro salvaje de dos años, y, después de dejarla en la puerta de la cocina de la casa parroquial y volcar el cargamento en el porche trasero, se marchó gritando:

—¡Que solo es una vez al mes, una vez al mes, que no se te olvide!

Faith se fue a la cama sintiéndose un poco mareada y sin aliento, como si acabara de escapar de las garras de un torbellino jovial. Estaba feliz y agradecida. Ya no había peligro de que tuvieran que dejar el Glen, el cementerio y el Valle del Arco Iris. Pero se durmió turbada por la desagradable idea, en el fondo de su mente, de que Dan Reese la había llamado niña cerda y que, habiendo dado con un epíteto tan de su gusto, seguiría llamándola así cada vez que se le presentara la ocasión.

CAPÍTULO 17. UNA DOBLE VICTORIA

Norman Douglas fue a la iglesia el primer domingo de noviembre y causó toda la sensación que buscaba. El señor Meredith le estrechó la mano distraídamente en la escalinata de la iglesia y expresó, como en sueños, el deseo de que la señora Douglas se encontrara bien.

—No se encontraba muy bien justo antes de que la enterrara, hace diez años, pero calculo yo que ahora tendrá mejor salud — bramó Norman, para horror y regocijo de todos menos del señor Meredith, que estaba absorto preguntándose si había dejado tan claro como debía el último punto de su sermón, y no tenía la menor idea de lo que Norman le había dicho, ni de lo que él le había dicho a Norman.

Norman le salió al paso a Faith junto a la verja.

—He cumplido mi palabra, ya ves, he cumplido mi palabra, Rosa Roja. Ahora estoy libre hasta el primer domingo de diciembre. Buen sermón, muchacha, buen sermón. Tu padre tiene más dentro de la cabeza de lo que enseña en la cara. Pero se contradijo una vez, dile que se contradijo. Y dile que quiero ese sermón del azufre para diciembre. Buena manera de despedir el año viejo, con un anticipo del infierno, ya sabes. ¿Y qué tal un discurso bien sabroso sobre el cielo para Año Nuevo? Aunque no sería ni la mitad de interesante que el infierno, muchacha, ni la mitad. Solo que me gustaría saber qué piensa tu padre del cielo: *sabe* pensar, que es lo más raro del mundo, una persona que sabe pensar. Pero *sí* que se contradijo. ¡Ja,

ja! Aquí tienes una pregunta que podrías hacerle alguna vez, cuando esté despierto, muchacha: «¿Puede Dios hacer una piedra tan grande que ni Él mismo pueda levantarla?». No se te olvide, ¿eh? Quiero oír su opinión sobre eso. Con esa he dejado sin palabras a más de un pastor, muchacha.

Faith se alegró de escapar de él y echó a correr a casa. Dan Reese, de pie entre el grupo de chicos junto a la verja, la miró y movió los labios formando «niña cerda», pero no se atrevió a decirlo en voz alta allí mismo. Al día siguiente, en la escuela, la cosa fue distinta. En el recreo del mediodía, Faith se encontró con Dan en el pequeño abetal de detrás de la escuela, y Dan volvió a gritar:

—¡Niña cerda! ¡Niña cerda! ¡*Niña gallo!*

Walter Blythe se levantó de pronto de un cojín de musgo, detrás de un pequeño grupo de abetos donde había estado leyendo. Estaba muy pálido, pero le ardían los ojos.

—¡Cierra la boca, Dan Reese! —dijo.

—Ah, hola, señorita Walter —replicó Dan, sin inmutarse lo más mínimo. Saltó con desenfado a lo alto de la valla de estacas y entonó, insultante:

_¡Gallina, gallina,
ladrona de la cocina,
gallina, gallina!_

—¡Eres una coincidencia! —replicó Walter con desdén, palideciendo aún más. Él mismo tenía una idea muy vaga de lo que era una coincidencia, pero Dan no tenía ninguna, y dio por hecho que debía de ser algo particularmente ofensivo.

—¡Bah, gallina! —volvió a gritar—. ¡Tu madre escribe mentiras, mentiras, mentiras! ¡Y Faith Meredith es una niña cerda, una... niña cerda, una niña cerda! ¡Y es una niña gallo, una niña gallo, una niña gallo! ¡Bah, gallina, gallina, coci...!

Dan no llegó más lejos. Walter se había lanzado a través del espacio que los separaba y había tirado a Dan de espaldas de la

valla de un solo golpe bien dirigido. La caída repentina y nada gloriosa de Dan fue recibida con una carcajada general y un aplauso de Faith. Dan se puso en pie de un salto, morado de rabia, y empezó a trepar por la valla. Pero justo entonces sonó la campana de la escuela, y Dan sabía lo que les pasaba a los chicos que llegaban tarde bajo el régimen del señor Hazard.

—Esto lo arreglamos a golpes —aulló—. ¡Gallina!

—Cuando quieras —dijo Walter.

—Ay, no, no, Walter —protestó Faith—. No te pelees con él. A *mí* no me importa lo que diga; no me rebajaría a hacerle caso a alguien como *él*.

—Te ha insultado a ti y ha insultado a mi madre —dijo Walter, con la misma calma mortal—. Esta noche, después de clase, Dan.

—Tengo que irme derecho a casa nada más salir de la escuela, a recoger patatas detrás de las gradas, dice mi padre —contestó Dan de mal humor—. Pero mañana por la noche me va bien.

—De acuerdo, aquí, mañana por la noche —convino Walter.

—Y te voy a reventar esa cara de nenaza —prometió Dan.

Walter se estremeció, no tanto de miedo ante la amenaza como de repulsión ante lo feo y lo vulgar de la expresión. Pero mantuvo la cabeza alta y entró en la escuela con paso firme. Faith lo siguió presa de sentimientos encontrados. Le horrorizaba pensar en Walter peleándose con aquel miserable, pero, ay, ¡había estado espléndido! ¡E iba a pelear por *ella* —Faith Meredith—, para castigar a quien la había insultado! Por supuesto que ganaría: unos ojos así solo podían presagiar la victoria.

Sin embargo, la confianza de Faith en su campeón se había enfriado un poco al llegar la tarde. Walter había estado muy callado y apagado el resto del día en la escuela.

—Si al menos fuera Jem —le confió a Una con un suspiro, sentadas las dos en la lápida de Hezekiah Pollock, en el cementerio

—. *Él* sí que es un buen luchador; podría acabar con Dan en un periquete. Pero Walter no sabe mucho de peleas.

—Tengo mucho miedo de que le hagan daño —suspiró Una, a quien las peleas le repugnaban y no lograba entender el sutil y secreto regocijo que adivinaba en Faith.

—No debería pasarle nada —dijo Faith, incómoda—. Es tan grande como Dan, o más.

—Pero Dan es mucho mayor —dijo Una—. Si le lleva casi un año.

—Dan no ha peleado tanto, si lo piensas bien —dijo Faith—. Yo creo que en el fondo es un cobarde. No se esperaba que Walter fuera a pelear, o no le habría insultado delante de él. ¡Ay, Una, si hubieras visto la cara de Walter cuando lo miró! Me dio un escalofrío, un escalofrío bueno. Parecía igualito que sir Galahad, el del poema que nos leyó padre el sábado.

—A mí me horroriza que se peleen, y ojalá pudiera evitarse —dijo Una.

—Ay, ahora ya no hay más remedio —exclamó Faith—. Es una cuestión de honor. No se te ocurra contárselo a nadie, Una. Si lo haces, no vuelvo a contarte un secreto en la vida.

—No diré nada —convino Una—. Pero mañana no me voy a quedar a ver la pelea. Me vuelvo derecha a casa.

—Bueno, vale. Yo tengo que estar allí; sería una vileza no estar, cuando Walter se pelea por mí. Voy a atarle mis colores en el brazo: eso es lo que se hace cuando es tu caballero. ¡Qué suerte que la señora Blythe me regalara esa cinta azul tan bonita para el pelo por mi cumpleaños! Solo me la he puesto dos veces, así que está casi nueva. Pero ojalá estuviera segura de que Walter va a ganar. Sería tan... tan *humillante* si no gana.

Faith habría dudado todavía más si hubiera podido ver a su campeón en ese momento. Walter había vuelto de la escuela con toda su justa cólera muy mermada y, en su lugar, con una sensación de lo más desagradable. Al día siguiente por la noche tenía que

pelearse con Dan Reese, y no quería, odiaba solo pensarlo. Y no dejaba de pensar en ello ni un instante. No lograba apartar la idea de la cabeza ni un minuto. ¿Le dolería mucho? Tenía un miedo terrible a que le doliera. ¿Y si lo vencían y quedaba en ridículo?

No pudo cenar apenas nada. Susan había preparado una buena hornada de sus adoradas caritas de mono, pero solo consiguió tragarse una a la fuerza. Jem se comió cuatro. Walter no entendía cómo podía. ¿Cómo podía comer *nadie*? ¿Y cómo podían todos charlar tan alegremente como lo hacían? Allí estaba su madre, con los ojos radiantes y las mejillas sonrosadas. *Ella* no sabía que su hijo tenía que pelearse al día siguiente. ¿Estaría tan contenta si lo supiera?, se preguntó Walter, sombrío. Jem le había hecho una foto a Susan con su cámara nueva, y el resultado fue pasando de mano en mano por la mesa, para gran indignación de Susan.

—No soy ninguna belleza, mi querida señora doctora, y bien lo sé, y siempre lo he sabido —dijo con tono ofendido—, pero que sea tan fea como me saca esa fotografía, eso no lo creeré nunca, no, nunca.

Jem se rio de esto, y Ana se rio con él. Walter no pudo soportarlo. Se levantó y huyó a su cuarto.

—Ese niño trae algo entre manos, mi querida señora doctora —dijo Susan—. No ha probado casi nada. ¿No estará tramando otro poema?

El pobre Walter andaba, en ese momento, muy lejos en espíritu de los reinos estrellados de la poesía. Apoyó el codo en el alféizar de la ventana abierta y dejó caer la cabeza, abatido, sobre las manos.

—Baja a la playa, Walter —gritó Jem, entrando de golpe—. Los chicos van a quemar esta noche la hierba de las dunas. Padre dice que podemos ir. Vamos.

En cualquier otro momento, Walter se habría puesto encantado. Le entusiasmaba lo de quemar la hierba de las dunas. Pero ahora se negó en redondo a ir, y ni ruegos ni argumentos lograron moverlo. Jem, decepcionado, que no tenía ninguna gana de hacer solo el largo y oscuro camino hasta la Punta de Four Winds, se retiró a su

museo del desván y se enterró en un libro. Pronto olvidó su decepción, deleitándose con los héroes de las viejas novelas de aventuras, y deteniéndose de vez en cuando a imaginarse a sí mismo como un general famoso, llevando a sus tropas a la victoria en algún gran campo de batalla.

Walter se quedó sentado junto a la ventana hasta la hora de acostarse. Di se coló en su cuarto, esperando que le contara qué le pasaba, pero Walter no fue capaz de hablar de ello, ni siquiera con Di. Hablar de ello parecía darle una realidad de la que él se encogía. Ya era bastante tortura pensarlo. Las hojas secas y crujientes susurraban en los arces, fuera de su ventana. El resplandor de rosa y llama se había apagado en el hueco del cielo plateado, y la luna llena se alzaba, gloriosa, sobre el Valle del Arco Iris. A lo lejos, una hoguera rojiza pintaba una página de gloria en el horizonte, más allá de las colinas. Era una noche despejada y cortante, de esas en que se oyen con nitidez los sonidos lejanos. Un zorro ladraba al otro lado del estanque; una locomotora resoplaba allá abajo, en la estación del Glen; un arrendajo azul chillaba como loco en el bosquecillo de arces; se oían risas en el jardín de la casa parroquial. ¿Cómo podía reír la gente? ¿Cómo podían los zorros, los arrendajos y las locomotoras comportarse como si no fuera a pasar nada al día siguiente?

—Ay, ojalá esto hubiera acabado ya —gimió Walter.

Apenas durmió aquella noche, y por la mañana le costó un mundo tragarse las gachas. Susan se había mostrado bastante generosa con las raciones. El señor Hazard lo encontró un alumno poco atento aquel día. Faith Meredith también parecía tener la cabeza en las nubes. Dan Reese no dejaba de dibujar a escondidas, en su pizarra, niñas con cabeza de cerdo o de gallo, y las levantaba para que todos las vieran. La noticia de la batalla que se avecinaba se había filtrado, y la mayoría de los chicos y muchas de las chicas estaban en el abetal cuando Dan y Walter acudieron a él después de clase. Una se había ido a casa, pero Faith estaba allí, y le había atado su cinta azul en el brazo a Walter. Walter agradeció que ni Jem, ni Di, ni Nan

estuvieran entre el grupo de espectadores. Por lo visto no se habían enterado de lo que se cocía, y también se habían ido a casa. Walter le hizo frente a Dan ahora sin ningún temor. En el último momento todo su miedo se había desvanecido, aunque seguía sintiendo repugnancia ante la idea de pelear. Se notó que Dan, bajo sus pecas, estaba en realidad más pálido que Walter. Uno de los chicos mayores dio la señal, y Dan golpeó a Walter en la cara.

Walter se tambaleó un poco. El dolor del golpe le vibró por todo el cuerpo, sensible como era, durante un instante. Luego dejó de sentir dolor. Algo que jamás había experimentado pareció desbordarlo como una crecida. Se le encendió la cara de púrpura, y los ojos le ardían como llamas. Los alumnos de la escuela de Glen St. Mary jamás habrían imaginado que «la señorita Walter» pudiera tener ese aspecto. Se lanzó hacia delante y se trabó con Dan como un joven gato montés.

Las peleas de los chicos de la escuela del Glen no tenían reglas concretas. Era pelea libre, y cada uno metía los golpes como podía. Walter luchaba con una furia salvaje y un gozo en la lucha contra los que Dan no pudo sostenerse. Todo acabó muy deprisa. Walter no fue del todo consciente de lo que hacía hasta que, de pronto, la niebla roja se le despejó de la vista y se encontró de rodillas sobre el cuerpo de Dan, tendido en el suelo, con la nariz —¡qué horror!— manando sangre a chorros.

—¿Ya has tenido bastante? —exigió Walter entre dientes.

Dan admitió de mala gana que sí.

—¿Mi madre no escribe mentiras?

—No.

—¿Faith Meredith no es una niña cerda?

—No.

—¿Ni una niña gallo?

—No.

—¿Y yo no soy un cobarde?

—No.

Walter había pensado preguntarle también: «¿Y eres un mentiroso?», pero la compasión se interpuso, y no quiso humillar más a Dan. Además, aquella sangre resultaba tan espantosa.

—Entonces ya puedes irte —dijo con desprecio.

Los chicos encaramados a la valla de estacas prorrumpieron en un gran aplauso, pero algunas de las chicas lloraban. Estaban asustadas. Habían visto antes peleas de escolares, pero nada como aquel Walter que se había trabado con Dan. Había habido en él algo aterrador. Pensaron que iba a matar a Dan. Ahora que todo había terminado, sollozaban histéricas, todas menos Faith, que seguía de pie, tensa y con las mejillas encendidas.

Walter no se quedó a recibir premio alguno de vencedor. Saltó la valla y bajó corriendo la cuesta de abetos hacia el Valle del Arco Iris. No sentía nada de la alegría del vencedor, pero sí una cierta satisfacción serena por el deber cumplido y el honor vengado, mezclada con un asco que le revolvía el estómago cada vez que pensaba en la nariz ensangrentada de Dan. Había sido tan feo, y Walter odiaba la fealdad.

Además, empezó a darse cuenta de que él mismo estaba bastante dolorido y magullado. Tenía el labio partido e hinchado, y sentía un ojo muy raro. En el Valle del Arco Iris se cruzó con el señor Meredith, que volvía a casa de hacer una visita por la tarde a las señoritas West. El reverendo lo miró con gravedad.

—Me parece que has estado peleándote, Walter.

—Sí, señor —dijo Walter, esperando una reprimenda.

—¿Por qué motivo?

—Dan Reese dijo que mi madre escribía mentiras y que Faith era una niña cerda —respondió Walter sin rodeos.

—¡Oh-oh! Entonces desde luego que estabas justificado, Walter.

—¿Cree usted que está bien pelear, señor? —preguntó Walter con curiosidad.

—No siempre, y no a menudo, pero a veces, sí, a veces —dijo John Meredith—. Cuando se insulta a las mujeres, por ejemplo, como en tu caso. Mi lema, Walter, es: no pelees hasta que estés seguro de que debes hacerlo, y *entonces* pon en ello hasta la última onza de tus fuerzas. A juzgar por esas cuantas magulladuras, deduzco que saliste ganando.

—Sí. Le hice retirarlo todo.

—Muy bien, muy bien, en efecto. No pensaba que fueras tan buen luchador, Walter.

—Nunca me había peleado antes, y no quería hacerlo hasta el último momento, y luego —dijo Walter, decidido a no ocultar nada—, me gustó, mientras estaba en ello.

Los ojos del reverendo John centellearon.

—¿Tenías —un poco de miedo— al principio?

—Tenía muchísimo miedo —dijo el sincero Walter—. Pero no pienso volver a tener miedo nunca más, señor. Tener miedo de las cosas es peor que las cosas mismas. Voy a pedirle a padre que me lleve mañana a Lowbridge a que me saquen el diente.

—Muy cierto. «El miedo duele más que aquello que teme.» ¿Sabes quién escribió eso, Walter? Fue Shakespeare. ¿Hubo algún sentimiento, alguna emoción, alguna experiencia del corazón humano que aquel hombre asombroso no conociera? Cuando llegues a casa, dile a tu madre que estoy orgulloso de ti.

Walter no le dijo eso, sin embargo; pero le contó todo lo demás, y ella se compadeció de él y le dijo que se alegraba de que hubiera salido en su defensa y en la de Faith, y le puso ungüento en las magulladuras y le frotó colonia en la cabeza dolorida.

—¿Todas las madres son tan buenas como tú? —preguntó Walter, abrazándola—. Vale la pena defenderte.

La señorita Cornelia y Susan estaban en el salón cuando Ana bajó, y escucharon la historia con gran deleite. Susan, en particular, quedó muy satisfecha.

—Me alegro mucho de saber que se ha dado una buena pelea, mi querida señora doctora. A lo mejor así se le quita de la cabeza esa tontería de la poesía. Y nunca, no, nunca he podido soportar a esa víbora de Dan Reese. ¿No quieres acercarte más a la lumbre, señora Marshall Elliott? Estas tardes de noviembre son muy frías.

—Gracias, Susan, no tengo frío. Pasé por la casa parroquial antes de venir aquí y ya entré en calor, aunque tuve que ir a la cocina para conseguirlo, porque no había lumbre en ningún otro sitio. La cocina parecía revuelta a bastonazos, *créeme*. El señor Meredith no estaba en casa. No pude averiguar dónde andaba, pero tengo la idea de que estaba en casa de las West. ¿Sabes, Ana, querida?, dicen que ha estado yendo allí a menudo todo el otoño, y la gente empieza a pensar que va detrás de Rosemary.

—Conseguiría una esposa encantadora si se casara con Rosemary —dijo Ana, apilando leña de deriva en el fuego—. Es una de las muchachas más deliciosas que he conocido, de verdad, de la raza que conoce a José.

—Sí-í, solo que es episcopaliana —dijo la señorita Cornelia con dudas—. Claro que eso es mejor que si fuera metodista, pero yo creo que el señor Meredith podría encontrar una esposa bastante buena dentro de su propia confesión. De todos modos, es muy probable que no haya nada de eso. Hace solo un mes le dije: «Debería usted volver a casarse, señor Meredith». Puso una cara tan escandalizada como si le hubiera propuesto algo indecoroso. «Mi esposa está en su tumba, señora Elliott», me dijo, con esa manera suya tan dulce y santurrón. «Ya me lo figuro», le dije, «o si no, no le estaría aconsejando que se case de nuevo». Entonces se escandalizó todavía más. Así que dudo que haya mucho de cierto en esta historia de Rosemary. Como un pastor soltero visite dos veces una casa donde vive una mujer soltera, todos los chismosos ya dicen que la está cortejando.

—A mí me parece, si se me permite decirlo, que el señor Meredith es demasiado tímido para ponerse a cortejar a una segunda esposa —dijo Susan con solemnidad.

—No es nada tímido, *créeme* —replicó la señorita Cornelia—. Distráido, sí; pero tímido, no. Y por muy ensimismado y soñador que parezca, tiene muy buena opinión de sí mismo, como todos los hombres, y cuando de verdad está despierto no le costaría ningún trabajo pedirle a cualquier mujer que se case con él. No, el problema es que se engaña a sí mismo creyendo que tiene el corazón enterrado, cuando en realidad le sigue latiendo dentro del pecho igual que a cualquiera. Puede que tenga alguna intención con Rosemary West, o puede que no. Si la tiene, tendremos que sacarle el mejor partido. Es una muchacha dulce y una excelente ama de casa, y sería una buena madre para esos pobres niños desatendidos. Y —concluyó la señorita Cornelia, resignada—, mi propia abuela era episcopaliana.

CAPÍTULO 18. MARY TRAE MALAS NOTICIAS

Mary Vance, a quien la señora Elliott había mandado a la casa parroquial a hacer un recado, bajaba dando saltitos por el Valle del Arco Iris camino de Ingleside, donde iba a pasar la tarde con Nan y Di, como capricho especial de sábado. Nan y Di habían estado cogiendo goma de abeto con Faith y Una en el bosque de la casa parroquial, y las cuatro estaban ahora sentadas en un pino caído junto al arroyo, todas, hay que reconocerlo, mascando con bastante ímpetu. A las gemelas de Ingleside no se les permitía mascar goma de abeto en ningún otro sitio que no fuera el retiro del Valle del Arco Iris, pero Faith y Una no estaban sujetas a semejantes reglas de etiqueta, y la mascaban alegremente en todas partes, en casa y fuera de casa, para el más que justificado horror del Glen. Faith la había mascado una vez en la iglesia; pero Jerry se había dado cuenta de la gravedad de *aquello*, y le había echado una reprimenda tan de hermano mayor que ella no volvió a hacerlo nunca más.

—Tenía tanta hambre que sentí que tenía que mascar algo —protestó ella—. Ya sabes de sobra cómo estaba el desayuno, Jerry Meredith. *No podía* comerme aquellas gachas quemadas, y el estómago se me quedó tan raro y tan vacío. La goma ayudó mucho, y no la mascaba *muy* fuerte. No hice ningún ruido, y no la hice crujir ni una sola vez.

—De todas formas, no debes mascar goma en la iglesia —insistió Jerry—. Que no te vuelva a pillar haciéndolo.

—Tú también mascaste en la reunión de oración de la semana pasada —exclamó Faith.

—*Eso* es distinto —dijo Jerry con altanería—. La reunión de oración no es en domingo. Además, yo estaba sentado al fondo del todo, en un banco oscuro, y no me vio nadie. Tú estabas sentada bien al frente, donde te veía todo el mundo. Y yo me saqué la goma de la boca para el último himno y la pegué en la parte de atrás del banco, bien al frente, donde te veía todo el mundo a ti. Luego me fui y me olvidé de ella. Volví a buscarla a la mañana siguiente, pero ya no estaba. Supongo que Rod Warren me la mangó. Y era una goma estupenda.

Mary Vance bajaba por el Valle con la cabeza bien alta. Llevaba un gorro nuevo de terciopelo azul con una escarapela roja, un abrigo de paño azul marino y un pequeño manguito de piel de ardilla. Era muy consciente de su ropa nueva y estaba la mar de satisfecha consigo misma. Llevaba el pelo cuidadosamente rizado, la cara bastante rellenita, las mejillas sonrosadas y los ojos claros le brillaban. No se parecía mucho a la mendiguilla desamparada y andrajosa que los Meredith habían encontrado en el viejo granero de los Taylor. Una trató de no sentir envidia. Ahí estaba Mary con su gorro nuevo de terciopelo, mientras que ella y Faith tenían que volver a ponerse aquel invierno sus viejas boinas grises, ya raídas. A nadie se le ocurría nunca comprarles otras, y ellas tenían miedo de pedirselas a su padre, no fuera a ser que anduviera corto de dinero y se quedara apenado por ello. Mary les había contado una vez que los pastores siempre andaban cortos de dinero, y que les costaba «una barbaridad» llegar a fin de mes. Desde entonces, Faith y Una habrían preferido ir hechas unos harapos antes que pedirle nada a su padre, si podían evitarlo. No se preocupaban demasiado por su aspecto desastrado; pero resultaba bastante duro ver a Mary Vance presentarse con tal elegancia, y encima dándose esos aires. El nuevo manguito de ardilla fue ya la gota que colmó el vaso. Ni Faith ni Una habían tenido jamás un manguito, y se daban por satisfechas si conseguían unos mitones sin agujeros. La tía Martha no veía bien para zurcir agujeros, y aunque Una lo intentaba, le quedaban unos

remiendos lamentables. De algún modo, no consiguieron que su saludo a Mary sonara muy cordial. Pero Mary ni se dio cuenta ni le importó; no era de las que se ofenden con facilidad. Se encaramó de un salto ligero al pino, y dejó el manguito, causante de tanto disgusto, sobre una rama. Una vio que estaba forrado de raso rojo fruncido y que tenía borlas rojas. Bajó la vista hacia sus propias manitas, moradas y agrietadas, y se preguntó si algún día, *algún* día, sería capaz de meterlas en un manguito como aquel.

—Dadme un poco de goma —dijo Mary, con aire de compinches. Nan, Di y Faith se sacaron todas del bolsillo un nudo o dos de goma de color ámbar y se los pasaron a Mary. Una se quedó muy quieta. Tenía cuatro nudos preciosos y grandes en el bolsillo de su chaquetilla estrecha y raída, pero no pensaba darle ni uno solo a Mary Vance, ni uno. ¡Que se buscara Mary su propia goma! La gente con manguitos de ardilla no tenía por qué esperar conseguirlo todo en este mundo.

—¡Menudo día, eh! —dijo Mary, balanceando las piernas, tal vez para lucir mejor sus botas nuevas, de vistosas cañas de paño. Una escondió *sus* pies debajo de sí misma. Tenía un agujero en la puntera de una de sus botas, y los dos cordones estaban llenos de nudos. Pero eran las mejores que tenía. ¡Ay, esta Mary Vance! ¿Por qué no la habrían dejado en el granero viejo?

A Una nunca le importaba que las gemelas de Ingleside fueran mejor vestidas que ella y Faith. *Ellas* llevaban su ropa bonita con una gracia despreocupada, y no parecían pensar nunca en ella. De algún modo, no hacían sentir mal a los demás. Pero cuando Mary Vance se ponía elegante, parecía por así decirlo rezumar ropa; moverse envuelta en una atmósfera de ropa; hacer que todo el mundo pensara y sintiera solo en ropa. Una, sentada allí bajo el sol de color miel de aquella apacible tarde de diciembre, era dolorosa y agudamente consciente de todo lo que llevaba puesto: la boina descolorida, que aun así era la mejor que tenía; la chaquetilla estrecha que llevaba desde hacía tres inviernos; los agujeros de la falda y de las botas; la temblorosa insuficiencia de su pobre ropa

interior. Claro que Mary iba de visita y ella no. Pero, aunque hubiera ido, no tenía nada mejor que ponerse, y ahí estaba lo que le dolía.

—Oye, qué buena está esta goma. Escuchad cómo la hago crujir. Allá en Four Winds no crece ni un abeto de esos de goma —dijo Mary—. A veces me entran unas ganas locas de mascar algo. La señora Elliott no me deja mascar goma si me pilla. Dice que no es de señoritas. Eso de ser una señorita me trae de cabeza. No consigo pillarle el truco a todas sus manías. Oye, Una, ¿qué te pasa? ¿Te ha comido la lengua el gato?

—No —dijo Una, que no lograba apartar los ojos, fascinada, de aquel manguito de ardilla. Mary se inclinó por delante de ella, lo cogió y se lo puso en las manos a Una.

—Métete ahí las zarpas un rato —le ordenó—. Se te ven un poco ateridas. ¿A que es un manguito de primera? La señora Elliott me lo regaló la semana pasada, por mi cumpleaños. El cuello me lo dan por Navidad. Se lo oí decir a ella misma, cuando se lo contaba al señor Elliott.

—La señora Elliott es muy buena contigo —dijo Faith.

—Ya lo creo que lo es. Y yo también soy buena con ella —replicó Mary—. Trabajo como una negra para que ella lo tenga fácil y todo esté como a ella le gusta. Estábamos hechas la una para la otra. No es cualquiera el que sabe llevarse con ella tan bien como yo. Es limpia hasta dar miedo, pero yo también, así que hacemos buena pareja.

—Ya te dije yo que no te pegaría nunca.

—Y tenías razón. Nunca ha intentado ponerme la mano encima, y yo no le he dicho ni una mentira, ni una, te lo juro. Eso sí, a veces me pone de vuelta y media con la lengua, pero eso a *mí* me resbala como el agua en las plumas de un pato. Oye, Una, ¿tú por qué no te has quedado con el manguito?

Una lo había vuelto a dejar sobre la rama.

—No tengo frío en las manos, gracias —dijo, muy tiesa.

—Bueno, si tú estás contenta, yo también. Oye, la vieja Kitty Alec ha vuelto a la iglesia, mansa como Moisés, y nadie sabe por qué. Pero todo el mundo dice que fue Faith quien hizo salir a Norman Douglas. Su ama de llaves dice que fuiste allí y le soltaste una bronca de aúpa. ¿Es verdad?

—Fui y le pedí que viniera a la iglesia —dijo Faith, incómoda.

—¡Vaya agallas que tienes! —dijo Mary con admiración—. Yo no me habría atrevido a hacer eso, y eso que no me corto un pelo. La señora Wilson dice que los dos os pegasteis una bronca de escándalo, pero que tú saliste ganando, y que luego él se dio la vuelta y casi te come viva. Oye, ¿tu padre va a predicar aquí mañana?

—No. Va a hacer un intercambio con el señor Perry, de Charlottetown. Padre se fue esta mañana al pueblo, y el señor Perry llega esta noche.

—Ya me parecía a mí que se cocía algo, aunque la vieja Martha no soltó prenda. Pero estaba segura de que no iba a matar aquel gallo por nada.

—¿Qué gallo? ¿Qué quieres decir? —exclamó Faith, palideciendo.

—Yo no sé qué gallo. No lo vi. Cuando cogió la mantequilla que le mandó la señora Elliott, dijo que había estado en el corral matando un gallo para la comida de mañana.

Faith saltó del pino.

—Es Adam; no tenemos otro gallo; ha matado a Adam.

—Anda, no te subas por las paredes. Martha dijo que el carnicero del Glen no tenía carne esta semana, que ella tenía que preparar algo, y que las gallinas estaban todas poniendo y muy flacas para el guiso.

—Si ha matado a Adam... —Faith echó a correr cuesta arriba.

Mary se encogió de hombros.

—Ahora se va a volver loca. Le tenía un cariño enorme a ese Adam. Ya tendría que haber ido a la olla hace tiempo; estará más duro que una suela de zapato. Pero *a mí* no me gustaría estar en el pellejo de Martha. Faith está blanca de rabia; Una, más vale que vayas tras ella y trates de calmarla un poco.

Mary ya había andado unos pasos con las gemelas Blythe cuando Una, de pronto, se dio la vuelta y corrió tras ella.

—Toma, un poco de goma para ti, Mary —dijo, con un ligero temblor de arrepentimiento en la voz, poniéndole en las manos sus cuatro nudos—, y me alegro de que tengas un manguito tan bonito.

—Anda, gracias —dijo Mary, bastante sorprendida. Y a las gemelas Blythe, cuando Una ya se había ido, les dijo—: ¿A que es una chiquitina rara? Pero siempre he dicho que tiene buen corazón.

CAPÍTULO 19. ¡POBRE ADAM!

Cuando Una llegó a casa, Faith estaba tumbada boca abajo en la cama, negándose en redondo a que la consolaran. La tía Martha había matado a Adam. En ese mismo instante reposaba en una fuente, en la despensa, bridado y aderezado, rodeado de su hígado, su corazón y su molleja. La tía Martha no hizo el menor caso a la pasión de dolor y rabia de Faith.

—Había que tener algo para la cena del pastor forastero —dijo—. Ya eres muy mayor para armar tanto escándalo por un gallo viejo. Sabías que tarde o temprano habría que matarlo.

—Le voy a contar a padre lo que has hecho en cuanto llegue a casa —sollozó Faith.

—No vayas a molestar a tu pobre padre. Ya tiene bastantes preocupaciones. Y aquí la que lleva la casa soy *yo*.

—Adam era *mío*: me lo regaló la señora Johnson. No tenías ningún derecho a tocarlo —bramó Faith.

—No te pongas fresca ahora. El gallo está muerto y aquí se acabó la historia. No pienso sentar a un pastor forastero a comer cordero hervido y frío. A mí me criaron mejor que eso, aunque haya venido a menos.

Faith no quiso bajar a cenar esa noche ni fue a la iglesia a la mañana siguiente. Pero a la hora de comer se sentó a la mesa, con los ojos hinchados de tanto llorar y el gesto huraño.

El reverendo James Perry era un hombre lustroso y rubicundo, de bigote blanco y erizado, cejas blancas y pobladas, y una calva reluciente. No era, desde luego, guapo, y resultaba una persona pesadísima y pomposa. Pero aunque hubiera tenido el rostro del arcángel Miguel y hablado con lenguas de hombres y de ángeles, Faith lo habría detestado igual, con toda el alma. Trinchó a Adam con destreza, luciendo sus manos rollizas y blancas y un anillo de diamantes muy vistoso. Además, no dejó de soltar comentarios jocosos durante toda la faena. Jerry y Carl se rieron por lo bajo, y hasta Una sonrió débilmente, porque le pareció que la educación lo exigía. Pero Faith se limitó a fruncir el ceño con gesto sombrío. Al reverendo James le pareció que sus modales eran escandalosamente malos. En una ocasión, mientras le soltaba a Jerry una observación untuosa, Faith le interrumpió groseramente con una contradicción tajante. El reverendo James frunció hacia ella sus pobladas cejas.

—Las niñas pequeñas no deben interrumpir —dijo—, ni llevar la contraria a quienes saben mucho más que ellas.

Aquello puso a Faith de peor humor todavía. ¡Que la llamaran «niña pequeña», como si no fuera más grande que la rechoncha Rilla Blythe, allá en Ingleside! Era insufrible. ¡Y cómo comía aquel abominable señor Perry! Hasta royó los huesos del pobre Adam. Ni Faith ni Una probaron bocado, y miraban a los chicos poco menos que como caníbales. Faith sentía que, si aquel espantoso banquete no terminaba pronto, acabaría arrojándole algo a la reluciente cabeza del señor Perry. Por fortuna, la correosa tarta de manzana de la tía Martha resultó excesiva incluso para la capacidad masticatoria del señor Perry, y la comida llegó a su fin tras una larga bendición en la que el señor Perry dio devotas gracias por el alimento que una Providencia bondadosa y benéfica había proporcionado para el sustento y el placer moderado.

—Dios no ha tenido nada que ver con que a usted le sirvieran a Adam —masculó Faith, rebelde, entre dientes.

Los chicos escaparon de buena gana al aire libre, Una fue a ayudar a la tía Martha con los platos —aunque aquella anciana más

bien gruñona nunca acogía de buen grado su tímida ayuda— y Faith se retiró al despacho, donde ardía alegre un fuego de leña en la chimenea. Pensó que así se libraría del odioso señor Perry, que había anunciado su intención de echarse una siesta en su cuarto durante la tarde. Pero apenas se había acomodado Faith en un rincón, con un libro, cuando él entró y, plantado ante el fuego, se puso a repasar el desordenado despacho con gesto de desaprobación.

—Los libros de tu padre parecen hallarse en una confusión bastante deplorable, pequeña mía —dijo con severidad.

Faith se ensombreció en su rincón y no dijo palabra. *No* iba a hablarle a... a aquel individuo.

—Deberías intentar ponerlos en orden —prosiguió el señor Perry, jugueteando con su vistosa leontina y sonriendo a Faith con aire protector—. Ya tienes edad de sobra para ocuparte de esas tareas. *Mi* hijita, en casa, solo tiene diez años, y ya es una pequeña ama de casa excelente y el mayor consuelo y ayuda de su madre. Es una niña encantadora. Ojalá tuvieras el privilegio de conocerla. Podría ayudarte en muchas cosas. Claro que tú no has gozado del inestimable privilegio de los cuidados y la formación de una buena madre. Una carencia lamentable... una carencia muy lamentable. Más de una vez he hablado con tu padre sobre esto y le he señalado fielmente su deber, pero hasta ahora sin ningún efecto. Confío en que despierte a la conciencia de su responsabilidad antes de que sea demasiado tarde. Mientras tanto, es tu deber y tu privilegio esforzarte por ocupar el lugar de tu santa madre. Podrías ejercer una gran influencia sobre tus hermanos y tu hermanita; podrías ser una verdadera madre para ellos. Me temo que no piensas en estas cosas como deberías. Mi querida niña, permíteme abrirte los ojos al respecto.

La voz untuosa y satisfecha del señor Perry seguía manando sin parar. Estaba en su elemento. Nada le sentaba mejor que sentar cátedra, dar lecciones y amonestar. No tenía intención de parar, y no paró. Se quedó de pie ante el fuego, con los pies bien plantados en la alfombrilla, y derramó un torrente de solemnes lugares comunes.

Faith no oyó ni una palabra. En realidad, no le estaba escuchando en absoluto. Pero observaba sus largos faldones negros con un travieso regocijo que le iba creciendo en los ojos castaños. El señor Perry estaba de pie *muy* cerca del fuego. Los faldones empezaron a chamuscarse, empezaron a humear. Él seguía perorando, embebido en su propia elocuencia. Los faldones humeaban cada vez más. Una diminuta chispa saltó de la leña ardiendo y fue a caer justo en medio de uno de ellos. Prendió, agarró y se extendió en una llama que humeaba lentamente. Faith ya no pudo contenerse y soltó una risita ahogada.

El señor Perry se detuvo en seco, molesto por aquella impertinencia. De pronto notó que un olor a tela quemada llenaba la habitación. Giró sobre sí mismo y no vio nada. Entonces se llevó las manos a los faldones y se los trajo hacia delante. Ya había un buen agujero en uno de ellos, y era su traje nuevo. Faith se sacudía de una risa incontenible ante su postura y su expresión.

—¿Viste que se me quemaban los faldones? —preguntó él, furioso.

—Sí, señor —dijo Faith con recato.

—¿Por qué no me lo dijiste? —exigió él, fulminándola con la mirada.

—Usted dijo que no era de buena educación interrumpir, señor —dijo Faith, todavía con más recato.

—Si... si yo fuera tu padre, te daría una azotaina que recordarías toda la vida, señorita —dijo el reverendo caballero, hecho una furia, saliendo del despacho a grandes zancadas. La chaqueta del segundo mejor traje del señor Meredith no le sirvió al señor Perry, así que tuvo que acudir al oficio de la tarde con el faldón chamuscado. Pero no subió por el pasillo con su habitual conciencia del honor que le hacía al templo con su presencia. Nunca más volvió a acceder a un intercambio de púlpitos con el señor Meredith, y apenas fue cortés con él cuando se encontraron unos minutos en la estación a la

mañana siguiente. Pero Faith sintió una cierta satisfacción sombría. Adam quedó parcialmente vengado.

CAPÍTULO 20. FAITH HACE UN AMIGO

El día siguiente en la escuela fue duro para Faith. Mary Vance había contado la historia de Adam, y todos los alumnos, salvo los Blythe, lo encontraron graciosísimo. Las niñas le decían a Faith, entre risitas, que qué pena, y los niños le escribieron notas de pésame llenas de sarcasmo. La pobre Faith volvió a casa de la escuela sintiendo el alma en carne viva, escociéndole por dentro.

—Me voy a Ingleside a hablar con la señora Blythe —sollozó—. *Ella* no se va a reír de mí, como hace todo el mundo. *Tengo* que hablar con alguien que entienda lo mal que me siento.

Bajó corriendo por el Valle del Arco Iris. Durante la noche había obrado el encantamiento. Había caído una nevada ligera, y los abetos empolvados soñaban con una primavera por venir y una alegría por llegar. La larga colina de más allá se teñía de un púrpura intenso con las hayas deshojadas. La luz rosada del ocaso se extendía sobre el mundo como un beso sonrosado. De todos los lugares vaporosos y encantados, llenos de una gracia extraña y feérica, el Valle del Arco Iris, aquella tarde de invierno, era el más hermoso de todos. Pero toda aquella belleza de ensueño se perdió en la pobre y dolida Faith.

Junto al arroyo se encontró de pronto con Rosemary West, que estaba sentada en el viejo pino. Volvía a casa desde Ingleside, donde había estado dando a las niñas su clase de música. Llevaba un buen rato entretenida en el Valle del Arco Iris, contemplando su blanca belleza y vagando por algunos senderos del ensueño. A

juzgar por la expresión de su rostro, sus pensamientos eran gratos. Quizá el tintineo leve y ocasional de las campanillas de los Árboles Enamorados le trajera a los labios aquella sonrisa que se le adivinaba. O quizá se debiera a que sabía que John Meredith rara vez dejaba de pasar la tarde del lunes en la casa gris de la colina blanca y azotada por el viento.

En los ensueños de Rosemary irrumpió Faith Meredith, rebosante de amargura rebelde. Faith se detuvo en seco al ver a la señorita West. No la conocía muy bien; lo justo para saludarla cuando se cruzaban. Y en ese momento no quería ver a nadie, salvo a la señora Blythe. Sabía que tenía los ojos y la nariz enrojecidos e hinchados, y le disgustaba que una desconocida supiera que había estado llorando.

—Buenas tardes, señorita West —dijo, incómoda.

—¿Qué te pasa, Faith? —preguntó Rosemary con dulzura.

—Nada —dijo Faith, más bien cortante.

—¡Ah! —Rosemary sonrió—. Quieres decir que no es nada que se pueda contar a los de fuera, ¿verdad?

Faith miró a la señorita West con repentino interés. Ahí había alguien que entendía las cosas. ¡Y qué guapa era! ¡Qué dorado el pelo bajo aquel sombrero de plumas! ¡Qué sonrosadas las mejillas sobre aquel abrigo de terciopelo! ¡Qué azules y afables los ojos! Faith sintió que la señorita West podría ser una amiga maravillosa..., isi tan solo fuera una amiga y no una desconocida!

—Yo... yo voy a contárselo a la señora Blythe —dijo Faith—. Ella siempre entiende, nunca se ríe de nosotros. Siempre hablo las cosas con ella. Ayuda.

—Cariño, siento tener que decirte que la señora Blythe no está en casa —dijo la señorita West, comprensiva—. Hoy se ha ido a Avonlea y no vuelve hasta finales de semana.

A Faith le tembló el labio.

—Entonces lo mismo me da volver a casa —dijo, desolada.

—Supongo que sí..., a menos que te sintieras capaz de hablarlo conmigo en su lugar —dijo la señorita Rosemary con dulzura—. *Es* una gran ayuda hablar las cosas. *Lo* sé bien. No creo que se me dé tan bien entender como a la señora Blythe, pero te prometo que no me voy a reír.

—Por fuera no se reiría usted —dudó Faith—. Pero por dentro, a lo mejor sí.

—No, tampoco me reiría por dentro. ¿Por qué iba a hacerlo? Algo te ha hecho daño... nunca me divierte ver a alguien sufrir, sea lo que sea lo que le duela. Si te apetece contarme qué es lo que te ha hecho daño, te escucharé con mucho gusto. Pero si prefieres no hacerlo, también está bien, querida.

Faith volvió a mirar largo y serio a los ojos de la señorita West. Eran muy serios: no había en ellos ni rastro de risa, ni siquiera muy en el fondo. Con un ligero suspiro, se sentó en el viejo pino junto a su nueva amiga y le contó todo sobre Adam y su cruel destino.

Rosemary no se rió ni le entraron ganas de reírse. Comprendió y se compadeció: la verdad es que era casi tan buena como la señora Blythe... sí, igual de buena.

—El señor Perry es pastor, pero debería haber sido *carnicero* —dijo Faith con amargura—. Le encanta trincar las cosas. *Disfrutó* cortando al pobre Adam en pedazos. Lo rebanó como si fuera un gallo cualquiera.

—Entre tú y yo, Faith, a *mí* tampoco me cae muy bien el señor Perry —dijo Rosemary, riendo un poco, pero del señor Perry, no de Adam, como Faith comprendió muy bien—. Nunca me ha gustado. Fui al colegio con él (era un chico del Glen, ¿sabes?) y ya entonces era un mequetrefe de lo más detestable. Ay, cómo odiábamos las chicas tener que cogerle esas manos gordas y sudorosas en los corros. Pero hay que recordar, querida, que él no sabía que Adam había sido tu mascota. Creyó que *era* solo un gallo cualquiera. Hay que ser justas, aunque nos duela terriblemente.

—Supongo que sí —admitió Faith—. Pero ¿por qué le hace tanta gracia a todo el mundo que yo quisiera tanto a Adam, señorita West? Si hubiera sido un gato viejo y horrible, a nadie le habría parecido raro. Cuando a la gatita de Lottie Warren la segadora le cortó las patas, todo el mundo la compadeció. Lloró dos días en la escuela y nadie se rió de ella, ni siquiera Dan Reese. Y todas sus amigas fueron al funeral de la gatita y la ayudaron a enterrarla..., solo que no pudieron enterrarle también las patitas, porque no las encontraron. Fue una cosa horrible, claro, pero no creo que fuera tan espantoso como ver que a tu mascota se la *comen*. Y sin embargo, todo el mundo se ríe de *mí*.

—Creo que es porque la palabra «gallo» suena un poco graciosa —dijo Rosemary con gravedad—. *Hay* algo en ella que resulta cómico. En cambio, «pollito» es distinto. No suena tan gracioso decir que quieres a un pollito.

—Adam era el pollito más adorable, señorita West. No era más que una bolita dorada. Venía corriendo hacia mí y picoteaba en mi mano. Y también era guapo de mayor: blanco como la nieve, con una cola blanca preciosa y curvada, aunque Mary Vance decía que era demasiado corta. Sabía su nombre y siempre venía cuando lo llamaba: era un gallo muy inteligente. Y la tía Martha no tenía ningún derecho a matarlo. Era mío. No fue justo, ¿verdad, señorita West?

—No, no lo fue —dijo Rosemary con firmeza—. Nada justo. Recuerdo que yo tenía una gallina de mascota cuando era pequeña. Era una cosita preciosa, toda dorada y parda, con motitas. La quería tanto como he querido a cualquier mascota. Nunca la mataron: murió de vieja. Madre no dejó que la mataran porque era mi mascota.

—Si *mi* madre hubiera estado viva, no habría dejado que mataran a Adam —dijo Faith—. Ya puestos, padre tampoco lo habría hecho, si hubiera estado en casa y se hubiera enterado. Estoy *segura* de que no, señorita West.

—Yo también estoy segura —dijo Rosemary. Un ligero rubor le asomó al rostro. Parecía un poco azorada, pero Faith no se dio cuenta de nada.

—¿Fue *muy* malo por mi parte no decirle al señor Perry que se le quemaban los faldones? —preguntó, inquieta.

—Uy, malísimo —respondió Rosemary, con los ojos chispeantes—. Pero *yo* habría sido igual de traviesa, Faith: *yo* tampoco se lo habría dicho, y no creo que me hubiera arrepentido ni un pelo de mi maldad.

—Una piensa que debería habérselo dicho, porque era pastor.

—Cariño, si un pastor no se comporta como un caballero, no estamos obligadas a respetarle los faldones. Sé que a *mí* me habría encantado ver arder los faldones de Jimmy Perry. Tuvo que ser divertidísimo.

Las dos se rieron; pero Faith terminó con un suspiro amargo.

—Bueno, de todos modos, Adam está muerto, y *nunca* voy a volver a querer a nada.

—No digas eso, cariño. Nos perdemos tanto de la vida si no amamos. Cuanto más amamos, más rica es la vida, aunque sea solo por una mascota pequeña, de pelo o de plumas. ¿Te gustaría un canario, Faith? Un canario, una motita dorada. Si quieres, te doy uno. En casa tenemos dos.

—Ah, sí que me *gustaría* —exclamó Faith—. Me encantan los pájaros. Solo que... ¿se lo comería el gato de la tía Martha? Es tan *trágico* que te coman las mascotas. No creo que pudiera soportarlo una segunda vez.

—Si cuelgas la jaula bien lejos de la pared, no creo que el gato pueda hacerle nada. Te diré exactamente cómo cuidarlo, y te lo llevaré a Ingleside la próxima vez que baje.

Para sus adentros, Rosemary pensaba:

«Va a darles a todas las cotillas del Glen algo de que hablar, pero no *pienso* hacerles caso. Quiero consolar este pobre corazoncito.»

Faith se sintió consolada. La compasión y la comprensión eran muy dulces. Ella y la señorita Rosemary se quedaron sentadas en el viejo pino hasta que el crepúsculo descendió suavemente sobre el valle blanco y la estrella vespertina brilló sobre el bosquecillo gris de arces. Faith le contó a Rosemary toda su pequeña historia y sus esperanzas, sus gustos y manías, los entresijos de la vida en la casa parroquial, los altibajos de la sociedad escolar. Al final, se separaron ya buenas amigas.

El señor Meredith estaba, como de costumbre, perdido en sus ensoñaciones cuando empezó la cena aquella noche, pero de pronto un nombre atravesó su abstracción y lo devolvió a la realidad. Faith le estaba contando a Una su encuentro con Rosemary.

—Es una preciosidad, creo yo —dijo Faith—. Tan simpática como la señora Blythe, pero distinta. Sentí como si quisiera abrazarla. Y ella me abrazó a *mí*: un abrazo tan cálido, tan suave. Y me llamó «cariño». Me *emocionó*. Podría contarle *cualquier cosa*.

—¿Así que te gustó la señorita West, Faith? —preguntó el señor Meredith, con una entonación bastante extraña.

—La quiero muchísimo —exclamó Faith.

—¡Ah! —dijo el señor Meredith—. ¡Ah!

CAPÍTULO 21. LA PALABRA IMPOSIBLE

John Meredith caminaba meditabundo por la clara crudeza de una noche de invierno en el Valle del Arco Iris. Las colinas de más allá relucían con el frío y espléndido fulgor de la luna sobre la nieve. Cada abeto pequeño del largo valle cantaba su propia canción salvaje al arpa del viento y la escarcha. Sus hijos y los mozos y mozas de los Blythe bajaban en trineo la ladera oriental y volaban sobre el estanque, liso como un espejo. Lo estaban pasando en grande, y sus voces alegres y sus risas, más alegres aún, resonaban de un extremo a otro del valle, apagándose en cadencias de duende entre los árboles. A la derecha, las luces de Ingleside brillaban a través de la arboleda de arces con esa invitación cordial que parece brillar siempre en los faros de un hogar donde se sabe que hay amor, buen ánimo y bienvenida para todos los parientes, ya sean de carne o de espíritu. Al señor Meredith le gustaba mucho, en ocasiones, pasar una velada discutiendo con el doctor junto al fuego de madera de deriva, donde los famosos perros de porcelana de Ingleside montaban guardia sin descanso, como corresponde a las deidades del hogar, pero esta noche no miró hacia allí. Lejos, en la colina occidental, brillaba una estrella más pálida pero más seductora. El señor Meredith iba camino de ver a Rosemary West, y se proponía decirle algo que había ido floreciendo despacio en su corazón desde su primer encuentro y que había prendido en plena flor la noche en que Faith expresó con tanta calidez su admiración por Rosemary.

Había llegado a comprender que había aprendido a querer a Rosemary. No como había querido a Cecilia, claro. *Eso* era completamente distinto. Aquel amor de novela, de ensueño y de encanto, pensaba él, no podría volver jamás. Pero Rosemary era hermosa y dulce y querida: muy querida. Era la mejor de las compañías. Era más feliz en su compañía de lo que jamás había esperado volver a serlo. Sería un ama de casa ideal para su hogar, una buena madre para sus hijos.

Durante los años de su viudez, el señor Meredith había recibido infinidad de indirectas de hermanos del Presbiterio y de no pocos feligreses de quienes no cabía sospechar segundas intenciones, así como de algunos de quienes sí cabía sospecharlas, de que debía volver a casarse. Pero esas indirectas nunca hicieron mella en él. Se pensaba comúnmente que jamás se percataba de ellas. Pero él era muy consciente de ellas. Y en sus ocasionales arranques de sentido común sabía que lo sensato para él era casarse. Pero el sentido común no era el fuerte de John Meredith, y elegir, deliberada y fríamente, a alguna mujer «adecuada», como quien elige un ama de llaves o un socio de negocios, era algo de lo que se sentía del todo incapaz. Cómo odiaba aquella palabra, «adecuada». Le recordaba demasiado a James Perry. «Una mujer *adecuada*, de edad *adecuada*», había dicho aquel untuoso hermano de sotana, en su indirecta poco sutil. Por un momento, John Meredith había sentido un deseo absolutamente increíble de salir corriendo como un loco y proponerle matrimonio a la mujer más joven y menos adecuada que se pudiera encontrar.

La señora Marshall Elliott era buena amiga suya y le caía bien. Pero cuando ella le dijo sin rodeos que debía volver a casarse, sintió como si le hubiera arrancado el velo que colgaba ante algún santuario sagrado de su vida más íntima, y desde entonces le tenía cierto temor. Sabía que había mujeres en su congregación «de edad adecuada» que se casarían con él de buena gana. Ese hecho se le había filtrado a través de toda su abstracción muy al principio de su ministerio en Glen St. Mary. Eran mujeres buenas, sólidas, nada interesantes; una o dos bastante agraciadas, las otras no tanto, y a

John Meredith se le habría ocurrido casarse con cualquiera de ellas tanto como ahorcarse. Tenía algunos ideales a los que ninguna necesidad aparente podía hacerle traicionar. No podía pedirle a ninguna mujer que ocupase el lugar de Cecilia en su hogar a menos que pudiera ofrecerle al menos algo del afecto y la devoción que había dado a su joven esposa. ¿Y dónde, entre sus limitadas amistades femeninas, iba a encontrar a semejante mujer?

Rosemary West había entrado en su vida aquella tarde de otoño trayendo consigo una atmósfera en la que su espíritu reconocía el aire natal. Por encima del abismo de ser extraños se estrecharon las manos de la amistad. La conoció mejor en aquellos diez minutos junto al manantial escondido que a Emmeline Drew o a Elizabeth Kirk o a Amy Annetta Douglas en un año, o de lo que podría llegar a conocerlas en un siglo. Había huido hacia ella en busca de consuelo cuando la señora Alec Davis había ultrajado su mente y su alma, y lo había encontrado. Desde entonces, iba a menudo a la casa de la colina, deslizándose por los senderos umbríos de la noche en el Valle del Arco Iris con tal astucia que el cotilleo del Glen nunca pudo estar del todo seguro de que *fuera* realmente a ver a Rosemary West. Una o dos veces le habían sorprendido en el salón de las West otras visitas; eso era todo lo que tenía la Sociedad de Damas en que basarse. Pero cuando Elizabeth Kirk se enteró, guardó una esperanza secreta que se había permitido acariciar, sin que cambiara la expresión de su rostro bondadoso y vulgar, y Emmeline Drew resolvió que la próxima vez que viera a cierto solterón viejo de Lowbridge no lo desairaría como había hecho en un encuentro anterior. Claro que, si Rosemary West se proponía cazar al pastor, lo cazaría; parecía más joven de lo que era, y a los *hombres* les parecía guapa; además, ilas chicas West tenían dinero!

—Hay que esperar que no sea tan distraído como para pedirle matrimonio a Ellen por error —fue lo único malicioso que se permitió decirle a una comprensiva Drew. Emmeline no le guardaba más rencor a Rosemary. Al fin y al cabo, un soltero sin cargas era mucho mejor que un viudo con cuatro hijos. Solo el encanto de la casa

parroquial le había cegado temporalmente a Emmeline ante la parte más ventajosa.

Un trineo con tres ocupantes que chillaban pasó volando junto al señor Meredith camino del estanque. Los rizos largos de Faith flotaban al viento y su risa sonaba por encima de las de los demás. John Meredith los siguió con la mirada, afectuoso y anhelante. Se alegraba de que sus hijos tuvieran unos compañeros como los Blythe; se alegraba de que tuvieran una amiga tan sabia, alegre y tierna como la señora Blythe. Pero necesitaban algo más, y ese algo se lo proporcionaría el día en que llevase a Rosemary West como novia a la vieja casa parroquial. Había en ella una cualidad esencialmente maternal.

Era sábado por la noche, y él no solía hacer visitas los sábados por la noche, que se suponía dedicados a repasar con calma el sermón del domingo. Pero había elegido esa noche porque se había enterado de que Ellen West iba a estar fuera y Rosemary estaría sola. Por muchas veladas agradables que hubiera pasado en la casa de la colina, nunca, desde aquel primer encuentro junto al manantial, había visto a Rosemary sola. Ellen siempre había estado allí.

No es que le molestara exactamente que Ellen estuviera allí. Le gustaba mucho Ellen West y eran los mejores amigos. Ellen tenía un entendimiento casi masculino y un sentido del humor que su propia apreciación tímida y oculta de la gracia encontraba muy grata. Le gustaba su interés por la política y los acontecimientos mundiales. No había hombre en el Glen, ni siquiera el doctor Blythe, que tuviera mejor comprensión de esas cosas.

—Creo que conviene interesarse por las cosas mientras se vive —había dicho ella—. Si una no se interesa, no me parece que haya mucha diferencia entre los vivos y los muertos.

Le gustaba su voz agradable, grave y retumbante; le gustaba la risa franca con que siempre remataba alguna historia jovial y bien contada. Ella nunca le lanzaba pullas sobre sus hijos como hacían

otras mujeres del Glen; nunca le aburría con cotilleos locales; no tenía malicia ni mezquindad. Era siempre espléndidamente sincera. El señor Meredith, que había adoptado la manera de clasificar a la gente de la señorita Cornelia, consideraba que Ellen pertenecía a la raza que conoce a José. En conjunto, una mujer admirable para tenerla de cuñada. Sin embargo, ningún hombre quiere tener cerca ni siquiera a la más admirable de las mujeres cuando le está pidiendo matrimonio a otra. Y Ellen estaba siempre cerca. No insistía en acaparar toda la conversación del señor Meredith. Dejaba que Rosemary tuviera su parte justa de él. Muchas veladas, en realidad, Ellen se borraba casi por completo, sentada en un rincón con San Jorge en el regazo, dejando que el señor Meredith y Rosemary hablasen y cantasen y leyesen libros juntos. A veces se olvidaban por completo de su presencia. Pero si su conversación o la elección de los dúos delataba alguna vez la más mínima tendencia a lo que Ellen consideraba coqueteo, Ellen cortaba de raíz esa tendencia sin dilación y borraba a Rosemary del resto de la velada. Pero ni el más amable de los dragones puede impedir del todo cierto lenguaje sutil de ojos y sonrisas y silencios elocuentes; y así, el cortejo del pastor progresaba a su manera.

Pero si aquello iba a llegar a un desenlace alguna vez, ese desenlace tenía que producirse cuando Ellen estuviera fuera. Y Ellen se ausentaba tan poco, sobre todo en invierno. Su propio hogar era el lugar más agradable del mundo, aseguraba. Ir de acá para allá no le atraía en absoluto. Le gustaba la compañía, pero la quería en casa. El señor Meredith casi se había resignado a la idea de tener que escribirle a Rosemary lo que quería decirle, cuando Ellen anunció como quien no quiere la cosa, una noche, que iba a ir a unas bodas de plata el sábado siguiente. Había sido dama de honor cuando se casaron los novios. Solo estaban invitados los viejos amigos, así que Rosemary quedaba excluida. El señor Meredith aguzó un poco el oído y un destello asomó a sus ojos oscuros y soñadores. Tanto Ellen como Rosemary lo vieron; y tanto Ellen como Rosemary sintieron, con un escalofrío repentino, que el señor Meredith sin duda subiría a la colina el sábado siguiente.

—Más vale acabar con esto de una vez, San Jorge —le dijo Ellen con severidad al gato negro, después de que el señor Meredith se hubiera ido a casa y Rosemary hubiera subido en silencio a su cuarto —. Piensa pedirle matrimonio, San Jorge: de eso estoy completamente segura. Así que más le vale tener su oportunidad de hacerlo y descubrir que no puede tenerla, Jorge. A ella le gustaría bastante aceptarlo, Santo. Eso lo sé; pero prometió, y tiene que cumplir su promesa. En cierto modo lo siento, San Jorge. No conozco a ningún hombre que prefiriese tener por cuñado, si un cuñado viniera a cuento. No tengo nada contra él, Santo: nada, salvo que no quiere ver, y no hay manera de hacerle ver, que el káiser es una amenaza para la paz de Europa. Ese es *su* punto ciego. Pero es buena compañía y me cae bien. Una mujer puede decirle a un hombre con una boca como la de John Meredith cualquier cosa que se le antoje, segura de que no la va a malinterpretar. Un hombre así vale más que los rubíes, Santo, y es mucho más raro, Jorge. Pero no puede tener a Rosemary, y supongo que cuando descubra que no puede tenerla, nos dejará caer a las dos. Y lo echaremos de menos, Santo, lo echaremos de menos una barbaridad, Jorge. Pero ella prometió, ¡y me voy a asegurar de que cumpla su promesa!

El rostro de Ellen parecía casi feo en su resolución sombría. Arriba, Rosemary lloraba contra la almohada.

Así que el señor Meredith encontró a su dama sola y muy hermosa. Rosemary no se había arreglado especialmente para la ocasión; le habría gustado hacerlo, pero pensó que sería absurdo emperifollarse para un hombre al que pensaba rechazar. Así que llevaba su sencillo vestido oscuro de tarde y parecía una reina con él puesto. La emoción contenida le encendía el rostro hasta la brillantez, y sus grandes ojos azules eran remansos de luz menos serenos que de costumbre.

Deseaba que la entrevista hubiera terminado ya. La había esperado durante todo el día con temor. Estaba bastante segura de que John Meredith sentía por ella un cariño considerable, a su

manera, y estaba igual de segura de que no la quería como había querido a su primer amor. Sentía que su negativa lo decepcionaría bastante, pero no creía que fuera a hundirlo del todo. Aun así, odiaba tener que darla; la odiaba por él y —Rosemary era del todo sincera consigo misma— por ella misma. Sabía que podría haber amado a John Meredith si... si hubiera sido posible. Sabía que la vida sería un vacío si él, rechazado como pretendiente, se negaba a seguir siendo su amigo. Sabía que podría ser muy feliz con él y que podría hacerlo feliz a él. Pero entre ella y la felicidad se alzaba la puerta de la prisión de la promesa que le había hecho a Ellen años atrás. Rosemary no recordaba a su padre. Había muerto cuando ella tenía solo tres años. Ellen, que entonces tenía trece, lo recordaba, pero sin especial ternura. Había sido un hombre severo y reservado, muchos años mayor que su esposa, rubia y bonita. Cinco años después murió también su hermano, de doce años; desde su muerte, las dos hermanas habían vivido siempre solas con su madre. Nunca se habían mezclado mucho en la vida social del Glen o de Lowbridge, aunque dondequiera que fuesen el ingenio y el brío de Ellen y la dulzura y belleza de Rosemary las convertían en invitadas bien recibidas. Ambas habían sufrido lo que se llamaba «una decepción» en su juventud. El mar no había devuelto al novio de Rosemary; y Norman Douglas, entonces un gigante joven, guapo y pelirrojo, conocido por su forma temeraria de conducir y sus travesuras ruidosas pero inofensivas, se había peleado con Ellen y la había dejado en un arrebató de despecho.

No faltaron candidatos para ocupar el lugar de Martin y el de Norman, pero ninguno pareció hallar favor a ojos de las chicas West, que se alejaron despacio de la juventud y de sus años de belleza sin mostrar pesar aparente. Estaban entregadas a su madre, una inválida crónica. Las tres tenían un pequeño círculo de intereses domésticos —libros, animales y flores— que las hacía felices y conformes.

La muerte de la señora West, ocurrida el día en que Rosemary cumplía veinticinco años, fue un duelo amargo para ellas. Al principio, la soledad les resultó insoportable. Ellen, sobre todo, siguió

afligida y taciturna, y sus largas cavilaciones melancólicas solo se interrumpían con accesos de llanto tempestuoso y apasionado. El viejo médico de Lowbridge le dijo a Rosemary que temía una melancolía permanente, o algo peor.

Una vez, cuando Ellen llevaba todo el día sentada, sin hablar ni comer, Rosemary se arrojó de rodillas junto a su hermana.

—Ay, Ellen, todavía me tienes a mí —dijo suplicante—. ¿Es que no soy nada para ti? Siempre nos hemos querido tanto la una a la otra.

—No te tendré siempre —había dicho Ellen, rompiendo su silencio con áspera vehemencia—. Te casarás y me dejarás. Me quedaré completamente sola. No soporto la idea... no la *soporto*. Preferiría morirme.

—No me casaré nunca —dijo Rosemary—, nunca, Ellen.

Ellen se inclinó hacia delante y miró fijamente a los ojos de Rosemary.

—¿Me lo prometes solemnemente? —dijo—. Prométemelo sobre la Biblia de nuestra madre.

Rosemary accedió enseguida, bien dispuesta a complacer a Ellen. ¿Qué más daba? Sabía perfectamente que jamás querría casarse con nadie. Su amor se había hundido con Martin Crawford en las profundidades del mar; y sin amor no podía casarse con nadie. Así que prometió de buena gana, aunque Ellen convirtió aquello en un rito casi temible. Se dieron la mano sobre la Biblia, en el cuarto vacío de su madre, y ambas se juraron mutuamente que nunca se casarían y que vivirían siempre juntas.

El estado de Ellen mejoró a partir de aquella hora. Pronto recobró su ánimo alegre habitual. Durante diez años, ella y Rosemary vivieron felices en la vieja casa, sin que las turbara ningún pensamiento de casarse o de dar en matrimonio. Su promesa pesaba muy poco sobre ellas. Ellen nunca dejaba de recordársela a su hermana cada vez que algún varón casadero cruzaba su camino, pero nunca se había alarmado de verdad hasta que John Meredith

acompañó a Rosemary a casa aquella noche. En cuanto a Rosemary, la obsesión de Ellen con aquella promesa siempre había sido para ella motivo de diversión... hasta hacía poco. Ahora era un grillete despiadado, autoimpuesto pero imposible de sacudirse. Por su causa, esta noche debía apartar el rostro de la felicidad.

Era cierto que el amor tímido, dulce, de capullo en flor, que había dado a su novio de juventud, no podría dársele jamás a otro. Pero ahora sabía que a John Meredith podía darle un amor más rico y más de mujer. Sabía que él tocaba en su naturaleza fondos que Martin nunca había tocado, que tal vez no hubieran existido en la muchacha de diecisiete años para poder tocarlos. Y esta noche tenía que despedirlo... devolverlo a su hogar solitario, a su vida vacía y a sus problemas desgarradores, porque le había prometido a Ellen, diez años atrás, sobre la Biblia de su madre, que jamás se casaría.

John Meredith no aprovechó su oportunidad de inmediato. Al contrario, estuvo hablando durante dos buenas horas de los temas menos propios de un enamorado. Hasta intentó hablar de política, aunque la política siempre aburría a Rosemary. Esta empezó a pensar que se había equivocado por completo, y sus temores y expectativas le parecieron de pronto grotescos. Se sintió abatida y necia. El brillo se apagó en su rostro y el fulgor en sus ojos. John Meredith no tenía la más mínima intención de pedirle que se casara con él.

Y entonces, de pronto, él se levantó, cruzó la habitación y, de pie junto a su silla, se lo pidió. La sala se había quedado terriblemente inmóvil. Hasta San Jorge dejó de ronronear. Rosemary oía latir su propio corazón y estaba segura de que John Meredith también podía oírlo.

Aquel era el momento de decir que no, con dulzura pero con firmeza. Llevaba días preparada con su fórmula breve, apesadumbrada y algo rígida. Y ahora las palabras se le habían borrado por completo de la mente. Tenía que decir que no... y de pronto descubrió que no podía decirlo. Era la palabra imposible. Supo entonces que no era que *pudiera* haber amado a John

Meredith, sino que lo *amaba*. La sola idea de apartarlo de su vida era una agonía.

Tenía que decir *algo*; levantó la cabeza dorada e inclinada y le pidió, tartamudeando, que le diera unos días para... para pensarlo.

John Meredith se quedó un poco sorprendido. No era más vanidoso de lo que cualquier hombre tiene derecho a ser, pero había esperado que Rosemary West dijera que sí. Estaba bastante seguro de que ella lo quería. Entonces, ¿por qué esa duda, esa vacilación? No era una colegiala para andar insegura de su propia mente. Sintió un feo golpe de decepción y desazón. Pero accedió a su petición con su cortesía suave e inquebrantable, y se marchó enseguida.

—Se lo diré dentro de unos días —dijo Rosemary, con los ojos bajos y el rostro encendido.

Cuando la puerta se cerró tras él, volvió a la sala y se retorció las manos.

CAPÍTULO 22. SAN JORGE LO SABE TODO

A medianoche, Ellen West volvía a pie a casa desde las bodas de plata de los Pollock. Se había quedado un rato después de que se fueran los demás invitados, para ayudar a la novia, ya canosa, a fregar los platos. La distancia entre las dos casas no era mucha y el camino estaba en buen estado, así que Ellen disfrutaba del paseo de vuelta bajo la luz de la luna.

La velada había sido agradable. Ellen, que llevaba años sin ir a una fiesta, la encontró muy grata. Todos los invitados pertenecían a su antiguo círculo y no había ningún joven entrometido que estropeará el ambiente, porque el único hijo de los novios estaba lejos, en la universidad, y no había podido asistir. Norman Douglas había estado allí, y se habían encontrado socialmente por primera vez en años, aunque ella lo había visto una o dos veces aquel invierno en la iglesia. Su encuentro no despertó en el corazón de Ellen ni la más mínima emoción. Solía preguntarse, cuando pensaba en ello, cómo había podido llegar a sentir algo por él o a sufrir tanto por su repentino matrimonio. Pero le había gustado bastante volver a verlo. Había olvidado lo estimulante y vigorizante que podía ser. Ninguna reunión resultaba nunca sosa cuando Norman Douglas estaba presente. Todos se habían sorprendido de que Norman hubiera ido. Era bien sabido que él nunca iba a ninguna parte. Los Pollock lo habían invitado porque había sido uno de los invitados originales, pero nunca pensaron que fuera a aparecer. Había llevado a cenar a su prima segunda, Amy Annetta Douglas, y parecía bastante atento con ella. Pero Ellen se sentó frente a él, a la mesa, y

sostuvo con él una discusión animada, una discusión en la que todos sus gritos y bromas no consiguieron alterarla, y en la que ella salió mejor parada, dejando a Norman tan completa y sosegadamente vencido que se quedó callado durante diez minutos. Al cabo de los cuales masculló en su barba rojiza: «con agallas como siempre... con agallas como siempre», y se puso a fastidiar a Amy Annetta, que soltaba risitas tontas ante sus salidas allí donde Ellen le habría replicado con mordacidad.

Ellen le dio vueltas a todo esto mientras volvía a casa, saboreándolo con placer de recuerdo. El aire, iluminado por la luna, chispeaba de escarcha. La nieve crujía bajo sus pies. Abajo se extendía el Glen, con el puerto blanco más allá. Había luz en el despacho de la casa parroquial. Así que John Meredith había vuelto a casa. ¿Le habría pedido matrimonio a Rosemary? ¿Y de qué manera había dado ella a conocer su negativa? Ellen sintió que nunca lo sabría, aunque sentía bastante curiosidad. Estaba segura de que Rosemary nunca le contaría nada al respecto, y ella no se atrevería a preguntar. Tendría que conformarse con el hecho de la negativa. Al fin y al cabo, eso era lo único que realmente importaba.

—Espero que tenga sensatez suficiente para volver de vez en cuando y ser amistoso —se dijo. Le disgustaba tanto estar sola que pensar en voz alta era uno de sus recursos para burlar la soledad indeseada—. Es horrible no tener nunca a un hombre con algo de sesera con quien hablar de cuando en cuando. Y lo más probable es que no vuelva a acercarse a la casa nunca más. Y luego está Norman Douglas... a mí ese hombre me cae bien, y me gustaría tener con él una buena discusión de cuando en cuando. Pero no se atreverá a venir, por miedo a que la gente piense que me está cortejando otra vez... por miedo, seguramente, a que lo piense yo misma, aunque ahora es más extraño para mí que John Meredith. Parece un sueño que llegáramos a ser novios. Pero ahí está la cosa: solo hay dos hombres en el Glen con los que me gustaría hablar, y entre los cotilleos y este maldito asunto de los enamoramientos, no es probable que vuelva a ver a ninguno de los dos. Yo —dijo Ellen,

dirigiéndose a las estrellas impasibles con un énfasis rencoroso—habría sabido hacer un mundo mejor.

Se detuvo junto a la verja con una súbita e imprecisa sensación de alarma. Aún había luz en la sala de estar, y de un lado a otro de las cortinas de la ventana iba y venía la sombra de una mujer que caminaba inquieta. ¿Qué hacía Rosemary levantada a esas horas de la noche? ¿Y por qué andaba de un lado a otro como una loca?

Ellen entró sin hacer ruido. Al abrir la puerta del vestíbulo, Rosemary salió de la sala. Estaba encendida y sin aliento. Una atmósfera de tensión y pasión la envolvía como una prenda de vestir.

—¿Por qué no estás en la cama, Rosemary? —preguntó Ellen.

—Ven aquí —dijo Rosemary con vehemencia—. Quiero contarte algo.

Ellen se quitó con calma el abrigo y los chanclos, y siguió a su hermana hasta la cálida sala iluminada por el fuego. Se quedó de pie con la mano apoyada en la mesa, esperando. Ella misma tenía un aspecto muy hermoso, a su manera adusta y de cejas negras. El vestido nuevo de terciopelo negro, con cola y escote en uve, que se había hecho a propósito para la fiesta, favorecía su figura, imponente y maciza. Llevaba enrollado al cuello el rico y pesado collar de cuentas de ámbar que era una reliquia de familia. El paseo por el aire helado le había teñido las mejillas de un escarlata encendido. Pero sus ojos, de un azul acerado, eran tan gélidos e inflexibles como el cielo de la noche invernal. Se quedó esperando en un silencio que Rosemary solo pudo romper con un esfuerzo convulso.

—Ellen, el señor Meredith ha estado aquí esta tarde.

—¿Sí?

—Y... y me ha pedido que me case con él.

—Ya me lo esperaba. Claro que lo has rechazado, ¿verdad?

—No.

—Rosemary. —Ellen apretó los puños y dio un paso involuntario hacia delante—. ¿Me estás diciendo que lo has aceptado?

—No... no.

Ellen recobró su dominio de sí misma.

—¿Qué *hiciste* entonces?

—Le... le pedí que me diera unos días para pensarlo.

—No veo por qué era necesario eso —dijo Ellen, con fría displicencia—, cuando solo hay una respuesta que puedas darle.

Rosemary tendió las manos, suplicante.

—Ellen —dijo, desesperada—, quiero a John Meredith: quiero ser su esposa. ¿Me liberas de esa promesa?

—No —dijo Ellen, implacable, porque el miedo la enfermaba.

—Ellen... Ellen...

—Escucha —la interrumpió Ellen—. Yo no te pedí esa promesa. Tú la ofreciste.

—Lo sé... lo sé. Pero entonces no pensé que pudiera volver a querer a nadie.

—Tú la ofreciste —siguió Ellen, inflexible—. La prometiste sobre la Biblia de nuestra madre. Fue más que una promesa: fue un juramento. Y ahora quieres romperlo.

—Solo te he pedido que me liberes de ella, Ellen.

—No lo haré. Para mí, una promesa es una promesa. No lo haré. Rompe tu promesa, sé perjura si quieres, pero no será con mi consentimiento.

—Eres muy dura conmigo, Ellen.

—¡Dura contigo! ¿Y qué hay de mí? ¿Alguna vez has pensado en lo que sería mi soledad aquí si me dejaras? No podría soportarlo; me volvería loca. No *puedo* vivir sola. ¿Acaso no he sido buena hermana

contigo? ¿Alguna vez me he opuesto a algún deseo tuyo? ¿Acaso no te lo he consentido todo?

—Sí... sí.

—Entonces, ¿por qué quieres dejarme por este hombre al que hace un año ni siquiera conocías?

—Lo quiero, Ellen.

—¡Quererlo! Hablas como una colegiala, no como una mujer de mediana edad. Él no te quiere a ti. Lo que quiere es un ama de llaves y una institutriz. Tú no lo quieres a él: quieres poder llamarte «señora», eres de esas mujeres de mollera floja que creen que es una deshonra que las tengan por solteronas. Eso es todo lo que hay.

Rosemary se estremeció. Ellen no podía, o no quería, entender. No servía de nada discutir con ella.

—Entonces, ¿no me vas a liberar, Ellen?

—No, no lo haré. Y no volveré a hablar de esto. Prometiste, y tienes que cumplir tu palabra. Eso es todo. Vete a la cama. ¡Mira la hora que es! Estás toda alterada y con la cabeza llena de romanticismo. Mañana estarás más sensata. En todo caso, que no te vuelva a oír decir tonterías como esta. Vete.

Rosemary se marchó sin decir palabra, pálida y sin ánimo. Ellen dio vueltas por la sala con paso airado durante unos minutos, y luego se detuvo ante la silla donde San Jorge había dormido tranquilamente durante toda la velada. Una sonrisa a su pesar se extendió por su rostro moreno. Solo había habido un momento en su vida, el de la muerte de su madre, en que Ellen no había sido capaz de templar la tragedia con la comedia. Incluso en aquella vieja amargura, cuando Norman Douglas la había dejado plantada, a su manera, se había reído de sí misma tantas veces como había llorado.

—Me imagino que habrá algo de mal humor, San Jorge. Sí, Santo, me imagino que nos esperan unos días desagradables y brumosos. Bueno, los capearemos, Jorge. Ya hemos tratado antes con niños tontos, Santo. Rosemary estará enfurruñada un rato, y luego se le

pasará, y todo volverá a ser como antes, Jorge. Prometió, y tiene que cumplir su promesa. Y esa es la última palabra que voy a decir sobre el asunto, a ti, a ella o a quien sea, Santo.

Pero Ellen se quedó despierta, furiosa, hasta la mañana.

Sin embargo, no hubo enfurruñamiento. Rosemary estuvo pálida y callada al día siguiente, pero, aparte de eso, Ellen no pudo notar ninguna diferencia en ella. Desde luego, no parecía guardarle rencor a Ellen. Hacía mal tiempo, así que no se habló de ir a la iglesia. Por la tarde, Rosemary se encerró en su cuarto y escribió una nota a John Meredith. No se fiaba de sí misma para decir «no» en persona. Estaba bastante segura de que, si él sospechaba que decía «no» a regañadientes, no lo tomaría por respuesta definitiva, y ella no podía afrontar ruegos ni súplicas. Tenía que hacerle creer que no sentía nada en absoluto por él, y solo podía lograrlo por carta. Le escribió la negativa más fría y seca que se pueda imaginar. Apenas era cortés; desde luego, no dejaba resquicio de esperanza ni al más osado de los pretendientes, y John Meredith no era nada de eso. Se encogió sobre sí mismo, dolido y humillado, cuando leyó la carta de Rosemary al día siguiente en su polvoriento despacho. Pero bajo su humillación se abrió paso enseguida una terrible certeza. Había creído que no quería a Rosemary tan profundamente como había querido a Cecilia. Ahora que la había perdido, supo que sí la quería. Ella lo era todo para él: ¡todo! Y tenía que apartarla por completo de su vida. Incluso la amistad era ya imposible. La vida se extendía ante él con una desolación intolerable. Tenía que seguir adelante: estaba su trabajo, estaban sus hijos, pero se había quedado sin corazón. Se quedó sentado a solas toda aquella tarde en su despacho oscuro, frío y sin consuelo, con la cabeza hundida entre las manos. Arriba, en la colina, a Rosemary le dolía la cabeza y se acostó temprano, mientras Ellen le comentaba a San Jorge, que ronroneaba su desdén por la necia raza humana, ignorante de que un cojín mullido era lo único que de verdad importaba,

—¿Qué harían las mujeres si nunca se hubiera inventado el dolor de cabeza, San Jorge? Pero no importa, Santo. Haremos la vista

gorda unas semanas. Reconozco que yo tampoco me siento cómoda, Jorge. Es como si hubiera ahogado a un gatito. Pero ella prometió, Santo, y fue ella quien se ofreció a hacerlo, Jorge. ¡Bismillah!

CAPÍTULO 23. EL CLUB DE LA BUENA CONDUCTA

Había estado lloviendo suavemente todo el día: una lluvia de primavera pequeña, delicada y hermosa, que de algún modo parecía insinuar y susurrar promesas de flores de mayo y violetas que despiertan. El puerto, el golfo y los campos bajos de la costa habían estado velados por brumas de un gris perla. Pero ahora, al anochecer, la lluvia había cesado y las brumas se habían disipado hacia el mar. Nubes salpicaban el cielo sobre el puerto como pequeñas rosas de fuego. Más allá, las colinas se recortaban oscuras contra un derroche de esplendor de azafrán y carmesí. Una gran estrella vespertina, plateada, velaba sobre la barra. Un viento vivo, danzarín, recién nacido, soplaba desde el Valle del Arco Iris, resinoso de olores a abeto y musgo húmedo. Cantaba entre los viejos abetos que rodeaban el cementerio y alborotaba los espléndidos rizos de Faith mientras esta se sentaba en la lápida de Hezekiah Pollock con los brazos alrededor de Mary Vance y Una. Carl y Jerry estaban sentados enfrente, sobre otra lápida, y todos rebosaban travesura tras haber estado encerrados todo el día.

—Esta noche el aire *brilla*, ¿verdad? Es que lo han lavado bien limpio —dijo Faith, contenta.

Mary Vance la miró con gesto sombrío. Sabiendo lo que sabía, o lo que se figuraba que sabía, Mary consideraba que Faith se tomaba las cosas con demasiada ligereza. Mary tenía algo en la cabeza que decir y estaba decidida a decirlo antes de volver a casa. La señora

Elliott la había mandado a la casa parroquial con unos huevos recién puestos y le había dicho que no se quedara más de media hora. La media hora estaba a punto de cumplirse, así que Mary estiró las piernas, entumecidas de tenerlas encogidas debajo de ella, y dijo de sopetón:

—Dejaos de aire. Escuchadme bien. Vosotros, los niños de la casa parroquial, tenéis que portaros mejor de lo que os habéis portado esta primavera; no hay más que hablar. He venido esta noche precisamente para decíroslo. Cómo habla la gente de vosotros da miedo.

—¿Qué hemos hecho ahora? —exclamó Faith, atónita, apartando el brazo de Mary. A Una le temblaron los labios y su almita sensible se encogió por dentro. Mary siempre era de una franqueza brutal. Jerry se puso a silbar por bravata. Quería que Mary viese que a él *sus* sermones le traían sin cuidado. Su comportamiento no era, al fin y al cabo, asunto de *ella*. ¿Qué derecho tenía *ella* a sermonearlos sobre su conducta?

—¡Que qué habéis hecho! Estáis haciendo cosas *todo* el tiempo —replicó Mary—. En cuanto se apaga el cotilleo sobre una de vuestras trastadas, hacéis otra para que vuelva a empezar. A mí me parece que no tenéis ni idea de cómo deben portarse los niños de una casa parroquial.

—Igual *tú* nos lo puedes explicar —dijo Jerry, con sarcasmo mortal.

El sarcasmo se perdía por completo con Mary.

—Yo sí os puedo decir lo que va a pasar si no aprendéis a portaros bien. La junta le va a pedir a vuestro padre que dimita. Ahí lo tienes, don Jerry-sabelotodo. Me lo dijo la señora Alec Davis a la señora Elliott. La oí yo. Yo siempre tengo las orejas bien abiertas cuando la señora Alec Davis viene a tomar el té. Dijo que ibais todos de mal en peor y que, aunque no era de extrañar, no teniendo a nadie que os criara, la congregación no podía aguantarlo mucho más tiempo y que había que hacer algo. Los metodistas se ríen y se ríen de

vosotros, y eso hiere los sentimientos presbiterianos. *Ella* dice que necesitáis todos un buen tónico de vara de abedul. Madre mía, como eso sirviera para hacer buena a la gente, *yo* tendría que ser ya una santita. No os lo cuento porque quiera herir *vuestros* sentimientos. Me dais pena —Mary era una maestra consumada en el arte suave de la condescendencia—. *Yo* comprendo que no tenéis muchas posibilidades, tal como están las cosas. Pero otra gente no es tan comprensiva como *yo*. La señorita Drew dice que Carl llevaba una rana en el bolsillo el domingo pasado en la escuela dominical, y que se le escapó de un salto mientras ella tomaba la lección. Dice que va a dejar la clase. ¿Por qué no dejáis a vuestros bichos en casa?

—La volví a meter enseguida —dijo Carl—. No le hizo daño a nadie: ¡pobre ranita! Y ojalá la vieja Jane Drew dejara de una vez nuestra clase. La odio. Su propio sobrino llevaba un asqueroso trozo de tabaco de mascar en el bolsillo y nos lo ofreció a los chicos mientras el anciano Clow estaba rezando. Yo digo que eso es peor que una rana.

—No, porque las ranas son más de sorpresa. Dan más el espectáculo. Además, a él no lo pillaron. Y luego, esa competición de rezar que tuvisteis la semana pasada ha armado un escándalo terrible. Todo el mundo habla de eso.

—¡Pero si los Blythe estaban metidos en eso igual que nosotros! —exclamó Faith, indignada—. Fue Nan Blythe quien lo propuso, para empezar. Y el premio se lo llevó Walter.

—Bueno, pero a vosotros os cae la fama de todos modos. No habría sido tan grave si no la hubierais hecho en el cementerio.

—Pues a mí me parece que un cementerio es un sitio estupendo para rezar —replicó Jerry.

—El diácono Hazard pasó por delante en coche cuando *tú* estabas rezando —dijo Mary—, y te vio y te oyó, con las manos cruzadas sobre la barriga, gimiendo después de cada frase. Creyó que te estabas burlando de *él*.

—Pues sí, me estaba burlando —declaró Jerry, sin inmutarse—. Solo que no sabía que él iba a pasar, claro. Fue pura mala suerte. Yo no estaba rezando muy en serio: sabía que no tenía ninguna posibilidad de ganar el premio. Así que le sacaba toda la diversión que podía. Walter Blythe reza de maravilla. Si hasta reza tan bien como papá.

—Una es la única de todos nosotros a la que de verdad le gusta rezar —dijo Faith, pensativa.

—Bueno, si rezar escandaliza tanto a la gente, tendremos que dejar de hacerlo —suspiró Una.

—Anda ya, podéis rezar todo lo que queráis, pero no en el cementerio, y sin convertirlo en un juego. Eso fue lo que lo puso tan feo: eso, y montar una merienda encima de las lápidas.

—Eso no lo hicimos.

—Bueno, una fiesta de pompas de jabón, entonces. Algo sí que hicisteis. Los del otro lado del puerto juran que tuvisteis una merienda, pero estoy dispuesta a creerlos a vosotros. Y usasteis esta misma lápida de mesa.

—Es que Martha no nos dejaba hacer pompas dentro de casa. Estaba de un humor de perros aquel día —explicó Jerry—. Y esta lápida vieja era una mesa estupenda.

—¿A que eran preciosas? —exclamó Faith, con los ojos chispeantes al recordarlo—. Reflejaban los árboles, las colinas y el puerto como si fueran mundos de hadas en miniatura, y cuando las soltábamos de un empujoncito, se iban flotando hasta allá abajo, al Valle del Arco Iris.

—Todas menos una, que se fue volando y reventó contra la aguja de la iglesia metodista —dijo Carl.

—Me alegro de haberlo hecho una vez, al menos, antes de enterarnos de que estaba mal —dijo Faith.

—No habría estado mal hacerlas en el jardín —dijo Mary, impaciente—. Parece que no hay manera de meteros el sentido común en la cabeza. Ya os han dicho bastantes veces que no debéis jugar en el cementerio. Los metodistas son muy susceptibles con eso.

—Se nos olvida —dijo Faith, apesadumbrada—. Y el jardín es tan pequeño, y tiene tantas orugas, y está tan lleno de arbustos y de cosas... No podemos estar todo el rato en el Valle del Arco Iris, ¿y adónde vamos a ir, si no?

—Es lo que *hacéis* en el cementerio. No importaría que os sentarais aquí a hablar tranquilamente, como estamos haciendo ahora. Bueno, no sé en qué va a acabar todo esto, pero lo que sí sé es que el anciano Warren va a hablar con vuestro papá del asunto. El diácono Hazard es primo suyo.

—Ojalá no molestaran a papá con lo nuestro —dijo Una.

—Bueno, la gente piensa que él debería preocuparse un poco más de vosotros. *Yo* no lo pienso: *yo* lo entiendo. Es un niño él mismo, en cierto modo; eso es lo que es, y necesita a alguien que lo cuide tanto como vosotros. Bueno, puede que pronto tenga a alguien, si son ciertos los rumores.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Faith.

—¿No os hacéis ni idea? ¿De verdad? —exigió saber Mary.

—No, no. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Pues sois un atajo de inocentes, os lo juro. Si lo está diciendo *todo* el mundo. Vuestro papá va a ver a Rosemary West. *Ella* va a ser vuestra madrastra.

—No me lo creo —exclamó Una, poniéndose como la grana.

—Bueno, *yo* no sé. Yo solo voy por lo que dice la gente. *Yo* no lo doy por seguro. Pero sería buena cosa. Rosemary West os pondría a todos derechos si viniera aquí, apuesto lo que sea, por muy dulce y sonriente que parezca por fuera. Todas son así hasta que os han

pescado. Pero necesitáis a alguien que os críe. Estáis deshonrando a vuestro papá y a mí me da pena por él. Siempre le he tenido un cariño enorme a vuestro papá desde aquella noche en que me habló tan bien. Desde entonces no he vuelto a decir ni una palabrota, ni una mentira. Y me gustaría verlo contento y a gusto, con los botones bien cosidos y las comidas decentes, y a vosotros bien criados, y a esa gata vieja de Martha puesta en *su* sitio. Cómo miró los huevos que le traje esta noche. «Espero que sean frescos», dice ella. Yo lo que deseé fue que estuvieran podridos. Pero fijaos bien en que os dé uno a cada uno para desayunar, incluido vuestro papá. Armad follón si no lo hace. Para eso los mandaron, pero no me fío de la vieja Martha. Es muy capaz de dárselos de comer al gato.

Como a Mary se le había cansado la lengua por el momento, un breve silencio cayó sobre el cementerio. A los niños de la casa parroquial no les apetecía hablar. Estaban digiriendo las ideas nuevas y no del todo agradables que Mary les había sugerido. Jerry y Carl se habían quedado un tanto sobresaltados. Pero, al fin y al cabo, ¿qué más daba? Y no era probable que hubiera ni una palabra de verdad en todo aquello. Faith, en conjunto, estaba contenta. Solo Una estaba de verdad afectada. Sentía ganas de irse a algún rincón y llorar.

¿Habrá alguna estrella en mi corona?, cantaba el coro metodista, que empezaba a ensayar en la iglesia metodista.

—Yo solo quiero tres —dijo Mary, cuyos conocimientos de teología habían aumentado notablemente desde que vivía con la señora Elliott—. Solo tres: puestas en la cabeza, como una coroneta, una grande en medio y una pequeña a cada lado.

—¿Es que las almas vienen de distintos tamaños? —preguntó Carl.

—Claro que sí. Si hasta los bebés deben de tener las almas más pequeñas que los hombres grandes. Bueno, se está haciendo de noche y tengo que salir pitando para casa. A la señora Elliott no le gusta que ande fuera después de anocheecer. Madre mía, cuando vivía con la señora Wiley, la oscuridad era para mí lo mismo que la

luz del día. No me importaba más que a un gato gris. Aquellos días me parecen de hace cien años. Ahora, acordaos bien de lo que os he dicho y procurad portaros bien, por el bien de vuestro papá. Yo siempre os voy a apoyar y a defender; podéis estar completamente seguros de eso. La señora Elliott dice que nunca ha visto a nadie como yo para dar la cara por sus amigos. Fui bien respondona con la señora Alec Davis por vosotros, y luego la señora Elliott me echó una buena bronca por ello. La bella Cornelia tiene una lengua muy suya, no hay duda. Pero en el fondo se quedó contenta, porque odia a la vieja Kitty Alec y os tiene mucho cariño. Yo sé calar a la gente.

Mary se marchó muy ufana y pagada de sí misma, dejando tras ella a un grupito bastante alicaído.

—Mary Vance siempre dice algo que nos hace sentir mal cuando viene —dijo Una, resentida.

—Ojalá la hubiéramos dejado morir de hambre en el granero viejo —dijo Jerry, con rencor.

—Ay, eso es una maldad, Jerry —lo reprendió Una.

—De perdidos, al río —replicó Jerry, sin arrepentirse—. Si la gente dice que somos tan malos, seamos *malos* de verdad.

—Pero no si eso le hace daño a papá —suplicó Faith.

Jerry se removi6 inc6modo. Adoraba a su padre. Por la ventana del despacho, sin cortina, veían al señor Meredith sentado a su escritorio. No parecía estar ni leyendo ni escribiendo. Tenía la cabeza entre las manos, y había en toda su actitud algo que hablaba de cansancio y abatimiento. Los niños lo sintieron de pronto.

—Seguro que hoy alguien le ha estado dando la lata por nuestra culpa —dijo Faith—. Ojalá *pudiéramos* arreglárnoslas sin dar que hablar a la gente. Ay... ¡Jem Blythe! ¡Qué susto me has dado!

Jem Blythe se había colado en el cementerio sin que lo notaran y se sentó junto a las niñas. Había andado rondando por el Valle del Arco Iris y había conseguido encontrar el primer ramillete de flores de mayo, blancas como estrellas, para su madre. Los niños de la

casa parroquial se quedaron bastante callados con su llegada. Jem se estaba distanciando un poco de ellos aquella primavera. Estudiaba para el examen de ingreso en Queen's Academy y se quedaba después de clase con los alumnos mayores para dar lecciones extra. Además, sus tardes estaban tan llenas de trabajo que ya casi nunca se unía a los demás en el Valle del Arco Iris. Parecía estar yéndose a la deriva, hacia el país de los mayores.

—¿Qué os pasa a todos esta noche? —preguntó—. No tenéis ninguna gracia.

—Pues no, la verdad —convino Faith, apesadumbrada—. Tampoco tendrías tú mucha gracia si supieras que estás deshonrando a tu padre y dando que hablar a la gente.

—¿Y quién ha estado hablando de vosotros ahora?

—Todo el mundo, según dice Mary Vance —respondió Faith. Y le contó sus penas al comprensivo Jem—. Ya ves —concluyó, apesadumbrada—, no tenemos a nadie que nos críe. Así que nos metemos en líos y la gente cree que somos malos.

—¿Y por qué no os criáis vosotros mismos? —sugirió Jem—. Os voy a decir lo que tenéis que hacer. Formad un Club de la Buena Conducta y castigaos cada vez que hagáis algo que no esté bien.

—Es una buena idea —dijo Faith, a quien la ocurrencia le hizo mella—. Pero —añadió, dubitativa—, las cosas que a *nosotros* no nos parecen ningún mal, a otra gente le parecen sencillamente espantosas. ¿Cómo lo vamos a saber? No podemos estar dando la lata a papá todo el rato; además, él tiene que estar fuera mucho tiempo.

—Casi siempre lo podríais saber si os pararais a pensarlo antes de hacer la cosa, y os preguntarais qué diría la congregación al respecto —dijo Jem—. El problema es que os lanzáis a hacer las cosas sin pensarlas nada. Madre dice que sois todos demasiado impulsivos, igual que era ella de pequeña. El Club de la Buena Conducta os ayudaría a pensar, si fuerais justos y honrados a la hora de castigaros cuando rompierais las reglas. Tendríais que castigaros

de alguna manera que de verdad os *doliera*, o si no, no serviría de nada.

—¿Azotarnos los unos a los otros?

—No exactamente. Tendríais que inventar castigos distintos para cada persona. No os castigaríais los unos a los otros: os castigaríais *vosotros mismos*. Yo leí todo esto de un club así en un libro de cuentos. Probadlo y veréis cómo funciona.

—Hagámoslo —dijo Faith. Cuando Jem se hubo marchado, todos estuvieron de acuerdo en intentarlo. —Si las cosas no están bien, tenemos que ponerlas bien —dijo Faith, resuelta.

—Tenemos que ser justos y honrados, como dice Jem —dijo Jerry—. Este es un club para criarnos nosotros mismos, ya que no hay nadie más que lo haga. No sirve de nada tener muchas reglas. Vamos a tener solo una, y el que la rompa tiene que ser castigado con dureza.

—Pero ¿cómo?

—Eso ya lo iremos pensando sobre la marcha. Celebraremos una sesión del club aquí, en el cementerio, todas las noches, y repasaremos lo que hayamos hecho durante el día, y si nos parece que hemos hecho algo que no está bien o que deshonraría a papá, el que lo haya hecho, o el responsable, tiene que ser castigado. Esa es la regla. Decidiremos todos juntos el castigo: tiene que ajustarse al delito, como dice el señor Flagg. Y el culpable estará obligado a cumplirlo, sin escaquearse. Esto va a tener su gracia —concluyó Jerry, saboreando la idea.

—Tú fuiste el que propuso la fiesta de las pompas de jabón —dijo Faith.

—Pero eso fue antes de que formáramos el club —dijo Jerry, apresurado—. Todo empieza esta noche.

—Pero ¿y si no nos ponemos de acuerdo en qué está bien, o en cuál debe ser el castigo? Supón que dos pensamos una cosa y los otros dos, otra. En un club así tendría que haber cinco.

—Podemos pedirle a Jem Blythe que sea el árbitro. Es el chico más recto de todo Glen St. Mary. Pero supongo que la mayoría de las veces podremos arreglar nuestros propios asuntos. Queremos que esto sea lo más secreto posible. Ni una palabra a Mary Vance. Ella querría meterse y encargarse de criarnos.

—Yo creo —dijo Faith— que no sirve de nada estropear todos los días metiendo castigos por en medio. Vamos a tener un día de castigo.

—Mejor elegimos el sábado, porque no hay colegio que estorbe —sugirió Una.

—¿Y estropear el único día de fiesta de la semana? —exclamó Faith—. ¡Ni hablar! No, cojamos el viernes. Ese es el día del pescado, de todos modos, y todos odiamos el pescado. Bien podemos juntar todas las cosas desagradables en un solo día. Así los demás días podemos seguir a lo nuestro y pasarlo bien.

—Tonterías —dijo Jerry con autoridad—. Un plan así no funcionaría en absoluto. Nos castigaremos sobre la marcha y mantendremos las cuentas claras. Bueno, todos lo entendemos, ¿verdad? Esto es un Club de la Buena Conducta, con el propósito de criarnos nosotros mismos. Nos comprometemos a castigarnos por mala conducta, y a pararnos siempre antes de hacer cualquier cosa, sea lo que sea, y a preguntarnos si es probable que le haga daño a papá de alguna manera, y quien se escaquee será expulsado del club y no se le permitirá volver a jugar con los demás en el Valle del Arco Iris nunca más. Jem Blythe será el árbitro en caso de disputa. Se acabó lo de llevar bichos a la escuela dominical, Carl, y se acabó lo de mascar chicle en público, si no te importa, señorita Faith.

—Y se acabó lo de reírse de los ancianos cuando rezan, o lo de ir a la reunión de oración metodista —replicó Faith.

—¡Pero si no tiene nada de malo ir a la reunión de oración metodista! —protestó Jerry, asombrado.

—La señora Elliott dice que sí que lo tiene. Dice que a los niños de la casa parroquial no les corresponde ir a ningún sitio que no sea de

cosas presbiterianas.

—Maldita sea, no pienso dejar de ir a la reunión de oración metodista —exclamó Jerry—. Es diez veces más divertida que la nuestra.

—Has dicho una palabrota —exclamó Faith—. *Ahora* tienes que castigarte.

—No hasta que esté todo por escrito, negro sobre blanco. Todavía solo estamos hablando del club. No queda formado de verdad hasta que lo hayamos escrito y firmado. Tiene que haber unos estatutos y un reglamento. Y tú *sabes* que no hay nada malo en ir a una reunión de oración.

—Pero no es solo por las cosas malas por las que nos tenemos que castigar, sino por cualquier cosa que pueda hacerle daño a papá.

—No le va a hacer daño a nadie. Ya sabéis que a la señora Elliott se le va la cabeza con el tema de los metodistas. Nadie más arma ningún escándalo porque yo vaya. Yo siempre me porto bien. Preguntadle a Jem o a la señora Blythe, a ver qué dicen. Me atengo a lo que ellos opinen. Voy ahora a por el papel, y sacaré el farol, y firmamos todos.

Quince minutos después, el documento quedó firmado solemnemente sobre la lápida de Hezekiah Pollock, en cuyo centro se alzaba el humeante farol de la casa parroquial, mientras los niños se arrodillaban alrededor. La señora del anciano Clow pasaba justo por allí en ese momento, y al día siguiente todo el Glen se había enterado de que los niños de la casa parroquial habían organizado otra competición de rezos y la habían rematado persiguiéndose unos a otros por entre las tumbas con un farol. Este bordado a la historia lo sugirió probablemente el hecho de que, terminada la firma y el sellado, Carl había cogido el farol y había caminado con toda circunspección hasta la hondonada para examinar su hormiguero. Los demás habían entrado calladamente en la casa parroquial, a acostarse.

—¿Tú crees que es verdad que papá se va a casar con la señorita West? —le había preguntado Una a Faith, con voz trémula, después de haber rezado las oraciones.

—No lo sé, pero a mí me gustaría —dijo Faith.

—Ay, pues a mí no —dijo Una, con voz ahogada—. Así como está, es simpática. Pero Mary Vance dice que a la gente convertirse en madrastra la cambia *por completo*. Se vuelven horribles, gruñonas, malas y odiosas, y ponen a tu papá en tu contra. Dice que seguro que hacen eso. Que nunca ha conocido ni un solo caso en que fallara.

—Yo no creo que la señorita West fuera a intentar eso *nunca* —exclamó Faith.

—Mary dice que *cualquiera* lo haría. Ella lo sabe *todo* sobre madrastras, Faith: dice que ha visto a cientos de ellas, y tú no has visto ninguna. Ay, Mary me ha contado cosas escalofrantes sobre ellas. Dice que conoció a una que azotó a las niñas de su marido en los hombros desnudos hasta hacerlas sangrar, y que luego las encerró toda la noche en un sótano de carbón frío y oscuro. Dice que *todas* se mueren de ganas de hacer cosas así.

—Yo no creo que la señorita West hiciera eso. Tú no la conoces tan bien como yo, Una. Piensa nada más en ese pajarito tan dulce que me regaló. Lo quiero incluso más que a Adam.

—Es que ser madrastra las cambia, sin más. Mary dice que no pueden evitarlo. A mí no me importarían tanto los azotes como que papá llegara a odiarnos.

—Tú sabes que nada podría hacer que papá nos odiara. No seas tonta, Una. Seguro que no hay nada de que preocuparse. Es probable que, si llevamos bien nuestro club y nos criamos como es debido, a papá ni se le pase por la cabeza casarse con nadie. Y si lo hace, sé que la señorita West será encantadora con nosotras.

Pero Una no tenía esa convicción, y se quedó dormida llorando.

CAPÍTULO 24. UN IMPULSO CARITATIVO

Durante quince días todo marchó sobre ruedas en el Club de la Buena Conducta. Parecía funcionar a las mil maravillas. Ni una sola vez hubo que llamar a Jem Blythe como árbitro. Ni una sola vez alborotaron los niños de la casa parroquial a las lenguas del Glen. En cuanto a sus pequeñas faltas domésticas, se vigilaban unos a otros con ojo atento y se sometían con valentía al castigo que ellos mismos se imponían: por lo general, la ausencia voluntaria de alguna alegre juerga de los viernes por la noche en el Valle del Arco Iris, o quedarse en la cama alguna noche de primavera cuando a todo hueso joven le dolía quedarse dentro. Faith, por cuchichear en la escuela dominical, se condenó a pasar un día entero sin decir una sola palabra, salvo que fuera absolutamente necesario, y lo cumplió. Fue una lástima que el señor Baker, del otro lado del puerto, escogiera precisamente esa tarde para hacer una visita a la casa parroquial, y que fuera Faith quien saliera a abrirle. Ni una palabra respondió ella a su cordial saludo: se limitó a irse en silencio a avisar brevemente a su padre. El señor Baker se sintió algo ofendido, y al llegar a casa le contó a su mujer que la mayor de las Meredith le había parecido una cosita tímida y huraña, sin modales bastantes para contestar cuando le hablaban. Pero no pasó de ahí, y en general sus penitencias no les hacían daño ni a ellos ni a nadie. Todos empezaban a sentirse bastante ufanos pensando que, a fin de cuentas, educarse a uno mismo era cosa fácil.

—Ya verá la gente pronto que sabemos comportarnos tan bien como el que más —dijo Faith, radiante—. No es difícil cuando uno se

lo propone.

Ella y Una estaban sentadas en la lápida de los Pollock. Había sido un día frío, crudo y lluvioso de tormenta primaveral, y el Valle del Arco Iris quedaba descartado para las niñas, aunque los chicos de la casa parroquial y de Ingleside andaban allá abajo pescando. La lluvia había amainado, pero el viento del este soplaba implacable desde el mar, calando hasta los huesos. La primavera se retrasaba pese a sus tempranas promesas, y todavía quedaba un recio ventisquero de nieve vieja y hielo en el rincón norte del cementerio. Lida Marsh, que había subido para traer a la casa parroquial una remesa de arenques, se coló por la verja temblando de frío. Pertenecía al pueblo de pescadores de la bocana, y su padre llevaba treinta años haciendo costumbre de mandar a la casa parroquial una remesa de su primera pesca de primavera. Él no pisaba jamás una iglesia; era un bebedor empedernido y un hombre temerario, pero mientras mandara aquellos arenques a la casa parroquial cada primavera, como había hecho su padre antes que él, se sentía cómodamente seguro de tener saldadas sus cuentas con los Poderes que Gobiernan por aquel año. No habría esperado una buena pesca de caballa de no haber enviado así las primicias de la temporada.

Lida era una miaja de diez años, y aparentaba menos, de lo menuda y reseca que era. Aquella noche, mientras se acercaba con bastante desparpajo a las niñas de la casa parroquial, parecía no haber sentido calor en su vida. Tenía la cara amoratada y sus ojillos azul pálido, descarados, estaban rojos y llorosos. Llevaba un vestido de percal hecho jirones y una toquilla de lana raída, atada cruzada sobre los hombros flacos y por debajo de los brazos. Había recorrido descalza los casi cinco kilómetros desde la bocana, por un camino donde todavía quedaban nieve, aguanieve y barro. Tenía los pies y las piernas tan amoratados como la cara. Pero a Lida todo aquello no le importaba gran cosa. Estaba acostumbrada al frío, y llevaba ya un mes yendo descalza, como toda la chiquillería que pululaba por el pueblo de pescadores. No había ni pizca de autocompasión en su corazón cuando se sentó en la lápida y sonrió alegremente a Faith y Una. Faith y Una le devolvieron la sonrisa con la misma alegría.

Conocían a Lida solo un poco, por haberla tratado una o dos veces el verano anterior, cuando bajaron al puerto con los Blythe.

—¡Hola! —dijo Lida—. ¿A que hace una noche de mil demonios? No es noche ni para que un perro ande fuera, ¿eh?

—Pues entonces, ¿por qué estás fuera? —preguntó Faith.

—Mi padre me ha mandado traer arenques —respondió Lida. Se estremeció, tosió y estiró los pies descalzos. Lida no pensaba ni en sí misma ni en sus pies, y no buscaba compasión de nadie; los apartaba instintivamente de la hierba mojada que rodeaba la lápida. Pero a Faith y Una las invadió al instante una oleada de lástima por ella. Tenía un aspecto tan de frío, tan desdichado.

—¡Ay, pero ¿por qué vas descalza con la noche tan fría que hace! —exclamó Faith—. Se te deben de haber quedado los pies casi helados.

—Casi casi —dijo Lida con orgullo—. Te digo que ha sido un suplicio subir por el camino del puerto.

—¿Por qué no te has puesto los zapatos y las medias? —preguntó Una.

—No tengo. Los que tenía ya estaban rotos antes de que se acabara el invierno —dijo Lida con indiferencia.

Por un momento Faith se quedó mirándola horrorizada. Aquello era terrible. Allí tenía a una niña, casi una vecina, medio helada porque no tenía zapatos ni medias con aquel tiempo cruel de primavera. La impulsiva Faith no pensó más que en lo espantoso que era todo aquello. Un instante después ya se estaba quitando sus propios zapatos y medias.

—Toma, coge esto y pónelo ahora mismo —dijo, metiéndoselo en las manos a la atónita Lida—. Rápido. Vas a coger un resfriado de muerte. Yo tengo más. Pónelo ya.

Lida, recobrando el juicio, agarró el regalo que le ofrecían con un destello en sus ojos apagados. Claro que se lo pondría, y bien

deprisa, antes de que apareciera alguien con autoridad para reclamárselo. En un minuto ya se había subido las medias por las piernecillas huesudas y calzado los zapatos de Faith en sus tobillos rechonchos.

—Te lo agradezco —dijo—, pero ¿no se van a enfadar los tuyos?

—No, y no me importa que se enfaden —dijo Faith—. ¿Te crees que yo podría ver a alguien morirse de frío sin ayudarle, pudiendo hacerlo? No estaría bien, y menos siendo papá pastor.

—¿Las vas a querer de vuelta? En la bocana hace un frío espantoso, mucho después de que aquí arriba ya haga calor —dijo Lida con astucia.

—No, quédatelas, claro. Eso es lo que quería decir cuando te las he dado. Tengo otro par de zapatos y medias de sobra.

Lida había pensado quedarse un rato y contarles a las niñas muchas cosas. Pero ahora le pareció mejor escabullirse antes de que apareciera alguien y la obligara a devolver el botín. Así que se alejó arrastrando los pies por el crepúsculo helado, con el mismo sigilo y la misma sombra con que había entrado. En cuanto estuvo fuera de la vista de la casa parroquial, se sentó, se quitó los zapatos y las medias y los guardó en la cesta de los arenques. No tenía intención ninguna de llevarlos puestos por aquel camino sucio del puerto. Se guardarían para las grandes ocasiones. Ninguna otra niña de la bocana tenía unas medias de casimir negro tan finas ni unos zapatos tan elegantes y casi nuevos. Lida quedaba equipada para todo el verano. No sentía el menor escrúpulo por ello. A sus ojos, la gente de la casa parroquial era rica de un modo fabuloso, y sin duda aquellas niñas tenían zapatos y medias a espuertas. Luego Lida bajó corriendo al pueblo del Glen y se pasó una hora jugando con los chicos delante de la tienda del señor Flagg, chapoteando en un charco de aguanieve con los más alborotados, hasta que llegó la señora Elliott y le mandó irse derecha a casa.

—No creo, Faith, que debieras haber hecho eso —dijo Una, un poco en tono de reproche, cuando Lida ya se había ido—. Ahora vas

a tener que llevar todos los días tus botas buenas, y se te van a estropear enseguida.

—Me da igual —exclamó Faith, todavía en el buen calor de haber hecho una obra de caridad con el prójimo—. No es justo que yo tenga dos pares de zapatos y la pobre Lida Marsh ninguno. *Ahora* las dos tenemos un par. Tú sabes de sobra, Una, que papá dijo en su sermón del domingo pasado que la verdadera felicidad no está en recibir ni en tener, sino solo en dar. Y es verdad. Ahora me siento *mucho* más feliz de lo que me he sentido en toda mi vida. Piensa nada más en Lida, camino de casa en este mismo momento, con sus pobres piecillos calentitos y a gusto.

—Ya sabes que no te queda otro par de medias de casimir negro —dijo Una—. El otro par estaba tan agujereado que la tía Martha dijo que ya no podía zurcirlo más, y cortó las perneras para hacer paños del fogón. No te queda nada más que esos dos pares de medias a rayas que tanto odias.

A Faith se le apagó de golpe todo el calor y el entusiasmo. Su alegría se desinfló como un globo pinchado. Se quedó sentada unos minutos, tristísima y en silencio, cara a cara con las consecuencias de su acto precipitado.

—Ay, Una, no había pensado en eso —dijo compungida—. No me paré a pensar nada de nada.

Las medias a rayas eran unas medias gruesas, pesadas, bastas, de canalé, azules y rojas, que la tía Martha le había tejido a Faith aquel invierno. Eran, sin lugar a dudas, horrorosas. Faith las odiaba como no había odiado nunca nada. Desde luego, no pensaba ponérselas. Seguían sin estrenar en el cajón de su cómoda.

—Después de esto vas a tener que llevar las medias a rayas —dijo Una—. Piensa nada más cómo se van a reír de ti los chicos del colegio. Ya sabes cómo se ríen de Mamie Warren por sus medias a rayas y la llaman «poste de barbero», y las tuyas son mucho peores.

—No pienso ponérmelas —dijo Faith—. Antes voy descalza, con el frío que hace.

—No puedes ir descalza a la iglesia mañana. Piensa lo que diría la gente.

—Entonces me quedo en casa.

—No puedes. Sabes de sobra que la tía Martha te obligará a ir.

Faith lo sabía de sobra. La única cosa en la que la tía Martha se tomaba la molestia de insistir era en que todos fueran a la iglesia, lloviera o luciera el sol. Cómo fueran vestidos, o si iban vestidos siquiera, jamás le preocupó lo más mínimo. Pero ir, tenían que ir. Así la habían criado a ella setenta años atrás, y así pensaba criarlos a ellos.

—¿No tienes un par que me puedas prestar, Una? —dijo la pobre Faith con voz lastimera.

Una negó con la cabeza. —No, ya sabes que yo solo tengo un par negro. Y me quedan tan apretadas que casi no puedo ponérmelas. A ti no te entrarían. Ni tampoco las grises. Además, las perneras de *esas* están llenas de zurcidos *sobre* zurcidos.

—No pienso ponerme esas medias a rayas —dijo Faith con tozudez—. El tacto es todavía peor que el aspecto. Me hacen sentir como si tuviera las piernas del tamaño de dos barriles, y son tan *ásperas*.

—Bueno, pues no sé qué vas a hacer.

—Si papá estuviera en casa, iría a pedirle que me comprara un par nuevo antes de que cierre la tienda. Pero no va a volver hasta muy tarde. Se lo pediré el lunes... y no pienso ir a la iglesia mañana. Voy a fingir que estoy enferma, y la tía Martha *tendrá* que dejarme quedarme en casa.

—Eso sería mentir de obra, Faith —exclamó Una—. *No puedes* hacer eso. Ya sabes que sería espantoso. ¿Qué diría papá si lo supiera? ¿No te acuerdas de cómo nos habló después de morir mamá, y nos dijo que siempre teníamos que ser *sinceros*, pasara lo que pasara con todo lo demás? Dijo que nunca debíamos mentir de palabra ni de obra: dijo que *confiaba* en que no lo haríamos. *No puedes* hacerlo, Faith. Ponte las medias a rayas. Será solo por esta

vez. Nadie se va a fijar en ellas en la iglesia. No es como el colegio. Y tu vestido marrón nuevo es tan largo que apenas se verán. ¿A que fue una suerte que la tía Martha lo hiciera grande, para que tuvieras sitio para crecer, aunque tanto lo odiaras cuando lo terminó?

—No pienso ponerme esas medias —repitió Faith. Desenroscó de la lápida sus piernas blancas y desnudas y, muy decidida, cruzó la hierba fría y mojada hasta el ventisquero de nieve. Apretando los dientes, se subió a él y se quedó allí plantada.

—¿Qué haces? —exclamó Una horrorizada—. Vas a coger un resfriado de muerte, Faith Meredith.

—Es lo que pretendo —respondió Faith—. Espero coger un resfriado espantoso y estar *malísima* mañana. Así no estaré mintiendo de obra. Voy a quedarme aquí de pie todo el tiempo que pueda aguantar.

—Pero, Faith, te puedes morir de verdad. Puedes coger una pulmonía. Por favor, Faith, no lo hagas. Vamos a entrar en casa y te pongo *algo* en los pies. Ay, aquí está Jerry. Menos mal. Jerry, *obliga* a Faith a bajarse de esa nieve. Mírale los pies.

—¡Caramba! Faith, ¿qué *estás* haciendo? —quiso saber Jerry—. ¿Te has vuelto loca?

—No. ¡Vete! —espetó Faith.

—Entonces, ¿te estás castigando por algo? Si es así, no está bien. Te vas a poner enferma.

—Quiero ponerme enferma. No me estoy castigando. Vete.

—¿Dónde están sus zapatos y sus medias? —le preguntó Jerry a Una.

—Se los ha dado a Lida Marsh.

—¿A Lida Marsh? ¿Para qué?

—Porque Lida no tenía ninguno, y tenía los pies helados. Y ahora quiere ponerse enferma para no tener que ir mañana a la iglesia y ponerse las medias a rayas. Pero, Jerry, se puede morir.

—Faith —dijo Jerry—, bájate de ese ventisquero o te bajo yo a rastras.

—Anda, atrévete —lo desafió Faith.

Jerry se abalanzó sobre ella y la agarró de los brazos. Él tiraba para un lado y Faith para el otro. Una corrió detrás de Faith y empujó. Faith le gritó a Jerry que la dejara en paz. Jerry le gritó a su vez que no fuera una idiota atolondrada; y Una se echó a llorar. Armaron un escándalo tremendo, y estaban justo junto a la verja del cementerio que daba al camino. Henry Warren y su mujer pasaron en el coche y los oyeron y los vieron. Muy pronto se supo por todo el Glen que los niños de la casa parroquial habían tenido una pelea espantosa en el cementerio y habían dicho las palabras más indecorosas. Mientras tanto, Faith se había dejado bajar del hielo porque le dolían tanto los pies que estaba dispuesta a bajarse como fuera. Entraron todos en paz y se fueron a la cama. Faith durmió como un ángel y se despertó por la mañana sin ni rastro de resfriado. Comprendió que no podía fingir estar enferma y mentir de obra, después de recordar aquella conversación de tiempo atrás con su padre. Pero seguía tan decidida como siempre a no ponerse aquellas medias abominables para ir a la iglesia.

CAPÍTULO 25. OTRO ESCÁNDALO Y OTRA «EXPLICACIÓN»

Faith llegó temprano a la escuela dominical y se sentó en el rincón de su banco de clase antes de que llegara nadie. Por eso, la espantosa verdad no estalló sobre nadie hasta que Faith salió del banco de su clase, cerca de la puerta, para subir al banco de la casa parroquial después de la escuela dominical. La iglesia ya estaba medio llena, y todos los que estaban sentados cerca del pasillo vieron que la hija del pastor llevaba botas, ipero no llevaba medias!

El vestido marrón nuevo de Faith, que la tía Martha había cosido con un patrón antiquísimo, le quedaba absurdamente largo, pero ni aun así llegaba a la caña de sus botas. Se le veían, bien claritos, unos buenos cinco centímetros de pierna blanca y desnuda.

Faith y Carl se sentaron solos en el banco de la casa parroquial. Jerry se había subido a la galería a sentarse con un amigo, y las niñas Blythe se habían llevado a Una con ellas. Los niños Meredith tenían la costumbre de «repartirse por toda la iglesia» de esta manera, y mucha gente lo consideraba de lo más impropio. La galería, sobre todo, donde se juntaban los mozalbetes más irresponsables, de los que se decía que cuchicheaban y se sospechaba que mascaban tabaco durante el oficio, no era sitio para un hijo de la casa parroquial. Pero Jerry odiaba el banco parroquial, situado en lo más alto de la iglesia, bajo la mirada del anciano Clow y su familia. Se escapaba de allí siempre que podía.

Carl, absorto en ver a una araña tejer su tela en la ventana, no se fijó en las piernas de Faith. Ella volvió andando a casa con su padre después del oficio, y él tampoco se fijó. Se puso las odiadas medias a rayas antes de que llegaran Jerry y Una, de modo que, por el momento, nadie en la casa parroquial supo lo que había hecho. Pero nadie más en Glen St. Mary lo ignoraba. Los pocos que no lo habían visto no tardaron en oírlo. No se habló de otra cosa en todo el camino de vuelta de la iglesia. La señora Alec Davis dijo que era justo lo que ella se esperaba, y que lo siguiente sería ver a alguno de aquellos críos ir a la iglesia sin ropa ninguna. La presidenta de la Sociedad de Damas decidió que plantearía el asunto en la próxima reunión de la Sociedad, y propondría que fueran todas en comisión a visitar al pastor y protestar. La señorita Cornelia dijo que, por su parte, tiraba la toalla. Ya no valía la pena preocuparse más por la chiquillería de la casa parroquial. Hasta la señora doctora Blythe se sintió un poco escandalizada, aunque atribuyó lo ocurrido únicamente a un despiste de Faith. Susan no pudo ponerse a tejer medias para Faith de inmediato porque era domingo, pero ya tenía una montada en las agujas antes de que nadie más se hubiera levantado en Ingleside a la mañana siguiente.

—No hace falta que me diga usted nada, mi querida señora doctora: la culpa fue de la vieja Martha —le dijo a Ana—. Me figuro que la pobre criatura no tenía medias decentes que ponerse. Me figuro que todas las que tenía estaban agujereadas, como bien sabe usted que suelen estar. Y yo opino, mi querida señora doctora, que la Sociedad de Damas haría mejor en tejerles medias que en pelearse por la alfombra nueva para la tarima del púlpito. Yo no soy de la Sociedad de Damas, pero le voy a tejer a Faith dos pares de medias, con esta lana negra tan buena, tan rápido como me lo permitan los dedos, y a eso puede usted atenerse. Jamás olvidaré lo que sentí, mi querida señora doctora, cuando vi a la hija de un pastor subir por el pasillo de nuestra iglesia sin medias. De verdad que no sabía dónde meter los ojos.

—Y encima ayer la iglesia estaba llena de metodistas —se lamentó la señorita Cornelia, que había subido al Glen a hacer unas compras

y se había pasado por Ingleside a comentar el asunto—. No sé cómo será, pero cada vez que esos niños de la casa parroquial hacen algo especialmente espantoso, la iglesia está siempre a rebosar de metodistas. Creí que a la señora del diácono Hazard se le iban a salir los ojos de la cara. Al salir de la iglesia dijo: «Bueno, aquel espectáculo ha sido de lo más indecoroso. La verdad es que compadezco a los presbiterianos». Y no tuvimos más remedio que *aguantarlo*. No había nada que se pudiera decir.

—Algo habría dicho *yo*, mi querida señora doctora, de haberla oído —dijo Susan con gravedad—. Habría dicho, para empezar, que en mi opinión unas piernas desnudas y limpias son tan decorosas como unos agujeros. Y habría dicho, además, que los presbiterianos no necesitan tanta compasión, ya que tienen un pastor que sabe *predicar*, y los metodistas *no*. Yo la habría dejado sin palabras a la señora del diácono Hazard, mi querida señora doctora, y a eso puede usted atenerse.

—Ojalá el señor Meredith predicara un poco menos bien y cuidara un poco mejor de su familia —replicó la señorita Cornelia—. Al menos podría echarles un vistazo a sus hijos antes de que salieran para la iglesia y comprobar que iban bien vestidos. Estoy cansada de andar disculpándolo, *créeme*.

Mientras tanto, el alma de Faith estaba siendo torturada en el Valle del Arco Iris. Mary Vance andaba por allí y, como de costumbre, con ganas de sermonear. Le dio a entender a Faith que se había deshonrado a sí misma y a su padre sin remedio posible, y que ella, Mary Vance, había terminado con su amistad. «Todo el mundo» hablaba del asunto, y «todo el mundo» decía lo mismo.

—Sencillamente, siento que ya no puedo seguir tratándome contigo —concluyó.

—Pues entonces *nosotras* sí que vamos a seguir tratándonos con ella —exclamó Nan Blythe. En el fondo, Nan pensaba que Faith *sí* había hecho algo espantoso, pero no estaba dispuesta a dejar que Mary Vance mandara en el asunto de aquel modo tan altanero—. Y

si *tú* no piensas hacerlo, no hace falta que vuelvas más por el Valle del Arco Iris, *señorita* Vance.

Nan y Di rodearon a Faith con los brazos y le lanzaron a Mary una mirada desafiante. Esta se vino abajo de repente, se sentó en un tocón y se echó a llorar.

—No es que no quiera —sollozó—. Pero si sigo con Faith, la gente va a decir que soy yo quien la anda instigando. Algunos ya lo están diciendo, como que hay Dios. Yo no me puedo permitir que digan esas cosas de mí, ahora que estoy en una casa respetable y trato de ser una señorita como Dios manda. Y *yo* nunca en mi vida fui a la iglesia con las piernas al aire, ni en mis peores tiempos. Jamás se me habría ocurrido hacer una cosa así. Pero esa odiosa vieja Kitty Alec dice que Faith no ha vuelto a ser la misma desde que yo me quedé en la casa parroquial. Dice que Cornelia Elliott va a vivir para lamentar el día que me acogió. Me duele, te lo digo de verdad. Pero por quien de verdad me preocupo es por el señor Meredith.

—Yo creo que no hace falta que te preocupes por él —dijo Di con desdén—. No creo que sea muy necesario. Bueno, Faith, cariño, deja de llorar y cuéntanos por qué lo hiciste.

Faith se lo explicó entre lágrimas. Las niñas Blythe se compadecieron de ella, y hasta Mary Vance reconoció que había sido una situación difícil. Pero Jerry, a quien la noticia le cayó como un rayo, se negó a dejarse aplacar. ¡Así que *esto* era lo que significaban aquellas insinuaciones misteriosas que había oído aquel día en el colegio! Se llevó a Faith y a Una a casa sin más ceremonias, y el Club de la Buena Conducta celebró sesión inmediata en el cementerio para juzgar el caso de Faith.

—No veo que hiciera ningún daño —dijo Faith, desafiante—. No se me veía *tanta* pierna. No estuvo *mal* y no le hizo daño a nadie.

—Le va a hacer daño a papá. *Sabes* que sí. Sabes que la gente lo culpa a él cada vez que hacemos algo raro.

—No había pensado en eso —masculló Faith.

—Ese es justo el problema. No pensaste, y *deberías* haber pensado. Para eso está nuestro Club: para educarnos y *obligarnos* a pensar. Prometimos que siempre nos pararíamos a pensar antes de hacer las cosas. Tú no lo hiciste, y tienes que ser castigada, Faith, y bien castigada además. Vas a llevar esas medias a rayas al colegio durante una semana, como castigo.

—Ay, Jerry, ¿no basta con un día... dos días? ¡Toda una semana no!

—Sí, toda una semana —dijo el inflexible Jerry—. Es justo: pregúntale a Jem Blythe si no lo es.

Faith prefería someterse antes que preguntarle a Jem Blythe sobre semejante asunto. Empezaba a darse cuenta de que su falta había sido bastante vergonzosa.

—Lo haré, entonces —masculló, un poco malhumorada.

—Te libras barata —dijo Jerry con severidad—. Y por mucho que te castigemos, no le va a servir de nada a papá. La gente siempre va a pensar que lo hiciste solo por travesura, y van a culpar a papá por no haberlo impedido. Nunca vamos a poder explicárselo a todo el mundo.

Este aspecto del asunto le pesaba a Faith en el ánimo. Su propia condena podía soportarla, pero le atormentaba que culparan a su padre. Si la gente conociera los hechos verdaderos del caso, no lo culparían a él. Pero ¿cómo podía darlos a conocer a todo el mundo? Ponerse en pie en la iglesia, como había hecho una vez, y explicar el asunto quedaba fuera de toda cuestión. Faith había sabido por Mary Vance cómo se había tomado la congregación aquella actuación, y comprendió que no debía repetirla. Faith le dio vueltas al problema durante media semana. Entonces tuvo una inspiración y se puso manos a la obra de inmediato. Pasó aquella tarde en el desván, con una lámpara y un cuaderno de ejercicios, escribiendo afanosamente, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. ¡Era la solución perfecta! ¡Qué lista había sido al ocurrírsele! Aquello lo arreglaría todo y lo explicaría todo, sin causar el menor escándalo. Eran las

once cuando terminó a su entera satisfacción y se deslizó escaleras abajo hasta la cama, rendida de cansancio, pero perfectamente feliz.

A los pocos días salió, como todas las semanas, el pequeño periódico que se publicaba en el Glen bajo el nombre de *The Journal*, y el Glen tuvo otra sensación. Una carta firmada por «Faith Meredith» ocupaba un lugar destacado en primera página, y decía así:

A QUIEN PUEDA INTERESAR:

Quiero explicarle a todo el mundo cómo fue que acabé yendo a la iglesia sin medias, para que todo el mundo sepa que papá no tuvo la culpa de nada, ni un poquito así, y que las viejas cotillas no digan que sí la tuvo, porque no es verdad. Le di mi único par de medias negras a Lida Marsh, porque ella no tenía ninguna y sus pobres piecitos estaban helados de frío y me dio muchísima pena. Ningún niño debería tener que ir sin zapatos ni medias en una comunidad cristiana antes de que se derrita toda la nieve, y creo que la Sociedad Femenina de Misiones Extranjeras debería haberle dado medias a ella. Claro que ya sé que les mandan cosas a los niños paganos, y eso está bien y es una cosa buena de hacer. Pero los niños paganos tienen mucho más tiempo de calor que nosotros, y creo que las señoras de nuestra iglesia deberían ocuparse de Lida y no dejármelo todo a mí. Cuando le di mis medias se me olvidó que eran el único par negro que tenía sin agujeros, pero me alegro de habérselas dado, porque si no me habría quedado con la conciencia intranquila. Cuando se fue, tan orgullosa y tan contenta, la pobrecita, me acordé de que a mí solo me quedaban aquellas cosas horribles rojas y azules que la tía Martha me tejió el invierno pasado con una lana que nos mandó la señora Joseph Burr de Upper Glen. Era una lana espantosamente basta y llena de nudos, y yo nunca vi a ninguno de los hijos de la señora Burr llevar puesto nada hecho con esa lana. Pero Mary Vance dice que la señora Burr le da al pastor cosas que ella no puede usar ni comerse, y piensa que eso debería contar como parte del sueldo que su marido firmó pagar, pero que no paga nunca.

Es que no podía soportar ponerme esas medias tan odiosas. Eran tan feas y tan ásperas y pinchaban tanto. Todo el mundo se habría reído de mí. Al principio pensé fingir que estaba enferma y no ir a la iglesia al día siguiente, pero decidí que no podía hacer eso, porque sería mentir de obra, y papá nos dijo después de que murió mamá que eso era algo que no debíamos hacer nunca, nunca. Es tan malo mentir de obra como mentir de palabra, aunque yo conozco a algunas personas, aquí mismo en el Glen, que mienten de obra, y que nunca parecen sentirse ni un poquito mal por ello. No voy a decir ningún nombre, pero yo sé quiénes son, y papá también lo sabe.

Entonces hice todo lo posible por resfriarme y ponerme de verdad enferma, quedándome de pie descalza sobre el ventisquero del cementerio metodista, hasta que Jerry me bajó a la fuerza. Pero no me hizo ni pizca de daño, así que no pude librarme de ir a la iglesia. Así que decidí ponerme las botas e ir de esa manera. No veo por qué estuvo tan mal, y eso que tuve mucho cuidado de lavarme las piernas tan limpias como la cara, pero, en fin, papá no tuvo la culpa de nada. Él estaba en el despacho pensando en su sermón y en otras cosas celestiales, y yo me mantuve lejos de él antes de irme a la escuela dominical. Papá no se fija en las piernas de la gente en la iglesia, así que claro que no se fijó en las mías, pero todas las cotillas sí que se fijaron y hablaron de ello, y por eso estoy escribiendo esta carta al *Journal* para explicarlo. Supongo que hice algo muy malo, ya que todo el mundo lo dice, y lo siento, y me estoy poniendo esas medias horribles para castigarme, aunque papá me compró dos pares nuevos y bonitos, negros, en cuanto abrió la tienda del señor Flagg el lunes por la mañana. Pero la culpa fue toda mía, y si la gente culpa a papá por esto después de leerlo, es que no son cristianos, y por eso no me importa lo que digan.

Hay otra cosa que quiero explicar antes de terminar. Mary Vance me contó que el señor Evan Boyd está culpando a los Lew Baxter de robarle patatas de su campo el otoño pasado. Ellos no tocaron sus patatas. Son muy pobres, pero son honrados. Fuimos nosotros quienes lo hicimos: Jerry, Carl y yo. Una no estaba con nosotros en

aquel momento. Nunca pensamos que fuera robar. Solo queríamos unas cuantas patatas para cocinarlas en una hoguera en el Valle del Arco Iris una tarde, para comerlas con nuestra trucha frita. El campo del señor Boyd era el más cercano, justo entre el valle y el pueblo, así que trepamos por su valla y arrancamos unas matas. Las patatas eran terriblemente pequeñas, porque el señor Boyd no les puso suficiente abono, y tuvimos que arrancar muchas matas antes de reunir bastantes, y ni siquiera así eran mucho más grandes que canicas. Walter y Di Blythe nos ayudaron a comérmolas, pero no vinieron hasta que ya las teníamos cocinadas, y no sabían de dónde las habíamos sacado, así que ellos no tuvieron ninguna culpa, solo nosotros. No pretendíamos hacer ningún daño, pero si fue robar, lo sentimos muchísimo y le pagaremos al señor Boyd si él espera a que seamos mayores. Ahora nunca tenemos dinero porque no somos lo bastante mayores para ganarlo, y la tía Martha dice que hace falta hasta el último centavo del sueldo del pobre papá, incluso cuando se lo pagan con puntualidad —y no es muy a menudo—, para llevar esta casa. Pero el señor Boyd no debe seguir culpando a los Lew Baxter, que son del todo inocentes, y ponerles mala fama.

Muy atentamente, FAITH MEREDITH.

CAPÍTULO 26. LA SEÑORITA CORNELIA CAMBIA DE PUNTO DE VISTA

—Susan, cuando me muera, pienso volver a la tierra cada vez que florezcan los narcisos en este jardín —dijo Ana con arrobo—. Puede que nadie me vea, pero estaré aquí. Si alguien está en el jardín en ese momento —*creo* que vendré en un atardecer como este, pero *podría* ser justo al amanecer: un amanecer de primavera precioso, de un rosa pálido—, verá que los narcisos se agitan como locos, como si una racha de viento más fuerte acabara de pasar entre ellos, pero seré *yo*.

—Vamos, mi querida señora doctora, no estará usted pensando en andar luciendo cosas mundanas como los narcisos después de muerta —dijo Susan—. Y yo *no* creo en fantasmas, se vean o no se vean.

—Ay, Susan, no seré un fantasma. Eso suena horrible. Seré, sencillamente, *yo*. Y andaré correteando en el crepúsculo, sea de mañana o de tarde, y veré todos los rincones que quiero. ¿Te acuerdas de lo mal que lo pasé cuando dejamos nuestra pequeña casa de ensueño, Susan? Pensé que nunca podría querer tanto a Ingleside. Pero lo quiero. Quiero cada palmo de esta tierra y cada palo y cada piedra que hay en ella.

—Yo también le tengo bastante cariño a este sitio —dijo Susan, que se habría muerto si la hubieran sacado de allí—, pero no debemos poner tanto el corazón en las cosas terrenales, mi querida señora doctora. Existen los incendios y los terremotos. Siempre hay

que estar preparados. A los Tom MacAllister, al otro lado del puerto, se les quemó la casa hace tres noches. Dicen algunos que fue el propio Tom MacAllister quien le prendió fuego para cobrar el seguro. Puede ser verdad o no. Pero yo le aconsejo al doctor que haga revisar las chimeneas cuanto antes. Más vale prevenir que curar. Pero ahí veo venir a la señora Marshall Elliott por la cancela, con esa cara de apremio, como si la hubiesen mandado llamar con urgencia y no pudiera acudir.

—Ana, querida, ¿has visto hoy el *Journal*?

A la señorita Cornelia le temblaba la voz, en parte por la emoción, en parte porque había subido demasiado deprisa desde la tienda y se había quedado sin aliento.

Ana se inclinó sobre los narcisos para disimular una sonrisa. Ella y Gilbert se habían reído a carcajadas, sin ninguna piedad, de la primera página del *Journal* aquel día, pero sabía que para la querida señorita Cornelia aquello era casi una tragedia, y no debía herir sus sentimientos con ninguna muestra de ligereza.

—¿Verdad que es espantoso? ¿Qué se puede hacer? —preguntó la señorita Cornelia, desesperada. La señorita Cornelia había jurado que ya no se preocuparía más por las travesuras de los niños de la casa parroquial, pero seguía preocupándose exactamente igual.

Ana la llevó hasta el porche, donde Susan hacía punto mientras Shirley y Rilla, sentados a cada lado, estudiaban sus cartillas. Susan ya iba por el segundo par de medias para Faith. Susan nunca se preocupaba por la pobre humanidad. Hacía lo que estaba en su mano para mejorarla y dejaba serenamente lo demás en manos de los Poderes Superiores.

—Cornelia Elliott se cree que nació para gobernar este mundo, mi querida señora doctora —le había dicho una vez a Ana—, y por eso siempre anda hecha un mar de nervios por algo. Yo nunca he creído que *a mí* me tocara ese papel, así que voy tranquila por la vida. No es que no se me haya ocurrido alguna vez que las cosas podrían llevarse algo mejor de como se llevan. Pero no nos corresponde a los

pobres gusanos alimentar esos pensamientos. Solo sirven para incomodarnos y no llevan a ninguna parte.

—No veo qué se puede hacer... ahora —dijo Ana, sacándole a la señorita Cornelia una silla mullida y cómoda—. Pero ¿cómo diablos dejó el señor Vickers que se imprimiera esa carta? Desde luego, debería haber sido más precavido.

—Ah, es que está fuera, Ana, querida: lleva una semana en Nuevo Brunswick. Y ese granuja de Joe Vickers está al frente del *Journal* mientras tanto. Por supuesto, el señor Vickers jamás la habría publicado, aunque sea metodista, pero a Joe le habrá parecido una broma estupenda. Como tú dices, no creo que se pueda hacer ya nada, más que aguantar el chaparrón. Pero como pille a Joe Vickers en algún rincón, le voy a soltar un rapapolvo que no va a olvidar en mucho tiempo. Quise que Marshall cancelara ahora mismo nuestra suscripción al *Journal*, pero él se limitó a reírse y a decir que el número de hoy era el único que había tenido algo que mereciera la pena leer en todo un año. Marshall nunca se toma nada en serio: muy de hombre. Por suerte, Evan Boyd es igual. Se lo toma a broma y anda riéndose por todas partes. ¡Y es otro metodista! En cuanto a la señora Burr de Upper Glen, por supuesto que se pondrá furiosa y dejarán la iglesia. No es que vaya a ser una gran pérdida, se mire como se mire. Que se queden con *ellos* los metodistas, por mí encantada.

—Bien merecido lo tiene la señora Burr —dijo Susan, que llevaba tiempo enemistada con la dama en cuestión y se había reído de lo lindo con la alusión que le hacía la carta de Faith—. Ya verá como al pastor metodista no consigue estafarle *su* sueldo con lana de mala calidad.

—Lo peor de todo es que no hay muchas esperanzas de que las cosas mejoren —dijo la señorita Cornelia con desánimo—. Mientras el señor Meredith iba a visitar a Rosemary West, yo tenía esperanzas de que pronto la casa parroquial tuviera una señora como es debido. Pero eso se acabó. Supongo que ella no quiso aceptarlo por los niños; al menos, eso es lo que todo el mundo parece pensar.

—Yo no creo que él llegara siquiera a pedírselo —dijo Susan, incapaz de concebir que alguien rechazara a un pastor.

—Bueno, de eso nadie sabe nada. Pero una cosa es segura: ya no va por allí. Y Rosemary no ha tenido buena cara en toda la primavera. Espero que la visita a Kingsport le siente bien. Lleva un mes fuera y, según tengo entendido, se quedará otro mes más. No recuerdo la última vez que Rosemary estuvo fuera de casa. Ella y Ellen nunca podían soportar estar separadas. Pero, por lo que sé, esta vez fue Ellen quien insistió en que se fuera. Y mientras tanto, Ellen y Norman Douglas están recalentando la sopa de antaño.

—¿De verdad? —preguntó Ana, riendo—. Había oído un rumor, pero apenas lo creía.

—¡Créelo! Puedes creerlo perfectamente, Ana, querida. Nadie lo ignora. Norman Douglas jamás ha dejado a nadie con la duda de sus intenciones sobre nada. Siempre ha hecho su cortejo delante de todo el mundo. Le dijo a Marshall que llevaba años sin pensar en Ellen, pero que la primera vez que fue a la iglesia el otoño pasado la vio y volvió a enamorarse de ella como el primer día. Dijo que se le había olvidado por completo lo guapa que era. Llevaba veinte años sin verla, aunque parezca mentira. Claro, él nunca iba a la iglesia, y Ellen nunca iba a ningún otro sitio por aquí. Ay, todos sabemos ya lo que quiere Norman, pero lo que quiera Ellen es harina de otro costal. Yo no me atrevo a vaticinar si la cosa acabará en boda o no.

—La dejó plantada una vez; pero, según parece, eso no cuenta para algunas personas, mi querida señora doctora —comentó Susan, bastante ácida.

—La dejó plantada en un arretrato de mal genio, y se ha arrepentido toda la vida —dijo la señorita Cornelia—. Eso es distinto de una plantada a sangre fría. Por mi parte, nunca he detestado a Norman como lo detesta otra gente. Nunca ha conseguido intimidarme *a mí*. Lo que *sí* me pregunto es qué fue lo que le hizo empezar a ir a la iglesia. Nunca he podido creerme lo que cuenta la señora Wilson, que Faith Meredith fue allí y lo achantó a fuerza de

mano dura. Siempre he tenido intención de preguntárselo a la propia Faith, pero nunca se me ha ocurrido justo cuando la veo. ¿Qué influencia iba a tener *ella* sobre Norman Douglas? Estaba en la tienda cuando me marché, muerto de risa por aquella carta escandalosa. Se le oía hasta la Punta de Four Winds. «La mejor muchacha del mundo», gritaba. «Está tan rebosante de agallas que revienta por las costuras. Y todas las viejas carcamales quieren domesticarla, malditas sean. Pero nunca lo conseguirán... ¡nunca! Lo mismo les daría intentar ahogar a un pez. Boyd, a ver si el año que viene le echas más abono a tus patatas. ¡Ja, ja, ja!». Y luego se rio de tal manera que hasta el techo temblaba.

—El señor Douglas contribuye bien para el sueldo del pastor, al menos eso sí —comentó Susan.

—Ah, Norman no es tacaño en algunas cosas. Es capaz de dar mil dólares sin pestañear, y luego bramar como un toro de Basán si tiene que pagar cinco centavos de más por cualquier cosa. Además, le gustan los sermones del señor Meredith, y Norman Douglas siempre ha estado dispuesto a aflojar la bolsa si le hacían cosquillas en el cerebro. No tiene de cristiano más de lo que tiene un pagano negro y desnudo de África, y nunca lo tendrá. Pero es listo y muy leído, y juzga los sermones como quien juzga conferencias. En fin, menos mal que respalda así al señor Meredith y a los niños, porque después de esto van a necesitar amigos más que nunca. Estoy cansada de disculparlos, *créeme*.

—¿Sabe una cosa, querida señorita Cornelia? —dijo Ana con gravedad—. Creo que todos hemos estado poniendo demasiadas excusas. Es una tontería y deberíamos dejarlo. Le voy a contar lo que me *gustaría* hacer. No lo voy a hacer, claro está —Ana había notado un destello de alarma en los ojos de Susan—: sería demasiado poco convencional, y hay que ser convencional o morir, en cuanto se llega a lo que se supone que es una edad respetable. Pero me *gustaría* hacerlo. Me gustaría convocar una reunión de la Sociedad de Damas, de la Sociedad Misionera y de la Sociedad de Costura de las Chicas, e incluir entre el público a todos los

metodistas, sin excepción, que hayan criticado a los Meredith; aunque la verdad es que creo que, si las presbiterianas dejáramos de criticar y de disculparlos, veríamos que las demás confesiones apenas se molestarían en ocuparse de la gente de nuestra casa parroquial. Les diría: «Queridos amigos cristianos» —recalcando mucho lo de «cristianos»—: tengo algo que deciros, y quiero decíroslo bien claro, para que os lo llevéis a casa y se lo repitáis a vuestras familias. Los metodistas no tenéis por qué compadecernos, y las presbiterianas no tenemos por qué compadecernos a nosotras mismas. No lo vamos a hacer nunca más. Y vamos a decir, con valentía y con toda verdad, a críticos y a compasivos por igual: «Estamos *orgullosos* de nuestro pastor y de su familia. El señor Meredith es el mejor predicador que ha tenido nunca la iglesia de Glen St. Mary. Además, es un maestro sincero y entregado de la verdad y de la caridad cristiana. Es un amigo fiel, un pastor juicioso en todo lo esencial, y un hombre refinado, culto y de buena crianza. Su familia está a su altura. Gerald Meredith es el alumno más listo de la escuela del Glen, y el señor Hazard dice que está destinado a una carrera brillante. Es un chico varonil, honrado y sincero. Faith Meredith es una belleza, y tan estimulante y original como hermosa. No hay en ella nada de vulgar. Todas las demás chicas del Glen juntas no tienen el brío, el ingenio, la alegría y las *agallas* que tiene ella. No tiene ni un solo enemigo en el mundo. Todo el que la conoce la quiere. ¿De cuántos, niños o adultos, se puede decir lo mismo? Una Meredith es la dulzura personificada. Llegará a ser una mujer encantadora donde las haya. Carl Meredith, con su amor por las hormigas, las ranas y las arañas, será algún día un naturalista al que todo Canadá —más aún, el mundo entero— se enorgullecerá de honrar. ¿Conocéis alguna otra familia del Glen, o de fuera de él, de la que se puedan decir todas estas cosas? Fuera las excusas avergonzadas y las disculpas. ¡Nos *alegramos* de tener a nuestro pastor y a sus espléndidos hijos e hijas!».

Ana se detuvo, en parte porque se había quedado sin aliento tras su vehemente discurso, y en parte porque no se fiaba de seguir hablando al ver la cara que ponía la señorita Cornelia. Aquella buena

señora miraba a Ana sin saber qué hacer, aparentemente sumergida bajo oleadas de ideas nuevas. Pero al fin salió a la superficie con un jadeo y nadó valientemente hacia la orilla.

—¡Ana Blythe, ojalá *convocaras* esa reunión y dijeras exactamente eso! Me has hecho sentir vergüenza de mí misma, para empezar, y lejos de mí negarlo. *Por supuesto* que así es como deberíamos haber hablado, sobre todo a los metodistas. Y es verdad hasta la última palabra... hasta la última. Nos hemos limitado a cerrar los ojos ante las cosas grandes que de verdad importan, y a mirar de reojo las pequeñeces que no valen ni un alfiler. Ay, Ana, querida, yo sé reconocer las cosas cuando me las clavan bien clavadas en la cabeza. ¡Se acabaron las disculpas por parte de Cornelia Marshall! De ahora en adelante *yo* voy a llevar la cabeza bien alta, *créeme*, aunque *puede* que siga comentando las cosas contigo, como siempre, solo para desahogarme, si a los Meredith les da por hacer más trastadas de estas que dan que hablar. Hasta esa carta que tanto me disgustó... bueno, al fin y al cabo no es más que una broma de las buenas, como dice Norman. No muchas niñas habrían tenido el ingenio de pensar en escribirla, y encima con toda la puntuación en su sitio y sin una sola falta de ortografía. Que se atreva un metodista a decir una sola palabra al respecto... aunque, eso sí, jamás le perdonaré a Joe Vickers, *créeme*. ¿Dónde anda esta noche el resto de tus retoños?

—Walter y las gemelas están en el Valle del Arco Iris. Jem está estudiando en el desván.

—Todos están locos por el Valle del Arco Iris. Mary Vance cree que es el único sitio que hay en el mundo. Se plantaría aquí arriba todas las tardes si yo la dejara. Pero no le fomento la costumbre de andar callejeando. Además, echo de menos a la criatura cuando no está por casa, Ana, querida. Nunca pensé que le fuera a tomar tanto cariño. No es que no vea sus defectos, que los veo, y procuro corregírselos. Pero no me ha dicho ni una palabra impertinente desde que llegó a mi casa, y es una ayuda *enorme*; porque, bien mirado, Ana, querida, ya no soy tan joven como era, y no tiene

sentido negarlo. Cumplí cincuenta y nueve en mi último cumpleaños. No *me siento* con esa edad, pero no hay quien le lleve la contraria a la Biblia familiar.

CAPÍTULO 27. UN CONCIERTO SACRO

A pesar de su nuevo punto de vista, la señorita Cornelia no pudo evitar sentirse un poco alterada por la siguiente hazaña de los niños de la casa parroquial. En público salió airosa de la situación de maravilla, repitiendo a todas las cotillas la sustancia de lo que Ana le había dicho en la época de los narcisos, y diciéndolo con tal contundencia y tal aplomo que sus oyentes se sentían bastante ridículas y empezaban a pensar que, al fin y al cabo, estaban dando demasiada importancia a una travesura infantil. Pero en privado, la señorita Cornelia se permitía el alivio de desahogarse lamentándose ante Ana.

—Ana, querida, el jueves pasado por la tarde dieron un *concierto en el cementerio*, mientras se celebraba la reunión de oración de los metodistas. Allí se sentaron, en la lápida de Hezekiah Pollock, y cantaron durante una hora entera. Ya sé que, según parece, cantaron sobre todo himnos, y no habría sido tan grave si no hubieran hecho nada más. Pero me han dicho que terminaron con *Polly Wolly Doodle* de cabo a rabo, y justo cuando el diácono Baxter estaba rezando.

—Yo estuve allí aquella noche —dijo Susan—, y, aunque no le dije nada a usted, mi querida señora doctora, no pude evitar pensar que era una verdadera lástima que hubieran elegido esa noche precisamente. Daba escalofríos oírlos allí sentados, en esa morada de los muertos, gritando esa canción tan frívola a pleno pulmón.

—No sé qué hacías *tú* en una reunión de oración metodista —dijo la señorita Cornelia con acritud.

—Nunca he tenido la impresión de que el metodismo fuera contagioso —replicó Susan, muy tiesa—. Y, como iba a decir cuando me interrumpieron, por mal que me sintiera, *no* cedí ante los metodistas. Cuando la señora del diácono Baxter dijo, al salir, «¡Vaya exhibición tan vergonzosa!», yo le dije, mirándola bien a los ojos: «Todas cantan de maravilla, y ya veo que ninguna del coro de *usted*, señora Baxter, se molesta nunca en salir a su propia reunión de oración. Parece que sus voces solo están afinadas los domingos». Se quedó bastante mansa, y sentí que la había dejado en su sitio como Dios manda. Pero lo habría hecho mucho más a fondo, mi querida señora doctora, si al menos se hubieran dejado en el tintero *Polly Wolly Doodle*. Da verdadero espanto pensar que se cante eso en un cementerio.

—Algunos de esos difuntos cantaban *Polly Wolly Doodle* cuando estaban vivos, Susan. A lo mejor todavía les gusta oírla —sugirió Gilbert.

La señorita Cornelia lo miró con reproche y decidió que, en alguna otra ocasión, le insinuaría a Ana que había que amonestar al doctor por decir esas cosas. Podían perjudicarle la consulta. A la gente podía metérsele en la cabeza que no era ortodoxo. Cierto que Marshall decía cosas aún peores habitualmente, pero *él* no era un hombre público.

—Tengo entendido que su padre estuvo todo el rato en el despacho, con las ventanas abiertas, y no se dio cuenta de nada. Claro, estaría absorto en un libro, como de costumbre. Pero yo le hablé del asunto ayer, cuando vino de visita.

—¿Cómo te has atrevido, señora Marshall Elliott? —preguntó Susan en tono de reproche.

—¡Que si me he atrevido! Ya era hora de que alguien se atreviera a algo. Fíjate que dicen que él no sabe nada de esa carta de Faith al *Journal* porque a nadie le apetecía mencionárselo. Claro que él

nunca mira el *Journal*. Pero pensé que debía enterarse, para evitar que se repitiera algo así en el futuro. Dijo que lo «hablaría con ellos». Pero, claro, seguro que no ha vuelto a pensar en ello desde que salió por nuestra cancela. Ese hombre no tiene ni pizca de sentido del humor, Ana, *créeme*. El domingo pasado predicó sobre «Cómo educar a los hijos». Un sermón precioso, por cierto, y toda la iglesia pensando: «Qué pena que usted no pueda predicar con el ejemplo».

La señorita Cornelia era injusta con el señor Meredith al pensar que pronto olvidaría lo que ella le había contado. Él volvió a casa muy alterado, y cuando los niños llegaron aquella noche del Valle del Arco Iris, a una hora mucho más tardía de la que deberían haber estado rondando por allí, los llamó a su despacho.

Entraron algo sobrecogidos. Era muy raro que su padre hiciera algo así. ¿Qué les iría a decir? Rebuscaron en la memoria alguna trastada reciente de suficiente importancia, pero no lograron recordar ninguna. Carl le había volcado un platillo de mermelada encima del vestido de seda a la señora Peter Flagg dos noches antes, cuando, invitada por la tía Martha, se había quedado a cenar. Pero el señor Meredith no se había dado cuenta, y la señora Flagg, que era todo bondad, no había armado ningún escándalo. Además, Carl ya había sido castigado a llevar puesto el vestido de Una durante el resto de la velada.

A Una se le ocurrió de pronto que quizá su padre fuera a decirles que iba a casarse con la señorita West. El corazón empezó a latirle con violencia y le temblaron las piernas. Pero entonces vio que el señor Meredith tenía cara de estar muy serio y apesadumbrado. No, no podía ser eso.

—Niños —dijo el señor Meredith—, he oído algo que me ha dolido mucho. ¿Es verdad que os pasasteis toda la tarde del jueves pasado sentados en el cementerio, cantando canciones obscenas, mientras en la iglesia metodista se celebraba una reunión de oración?

—¡Santo cielo, papá, se nos olvidó por completo que esa noche tenían la reunión de oración! —exclamó Jerry, consternado.

—Entonces es verdad: ¿hicisteis vosotros esto?

—Pero, papá, no sé qué quieres decir con canciones obscenas. Cantamos himnos: fue un concierto sacro, ya sabes. ¿Qué mal había en eso? Te digo que ni se nos pasó por la cabeza que esa noche tocaba la reunión de oración de los metodistas. Antes la tenían los martes por la noche, y desde que la cambiaron a los jueves cuesta acordarse.

—¿No cantasteis más que himnos?

—Bueno —dijo Jerry, poniéndose colorado—, *sí* que cantamos *Polly Wolly Doodle* al final. Faith dijo: «Vamos a terminar con algo alegre». Pero no queríamos hacer ningún daño, papá; de verdad que no.

—El concierto fue idea mía, papá —dijo Faith, temiendo que el señor Meredith fuera a culpar demasiado a Jerry—. Ya sabes que los propios metodistas dieron un concierto sacro en su iglesia hace tres domingos. Pensé que sería divertido organizar uno imitándolo. Solo que ellos tuvieron oraciones en el suyo, y nosotros nos saltamos esa parte, porque oímos decir que a la gente le parecía horrible que rezáramos en un cementerio. *Tú* estabas aquí sentado todo el rato —añadió— y no nos dijiste ni una palabra.

—No me di cuenta de lo que estabais haciendo. Eso no es excusa para mí, desde luego. Yo tengo más culpa que vosotros; me doy cuenta. Pero ¿por qué cantasteis esa canción tan tonta al final?

—No lo pensamos —masculló Jerry, sintiendo que era una excusa muy floja, viendo que él mismo había echado una bronca tremenda a Faith en las sesiones del Club de la Buena Conducta precisamente por su falta de reflexión—. Lo sentimos, papá; de verdad que sí. Cáenos encima con todo: nos merecemos un buen rapapolvo.

Pero el señor Meredith no les echó ningún rapapolvo ni les cayó encima. Se sentó, atrajo hacia sí a sus pequeños culpables y les

habló un poco, con ternura y sensatez. Se sintieron abrumados de remordimiento y de vergüenza, y sintieron que nunca más podrían volver a ser tan tontos y desconsiderados.

—Tenemos que castigarnos por esto bien castigados —susurró Jerry mientras subían la escalera sigilosamente—. Mañana a primera hora tendremos una sesión del Club y decidiremos cómo. Nunca había visto a papá tan afectado. Pero ojalá los metodistas se quedaran con una sola noche para su reunión de oración, en vez de andar cambiándola por toda la semana.

—Bueno, al menos me alegro de que no fuera lo que yo me temía —murmuró Una para sus adentros.

A su espalda, en el despacho, el señor Meredith se había sentado a su escritorio y había hundido el rostro entre los brazos.

—¡Que Dios me ayude! —dijo—. No valgo gran cosa como padre. ¡Ay, Rosemary! ¡Si tan solo me hubieras querido!

CAPÍTULO 28. UN DÍA DE AYUNO

El Club de la Buena Conducta celebró una sesión especial a la mañana siguiente, antes de ir a la escuela. Tras varias propuestas, se decidió que un día de ayuno sería un castigo adecuado.

—No vamos a comer ni una sola cosa en todo el día —dijo Jerry—. Tengo curiosidad por saber cómo es ayunar, la verdad. Será una buena ocasión para averiguarlo.

—¿Qué día elegimos? —preguntó Una, que pensaba que sería un castigo bastante fácil y le extrañaba un poco que a Jerry y a Faith no se les hubiera ocurrido algo más duro.

—Elijamos el lunes —dijo Faith—. Los domingos solemos tener una comida bastante *contundente*, y los lunes las comidas nunca son gran cosa.

—Pero es que ahí está la clave —exclamó Jerry—. No debemos elegir el día más fácil para ayunar, sino el más difícil, y ese es el domingo, porque, como tú dices, ese día solemos tener rosbif en vez de ditto frío. No sería mucho castigo ayunar de ditto. Vamos a coger el domingo que viene. Será un buen día, porque papá va a hacer un intercambio de púlpitos con el pastor de Upper Lowbridge para el oficio de la mañana. Papá estará fuera hasta el anochecer. Si a la tía Martha le extraña lo que nos pasa, le decimos claramente que estamos ayunando por el bien de nuestras almas, y que está en la Biblia, y que no se meta, y me apuesto lo que quieras a que no se mete.

La tía Martha no se metió. Se limitó a decir, con su murmullo quejumbroso: «¿Qué tontería estáis tramando ahora, pillastres?», y no volvió a pensar en ello. El señor Meredith se había marchado muy temprano, antes de que nadie se hubiera levantado. Se fue también sin desayunar, pero eso, claro está, era lo de siempre. La mitad de las veces se le olvidaba, y no había nadie que se lo recordara. El desayuno —el desayuno de la tía Martha— no era una comida difícil de perderse. Ni siquiera los hambrientos «pillastres» sintieron gran privación al abstenerse de las «gachas grumosas y la leche azulada» que tanto desprecio habían despertado en Mary Vance. Pero a la hora de comer la cosa cambió. Para entonces tenían un hambre feroz, y el olor a rosbif que impregnaba la casa parroquial, delicioso a pesar de que el rosbif estaba muy poco hecho, era casi más de lo que podían soportar. Desesperados, corrieron al cementerio, donde no lo olerían. Pero Una no lograba apartar los ojos de la ventana del comedor, por la que se veía al pastor de Upper Lowbridge comiendo con toda placidez.

—Si al menos pudiera comer un trocito, un trocito así de chiquitín —suspiró.

—Se acabó, deja eso ya —ordenó Jerry—. Claro que es duro, pero de eso se trata el castigo. Yo ahora mismo me comería hasta un ídolo de piedra, ¿y me quejo? Pensemos en otra cosa. Tenemos que elevarnos por encima de nuestros estómagos.

A la hora de la cena ya no sentían las punzadas de hambre que habían sufrido antes.

—Supongo que nos vamos acostumbrando —dijo Faith—. Tengo una sensación rarísima, como de vacío por dentro, pero no puedo decir que tenga hambre.

—A mí la cabeza me hace cosas raras —dijo Una—. A veces me da vueltas y vueltas.

Pero aun así fue con valentía a la iglesia con los demás. Si el señor Meredith no hubiera estado tan absorto, tan arrebatado por su tema, quizá habría reparado en la carita pálida y los ojos hundidos del

banco de la casa parroquial, allá abajo. Pero no reparó en nada, y su sermón resultó algo más largo de lo habitual. Entonces, justo antes de anunciar el himno final, Una Meredith se desplomó del banco de la casa parroquial y quedó tendida en el suelo, desmayada por completo.

La señora del anciano Clow fue la primera en llegar hasta ella. Recogió el cuerpecito delgado de los brazos de Faith, blanca como la cera y aterrada, y lo llevó a la sacristía. El señor Meredith se olvidó del himno y de todo lo demás y corrió tras ella como un loco. La congregación se disolvió como pudo.

—Ay, señora Clow —jadeó Faith—, ¿está muerta Una? ¿La hemos matado?

—¿Qué le pasa a mi niña? —preguntó el padre, pálido.

—Se ha desmayado nada más, creo —dijo la señora Clow—. Ay, aquí está el doctor, gracias a Dios.

A Gilbert no le resultó nada fácil devolver a Una al conocimiento. Trabajó sobre ella un buen rato antes de que abriera los ojos. Luego la llevó en brazos a la casa parroquial, seguido de Faith, que sollozaba histérica de puro alivio.

—Es que tiene hambre, nada más, ¿sabe?; no ha comido nada en todo el día, ninguno de nosotros ha comido, estábamos todos ayunando.

—¡Ayunando! —dijo el señor Meredith, y —¿Ayunando? —dijo el doctor.

—Sí, para castigarnos por cantar *Polly Wolly* en el cementerio —dijo Faith.

—Hija mía, no quiero que os castigéis por eso —dijo el señor Meredith, angustiado—. Ya os regañé un poco, y os arrepentisteis todos, y os perdoné.

—Sí, pero teníamos que ser castigados —explicó Faith—. Es nuestra norma, en nuestro Club de la Buena Conducta, ¿sabe?: si

hacemos algo malo, o algo que pueda perjudicar a papá delante de la congregación, *tenemos* que castigarnos. Nos estamos criando nosotros mismos, ¿sabe?, porque no hay nadie que lo haga.

El señor Meredith gimió, pero el doctor se levantó de junto a Una con aire de alivio.

—Entonces esta niña simplemente se ha desmayado por falta de comida, y lo único que necesita es una buena comida como Dios manda —dijo—. Señora Clow, ¿sería tan amable de encargarse de que la tenga? Y creo, por lo que cuenta Faith, que a todos les vendría bien comer algo, o vamos a tener más desmayos.

—Supongo que no deberíamos haber hecho ayunar a Una —dijo Faith, apesadumbrada—. Ahora que lo pienso, solo Jerry y yo deberíamos haber sido castigados. *Nosotros* organizamos el concierto, y éramos los mayores.

—Yo canté *Polly Wolly* igual que los demás —dijo la vocecita débil de Una—, así que a mí también me tocaba el castigo.

La señora Clow trajo un vaso de leche, Faith, Jerry y Carl se escabulleron a la despensa, y John Meredith se fue a su despacho, donde se quedó a oscuras un buen rato, a solas con sus amargos pensamientos. Así que sus hijos se estaban criando a sí mismos porque no había «nadie que lo hiciera»; se abrían paso entre sus pequeñas dificultades sin una mano que los guiara ni una voz que los aconsejara. La frase que Faith había pronunciado con tanta inocencia se le clavó al padre en la mente como una flecha con púas. No había «nadie» que cuidara de ellos, que consolara sus pequeñas almas y velara por sus pequeños cuerpos. ¡Qué frágil había parecido Una, tendida en el sofá de la sacristía durante aquel desmayo tan largo! ¡Qué finas eran sus manecitas, qué pálida su carita! Parecía como si pudiera escapársele en un suspiro: la dulce Una, a quien Cecilia le había suplicado que cuidara con especial esmero. Desde la muerte de su esposa no había sentido una angustia tan honda como la que le sobrecogió mientras se inclinaba sobre su hijita, inconsciente. Tenía que hacer algo, pero ¿el qué?

¿Debería pedirle a Elizabeth Kirk que se casara con él? Era una buena mujer, sería buena con sus hijos. Quizá podría hacerse a la idea, de no ser por el amor que sentía por Rosemary West. Pero mientras no lograra arrancarse ese amor del pecho, no podía pretender a otra mujer en matrimonio. Y no lograba arrancárselo: lo había intentado y no podía. Rosemary había estado en la iglesia aquella noche, por primera vez desde su vuelta de Kingsport. Había alcanzado a verle el rostro al fondo de la iglesia abarrotada, justo cuando acababa de terminar el sermón. El corazón le había dado un vuelco violento. Se quedó sentado mientras el coro cantaba la «pieza de la colecta», con la cabeza inclinada y el pulso agitado. No la había visto desde la noche en que le pidió que se casara con él. Al levantarse para anunciar el himno le temblaban las manos y su rostro pálido se había encendido. Luego el desmayo de Una le había borrado todo lo demás de la mente por un rato. Ahora, en la oscuridad y la soledad del despacho, todo volvía de golpe. Rosemary era la única mujer en el mundo para él. De nada le servía pensar en casarse con otra. No podía cometer semejante sacrilegio ni siquiera por el bien de sus hijos. Tenía que llevar su carga él solo, tenía que esforzarse por ser un padre mejor, más atento, tenía que decirles a sus hijos que no tuvieran miedo de acudir a él con todos sus pequeños problemas. Entonces encendió la lámpara y tomó un grueso libro nuevo que traía revuelto al mundo teológico. Leería solo un capítulo para serenar el ánimo. Cinco minutos después estaba perdido para el mundo y para los problemas del mundo.

CAPÍTULO 29. UNA HISTORIA SINIESTRA

En una tarde de principios de junio, el Valle del Arco Iris era un lugar del todo delicioso, y los niños lo sentían así mientras estaban sentados en el claro abierto donde las campanillas repicaban con travesura élfica en los Árboles Enamorados, y la Dama Blanca sacudía su verde melena. El viento reía y silbaba en torno a ellos como un compañero leal y de corazón alegre. Los helechos jóvenes olían a especias en la hondonada. Los cerezos silvestres, esparcidos por el valle entre los oscuros abetos, se veían blancos como en una bruma. Los petirrojos silbaban allá en los arces, detrás de Ingleside. Más allá, en las laderas del Glen, había huertos en flor, dulces y místicos y maravillosos, envueltos en la penumbra. Era primavera, y las criaturas jóvenes *tienen* que alegrarse en primavera. Todos estaban alegres aquella tarde en el Valle del Arco Iris, hasta que Mary Vance les heló la sangre con la historia del fantasma de Henry Warren.

Jem no estaba allí. Jem pasaba ahora las tardes estudiando en el desván de Ingleside para su examen de ingreso. Jerry andaba junto al estanque, pescando truchas. Walter les había estado leyendo a los demás los poemas marinos de Longfellow, y todos estaban empapados en la belleza y el misterio de los barcos. Luego hablaron de lo que harían de mayores: adónde viajarían, qué costas lejanas y hermosas verían. Nan y Di pensaban irse a Europa. Walter anhelaba el Nilo gimiendo entre sus arenas egipcias, y una visión de la esfinge. Faith opinó, bastante apesadumbrada, que suponía que tendría que ser misionera —la vieja señora Taylor le decía que debía

serlo— y así al menos vería la India o China, aquellas tierras misteriosas de Oriente. Carl tenía el corazón puesto en las selvas africanas. Una no dijo nada. Pensaba que a ella le gustaría quedarse en casa, sin más. Aquí era más bonito que en ningún otro sitio. Sería terrible cuando todos fueran mayores y tuvieran que dispersarse por el mundo. Solo de pensarlo, Una sentía morriña y soledad. Pero los demás siguieron soñando encantados hasta que llegó Mary Vance y, de un solo golpe, hizo desaparecer poesía y ensueños.

—Vaya, qué sofocada vengo —exclamó—. He bajado esa cuesta corriendo como alma que lleva el diablo. Me he llevado un susto de muerte allá arriba, en la vieja finca de los Bailey.

—¿Qué te ha asustado? —preguntó Di.

—No lo sé. Andaba yo curioseando bajo aquellas lilas del jardín viejo, a ver si ya habían salido los lirios de los valles. Estaba oscuro como boca de lobo, y de pronto veo algo que se mueve y cruje al otro lado del jardín, entre esos cerezos. Era *blanco*. Os digo que no me quedé a mirar dos veces. Salté el dique más deprisa que deprisa. Estaba segura de que era el fantasma de Henry Warren.

—¿Quién era Henry Warren? —preguntó Di.

—¿Y por qué iba a tener un fantasma? —preguntó Nan.

—Anda, ¿nunca habéis oído la historia? Y eso que os habéis criado en el Glen. Bueno, esperad un momento a que recobre el resuello y os la cuento.

Walter se estremeció de gusto. Le encantaban las historias de fantasmas. Su misterio, sus climas dramáticos, su escalofrío le procuraban un placer temeroso y exquisito. Longfellow se volvió al instante insulso y vulgar. Tiró el libro a un lado y se tumbó, apoyado en los codos, para escuchar con toda el alma, clavando sus grandes ojos luminosos en la cara de Mary. Mary hubiera preferido que no la mirara así. Sentía que le saldría mejor la historia de fantasmas si Walter no la estuviera mirando. Podría añadir algún que otro adorno e inventar algunos detalles artísticos para intensificar el horror. Pero,

tal como estaban las cosas, tenía que ceñirse a la pura verdad, o a lo que a ella le habían contado como verdad.

—Bueno —empezó—, ya sabéis que el viejo Tom Bailey y su mujer vivían hace treinta años en aquella casa de allá arriba. Dicen que él era un condenado sinvergüenza, y que ella no le iba a la zaga. No tenían hijos propios, pero una hermana del viejo Tom se murió y dejó un niño pequeño, este tal Henry Warren, y ellos lo acogieron. Tenía unos doce años cuando llegó con ellos, y era canijo y enfermizo. Dicen que Tom y su mujer lo trataron fatal desde el principio: lo azotaban y lo mataban de hambre. La gente decía que querían que se muriera para quedarse con el poquito de dinero que le había dejado su madre. Henry no se murió enseguida, pero empezó a darle ataques, epilepsia lo llamaban, y se fue criando medio tonto, hasta que cumplió los dieciocho. Su tío solía darle palizas allá en aquel jardín, porque quedaba detrás de la casa, donde nadie podía verlo. Pero la gente sí que podía oírlo, y dicen que daba miedo, a veces, oír al pobre Henry suplicarle al tío que no lo matara. Pero nadie se atrevía a meterse, porque el viejo Tom era tan mal bicho que seguro que se las hacía pagar de alguna manera. Le quemó los graneros a un hombre de Harbour Head que lo había ofendido. Al final Henry se murió, y el tío y la tía dijeron que había sido de uno de sus ataques, y eso fue todo lo que se supo nunca, pero todo el mundo decía que Tom sin más lo había matado de una vez por todas. Y no tardó en correrse que Henry *se aparecía*. Que aquel jardín viejo estaba *encantado*. Lo oían de noche, gimiendo y llorando. El viejo Tom y su mujer se marcharon, se fueron al Oeste y nunca volvieron. El sitio se ganó tan mala fama que nadie quiso comprarlo ni alquilarlo. Por eso está todo en ruinas. Eso fue hace treinta años, pero el fantasma de Henry Warren todavía anda por allí.

—¿Tú te lo crees? —preguntó Nan con desdén—. Yo no.

—Pues gente *buena* lo ha visto, y lo ha oído —replicó Mary—. Dicen que aparece y se arrastra por el suelo, y te agarra de las piernas, y farfulla y gime igual que hacía cuando estaba vivo. Yo

pensé en eso en cuanto vi aquella cosa blanca entre los arbustos, y pensé que si me agarraba así y se ponía a gemir, caería muerta en el sitio. Así que salí pitando que no veas. *A lo mejor* no era su fantasma, pero yo no pensaba arriesgarme con un aparecido.

—Sería el ternero blanco de la vieja señora Stimson —rio Di—. Pasta en ese jardín; yo lo he visto.

—Puede ser. Pero *yo* no vuelvo a pasar por el jardín de los Bailey para ir a casa, eso desde luego. Aquí llega Jerry con una buena ristra de truchas, y me toca a mí cocinarlas. Jem y Jerry dicen los dos que soy la mejor cocinera del Glen. Y Cornelia me dijo que podía traerme esta tanda de galletas. Casi se me caen todas cuando vi el fantasma de Henry.

Jerry se rio a carcajadas cuando oyó la historia del fantasma, que Mary repitió mientras freía el pescado, adornándola un poquito más, ya que Walter se había ido a ayudar a Faith a poner la mesa. A Jerry no le hizo ninguna mella, pero Faith y Una y Carl se habían asustado bastante por dentro, aunque jamás lo habrían reconocido. Todo iba bien mientras los demás estaban con ellos en el valle; pero cuando terminó el festín y cayeron las sombras, temblaron al recordarlo. Jerry se fue con los Blythe a Ingleside a ver a Jem por un asunto, y Mary Vance se fue a casa por aquel lado. Así que Faith, Una y Carl tuvieron que volver solos a la casa parroquial. Caminaron muy juntos y le dieron un buen rodeo al jardín viejo de los Bailey. No es que creyeran que estuviera encantado, claro está, pero por nada del mundo se habrían acercado a él.

CAPÍTULO 30. EL FANTASMA DEL DIQUE

No sabían muy bien por qué, pero ni Faith, ni Carl, ni Una lograban sacudirse el hechizo que la historia del fantasma de Henry Warren había tejido en su imaginación. Nunca habían creído en fantasmas. Historias de fantasmas las habían oído a montones —Mary Vance les había contado algunas mucho más espeluznantes que esta—, pero aquellos relatos hablaban siempre de lugares, gentes y espectros lejanos y desconocidos. Tras el primer escalofrío, mitad terror y mitad placer, de asombro y espanto, dejaban de pensar en ellos. Pero esta historia les tocaba de cerca. El viejo jardín de los Bailey estaba casi a la puerta de su casa, casi dentro de su querido Valle del Arco Iris. Habían pasado y vuelto a pasar por él continuamente; habían buscado flores en él; habían cortado camino a través de él cuando querían ir derechos del pueblo al valle. ¡Pero nunca más! Después de la noche en que Mary Vance les contó su espantoso relato, no habrían pasado por allí ni se habrían acercado aunque les hubiera costado la muerte. ¡La muerte! ¿Qué era la muerte comparada con la sobrenatural posibilidad de caer en las garras del fantasma rastrero de Henry Warren?

Una calurosa tarde de julio, los tres estaban sentados bajo los Árboles Enamorados, sintiéndose un poco solos. Aquella tarde nadie más se había acercado al valle. Jem Blythe estaba en Charlottetown, preparando sus exámenes de ingreso. Jerry y Walter Blythe habían salido a navegar por el puerto con el viejo capitán Crawford. Nan, Di, Rilla y Shirley habían bajado por el camino del puerto a visitar a Kenneth y Persis Ford, que habían venido con sus padres a hacer

una visita relámpago a la vieja y pequeña casa de ensueño. Nan le había pedido a Faith que fuera con ellas, pero Faith había declinado. Jamás lo habría reconocido, pero sentía unos celillos secretos de Persis Ford, de cuya maravillosa belleza y de cuyo aire de ciudad había oído hablar mucho. No, no pensaba bajar hasta allí a hacer de comparsa de nadie. Ella y Una se llevaron sus libros de cuentos al Valle del Arco Iris y se pusieron a leer, mientras Carl investigaba bichos por las orillas del arroyo, y los tres estuvieron contentos hasta que de pronto se dieron cuenta de que ya anochecía y de que el viejo jardín de los Bailey quedaba incómodamente cerca. Carl vino y se sentó junto a las niñas. Todos hubieran querido volver a casa un poco antes, pero nadie dijo nada.

Grandes nubes moradas y aterciopeladas se amontonaban en el oeste y se extendían sobre el valle. No corría ni una gota de viento, y todo quedó de pronto extraña y terriblemente quieto. El pantano estaba lleno de miles de luciérnagas. Sin duda aquella noche se celebraba algún parlamento de las hadas. Con todo, el Valle del Arco Iris no era, desde luego, un lugar de fiar en aquel momento.

Faith miró temerosa valle arriba, hacia el viejo jardín de los Bailey. Y si alguna vez a alguien se le ha helado la sangre, sin duda a Faith Meredith se le heló en aquel instante. Los ojos de Carl y Una siguieron su mirada hechizada, y a ellos también empezaron a galoparles escalofríos arriba y abajo por el espinazo. Porque allí, bajo el gran alerce del dique ruinoso y cubierto de hierba del jardín de los Bailey, había algo blanco: una blancura informe en la penumbra creciente. Los tres Meredith se quedaron sentados, mirando, convertidos en piedra.

—Es... es el... el ternero —susurró Una por fin.

—Es... demasiado... grande... para ser el ternero —susurró Faith. Tenía la boca y los labios tan secos que apenas podía articular las palabras.

De pronto, Carl dio un grito ahogado:

—Viene hacia aquí.

Las niñas lanzaron una última mirada de angustia. Sí, aquello reptaba abajo como jamás reptó ni pudo reptar ternero alguno. La razón huyó ante el pánico repentino y arrollador. Por un momento, los tres estuvieron firmemente convencidos de que lo que veían era el fantasma de Henry Warren. Carl se puso en pie de un salto y echó a correr a ciegas. Con un grito simultáneo, las niñas lo siguieron. Como posesos subieron la cuesta a todo correr, cruzaron la carretera y entraron en la casa parroquial. Habían dejado a la tía Martha cosiendo en la cocina. Ya no estaba allí. Corrieron al despacho. Estaba a oscuras y vacío. Como movidos por un mismo impulso, dieron media vuelta y se lanzaron hacia Ingleside, pero no cruzando el Valle del Arco Iris. Cuesta abajo y por la calle del Glen volaron en alas de su terror desatado, Carl en cabeza y Una cerrando la marcha. Nadie intentó detenerlos, aunque todo el que los vio se preguntó en qué nueva diablura andarían metidos esta vez los chicos de la casa parroquial. Pero, en la verja de Ingleside, se dieron de bruces con Rosemary West, que acababa de entrar un momento a devolver unos libros prestados.

Vio sus caras lívidas y sus ojos desorbitados. Comprendió que aquellas pobres almitas estaban atenazadas por un miedo terrible y auténtico, fuera cual fuese su causa. Sujetó a Carl con un brazo y a Faith con el otro. Una tropezó contra ella y se agarró con desesperación.

—Niños, queridos, ¿qué ha pasado? —dijo—. ¿Qué os ha asustado?

—El fantasma de Henry Warren —contestó Carl, con los dientes castañeteando.

—¡El fantasma... de Henry... Warren! —dijo Rosemary, atónita, pues jamás había oído la historia.

—Sí —sollozó Faith, histérica—. Está ahí, en el dique de los Bailey... Lo hemos visto, y ha empezado a perseguirnos.

Rosemary condujo a las tres criaturas enloquecidas hasta el porche de Ingleside. Gilbert y Ana habían salido también, hacia la

casa de ensueño, pero Susan apareció en la puerta, angulosa, práctica y de lo menos fantasmal que cabía imaginar.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó.

Los niños volvieron a balbucear su terrible historia, mientras Rosemary los estrechaba contra sí y los consolaba sin palabras.

—Probablemente era un búho —dijo Susan, impasible.

¡Un búho! Los niños Meredith no volvieron a tener buena opinión de la inteligencia de Susan después de aquello.

—Era más grande que un millón de búhos —dijo Carl, sollozando (ay, cuánto llegaría a avergonzarse después aquel llanto)—, y... y se *arrastraba* tal como decía Mary, y venía reptando dique abajo para echársenos encima. ¿Es que los búhos *reptan*?

Rosemary miró a Susan.

—Deben de haber visto algo que los ha asustado así —dijo.

—Voy a ir a ver —dijo Susan con calma—. Vosotros, niños, calmaos. Sea lo que sea lo que hayáis visto, no era un fantasma. En cuanto al pobre Henry Warren, estoy segura de que él sería el primero en alegrarse de descansar tranquilo en su sepultura una vez llegado a ella. *Ese* no va a volver, ni pensarlo, y a eso puede usted atenerse. Si logra hacerles entrar en razón, señorita West, yo averiguaré la verdad de todo esto.

Susan partió hacia el Valle del Arco Iris, empuñando valerosamente una horca que encontró apoyada contra la valla trasera, donde el doctor había estado trabajando en su pequeño henar. Puede que una horca no sirviera de mucho contra los «aparecidos», pero era un arma reconfortante. No había nada que ver en el Valle del Arco Iris cuando Susan llegó. Ningún visitante blanco parecía acechar en el viejo y enmarañado jardín de los Bailey, sumido en sombras. Susan lo atravesó con paso resuelto y siguió más allá, y llamó con el mango de la horca a la puerta de la casita del otro lado, donde vivía la señora Stimson con sus dos hijas.

De vuelta en Ingleside, Rosemary había conseguido calmar a los niños. Todavía sollozaban un poco por la impresión, pero empezaban a sentir la sospecha, oculta y saludable, de que habían hecho el ridículo de un modo espantoso. Aquella sospecha se convirtió en certeza cuando Susan regresó por fin.

—Ya he averiguado qué era vuestro fantasma —dijo, con una sonrisa torva, sentándose en una mecedora y abanicándose—. La vieja señora Stimson lleva una semana blanqueando un par de sábanas de algodón de fábrica en el jardín de los Bailey. Las tendió sobre el dique, bajo el alerce, porque allí la hierba estaba limpia y corta. Esta tarde salió a recogerlas. Llevaba la labor de punto en las manos, así que se echó las sábanas por los hombros para cargar con todo a la vez. Debió de perder entonces una de las agujas, y no ha logrado encontrarla, ni la ha encontrado todavía. Se puso de rodillas y se arrastró buscándola, y en esas estaba cuando oyó unos gritos espantosos valle abajo y vio a los tres niños subiendo la cuesta a la carrera, pasando junto a ella. Pensó que algo los había mordido, y el susto le dio tal vuelco al pobre corazón que no pudo ni moverse ni hablar, y se quedó agazapada allí hasta que desaparecieron. Luego volvió a casa dando tumbos, y desde entonces no han dejado de darle reconstituyentes, porque tiene el corazón fatal y dice que no se recuperará del susto en todo el verano.

Los Meredith se quedaron sentados, rojos de una vergüenza que ni siquiera la comprensiva compasión de Rosemary pudo borrar. Se escabulleron a casa, se encontraron con Jerry en la verja de la casa parroquial e hicieron su compungida confesión. Se convocó una sesión del Club de la Buena Conducta para la mañana siguiente.

—¿Verdad que la señorita West ha sido un encanto con nosotros esta noche? —susurró Faith en la cama.

—Sí —admitió Una—. Es una lástima que convertirse en madrastra cambie tanto a la gente.

—Yo no me lo creo —dijo Faith, leal.

CAPÍTULO 31. CARL HACE PENITENCIA

—No veo por qué tenemos que ser castigados en absoluto —dijo Faith, bastante enfurruñada—. No hicimos nada malo. No pudimos evitar asustarnos. Y no le hará ningún daño a papá. Fue solo un accidente.

—Fuisteis unos cobardes —dijo Jerry con desdén judicial—, y os dejasteis vencer por vuestra cobardía. Por eso hay que castigaros. Todo el mundo se va a reír de vosotros por esto, y eso es una deshonra para la familia.

—Si supieras lo espantoso que fue todo aquello —dijo Faith, estremeciéndose—, pensarías que ya hemos sido bastante castigados. Yo no volvería a pasar por ello por nada del mundo.

—Apuesto a que tú también habrías salido corriendo si hubieras estado allí —masculló Carl.

—De una vieja envuelta en una sábana de algodón —se burló Jerry—. ¡Ja, ja, ja!

—No se parecía en nada a una vieja —exclamó Faith—. Era solo una cosa grande, blanca, que se arrastraba por la hierba, tal como decía Mary Vance que hacía Henry Warren. Muy fácil te resulta a ti reírte, Jerry Meredith, pero se te habría helado la risa en la boca si hubieras estado allí. Y bueno, ¿cómo se supone que nos van a castigar? A *mí* no me parece justo, pero vamos a saber ya qué tenemos que hacer, ¡juez Meredith!

—Tal y como yo lo veo —dijo Jerry, frunciendo el ceño—, el más culpable fue Carl. Según tengo entendido, fue el primero en salir huyendo. Además, era el chico, así que debería haberse plantado para protegeros a vosotras, fuera cual fuese el peligro. Tú lo sabes, ¿verdad, Carl?

—Supongo que sí —gruñó Carl, avergonzado.

—Muy bien. Este va a ser tu castigo. Esta noche te sentarás solo en la lápida del señor Hezekiah Pollock, en el cementerio, hasta las doce.

Carl se estremeció ligeramente. El cementerio no quedaba tan lejos del viejo jardín de los Bailey. Iba a ser una prueba dura, pero Carl estaba deseoso de borrar su deshonor y demostrar que, después de todo, no era ningún cobarde.

—De acuerdo —dijo con firmeza—. Pero ¿cómo voy a saber cuándo son las doce?

—Las ventanas del despacho están abiertas y oirás el reloj dar las horas. Y que conste que no debes moverte de ese cementerio hasta la última campanada. En cuanto a vosotras, las chicas, os vais a quedar sin mermelada en la cena durante una semana.

Faith y Una se quedaron con la cara bastante larga. Se inclinaban a pensar que hasta la agonía de Carl, aunque intensa, relativamente breve, era un castigo más leve que aquella prueba larga y prolongada. ¡Toda una semana de pan reblandecido sin la gracia salvadora de la mermelada! Pero en el club no se permitían escaqueos. Las niñas aceptaron su suerte con toda la filosofía que fueron capaces de reunir.

Aquella noche todos se acostaron a las nueve, salvo Carl, que ya montaba su vigilia sobre la lápida. Una se acercó a escondidas a darle las buenas noches. Su tierno corazón se le encogía de compasión.

—Ay, Carl, ¿tienes mucho miedo? —susurró.

—Ni pizca —dijo Carl, con desenfado.

—Yo no voy a pegar ojo hasta después de las doce —dijo Una—. Si te sientes solo, mira hacia nuestra ventana y acuérdate de que estoy ahí dentro, despierta, pensando en ti. Eso será un poco de compañía, ¿verdad?

—Estaré bien. No te preocupes por mí —dijo Carl.

Pero, a pesar de sus valientes palabras, Carl se sintió bastante solo cuando se apagaron las luces de la casa parroquial. Había tenido la esperanza de que su padre estuviera en el despacho, como tantas otras veces. Entonces no se habría sentido tan solo. Pero aquella noche habían llamado al señor Meredith al pueblo de pescadores de la Bocana, para asistir a un moribundo. No era probable que volviera antes de medianoche. Carl tendría que apurar su suerte él solo.

Pasó por allí un hombre del Glen con un farol. Las sombras misteriosas que proyectaba la luz del farol se lanzaban enloquecidas sobre el cementerio, como una danza de demonios o de brujas. Luego el hombre se alejó y la oscuridad volvió a caer. Una a una se fueron apagando las luces del Glen. Era una noche muy oscura, de cielo nublado, con un viento crudo del este que hacía frío pese al calendario. A lo lejos, en el horizonte, se veía el resplandor tenue y bajo de las luces de Charlottetown. El viento gemía y suspiraba entre los viejos abetos. El alto monumento del señor Alec Davis relucía blanco entre las tinieblas. El sauce de al lado agitaba sus largos brazos retorcidos, espectral. A veces, los giros de sus ramas hacían parecer que el monumento también se movía.

Carl se acurrucó sobre la lápida, con las piernas recogidas debajo del cuerpo. No era precisamente agradable dejarlas colgando por el borde de la piedra. Imaginemos, solo imaginemos, que unas manos huesudas salieran de la tumba del señor Pollock, justo debajo, y lo agarraran por los tobillos. Aquella había sido una de las alegres ocurrencias de Mary Vance, en cierta ocasión en que estaban todos sentados allí. Ahora volvía para atormentar a Carl. Él no creía en esas cosas; ni siquiera creía de verdad en el fantasma de Henry Warren. En cuanto al señor Pollock, llevaba sesenta años muerto, así

que no era probable que le importara ahora quién se sentaba en su lápida. Pero hay algo muy extraño y terrible en estar despierto cuando todo el resto del mundo duerme. Uno se queda entonces solo, sin nada más que su propia y débil persona para oponer a los poderosos principados y potestades de las tinieblas. Carl solo tenía diez años, y los muertos lo rodeaban por todas partes; y deseaba, ay, cómo deseaba, que el reloj diera las doce. ¿Es que *nunca* iba a dar las doce? Seguro que la tía Martha se había olvidado de darle cuerda.

Y entonces el reloj dio las once, solo las once! Tendría que quedarse una hora más en aquel lugar siniestro. ¡Si al menos se hubiera visto alguna estrella amiga! La oscuridad era tan espesa que parecía apretarse contra su cara. Se oía un rumor como de pasos furtivos que recorrían todo el cementerio. Carl se estremeció, en parte de puro terror y en parte de frío auténtico.

Entonces empezó a llover: una llovizna fría y penetrante. La fina blusa de algodón de Carl y la camisa que llevaba debajo pronto quedaron caladas. Sintió el frío hasta los huesos. Los terrores de la mente se le olvidaron ante la incomodidad física. Pero tenía que quedarse allí hasta las doce: se estaba castigando a sí mismo y estaba en juego su palabra de honor. Nadie había dicho nada sobre la lluvia, pero eso no cambiaba nada. Cuando por fin el reloj del despacho dio las doce, una figurita empapada bajó, envarada, de la lápida del señor Pollock, y se encaminó hacia la casa parroquial y escaleras arriba, a la cama. A Carl le castañeteaban los dientes. Pensó que ya nunca más entraría en calor.

Bastante calor tuvo cuando llegó la mañana. Jerry le echó una mirada asustada a su cara, encendida como el carmín, y corrió a llamar a su padre. El señor Meredith acudió a toda prisa, con el rostro pálido como el marfil tras su larga vigilia nocturna junto a un lecho de muerte. No había vuelto a casa hasta el amanecer. Se inclinó, ansioso, sobre su pequeño.

—Carl, ¿estás enfermo? —dijo.

—Esa... lápida... de ahí —dijo Carl—, se... mueve... viene... hacia mí... apártala... por favor.

El señor Meredith corrió al teléfono. Diez minutos después, el doctor Blythe estaba en la casa parroquial. Media hora más tarde se mandó un telegrama a la ciudad pidiendo una enfermera titulada, y todo el Glen se enteró de que Carl Meredith estaba muy enfermo de pulmonía y de que habían visto al doctor Blythe menear la cabeza.

Gilbert meneó la cabeza más de una vez en la quincena que siguió. A Carl se le declaró una doble pulmonía. Hubo una noche en que el señor Meredith se paseaba de un lado a otro de su despacho, y Faith y Una, acurrucadas en su cuarto, lloraban, y Jerry, fuera de sí de remordimiento, se negó a moverse del suelo del pasillo, frente a la puerta de Carl. El doctor Blythe y la enfermera no se apartaron ni un momento de la cama. Lucharon con denuedo contra la muerte hasta el amanecer rojizo, y ganaron la batalla. Carl se recuperó y superó la crisis sin peligro. La noticia se telefoneó por todo el Glen, que esperaba en vela, y la gente descubrió cuánto querían de verdad a su pastor y a sus hijos.

—No he dormido una sola noche decente desde que supe que el niño estaba enfermo —le dijo la señorita Cornelia a Ana—, y Mary Vance ha llorado tanto que esos ojos raros que tiene parecen dos agujeros quemados en una manta. ¿Es verdad que a Carl le dio la pulmonía por quedarse fuera, en el cementerio, aquella noche de lluvia, por una apuesta?

—No. Se quedó allí para castigarse por su cobardía en aquel asunto del fantasma de Warren. Por lo visto tienen un club para educarse a sí mismos, y se castigan cuando hacen algo mal. Jerry se lo contó todo al señor Meredith.

—Pobres almitas —dijo la señorita Cornelia.

Carl se recuperó deprisa, pues la congregación llevó a la casa parroquial alimentos reconstituyentes suficientes para abastecer un hospital entero. Norman Douglas venía en coche todas las tardes con una docena de huevos frescos y un tarro de nata de Jersey. A

veces se quedaba una hora, discutiendo a voces con el señor Meredith sobre la predestinación en el despacho; con más frecuencia, seguía subiendo hasta la colina que dominaba el Glen.

Cuando Carl pudo por fin volver al Valle del Arco Iris, le organizaron un festín especial en su honor, y el doctor bajó a ayudarlos con los fuegos artificiales. Mary Vance también estuvo allí, pero no contó ninguna historia de fantasmas. La señorita Cornelia le había echado un sermón sobre el tema que Mary no olvidaría en mucho tiempo.

CAPÍTULO 32. DOS TERCOS

Rosemary West, de vuelta de una clase de música en Ingleside, se desvió hacia la fuente escondida del Valle del Arco Iris. No había estado allí en todo el verano; el hermoso rincón había perdido para ella todo su atractivo. El espíritu de su joven amado ya no acudía a la cita; y los recuerdos ligados a John Meredith eran demasiado dolorosos y punzantes. Pero había mirado hacia atrás, valle arriba, y había visto a Norman Douglas saltando tan ligero como un mozalbete el viejo muro de piedra del huerto de los Bailey, y pensó que se dirigía a la colina. Si la alcanzaba tendría que volver a casa con él, y no estaba dispuesta a hacerlo. Así que se escabulló al instante detrás de los arcos de la fuente, esperando que no la hubiera visto y siguiera de largo.

Pero Norman la había visto y, es más, iba tras ella. Llevaba ya algún tiempo queriendo hablar con Rosemary, pero ella, según parecía, lo había estado evitando siempre. Rosemary nunca había sentido, en ningún momento, gran simpatía por Norman Douglas. Sus fanfarronadas, su genio, su hilaridad estruendosa la habían predispuesto siempre en su contra. Tiempo atrás se había preguntado a menudo cómo podía Ellen sentirse atraída por él. Norman Douglas era plenamente consciente de esa antipatía, y le hacía gracia. A Norman nunca le preocupaba que no le tuvieran simpatía. Ni siquiera hacía que él les cogiera antipatía a ellos, pues se lo tomaba como una especie de cumplido arrancado a la fuerza. Pensaba que Rosemary era una muchacha estupenda, y tenía intención de ser para ella un cuñado excelente y generoso. Pero

antes de poder ser su cuñado tenía que hablar con ella, así que, al verla salir de Ingleside mientras estaba de pie en la puerta de una tienda del Glen, se había lanzado sin más al valle para alcanzarla.

Rosemary estaba sentada, pensativa, en el asiento de arce donde se había sentado John Meredith aquella tarde de hacía casi un año. La menuda fuente relucía y se rizaba bajo su orla de helechos. Destellos de un rojo rubí del ocaso se colaban entre las ramas arqueadas. Un alto macizo de ásteres perfectos crecía a su lado. El pequeño rincón era tan de ensueño, tan hechicero y esquivo como cualquier refugio de hadas y dríades en los bosques antiguos. En él irrumpió Norman Douglas de un salto, dispersando y aniquilando su encanto en un instante. Su presencia parecía tragarse el lugar entero. Allí ya no había sencillamente más que Norman Douglas, corpulento, pelirrojo de barba, ufano.

—Buenas tardes —dijo Rosemary con frialdad, poniéndose de pie.

—Buenas tardes, muchacha. Siéntate otra vez, siéntate otra vez. Quiero hablar contigo. ¡Vaya con la muchacha! ¿Qué manera de mirarme es esa? No pretendo comerte: ya he cenado. Siéntate y sé educada.

—Puedo oír igual de bien lo que tenga que decirme desde aquí —dijo Rosemary.

—Claro que puedes, muchacha, si usas los oídos. Solo quería que estuvieras cómoda. Tienes un aire condenadamente incómodo, ahí de pie. Bueno, *yo* me sentaré de todos modos.

Norman se sentó, en consecuencia, en el mismísimo sitio donde una vez se sentara John Meredith. El contraste resultaba tan absurdo que Rosemary temió estallar en una carcajada histérica. Norman se quitó el sombrero de un manotazo, puso sus enormes manos rojas sobre las rodillas y la miró con un brillo travieso en los ojos.

—Vamos, muchacha, no te pongas tan estirada —dijo, zalamero. Cuando quería, sabía ser muy zalamero—. Tengamos una charla

razonable, sensata y amistosa. Hay algo que quiero preguntarte. Ellen dice que no lo hará ella, así que me toca a mí.

Rosemary bajó la mirada hacia la fuente, que le pareció haberse encogido hasta el tamaño de una gota de rocío. Norman la contempló, desesperado.

—¡Maldita sea, podrías echarle una mano a un pobre hombre! —estalló.

—¿Y qué es lo que quiere que le ayude a decir? —preguntó Rosemary con desdén.

—Lo sabes tan bien como yo, muchacha. No te pongas en plan trágico. No me extraña que Ellen tuviera miedo de pedírtelo. Mira, muchacha, Ellen y yo queremos casarnos. Eso está bien claro, ¿no? ¿Lo pillas? Y Ellen dice que no puede hacerlo a menos que la sueltes de no sé qué promesa disparatada que te hizo. Vamos, ¿lo harás? ¿Lo harás?

—Sí —dijo Rosemary.

Norman se puso en pie de un salto y le agarró la mano, reacia.

—¡Estupendo! Sabía que dirías que sí: se lo dije a Ellen. Sabía que solo hacía falta un minuto. Ahora, muchacha, vete a casa y dile a Ellen que sí, y tendremos boda dentro de quince días, y tú te vendrás a vivir con nosotros. No vamos a dejarte encaramada en esa colina como un cuervo solitario, no te preocupes. Ya sé que me odias, pero, señor, qué gracia va a tener vivir con alguien que me odia. La vida va a tener algo de picante a partir de ahora. Ellen me asará a fuego lento y tú me dejarás helado. No voy a tener un momento de aburrimiento.

Rosemary no se dignó decirle que nada en el mundo la induciría jamás a vivir en su casa. Lo dejó marchar a grandes zancadas de vuelta al Glen, rebosante de dicha y satisfacción, y ella subió despacio la colina hacia su casa. Sabía que esto se avecinaba desde que había vuelto de Kingsport y se había encontrado a Norman Douglas instalado como visitante asiduo de las tardes. Su nombre

nunca se mencionaba entre ella y Ellen, pero el mismo hecho de evitarlo era ya significativo. No era propio del carácter de Rosemary sentir amargura, o de lo contrario la habría sentido muy honda. Se mostraba fríamente cortés con Norman, y no cambió en nada su trato con Ellen. Pero Ellen no había hallado mucho consuelo en aquel segundo cortejo.

Estaba en el jardín, con San Jorge por toda compañía, cuando Rosemary llegó a casa. Las dos hermanas se encontraron en el paseo de las dalias. San Jorge se sentó en el sendero de grava entre ambas y se envolvió con gracia la cola negra y lustrosa alrededor de las patas blancas, con toda la indiferencia de un gato bien comido, de buena raza y bien acicalado.

—¿Habías visto alguna vez unas dalias así? —preguntó Ellen con orgullo—. Son las mejores que hemos tenido nunca.

A Rosemary nunca le habían gustado las dalias. Su presencia en el jardín era la concesión que ella hacía al gusto de Ellen. Se fijó en una enorme, jaspeada de carmesí y amarillo, que se imponía sobre todas las demás.

—Esa dalia —dijo, señalándola— es exactamente igual que Norman Douglas. Bien podría ser su hermano gemelo.

El rostro cejijunto de Ellen se encendió. Admiraba precisamente aquella dalia, pero sabía que a Rosemary no le gustaba, y que no había en ello ningún cumplido. Pero no se atrevió a resentirse por el comentario de Rosemary; la pobre Ellen no se atrevía a resentirse por nada en aquellos momentos. Y era la primera vez que Rosemary mencionaba el nombre de Norman delante de ella. Sintió que aquello presagiaba algo.

—Me he encontrado con Norman Douglas en el valle —dijo Rosemary, mirando a su hermana a los ojos—, y me ha dicho que él y tú queréis casaros, si yo os doy mi permiso.

—¿Sí? ¿Qué le has dicho? —preguntó Ellen, tratando de hablar con naturalidad y desenfado, y sin conseguirlo en absoluto. No podía mirar a Rosemary a los ojos. Bajó la vista hacia el lomo reluciente de

San Jorge y sintió un miedo espantoso. Rosemary había dicho que sí o que no. Si había dicho que sí, Ellen se sentiría tan avergonzada y arrepentida que sería una novia electa de lo más incómoda; y si había dicho que no... bueno, Ellen ya había aprendido una vez a vivir sin Norman Douglas, pero había olvidado la lección y sentía que ya nunca podría volver a aprenderla.

—He dicho que, por lo que a mí respecta, tenéis plena libertad para casaros en cuanto queráis —dijo Rosemary.

—Gracias —dijo Ellen, sin dejar de mirar a San Jorge.

El rostro de Rosemary se dulcificó.

—Espero que seas feliz, Ellen —dijo con dulzura.

—Ay, Rosemary —Ellen alzó la vista, angustiada—, qué vergüenza siento; no lo merezco, después de todo lo que te dije...

—No vamos a hablar de eso —dijo Rosemary, deprisa y con decisión.

—Pero... pero —insistió Ellen—, tú también estás libre ahora, y no es demasiado tarde... John Meredith...

—¡Ellen West! —Bajo toda su dulzura, Rosemary tenía una chispa de genio, y ahora relampagueó en sus ojos azules—. ¿Es que has perdido el juicio por *completo*? ¿Se te ocurre pensar ni por un instante que *yo* voy a ir a ver a John Meredith y decirle, mansamente: «Por favor, caballero, he cambiado de idea, y por favor, caballero, espero que usted no haya cambiado la suya»? ¿Es eso lo que quieres que haga?

—No... no... pero un poco de... ánimo... él volvería...

—Jamás. Me desprecia, y con razón. Se acabó este tema, Ellen. No te guardo rencor; cástate con quien quieras. Pero no te metas en mis asuntos.

—Entonces tendrás que venirte a vivir conmigo —dijo Ellen—. No pienso dejarte aquí sola.

—¿De verdad crees que voy a irme a vivir a casa de Norman Douglas?

—¿Por qué no? —exclamó Ellen, medio enfadada pese a su humillación.

Rosemary se echó a reír.

—Ellen, yo creía que tenías sentido del humor. ¿Te imaginas a mí haciendo eso?

—No veo por qué no. Su casa es lo bastante grande; tendrías tu parte solo para ti; él no se entrometería.

—Ellen, eso ni se plantea. No vuelvas a sacar el tema.

—Entonces —dijo Ellen, fría y resuelta—, no me casaré con él. No pienso dejarte aquí sola. No hay más que decir al respecto.

—Tonterías, Ellen.

—No son tonterías. Es mi decisión firme. Sería absurdo que pensaras en vivir aquí tú sola, a más de un kilómetro y medio de cualquier otra casa. Si no vienes conmigo, me quedará yo contigo. Y ahora no vamos a discutir el asunto, así que ni lo intentes.

—Dejaré que sea Norman quien discuta contigo —dijo Rosemary.

—De Norman me ocupo *yo*. A *él* sé cómo manejarlo. Jamás te habría pedido que me devolvieras mi promesa, jamás, pero tuve que decirle a Norman por qué no podía casarme con él, y dijo que se lo pediría *él* mismo. No pude impedírselo. No vayas a suponer que eres la única persona en el mundo que tiene amor propio. Jamás se me pasó por la cabeza casarme y dejarte aquí sola. Y ya verás que puedo ser tan terca como tú misma.

Rosemary se dio la vuelta y entró en la casa, encogiéndose de hombros. Ellen bajó la vista hacia San Jorge, que no había movido una pestaña ni un bigote en todo el rato que había durado la conversación.

—San Jorge, este mundo sería un lugar aburrido sin los hombres, lo reconozco, pero casi me dan ganas de desear que no quedara ni

uno. Mira los líos y disgustos que han montado aquí mismo, Jorge: han arrancado de raíz nuestra vida feliz de siempre, Santo. Lo empezó John Meredith y lo ha terminado Norman Douglas. Y ahora los dos tienen que irse al limbo. Norman es el único hombre que he conocido que está de acuerdo conmigo en que el káiser de Alemania es la criatura más peligrosa que vive sobre la faz de la tierra; y no puedo casarme con ese hombre tan sensato porque mi hermana es terca y yo soy más terca todavía. Apunta lo que te digo, San Jorge: el pastor volvería si ella levantara el meñique. Pero no lo hará, Jorge; nunca lo hará; ni siquiera lo doblará un poquito; y yo no me atrevo a meterme, Santo. No pienso enfurruñarme, Jorge; Rosemary no se enfurruñó, así que estoy decidida a no hacerlo yo tampoco, Santo; Norman va a levantar el suelo a pisotones, pero, resumiendo, San Jorge, todos los viejos tontos como nosotros tenemos que dejar de pensar en casarnos. En fin, en fin, «la desesperación es un hombre libre, la esperanza es una esclava», Santo. Así que ahora entra en casa, Jorge, que te voy a consolar con un platito de nata. Así habrá al menos una criatura feliz y contenta en esta colina.

CAPÍTULO 33. A CARL —NO— LE DAN UNA AZOTAINA

—Hay algo que creo que debería contaros —dijo Mary Vance, misteriosa.

Ella, Faith y Una caminaban del brazo por el pueblo, tras haberse juntado en la tienda del señor Flagg. Una y Faith cruzaron una mirada que decía: «*Ahora* viene algo desagradable». Cuando a Mary Vance le entraban aquellos escrúpulos de que era su deber contarles cosas, pocas veces había placer alguno en la escucha. A menudo se preguntaban por qué seguían queriendo a Mary Vance, porque la querían, a pesar de todo. Cierto es que solía ser una compañía estimulante y agradable. ¡Si al menos no tuviera esa convicción de que era su deber contarles cosas!

—¿Sabéis que Rosemary West no se casa con vuestro padre porque piensa que sois una pandilla de salvajes? Teme no poder educaros bien y por eso lo ha rechazado.

El corazón de Una se estremeció de secreto júbilo. Le alegró muchísimo saber que la señorita West no se casaría con su padre. Pero Faith se llevó un buen chasco.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella.

—Anda, si lo dice todo el mundo. Oí a la señora Elliott comentándolo con la señora doctora. Se creían que yo estaba demasiado lejos para oírlas, pero tengo un oído como el de los gatos. La señora Elliott dijo que no le cabía duda de que Rosemary

tenía miedo de hacer de madrastra con vosotros porque os habíais ganado una fama terrible. Vuestro padre ya no sube nunca a la colina. Norman Douglas tampoco. La gente dice que Ellen lo ha dejado plantado solo para desquitarse de que él la dejara plantada a ella hace siglos. Pero Norman anda diciendo por ahí que la va a conseguir todavía. Y creo que deberíais saber que le habéis estropeado a vuestro padre su boda, y a *mí* me parece una pena, porque él tendrá que casarse con alguien más pronto o más tarde, y Rosemary West habría sido, para *mí*, la mejor esposa que podría tener.

—Tú me dijiste que todas las madrastras eran crueles y malvadas —dijo Una.

—Ay... bueno —dijo Mary, un poco confusa—, son casi todas terriblemente cascarrabias, lo sé. Pero Rosemary West no podría ser muy mala con nadie. Os digo una cosa: si vuestro padre acaba casándose con Emmeline Drew, desearéis haberos portado mejor y no haber espantado a Rosemary. Es terrible que tengáis tal fama que ninguna mujer decente quiera casarse con vuestro padre por vuestra culpa. Claro que *yo* sé que la mitad de los cuentos que se cuentan de vosotros no son verdad. Pero al perro flaco todo se le vuelven pulgas. Fijaos, hay gente que dice que fueron Jerry y Carl los que tiraron piedras contra la ventana de la señora Stimson la otra noche, cuando en realidad fueron esos dos chicos Boyd. Pero me temo que sí que fue Carl quien puso la anguila en el coche de la vieja señora Carr, aunque al principio dije que no me lo creería hasta tener mejor prueba que la palabra de la vieja Kitty Alec. Se lo dije a la señora Elliott bien clarito, a la cara.

—¿Qué hizo Carl? —exclamó Faith.

—Bueno, dicen... mirad, que conste que yo solo os cuento lo que dice la gente, así que no sirve de nada que me echéis la culpa a mí, que Carl y otro montón de chicos estaban pescando anguilas en el puente una tarde de la semana pasada. La señora Carr pasó por allí con ese cacharro viejo que tiene, con la trasera abierta. Y Carl, sin más, va y le tira una anguila enorme dentro. Cuando la pobre señora

Carr iba subiendo la cuesta de Ingleside, la anguila se le puso a culebrear entre los pies. Ella creyó que era una serpiente y pegó un chillido espantoso, se puso de pie y saltó limpiamente por encima de las ruedas. El caballo se desbocó, pero se fue derecho a casa y no pasó nada. Pero la señora Carr se hizo un daño terrible en las piernas, y desde entonces le dan espasmos nerviosos cada vez que se acuerda de la anguila. Oye, fue una jugarreta asquerosa para gastársela a la pobre vieja. Es una mujer decente, aunque sea más rara que un perro verde.

Faith y Una se miraron de nuevo. Aquello era asunto del Club de la Buena Conducta. No pensaban hablarlo con Mary.

—Ahí va vuestro padre —dijo Mary cuando el señor Meredith pasó junto a ellas—, y sin vernos, ni más ni menos que si no estuviéramos aquí. Bueno, ya me estoy acostumbrando a que no me importe. Pero hay gente a la que sí le importa.

El señor Meredith no las había visto, pero tampoco caminaba con su habitual aire soñador y distraído. Subía la colina a grandes pasos, agitado y afligido. La señora Alec Davis acababa de contarle la historia de Carl y la anguila. Se había mostrado muy indignada al respecto. La vieja señora Carr era prima tercera suya. El señor Meredith estaba más que indignado. Se sentía dolido y consternado. Nunca había pensado que Carl pudiera hacer algo así. No solía ser severo con las travesuras nacidas del descuido o el olvido, pero *esto* era distinto. *Esto* tenía un regusto desagradable. Cuando llegó a casa encontró a Carl en el césped, estudiando pacientemente los hábitos y costumbres de una colonia de avispas. Llamándolo al despacho, el señor Meredith se plantó ante él con un semblante más severo que ninguno de sus hijos le había visto jamás, y le preguntó si la historia era cierta.

—Sí —dijo Carl, ruborizándose, pero sosteniendo la mirada de su padre con valentía.

El señor Meredith gimió. Había esperado que al menos hubiera algo de exageración.

—Cuéntame todo lo que pasó —dijo.

—Los chicos estábamos pescando anguilas en el puente —dijo Carl—. Link Drew había pescado una monstruosa..., quiero decir, una tremendamente grande, la anguila más grande que he visto en mi vida. La pescó nada más empezar y llevaba ya mucho rato en la cesta, quietecita, quietecita. Yo pensé que estaba muerta, de verdad que sí. Entonces la vieja señora Carr pasó por el puente y nos llamó a todos alimañas y nos dijo que nos fuéramos a casa. Y no le habíamos dicho ni una palabra, papá, de verdad. Así que cuando volvió a pasar, después de ir a la tienda, los chicos me retaron a meter la anguila de Link en su coche. Yo pensé que estaba tan muerta que no podía hacerle daño y la tiré dentro. Entonces la anguila revivió en la cesta y la oímos chillar y la vimos saltar fuera. Lo sentí muchísimo. Eso es todo, papá.

No era tan grave como el señor Meredith había temido, pero ya era bastante grave. —Tengo que castigarte, Carl —dijo, apesadumbrado.

—Sí, ya lo sé, papá.

—Tengo... tengo que darte una azotaina.

Carl se encogió. Nunca le habían dado una azotaina. Pero, al ver lo mal que lo estaba pasando su padre, dijo animoso:

—Vale, papá.

El señor Meredith malinterpretó su ánimo y lo tomó por insensibilidad. Le dijo a Carl que fuera al despacho después de cenar, y cuando el chico salió se dejó caer en la silla y volvió a gemir. Temía aquella noche siete veces más que el propio Carl. El pobre pastor ni siquiera sabía con qué debía azotar a su hijo. ¿Qué se usaba para azotar a los chicos? ¿Varas? ¿Bastones? No, eso sería demasiado brutal. ¿Una vara de madera, entonces? Y él, John Meredith, tendría que ir al bosque a cortar una. Era un pensamiento abominable. Entonces se le presentó, sin haberla llamado, una imagen en la mente. Vio la carita reseca y afilada de la señora Carr en el momento en que aparecía la anguila resucitada; la vio volando

como una bruja por encima de las ruedas del coche. Antes de poder evitarlo, el pastor se echó a reír. Después se enfadó consigo mismo, y más aún con Carl. Iría a por esa vara ahora mismo; y, después de todo, no debía ser demasiado flexible.

Carl estaba comentando el asunto en el cementerio con Faith y Una, que acababan de llegar a casa. A ellas les horrorizaba la idea de que le dieran una azotaina, y encima papá, ique nunca había hecho algo así! Pero convinieron, muy serias, en que era justo.

—Ya sabes que fue una cosa espantosa —suspiró Faith—. Y nunca lo confesaste en el club.

—Se me olvidó —dijo Carl—. Además, no pensé que hubiera pasado nada malo. No sabía que se había hecho daño en las piernas. Pero me van a azotar y eso dejará las cosas en paz.

—¿Va a doler...? ¿Mucho? —dijo Una, deslizándose su mano en la de Carl.

—Bah, no creo que mucho —dijo Carl, con valentía—. De todas formas, no pienso llorar, por mucho que duela. Si lloro, papá se sentiría fatal. Ya está deshecho ahora mismo. Ojalá pudiera azotarme yo mismo bien fuerte y ahorrarle el tener que hacerlo.

Después de la cena, en la que Carl apenas comió y el señor Meredith no probó bocado, entraron los dos en silencio en el despacho. La vara estaba sobre la mesa. Al señor Meredith le había costado mucho encontrar una vara que le convenciera. Cortó una y le pareció demasiado fina: Carl había hecho, al fin y al cabo, algo verdaderamente indefendible. Cortó otra, y era con mucho demasiado gruesa: al fin y al cabo, Carl había pensado que la anguila estaba muerta. La tercera le convenció más; pero al cogerla de la mesa le pareció muy gruesa y pesada, más un palo que una vara.

—Extiende la mano —le dijo a Carl.

Carl echó la cabeza atrás y extendió la mano sin flaquear. Pero no era muy mayor, y no pudo evitar que un poco de miedo se le

asomara a los ojos. El señor Meredith bajó la vista a aquellos ojos: eran los ojos de Cecilia, sus mismísimos ojos, y en ellos estaba la misma expresión exacta que había visto una vez en los ojos de Cecilia, cuando ella había venido a contarle algo que le daba un poco de miedo contarle. Allí estaban sus ojos en la carita blanca y pequeña de Carl; y hacía seis semanas había creído, durante una noche interminable y terrible, que su pequeño se le moría.

John Meredith soltó la vara.

—Vete —dijo—. No puedo azotarte.

Carl huyó al cementerio, sintiendo que la expresión del rostro de su padre era peor que cualquier azotaina.

—¿Ya se ha acabado, tan pronto? —preguntó Faith. Ella y Una habían estado cogidas de la mano y apretando los dientes, sentadas en la lápida de los Pollock.

—No... no me ha azotado —dijo Carl con un sollozo—, y ojalá lo hubiera hecho, y está ahí dentro, sintiéndose fatal.

Una se escabulló. El corazón le pedía a gritos consolar a su padre. Sigilosa como un ratoncito gris, abrió la puerta del despacho y se coló dentro. La habitación estaba oscura, con la penumbra del crepúsculo. Su padre estaba sentado al escritorio. Le daba la espalda; tenía la cabeza entre las manos. Hablaba solo —palabras entrecortadas, angustiadas—, pero Una oyó, oyó y comprendió, con esa súbita iluminación que les llega a los niños sensibles que se han quedado sin madre. Tan silenciosamente como había entrado, se escabulló y cerró la puerta. John Meredith siguió desahogando su dolor en lo que él creía una soledad no perturbada.

CAPÍTULO 34. UNA SUBE A LA COLINA

Una subió al piso de arriba. Carl y Faith ya iban camino del Valle del Arco Iris a través de la temprana luz de luna, pues habían oído desde allí el trino elfino del birimbao de Jerry y habían adivinado que los Blythe estaban allí y que se avecinaba diversión. Una no tenía ningunas ganas de ir. Buscó primero su propio cuarto, donde se sentó en la cama y lloró un buen rato. No quería que nadie ocupara el lugar de su querida madre. No quería una madrastra que la odiara y que hiciera que su padre las odiara a ellas. Pero papá era tan desesperadamente desdichado, y si ella podía hacer algo para que fuera más feliz, *tenía* que hacerlo. Solo había una cosa que pudiera hacer, y lo había sabido en el mismo momento en que había salido del despacho. Pero era algo muy difícil de hacer.

Después de llorar hasta desahogarse, Una se secó los ojos y fue al cuarto de invitados. Estaba oscuro y bastante mohoso, porque hacía tiempo que no se subía la persiana ni se abría la ventana. La tía Martha no era ninguna fanática del aire fresco. Pero como en la casa parroquial a nadie se le ocurría nunca cerrar una puerta, aquello no importaba demasiado, salvo cuando algún pastor desdichado se quedaba a pasar la noche y se veía obligado a respirar el ambiente del cuarto de invitados.

Había un armario en el cuarto de invitados, y al fondo del armario colgaba un vestido de seda gris. Una entró en el armario y cerró la puerta, se puso de rodillas y apretó la cara contra los suaves pliegues de seda. Había sido el vestido de novia de su madre. Aún estaba lleno de un perfume dulce, tenue, embrujador, como un amor

persistente. Una siempre se sentía muy cerca de su madre allí dentro, como si estuviera arrodillada a sus pies con la cabeza en su regazo. Iba allí de tarde en tarde, cuando la vida era *demasiado* dura.

—Mamá —susurró al vestido de seda gris—, *yo* nunca te olvidaré, mamá, y *siempre* te querré más que a nadie. Pero tengo que hacerlo, mamá, porque papá está muy desdichado. Sé que a ti no te gustaría que fuera desdichado. Y seré muy buena con ella, mamá, y trataré de quererla, aunque sea como decía Mary Vance que son siempre las madrastras.

Una se llevó de su santuario secreto una fina fortaleza espiritual. Aquella noche durmió en paz, con el rastro de las lágrimas todavía brillándole en su carita dulce y seria.

A la tarde siguiente se puso su mejor vestido y su mejor sombrero. Bastante ajados, por cierto. Todas las demás niñas del Glen tenían ropa nueva aquel verano, salvo Faith y Una. Mary Vance llevaba un precioso vestido de batista blanca bordada, con una faja de seda escarlata y lazos a juego en los hombros. Pero aquel día a Una no le importaba lo raído de su ropa. Solo quería ir muy pulcra. Se lavó la cara con esmero. Se cepilló el pelo negro hasta dejarlo liso como el raso. Se ató los cordones de los zapatos con cuidado, después de haberse cosido primero dos carreras en su único par de medias buenas. Le habría gustado dar betún a los zapatos, pero no encontró ninguno. Por fin, se escabulló de la casa parroquial, bajó por el Valle del Arco Iris, subió por el bosque susurrante y salió al camino que pasaba por delante de la casa de la colina. Era un buen trecho a pie, y Una llegó cansada y acalorada.

Vio a Rosemary West sentada bajo un árbol en el jardín y se acercó a hurtadillas, pasando junto a los parterres de dalias. Rosemary tenía un libro en el regazo, pero miraba a lo lejos, hacia el otro lado del puerto, y sus pensamientos eran bastante afligidos. La vida no había sido agradable últimamente en la casa de la colina. Ellen no se había enfurruñado: se había portado como una campeona; pero hay cosas que se sienten aunque nunca se digan, y

a veces el silencio entre las dos hermanas resultaba intolerablemente elocuente. Todas aquellas muchas cosas familiares que antes habían hecho la vida dulce tenían ahora un regusto amargo. Norman Douglas hacía también irrupciones periódicas, tan pronto intimidando como camelando a Ellen. Todo acabaría, creía Rosemary, con que él se llevara a Ellen consigo algún día, y Rosemary sentía que casi se alegraría cuando eso ocurriera. La existencia sería entonces horriblemente solitaria, pero ya no estaría cargada de dinamita.

La sacó de su desagradable ensimismamiento un toquecito tímido en el hombro. Al volverse, vio a Una Meredith.

—Pero, Una, querida, ¿has subido caminando hasta aquí con este calor?

—Sí —dijo Una—. Vine a..., vine a...

Pero le resultaba muy difícil decir a qué había venido. La voz le falló, los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pero, Una, pequeña, ¿qué te pasa? No tengas miedo de contármelo.

Rosemary rodeó con el brazo la figurita delgada y atrajo a la niña hacia sí. Tenía los ojos tan hermosos, el contacto tan tierno, que Una encontró valor.

—He venido... a pedirle... que se case con papá —jadeó.

Rosemary se quedó callada un momento, sencillamente atónita. Miró a Una sin comprender.

—Oh, no se enfade, por favor, querida señorita West —dijo Una, suplicante—. Verá, todo el mundo dice que usted no querría casarse con papá porque somos muy malos. Él está *muy* apenado por eso. Así que pensé en venir a decirle que nunca somos malos *a propósito*. Y si usted se casa con papá, todos procuraremos portarnos bien y hacer justo lo que usted nos diga. Estoy *segura* de que no le daremos ningún problema. *Por favor*, señorita West.

Rosemary había estado pensando a toda prisa. Vio que habladurías y suposiciones habían metido esa idea equivocada en la cabeza de Una. Debía ser del todo franca y sincera con la niña.

—Una, querida —dijo con suavidad—. No es por vosotros, pobres almas, por lo que no puedo ser la esposa de tu padre. Nunca se me ocurrió pensar tal cosa. No sois malos: jamás lo he creído. Hay... hay otra razón completamente distinta, Una.

—¿No le gusta papá? —preguntó Una, alzando unos ojos llenos de reproche—. Ay, señorita West, usted no sabe lo bueno que es. Estoy segura de que sería un *buen* marido para usted.

Aun en medio de su desconcierto y su angustia, Rosemary no pudo evitar una sonrisita torcida.

—Ay, no se ría, señorita West —exclamó Una con vehemencia—. Papá se siente *fatal* por esto.

—Creo que te equivocas, querida —dijo Rosemary.

—No me equivoco. Estoy *segurísima* de que no. Ay, señorita West, ayer papá iba a azotar a Carl —Carl se había portado mal— y papá no pudo hacerlo porque, ¿sabe?, no tenía *práctica* en azotar. Así que cuando Carl salió y nos contó que papá se sentía tan mal, yo me colé en el despacho para ver si podía consolarlo —*le* gusta que yo lo consuele, señorita West— y él no me oyó entrar, y oí lo que estaba diciendo. Se lo diré, señorita West, si me deja susurrárselo al oído.

Una se lo susurró con toda seriedad. El rostro de Rosemary se puso escarlata. Así que John Meredith seguía queriéndola. *Él* no había cambiado de idea. Y tenía que quererla intensamente si había dicho aquello, más de lo que ella jamás hubiera imaginado. Se quedó quieta un momento, acariciando el pelo de Una. Luego dijo:

—¿Le llevarás a tu padre una cartita mía, Una?

—Ay, ¿va usted a casarse con él, señorita West? —preguntó Una con ansiedad.

—Quizá, si él de verdad lo desea —dijo Rosemary, ruborizándose de nuevo.

—Me alegro, me alegro tanto —dijo Una con valentía. Luego alzó la vista, con los labios temblorosos—. Ay, señorita West, usted no pondrá a papá en nuestra contra, no hará que nos odie, ¿verdad? —dijo con voz suplicante.

Rosemary volvió a mirarla, atónita.

—¡Una Meredith! ¿Crees que yo haría una cosa así? ¿Quién te ha metido semejante idea en la cabeza?

—Mary Vance dijo que todas las madrastras eran así, y que todas odiaban a sus hijastros y hacían que su padre los odiara; dijo que no podían evitarlo, que el solo hecho de ser madrastras las volvía así...

—¡Pobre criatura! ¿Y aun así has venido hasta aquí a pedirme que me case con tu padre porque querías hacerlo feliz? Eres un encanto, una heroína, como diría Ellen, tienes agallas. Ahora escúchame bien, con mucha atención, cariño. Mary Vance es una tontuela que no sabe gran cosa y está terriblemente equivocada en algunas cosas. Jamás se me pasaría por la cabeza intentar poner a tu padre en contra vuestra. Os querría a todos con toda mi alma. No quiero ocupar el lugar de vuestra propia madre: ella debe tener siempre ese lugar en vuestros corazones. Pero tampoco tengo la menor intención de ser una madrastra. Quiero ser vuestra amiga, vuestra ayuda y vuestra *compañera*. ¿No crees que sería bonito, Una, que Faith y Carl y Jerry y tú pudierais pensar en mí solo como una compañera buena y alegre, como una hermana mayor?

—Ay, sería precioso —exclamó Una, con el rostro transfigurado. Le echó los brazos al cuello a Rosemary con un impulso repentino. Era tan feliz que sentía como si pudiera volar en alas.

—¿Tienen los demás, tienen Faith y los chicos la misma idea que tenías tú sobre las madrastras?

—No. Faith nunca creyó a Mary Vance. Fui yo la tonta por creerla. Faith la quiere a usted ya: la quiere desde que se comieron al pobre

Adam. Y a Jerry y a Carl les va a parecer estupendo. Ay, señorita West, cuando venga a vivir con nosotros, ¿me..., podría..., enseñarme a cocinar..., un poco..., y a coser..., y..., y..., y a hacer cosas? No sé nada de nada. No le daré mucho trabajo, procuraré aprender deprisa.

—Cariño, te enseñaré y te ayudaré en todo lo que pueda. Ahora bien, no dirás una palabra de esto a nadie, ¿verdad?, ni siquiera a Faith, hasta que tu propio padre te diga que puedes hacerlo. ¿Y te quedarás a tomar el té conmigo?

—Ay, gracias..., pero..., pero..., creo que prefiero volver corriendo y llevarle la carta a papá —titubeó Una—. Verá, así se alegrará mucho *antes*, señorita West.

—Ya veo —dijo Rosemary. Fue a la casa, escribió una nota y se la dio a Una. Cuando aquella damisela menuda salió corriendo, hecha un manojo palpitante de felicidad, Rosemary fue a buscar a Ellen, que estaba desgranando guisantes en el porche trasero.

—Ellen —le dijo—, Una Meredith acaba de estar aquí para pedirme que me case con su padre.

Ellen alzó la vista y leyó el rostro de su hermana.

—¿Y vas a hacerlo? —preguntó.

—Es bastante probable.

Ellen siguió desgranando guisantes durante unos minutos. Luego, de pronto, se llevó las manos a la cara. Había lágrimas en sus ojos de cejas negras.

—Espero..., espero que seamos todos felices —dijo entre un sollozo y una risa.

Abajo, en la casa parroquial, Una Meredith, acalorada, sonrosada, triunfante, entró con paso decidido en el despacho de su padre y depositó una carta sobre el escritorio, delante de él. El rostro pálido de John se encendió al ver aquella letra clara y fina que tan bien conocía. Abrió la carta. Era muy breve, pero se le quitaron veinte

años de encima al leerla. Rosemary le preguntaba si podría reunirse con ella aquella tarde, al atardecer, junto al manantial del Valle del Arco Iris.

CAPÍTULO 35. «QUE VENGA EL FLAUTISTA»

—Y así —dijo la señorita Cornelia—, la boda doble será hacia mediados de este mes.

Había un frescor leve en el aire de aquel atardecer de comienzos de septiembre, así que Ana había encendido su siempre dispuesta fogata de madera de deriva en la gran sala de estar, y ella y la señorita Cornelia se calentaban a su parpadeo de hada.

—Es tan delicioso: sobre todo por lo que toca al señor Meredith y a Rosemary —dijo Ana—. Me alegra tanto pensarlo como el día en que yo misma me casé. Anoche me sentí exactamente como una novia otra vez, cuando estuve en la colina viendo el ajuar de Rosemary.

—Dicen que sus cosas son lo bastante finas para una princesa —dijo Susan desde un rincón en penumbra, donde acunaba a su niño moreno—. A mí también me han invitado a verlas, y pienso ir alguna tarde de estas. Tengo entendido que Rosemary se casará de seda blanca y velo, pero que Ellen lo hará de azul marino. No me cabe duda, mi querida señora doctora, de que eso es muy sensato por su parte, pero, por lo que a mí respecta, siempre he pensado que, si alguna vez me casara, yo preferiría el blanco y el velo, por parecer más de novia.

Una visión de Susan «de blanco y con velo» se presentó ante los ojos de la mente de Ana y estuvo a punto de ser demasiado para ella.

—En cuanto al señor Meredith —dijo la señorita Cornelia—, hasta el noviazgo ha hecho de él otro hombre. Ya no anda ni la mitad de soñador y despistado, créeme. Sentí un gran alivio cuando supe que había decidido cerrar la casa parroquial y dejar que los niños fueran de visita por ahí mientras él estaba de luna de miel. Si los hubiera dejado a ellos y a la vieja tía Martha allí solos un mes, yo me habría esperado despertarme cualquier mañana y ver el sitio ardiendo.

—La tía Martha y Jerry van a venir aquí —dijo Ana—. Carl va a ir a casa del anciano Clow. No he oído adónde van las niñas.

—Ah, yo me las llevo —dijo la señorita Cornelia—. Claro que lo hice de buena gana, pero Mary no me habría dejado en paz hasta que se lo pedí de todos modos. La Sociedad de Damas va a limpiar la casa parroquial de arriba abajo antes de que vuelvan los novios, y Norman Douglas se ha ofrecido a llenar la bodega de verduras. Nadie ha visto ni oído nunca nada parecido a Norman Douglas estos días, *créeme*. Está tan contento que va a casarse con Ellen West después de desearla toda la vida. Si *yo* fuera Ellen... pero bueno, no lo soy, y si ella está satisfecha, yo también puedo estarlo. La oí decir hace años, cuando era una colegiala, que no quería un cachorrito manso por marido. Y de manso, Norman no tiene nada, *créeme*.

El sol se ponía sobre el Valle del Arco Iris. El estanque lucía un tejido maravilloso de púrpura y oro y verde y carmesí. Una tenue bruma azul reposaba sobre la colina del este, por encima de la cual una luna grande, pálida y redonda flotaba justo entonces hacia lo alto, como una burbuja de plata.

Estaban todos allí, sentados en cuclillas en el pequeño calvero abierto: Faith y Una, Jerry y Carl, Jem y Walter, Nan y Di, y Mary Vance. Habían estado celebrando algo especial, pues sería la última tarde de Jem en el Valle del Arco Iris. Al día siguiente partiría hacia Charlottetown, a Queen's Academy. Su círculo encantado iba a romperse, y, pese a la jovialidad de su pequeña fiesta, había un asomo de tristeza en cada joven corazón alegre.

—Mirad: allí, en el poniente, hay un gran palacio dorado —dijo Walter, señalando—. Ved la torre reluciente, y los estandartes carmesíes que ondean desde ella. Puede que un conquistador vuelva a caballo de la batalla, y los cuelguen así para honrarlo.

—Ay, ojalá volvieran los viejos tiempos —exclamó Jem—. Me encantaría ser soldado, un gran general triunfante. Daría *cualquier cosa* por ver una gran batalla.

Bueno, Jem llegaría a ser soldado y vería una batalla más grande que ninguna otra librada jamás en el mundo; pero eso quedaba todavía muy lejos, en el futuro; y la madre, cuyo primogénito era él, solía mirar a sus hijos y dar gracias a Dios porque los «bravos días de antaño», que Jem tanto añoraba, hubieran pasado para siempre, y porque nunca más fuera a ser necesario que los hijos de Canadá cabalgaran hacia la batalla «por las cenizas de sus padres y los templos de sus dioses».

La sombra del Gran Conflicto aún no había dejado sentir precursor alguno de su frío. Los muchachos que iban a luchar, y acaso a caer, en los campos de Francia y Flandes, Galípoli y Palestina, eran todavía escolares traviesos con una vida hermosa por delante; y las muchachas cuyos corazones habrían de ser desgarrados eran aún doncellitas hermosas, tachonadas de esperanzas y de sueños.

Despacio, los estandartes de la ciudad del ocaso fueron perdiendo su carmesí y su oro; despacio se apagó el desfile del conquistador. El crepúsculo se deslizó sobre el valle y el pequeño grupo enmudeció. Walter había estado leyendo de nuevo aquel día en su querido libro de mitos, y recordó cómo una vez había imaginado al Flautista bajando por el valle en una tarde muy parecida a aquella.

Se puso a hablar como en sueños, en parte porque quería estremecer un poco a sus compañeros, en parte porque algo ajeno a él mismo parecía hablar por su boca.

—El Flautista se acerca más —dijo—, está más cerca de lo que estuvo aquella tarde en que lo vi antes. Su larga capa de sombra ondea a su alrededor. Toca, toca, y hemos de seguirlo: Jem y Carl y

Jerry y yo, dando vueltas y vueltas al mundo. Escuchad..., escuchad..., ¿no oís su música salvaje?

Las niñas se estremecieron.

—Ya sabes que solo estás fingiendo —protestó Mary Vance—, y ojalá no lo hicieras. Lo haces demasiado real. Odio a ese viejo Flautista tuyo.

Pero Jem se puso en pie de un salto, con una risa alegre. Se irguió sobre un pequeño montículo, alto y espléndido, con la frente despejada y los ojos sin miedo. Había miles como él por toda la tierra del arce.

—Que venga el Flautista, y bien recibido sea —exclamó, agitando la mano—. Yo lo seguiré de buena gana dando vueltas y vueltas al mundo.

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB